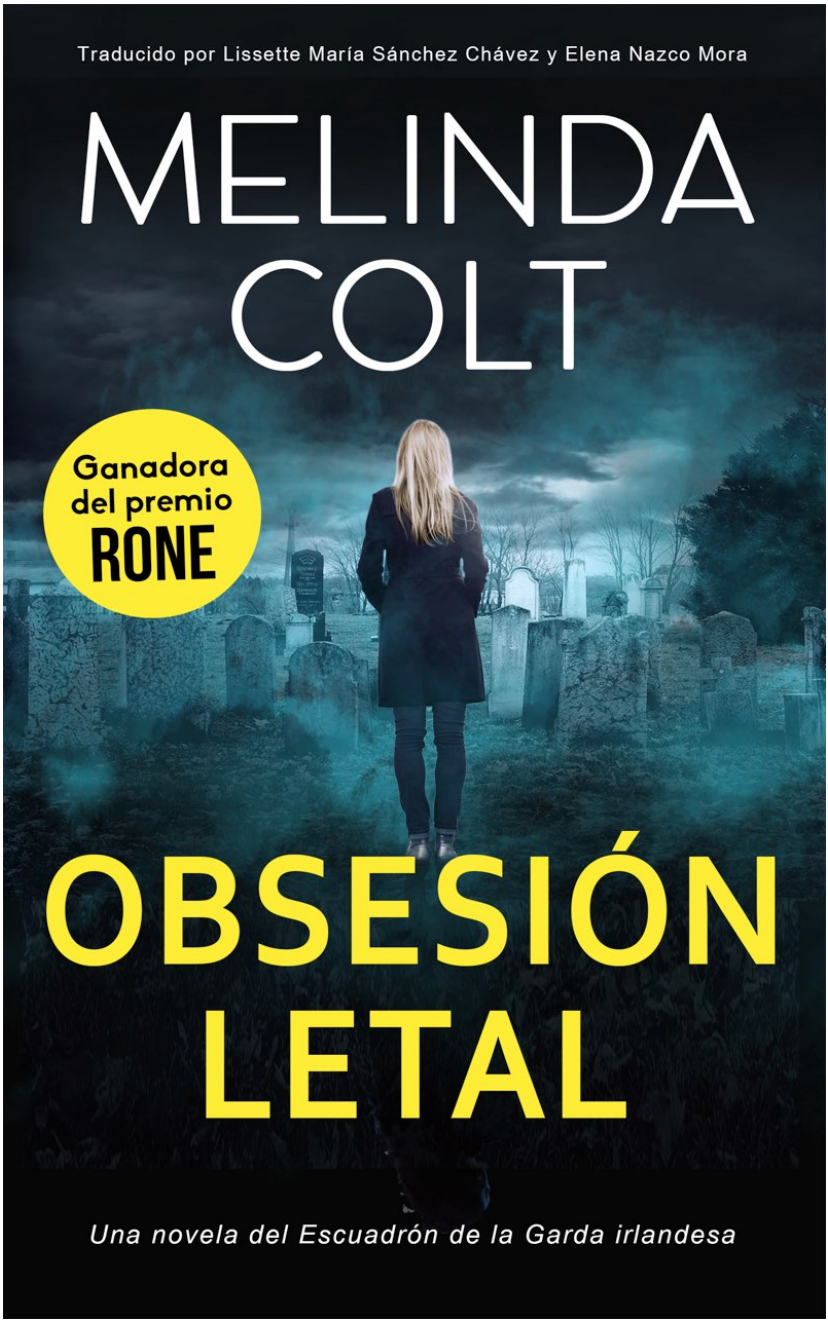
Traducido por Lissette María Sánchez Chávez y Elena Nazco Mora

MELINDA COLT



OBSESIÓN LETAL

Una novela del Escuadrón de la Garda irlandesa

OBSESIÓN LETAL

MELINDA COLT

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo

sobre la autora
Notas

Obsesión letal
© 2022 by Melinda Colt
ISBN: 978-1-955642-15-6
Consultor: Detective Simon McLean, autor de *El diez porciento*
www.WrittenMusings.com
www.WrittenMusings.com/MelindaColt
www.MelindaColt.com
Diseño de cubierta: www.CoveredByMelinda.com

Esta es una obra de ficción. Todos los sucesos y personajes, a excepción de aquellos que son de dominio público, son meros productos de la capacidad creativa del autor o han sido utilizados para estructurar una historia ficticia, por lo que no deben ser considerados reales. Cualquier semejanza con personas vivas o ya fallecidas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser reproducido, vendido o transmitido, total o parcialmente, sin un permiso expreso y por escrito, a excepción de en citas, reseñas o artículos.
Para la obtención de cualquier permiso, por favor consulte www.WrittenMusings.com para obtener los links.

“Todos los sentimientos extremos están aliados con la locura”. — Virginia Woolf

1

—Entonces, ¿quieres ir a mi casa, guapa?

Evan Gallagher lanzó una mirada a la chica sentada a su lado. Probablemente tenía la mitad de su edad, no más de diecisiete o dieciocho años, aunque el cuerpo curvilíneo, vestido escasamente, era sin dudas el de una mujer. ¿Dónde diablos estaban sus padres mientras ella estaba aquí, bebiendo y buscando problemas, invitando a un hombre extraño a su casa? Sin embargo, no iba a dejarse llevar por una mujer cualquiera en un bar, no de nuevo.

No se tomó en serio su coqueteo, y esta era lo que había dado paso a su conversación en primer lugar, pero ahora sonreía suavemente y sacudía la cabeza. Tuvo que gritarle al oído para que lo escuchara debido a la fuerte música de fondo.

—Gracias por la oferta, pero mañana tengo que levantarme temprano. Día de trabajo, ya sabes.

Sus labios dibujaron un puchero infantil. Apenas podía distinguir sus rasgos en la tenue luz del club, no veía más que una masa de pelo largo y rubio fresa, una cara bonita y pecosa, y un par de pechos redondos que sobresalían bajo la blusa de tirantes roja.

Ni siquiera estaba seguro de cómo había llegado a ese lugar. Estuvo trabajado hasta tarde y luego había vagado por las calles para despejarse un poco, hasta toparse con el cartel del bar, donde decidió tomarse una copa. Ya estaba dentro cuando notó que era un club para jóvenes amantes del baile y la música tecno, un sitio que nada tenía que ver con sus gustos. Sintió ganas de irse, pero decidió tomar una cerveza de todos modos. Después de todo,

estaba decidido a explorar Irlanda cada vez que tuviera la oportunidad. Pero acostarse con una chica que podría ser su hija no estaba en su lista de tareas pendientes.

Le dedicó otra sonrisa y se bajó del taburete.

—Voy a tomar un poco de aire —gritó al oído de la chica.

Se abrió paso entre la masa de gente y empujó la puerta, a punto de experimentar claustrofobia. Con una mezcla de diversión y nostalgia, recordó lo mucho que disfrutaba esa vida hacía doce años. Miró su reloj. Ahora, a las nueve y media de la noche, ya deseaba volver a su pequeño apartamento alquilado, encender la calefacción y acurrucarse en la cama. Miró a su alrededor y notó que esa no era la puerta principal del club, por la que había entrado. Debía ser un acceso trasero, utilizado para entregas y cosas así, lo que explicaba que la zona estuviera desierta. Bueno, podría averiguar el camino de vuelta a la calle principal. Trató de decidir si volver a entrar y terminar su bebida, o simplemente irse a casa, mientras se alejaba unos pasos de la puerta.

El empedrado callejón dublinés permanecía oscuro, excepto por la luz de neón verde del club que parpadeaba de forma irregular. Este cartel era más pequeño que el elegante que marcaba la entrada oficial, y que había llamado su atención en primer lugar. Probablemente la entrada principal estaba a la vuelta de la esquina. Genial. Más paseos por calles frías y sin iluminación, donde la niebla aparece a cualquier hora del día o la noche. La llovizna le empapaba la cabeza, pegándole el pelo a la nuca y obligándolo a empujarse aún más dentro de su chaqueta de cuero. Era hora de comprar un abrigo más grueso. Y un maldito coche. La temperatura bajaba demasiado para andar a pie.

Dejó escapar un suspiro y comenzó a caminar con desgano. Pronto se percató de que se dirigía a un callejón sin salida. Aquella maldita música lo había dejado completamente desorientado. Dio la vuelta refunfuñando en voz baja, pero una silueta roja que se asomaba detrás de los contenedores alineados contra el callejón, lo hizo detenerse.

El pavor lo asechaba a medida que se acercaba rápida pero cautelosamente a los contenedores. Con cada paso,la imagen se hacía más nítida, desde las puntas de los zapatos rojos hasta los muslos semidesnudos bajo el brillante vestido negro. El pelo oscuro llegaba hasta los hombros y su rostro no había perdido la belleza, ni siquiera estando muerta.

Evan sabía que era demasiado tarde para comprobar su pulso. Aun así se precipitó hacia la mujer, maldiciendo, en busca de latidos. No era la primera vez que veía un cadáver, ya había visto demasiados para contarlos y, aunque algunos policías se hastiaban por la experiencia, él era la excepción de la regla. De alguna manera no lograba controlar la situación por completo. La sensación de malestar en sus entrañas ganaba fuerza. Sacó su teléfono del bolsillo y pidió asistencia.

—Habla el agente esp… Soy el detective inspector Evan Gallagher —corrigió—. Tengo un homicidio en... —lanzó una mirada a su alrededor hasta que localizó el nombre y el número de una calle para comunicárselo a la operadora—. Está al lado del club Páirtí, al final del callejón. Envía a otro detective de homicidios, una docena de gardaí, a los chicos de la Oficina Técnica y a un patólogo forense. Ah, también ponte en contacto con Chelsea Campbell y pídele que venga cuanto antes —añadió, refiriéndose a la psicóloga que se ofrecía como criminóloga voluntaria de la Garda. No conocía su experiencia en crímenes violentos, pero le vendría bien toda la ayuda posible.

Terminó de dar instrucciones y echó un vistazo por encima del hombro. Obviamente el asesino no se había quedado, pero en cualquier momento alguien podría salir del club. Gracias a Dios, ésta era la puerta trasera. Si fuese la entrada principal, la escena del crimen se habría visto comprometida antes de poder revisarla. La única manera de asegurar el terreno en ese momento era bloquear la zona. La humedad ya lo había estropeado pero, por el momento, era solo una leve llovizna. Con un poco de suerte, si alguien pasaba por aquí, no se daría cuenta del cuerpo, al menos

hasta que llegara la policía, o la Garda como le decían allí.

Hacía solo un par de meses que se había mudado, y todavía le costaba recordar que ya no trabajaba para el FBI, sino para La Garda Síochána. Irse a Irlanda había sido su forma de escapar de los cadáveres en callejones oscuros. Pero, al parecer, él y los cuerpos inertes estaban destinados a encontrarse. Enderezó los hombros, y se concentró en la víctima.

Era —había sido— una mujer atractiva de unos treinta años. Su pelo oscuro estaba empapado por la lluvia, sus ojos color azul lechoso entrecerrados, miraban sin vida al cielo. Un riachuelo de sangre salía de la comisura de su boca, casi disuelto por el agua. Sobre el brillante vestido llevaba un abrigo negro que dejaba al descubierto la piel blanca de su garganta, rodeada por un anillo violáceo de hematomas. Era evidente que había sido estrangulada. Aunque había algo que no encajaba, pero Evan no podía precisar qué. Era incapaz de ver bien en la penumbra y no se atrevía a encender una linterna hasta que tuviera refuerzos que mantuvieran alejados a los inevitables curiosos.

La piel de la mujer estaba fría y flácida al tacto. Debía de llevar muerta aproximadamente una hora, máximo dos, porque el *rigor mortis* no se había apoderado de ella. Probablemente el asesino había esperado a que anocheciera, era arriesgado hacer algo así siendo de día, incluso en una zona sin circulación.

Evan tragó con fuerza, obligándose a ignorar la tensión de su estómago. Debía recordar su entrenamiento y analizar los hechos de forma objetiva. Ya no podía ayudar a esta mujer, pero la persona que la había matado estaba en algún lugar ahí fuera, pensando que se había salido con la suya.

—A la mierda —murmuró—. Voy a encontrarte, enfermo hijo de puta. Y vas a pagar.

Miró a su alrededor en busca de alguna pista. ¿Qué hacía la víctima aquí? ¿Iba a un club con amigos, se reunía con alguien, salía sola a divertirse? ¿O era una prostituta buscando algo de dinero? Esto último parecía improbable. Su ropa era decente y su

escote mucho más alto que el de la chica de la blusa roja. Con los párpados entreabiertos alcanzó a ver un bolso a cierta distancia del cuerpo y, en la otra dirección, un teléfono móvil. No había sido un atraco. La víctima aún llevaba sus joyas: dos anillos y un par de pendientes de oro, y un reloj. Matarla había sido el propósito original. ¿Era esta mujer el objetivo inicial, y por qué? No traía un kit de campo y no quería tocar nada sin guantes, para no comprometer la escena. Al menos esperaba que el contenido de su bolso y su teléfono ayudaran a identificarla rápidamente, incluso que ofrecieran alguna pista sobre la identidad del asesino.

Sacudió la cabeza mientras miraba a la encantadora morena. Como siempre, la rabia y la compasión luchaban en su interior. Por mucho que la humanidad hubiera evolucionado, la necesidad de matar lo había hecho a la par. No solo no eran menos los asesinos, sino que ahora eran incluso más inteligentes. Nunca había conocido a un homicida convicto que se rehabilitara en la cárcel. Después de arrebatar algunas vidas, por las que no pagaban realmente, seguían viviendo del dinero de los contribuyentes.

Afortunadamente, el sonido de las sirenas lo sacó de sus pensamientos. Sus superiores del FBI habían calificado sus ideas de "radicales", y le habían insinuado más de una vez que se convertiría en un peligroso justiciero si no aprendía a controlarse. Otra razón por la que necesitaba un cambio. Resultó que solo era una cuestión de geografía.

Los coches se acercaban chirriando los neumáticos y, en pocos minutos, el otro extremo del callejón estaba bloqueado por vehículos de la policía, con sus luces rojas y azules parpadeando. Para entonces, un par de jóvenes había salido del club y estaba intentando encender cigarrillos. Evan se dirigió hacia ellos, en plan policía y les mostró su placa.

—Soy el detective Gallagher. Por favor, vuelvan a entrar. Hubo un asesinato y nadie sale hasta que todos sean interrogados.

No tuvo tiempo de responder a los ojos abiertos y las preguntas balbuceantes de los muchachos. Estaba demasiado ocupado dando

instrucciones e intentaba asegurarse de que se conservara intacto el lugar hasta que llegara la Oficina Técnica, que se encargaría de la investigación de la escena. Debía de haber más de cien personas en el interior del club, por lo que necesitaría más personal para tomar las declaraciones. Dudaba que el asesino se hubiera quedado, pero si alguien había visto a la víctima dentro del club o tenía alguna información, podría ser una pista esencial.

—Detective Gallagher, ¿qué pasó aquí?

Se giró a tiempo para ver a un hombre alto y fornido que se dirigía hacia él, con pequeñas gotas de agua brillando en sus sienes canosas. Evan conocía a John O'Sullivan por su reputación, incluso antes de conocerlo en persona. Se había hecho famoso por resolver un complicado caso de asesinatos por encargo que ni siquiera el FBI y la Interpol habían descifrado.

—Detective O'Sullivan, gracias por venir. Como sabe, me reclutó el FBI para trabajar en Ciberdelincuencia, pero me trasladaron a Homicidios después de unos años. Estoy capacitado para trabajar en ambos casos, pero soy mejor delante de un ordenador que sobre el terreno. Pensé que los ojos de un veterano luchador contra el crimen local ayudarían. Me he topado literalmente con una víctima de asesinato, por allí —indicó la dirección en la que estaba el cuerpo—. Es mi primer caso de asesinato en Irlanda, así que no estoy cien por ciento seguro del protocolo.

—Resolveremos el caso —John O'Sullivan le mostró una sonrisa cansada que Evan no alcanzó a ver—. Es bueno que me hayas llamado, muchacho. Un policía competente admite sus debilidades y juega con sus cartas fuertes. Vamos a ver qué tenemos. Nóirín debería llegar pronto.

Ambos se acercaron al cuerpo. Evan le contó lo poco que tenía hasta el momento. Mientras escuchaba, John sacó dos pares de guantes de látex y le entregó uno a Evan.

—Vamos a ver si hay alguna identificación en el bolso.

—Espero que la tenga —respondió Evan, arrodillándose junto al

cuerpo—. Comprueba eso, mientras yo echo un vistazo a su teléfono. Hoy en día los teléfonos son prácticamente una herramienta para descubrir y atrapar a los criminales. ¿Tienes una bolsa de pruebas?

—En mi equipo de campo —dijo John, rebuscando en el gran bolsillo de su abrigo y sacando una caja. De ella extrajo varias bolsas de plástico transparente y se las entregó.

Evan se puso los guantes antes de levantar el teléfono del suelo mojado. Esperaba que la lluvia no lo hubiera dañado. Reconoció la marca y el modelo del teléfono y agradeció que fuera uno bueno. La pantalla estaba rota, y se quedó en negro al pulsar el botón lateral para desbloquearlo.

Maldita sea. Desde luego, no podía ser tan fácil. No entró en pánico, pues confiaba en poder recuperar los datos. Pero tomaría algún tiempo extra. Debía llevar el teléfono al laboratorio de la Oficina Técnica, ponerlo a secar, comprobar si había huellas dactilares. Tendría suerte si lograba echarle el guante al día siguiente y empezar a desmontarlo para encontrar alguna información sobre la vida de la víctima.

A unos metros, John se puso de pie, sosteniendo una tarjeta de identificación entre los dedos.

—Se llama Shannon Brody. Tenía treinta y dos años, nació y vivió en Dublín.

—Comprobaré sus datos y veré si tiene algún familiar cercano. Tenemos que informarles cuanto antes. Y luego interrogarlos —añadió Evan con gravedad.

Hizo una señal a un oficial y John le mostró la identificación de la víctima.

—Haz una foto de esto y empieza a interrogar a la gente del club —dijo Evan al agente—. Pregunta si alguien la vio, si alguien la conocía, ya sabes lo que hay que hacer. Gracias.

—Sí, señor.

El muchacho tomó la foto y se dirigió al interior, seguido por varios de sus compañeros. Evan esperaba que, si había algún

testigo, no se sintiera intimidado por los uniformes. Por otra parte, la sola visión de aquel ejército de jóvenes musculosos haría que la gente empezara a hablar.

—Buenas noches, muchachos. He oído que han asesinado a una chica.

Evan miró por encima del hombro a Nóirín Dempsey, un valioso miembro de la Oficina Técnica. Parecía una versión irlandesa de Martha Stewart, pero había escuchado sobre su mente afilada capaz de asustar a Jack el Destripador. Mientras se dirigía hacia ellos, Evan notó que su pelo rubio permanecía perfectamente recogido bajo una gorra azul oscuro con la palabra *Garda* escrita en amarillo.

—Gracias por venir, Nóirín —dijo Evan.

—¿Estás bromeando? ¿Cómo íbamos a dejar que el americano recién llegado resolviera un caso así, completamente solo?

Aunque las palabras podrían haber sido condescendientes viniendo de cualquier otra persona, Evan parecía divertido. Nóirín era tan protectora que era imposible que a alguien no le gustara. Es decir, a cualquiera que fuera inocente de cualquier mal proceder.

Nóirín volvió a la furgoneta, donde ella y el resto del equipo se pusieron los monos desechables, los escarpines y las máscaras; el equipo de protección concebido para que los expertos en la escena del crimen pudieran analizar el lugar sin contaminar la evidencia.

El otro extremo del callejón estaba bloqueado por coches de policía, una ambulancia y algunos mirones. Sus ojos brillaban con fuerza ante las luces rojas y azules procedentes de los vehículos y el flash de la cámara que un investigador utilizaba para fotografiar la escena.

Esas luces alternas nunca eran una buena señal. Tal vez la víctima —Shannon— debería haber formado parte de esa multitud. Quizás el asesino estaba entre los transeúntes, admirando su trabajo en este momento. La idea era tan desalentadora como la oscuridad, que les dificultaba la visión, incluso con linternas.

Tratando de ignorar todas las posibilidades que jugaban en su

contra, Evan se concentró en el trabajo. La patóloga también había llegado y había comenzado su examen preliminar del cuerpo. Mientras tanto, Evan y John estudiaban la escena, evitando entrometerse en el camino de Nóirín. A pesar de los charcos de lluvia, Evan encontró un rastro en el suelo.

—No la asesinaron aquí —le dijo a John, indicando los contenedores—. La arrastraron desde allí.

Siguieron el rastro, caminando a cierta distancia para no estropearlo. La zanja poco profunda en el barro comenzaba a varios metros, cerca de la entrada del club, que ahora estaba sellada con cinta policial.

—La mató aquí y luego arrastró el cuerpo hasta allá, para que no la encontraran demasiado pronto y le diera tiempo a escapar —especuló John.

—Eso parece. Aunque es arriesgado. Alguien del club podría haber salido en cualquier momento.

—¿Estamos seguros de que la causa de la muerte fue el estrangulamiento? —preguntó John.

—Se podría pensar que sí, pero no —escuchó la voz de Siobhan O'Boyle interrumpiendo por detrás—. Ven aquí, tengo algo que mostrarte —todavía arrodillada junto al cuerpo, la forense extendió sus dedos enguantados y palpó con cautela la parte posterior de la cabeza de la víctima, luego la giró ligeramente hacia la luz para que John y Evan la vieran—. Recibió un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza. Probablemente el asesino solo pretendía dejarla inconsciente, pero creo que fue el golpe lo que la mató. Solo lo sabré con certeza después de la autopsia; sin embargo, incluso si fue estrangulada, no fue mientras estaba consciente. ¿Ves esto? —levantó una de las manos de la víctima—. No hay heridas defensivas, ni uñas rotas. Además, su lengua no está saliente e hinchada como en cualquier caso típico de estrangulamiento y, aunque tiene algunos capilares rotos, sus ojos están medio cerrados, no saltones. Mi primera impresión es que su agresor la golpeó y luego la estranguló sin darse cuenta de que ya

estaba muerta o moribunda.

—He aquí una nueva definición de ensañamiento —comentó Evan secamente. Aunque tuvo que mantener la calma, un escalofrío sacudió su cuerpo—. Este hijo de puta trae hielo en las venas. Y mucha rabia. No parece el típico crimen pasional, ya que esos suelen incluir violación; pero, cuando investiguemos sus antecedentes, asegurémonos de revisar si presentó alguna queja sobre alguien que la molestara.

—Sí —estuvo de acuerdo John—. Tus instintos rara vez se equivocan, Siobhan. ¿Puedes darnos una hora de la muerte?

—No una exacta, pero diría que menos de tres horas —respondió Siobhan distraídamente, limpiando la sangre de la boca de la víctima y sellando la bolsa de pruebas.

—¿Y el objeto con el que fue golpeada? —le preguntó Evan.

—La verdad es que no estoy segura de nada, salvo que era lo suficientemente pesado y resistente como para causar un daño real.

—¿Cómo esta piedra de aquí?

Nóirín se acercó a ellos, sosteniendo lo que parecía una roca o un ladrillo. La miraba de cerca a través de unas gafas con aumento.

—Sí, definitivamente hay algo de sangre en esto. Parece que es el arma homicida, detective —dijo, levantándola para que Evan la viera.

Se acercó para estudiarla y se detuvo justo a tiempo para no morderse la uña del pulgar, un hábito que intentaba abandonar. Su madre solía burlarse de él diciendo que, cuando se mordía el pulgar, era señal inequívoca de su concentración.

—¿No es esto un bloque de empedrado, como los que se usan para pavimentar el callejón?

A su lado, John se agachó para analizar el pavimento.

—Creo que podría serlo —dijo, enderezándose—. Pero esto no es un bloque. Es una especie de adoquín. Los bloques se extraen de las canteras para darles una forma regular, a diferencia de los adoquines, que suelen tener forma más natural, como estos —dijo, señalando las piedras.

—Veamos si hay un agujero donde encaje esto —dijo Evan—. Tal vez el asesino lo desenterró, y podríamos tener una mejor oportunidad de encontrar algunas huellas dactilares.

—O tal vez lo encontró tirado por ahí. Estos adoquines deben tener varios siglos de antigüedad. A pesar del mantenimiento, hay muchos que el tiempo ha sacado de su lugar —razonó John.

—De cualquier manera, me parece que el asesino no vino preparado —reflexionó Evan—. ¿Fue algo improvisado? Mierda, ¿dónde está esa perfiladora? Debería haber llegado ya.

Miró a su alrededor, frustrado, preguntándose qué podría retener a Chelsea Campbell. ¿Estaría durmiendo? ¿Tendría una cita? Había escuchado por ahí que no estaba casada, pero le parecía poco probable que no estuviera involucrada con alguien. Era atractiva, tenía que admitirlo: más o menos de su edad, menuda, bien formada, con una masa de pelo rubio y ondulado, una voz de Marilyn Monroe y los ojos más inusuales que había visto. Sabía que la gente no podía tener los ojos morados de forma natural, pero ya fuera por el maquillaje o por la luz que emanaban sus ojos azules amatista, eran llamativos. Siempre que la veía, se preguntaba qué hacía como voluntaria en la policía, en lugar de ser modelo o algo parecido. Esta era su primera oportunidad de comprobar sus habilidades profesionales y, hasta ahora, no estaba demasiado impresionado.

2

Los mangos estaban verdes, dispuestos en cajas negras divididas en filas y líneas ordenadas. Chelsea pensó que parecían un código binario, verde contra negro, y entonces sonrió para sí mientras empujaba su carrito hacia el siguiente pasillo. ¿Alguien más habría hecho una analogía así? Probablemente menos del cinco por ciento de la población. Su coeficiente intelectual de 177 la calificaba de genio, pero nunca se había sentido como tal. De hecho, cuanto más estudiaba la mente humana, más se convencía de que sus conocimientos sobre ella eran muy primitivos. Al fin y al cabo, la mayoría de los seres humanos solo utilizan una parte limitada de su cerebro para realizar acciones conscientes. Como Doctora en Psicología había aprendido a interpretar los resultados y, en algunos casos, a predecir las reacciones; lo que era útil en sus dos carreras. Pero, aunque era capaz de estimar la edad de un criminal o el peligro de un paciente a punto de suicidarse, no entendía realmente por qué mataban a otras personas o a sí mismo.

Escogió un melón, lo acercó para olerlo y su nariz se arrugó al instante, entonces decidió colocarlo de vuelta en su lugar. ¿Dónde se podía encontrar un melón aromático y dulce en octubre? En Irlanda, seguro que no. Repasó la lista de la compra una vez más y se dirigió a la caja. El supermercado estaba casi desierto a esa hora, como a ella le gustaba. Detestaba las aglomeraciones y las colas.

Apenas terminaba de colocar sus artículos en la cinta transportadora, cuando sonó su teléfono. Con el ceño fruncido, lo sacó de su bolso y experimentó un momento de pánico al ver el

número de la Garda. ¿Por qué llamarían tan tarde? Debía de haber ocurrido algo terrible.

—¿Esto es todo, señorita? —preguntó impaciente la cajera.

Chelsea se limitó a asentir con la cabeza, mientras atendía el teléfono, echando la compra en su carrito con la otra mano.

—Chelsea Campbell.

—Señorita Campbell, el fiscal Gallagher ha solicitado que se presente en el número 34 de Sráid Anraí —le informó una voz de mujer—. Ha habido un homicidio y el detective necesita su ayuda.

Chelsea tragó con fuerza, sus palmas se humedecieron al instante.

—Estaré allí tan pronto como pueda.

De manera automática echó las últimas compras en el carrito, pasó la tarjeta de crédito por el escáner y salió corriendo de la tienda como si estuviera siendo perseguida. En los dos años que llevaba trabajando con la policía nunca la habían llamado para que acudiera a la escena de un asesinato, así que esto debía ser algo serio. ¿Quién era el inspector Gallagher? Su mente trabajaba tan frenéticamente como sus piernas, mientras empujaba el carro por el aparcamiento subterráneo, resintiendo cada segundo que tardaba en llegar a su coche. Conocía a todo el mundo en Homicidios, y ese nombre no le sonaba de nada. ¿O era el nuevo tipo de Ciberdelicuencia, el americano que se había trasladado recientemente? Tuvo un recuerdo de su pelo castaño y sus ojos marrones y afilados que parecían registrarlo todo. Lo había visto en la sede unas cuantas veces y, cada vez, se había sentido como un liliputiense frente a Gulliver. No es que fuera un gigante, pero era alto y bien formado, mientras que ella era baja y para nada bien formada. Entonces, ¿por qué un detective de Ciberdelincuencia iba a investigar un homicidio y, por qué la había requerido a ella? Sabía que ese era el procedimiento común en Estados Unidos, pero esto era Irlanda. La mayoría de los delitos aquí se limitaban a excesos de velocidad, atracos y algunos asesinatos relacionados con bandas.

Metió sus compras en el maletero, empujó el carrito y entró en el coche. Mientras conducía hacia la salida, intentó recordar dónde estaba Sráid Anraí. Conocía la calle, pero no tenía ni idea de dónde estaba el número 34. Con una mano, introdujo la dirección en el navegador, ya que sabía que esa zona habían varias calles peatonales y que tendría que caminar cierta distancia. Gracias a Dios las carreteras estaban bastante despejadas a esa hora. Normalmente era una conductora responsable, pero ahora estaba infringiendo varias leyes de tránsito en su prisa por llegar a la escena.

Respiró profundamente y se concentró en el procedimiento. No tenía ni idea del tipo de asesinato al que se enfrentaría. En silencio, rezó para que no fuera tan horrible, al punto de poder sentirse abatida y perder toda su credibilidad profesional. Unos segundos más tarde se sintió avergonzada por sus pensamientos. La víctima —ni siquiera sabía si era un hombre o una mujer— se merecía algo más que una psicóloga criminalista llorona y de corazón débil. Esa pobre persona merecía justicia, y Chelsea juró que su participación sería decisiva para atrapar al monstruo que se había llevado una vida esa noche.

Estuvo segura de haber llegado a su destino al ver las luces de los carros policiales y un grupo de personas en el extremo de la calle. No había plazas de aparcamiento disponibles delante del club, así que dejó el coche en la acera. Una infracción de tráfico más era insignificante ahora. Cogió su bolso, se apresuró a salir del coche, lo cerró con llave y corrió hacia las luces intermitentes. El aire de la noche era tan frío que la dejaba sin aliento y le ponía la piel de gallina. Su chaqueta de cuero no era una prenda apropiada, pero no había planeado salir a la calle.

Al acercarse a la escena del crimen y abrirse paso entre los transeúntes, se olvidó de su incomodidad. Con la mandíbula apretada y el estómago agarrotado se dirigió hacia la cinta amarilla que delimitaba la escena, la levantó ligeramente y pasó al otro lado, con cuidado de no estorbar a los técnicos forenses que

buscaban y recogían pruebas. Notó la presencia de John O'Sullivan al mismo tiempo que él se giraba a verla pero, antes de poder dirigirse a él, una voz seca le habló por detrás.

—Ya era hora, señorita Campbell. Si la lluvia no hubiera cesado y la víctima no estuviera ya muerta, se habría ahogado mientras la esperábamos.

Con los ojos ardiendo de indignación, se volvió para mirar al hombre. Sí, era el yanqui, su expresión era tan dura como la de un vikingo furioso. No estaba de buen humor, pero ella tampoco lo estaba.

—Lo siento, detective Gallagher, pero estaba en el supermercado haciendo los recados. Vine tan rápido como pude. ¿Qué pasó aquí?

Frunció el ceño.

—¿Recados? ¿En el supermercado?

—Hacía las compras —explicó la expresión irlandesa con impaciencia—. ¿Qué ha pasado? —repitió ella, mientras miraba ansiosamente el lugar.

—Tenemos una víctima femenina de treinta y dos años, golpeada en la nuca y luego estrangulada. Parece que ya estaba muerta cuando se produjo el estrangulamiento. Quiero su opinión sobre esto. Entiendo que no tiene mucha experiencia en crímenes violentos, pero…

—No tener mucha experiencia en el campo no me hace menos competente. ¿Puede darme un par de guantes? ¿Y esta zona está despejada por el equipo forense? Quiero echar un vistazo al cuerpo.

Gallagher pareció sorprendido, pero asintió con la cabeza y le entregó un par de guantes de látex.

—Hola, Chelsea, gracias por venir —dijo John, uniéndose a ellos—. Necesitamos toda la ayuda posible para averiguar quién mató a esta pobre chica.

—Haré lo que pueda, John —se puso los guantes—. ¿Estás dirigiendo la investigación?

—Así es —dijo Evan—. De hecho, fui yo quien descubrió el cuerpo.

—¿Puedes decirme qué pasó?

Le contó lo poco que sabían. Chelsea escuchó con atención, mientras analizaba su entorno, familiarizándose con la escena.

—¿Hay cámaras de seguridad? —preguntó.

Evan negó con la cabeza, al mismo tiempo que ella asintió.

—No, no es una calle circulada, y como es una zona peatonal tampoco hay cámaras de tráfico. ¿Algún testigo?

—Nuestros oficiales siguen tomando declaraciones, pero de momento nada —respondió Evan.

—Si alguien hubiera visto algo, ya se habría presentado, o debería haberlo hecho. A veces las personas tienen miedo de denunciar los delitos, ya sea porque temen las repercusiones o porque tienen miedo de convertirse en sospechosos —hizo una pausa, asegurando los guantes en sus dedos—. ¿Cómo se llama?

—Shannon Brody.

—Shannon... — Chelsea respiró profundamente y se acercó al cuerpo. Tragó con fuerza, con la garganta seca, y miró hacia abajo. No pudo evitar sentir tristeza al ver el cuerpo. Era natural, así como la furia que vino después, sintió rabia hacia el bastardo que le había hecho esto a ella, a Shannon.

En la muerte, el rostro de la joven era inanimado, había perdido su expresión, pero no su belleza. ¿Quién querría destruir esa belleza, y por qué había elegido esta manera en particular? No era fácil de lograr, pero Chelsea necesitaba salir de su zona de confort y entrar en la mente del asesino. Para entenderlo tenía que pensar como él, visualizar el asesinato, imaginar lo que habría hecho si hubiera querido acabar con la vida de esa mujer; todo ello sin dejar de estar anclada a la realidad. Sabía lo peligroso que podía ser ahondar demasiado en una mente perversa.

Ignorando el ruido y el movimiento a su alrededor, se puso de pie y se alejó del cuerpo lentamente, mirando a su alrededor. Sintió a Evan a su lado, pero no habló ni se acercó demasiado.

Había hecho esto antes, más veces de las que podía contar.

—¿Han encontrado el arma del crimen? —preguntó ella.

Evan le habló del adoquín que encajaba en el pavimento.

—Es inteligente —susurró Chelsea—. Y con recursos. La forma más sencilla de deshacerse de un arma homicida es dejarla en la escena del crimen, si te aseguras de no dejar rastros de ADN o huellas dactilares. Por eso el asesino no trajo un arma y prefirió improvisar. Piensa rápido, no pierde la cabeza.

—¿Crees que es un hombre?

Chelsea negó con la cabeza.

—No puedo asegurarlo. No hay rastros de agresión sexual, ni pruebas reales que indiquen si se trata de un hombre o de una mujer pero, para agilizar la comunicación, me referiré al asesino como un él por ahora —se estremeció por un segundo ante un soplo de viento frío de otoño. Aunque su cuerpo era sensible a los estímulos exteriores, su mente estaba concentrada, buscando, visualizando—. Es un hombre arriesgado. Tenía tantas ganas de matarla como para lanzarse a hacerlo en un lugar relativamente público, pero fue lo suficientemente calculador como para elegir una zona algo apartada y con poca iluminación. Tiene un temperamento violento. Creo que perdió el control de sí mismo cuando la estranguló. El método que eligió indica que este asesinato fue personal. Quería, necesitaba, mirar la cara de su víctima mientras le quitaba la vida. Y creo que este era su único propósito. Ni dinero, ni violación, ni siquiera venganza por algo. Solo quería acabar con su existencia.

—¿Por qué?

De tan paralizada que estaba, casi había olvidado que Evan estaba allí. Ahora se volvió hacia él lentamente, luchando por volver, por regular su respiración. Por muy oscuro que fuera el callejón, para ella era el ancla que la mantenía unida a la realidad. Era una experiencia agotadora. Hasta este momento había analizado las escenas del crimen desde la seguridad de su escritorio, a través de fotos y vídeos, pero esto era real. Demasiado

real.

Como si percibiera su agitación, Evan le tocó el hombro.

—Oye, ¿estás bien?

Parpadeó para ajustar su visión y luego lo miró. Su mirada marrón y firme la hizo sentir tranquila.

Ella asintió.

—Sí. Todavía no sé su motivo. Necesitamos más datos sobre Shannon, su familia y sus amigos. ¿Sabes si estaba casada o tenía hijos?

—Hice una búsqueda: era soltera, no tenía hijos. La única familia que tiene son sus padres, que viven aquí en Dublín. Tengo que informarles de su muerte, y me preguntaba si me acompañarías —se metió las manos en los bolsillos, con cara de vergüenza—. Como eres psicóloga y todo eso, pensé que podrías saber qué decir, para darles algo de consuelo.

—Claro.

Chelsea lo estudió. Era un defecto profesional y a menudo hacía que la gente se sintiera incómoda, aunque ella se esforzaba por ser lo más discreta posible cuando analizaba a alguien. Sintió que él estaba incómodo y temía decirle a los padres de Shannon que su hija había sido asesinada. Había imaginado que un ex-agente del FBI estaría hastiado de estas cosas, así que le sorprendió leer ese tipo de sensibilidad en Evan Gallagher.

—¿Quieres ir ahora? —preguntó ella.

Evan encogió los hombros, mirando a su alrededor.

—Sí, tenemos que hacerlo. Es lo correcto, darles la noticia cuanto antes. El equipo forense terminará aquí, y el detective O'Sullivan supervisará. Por ahora, no tenemos nada más que hacer en este lugar.

—De acuerdo. Vamos.

—¿Tienes coche?

—Sí, está aparcado aquí cerca —contestó ella, bajando las mangas de su chaqueta para cubrir sus manos congeladas. Por mucho que se ejercitara e intentara mantener la circulación

sanguínea, sus manos siempre estaban frías.

Consultaron a John y a Nóirín, y se marcharon después de que John prometiera que se encargaría del resto y de cerrar las cosas por esta noche. Mientras caminaban hacia el coche, Evan buscó la dirección de los señores Brody en su teléfono. La mayoría de los curiosos se habían dispersado, pero Chelsea se alegraba de que los muchachos siguieran trabajando, interrogando a las personas que quedaban. Con un poco de suerte alguien revelaría algo sobre Shannon y les daría una pista sobre dónde empezar a buscar a su asesino.

Al llegar al vehículo, se encontraron con un gato callejero amarillo acurrucado en el capó, con los ojos entrecerrados y la cola mullida enrollada en torno a sí mismo. Chelsea sonrió y vio que Evan secundaba su gesto.

—Qué gatito más listo. El motor debe estar aún caliente —odiaba molestar al gato, el cual se alejó de un brinco cuando se acercaron, cruzando la calle y perdiéndose en la oscuridad.

Chelsea subió al coche y Evan ocupó el asiento del copiloto. Encendió el motor y la calefacción. Mirando de reojo notó que Evan también parecía tener frío, estaba encorvado en una chaqueta que se tensaba en las costuras para acomodar sus anchos hombros. Apenas cabía en su coche.

—Deberías ir más abrigado —dijo ella, retrocediendo para sacar el coche de la acera.

—¿Hablas por experiencia? —preguntó él secamente, mirando con atención su fina chaqueta y sus vaqueros.

—Sí, pero yo no iba a ninguna parte a pie. ¿Cuál es la dirección?

La introdujo él mismo en el navegador. Luego se recostó en su asiento, relajándose con el aire caliente que salía de las rejillas de ventilación.

—¿Quién hace la compra a las diez de la noche?

Chelsea sintió que una sonrisa luchaba por asomarse en sus labios.

—Me gusta ir cuando no hay nadie. Entonces, ¿cómo te sientes aquí? ¿Ya te has instalado?

Se movió con un ligero encogimiento de hombros.

—No había mucho que acomodar. Alquilé un piso en Ranelagh, y ahora estoy buscando un coche para comprar.

—¿Eso es todo?

—Me gustan las cosas simples.

—Como cualquier hombre que se aprecie. Envidio tu capacidad de mantener las cosas sin complicaciones. Recuerdo que una vez vi una imagen divertida que resaltaba la diferencia entre un hombre y una mujer: la mujer era una masa de circuitos complicados, mientras que el hombre era un simple cajón de encendido y apagado.

Soltó una carcajada.

—Suena bien. ¿Por qué complicar las cosas? La vida ya te las complica.

Su sonrisa se desvaneció. Definitivamente la vida complicaba las cosas, y a veces eso era un eufemismo para definir la tragedia. Ella tenía más de un motivo para probarlo.

—¿Qué crees que le pasó a Shannon Brody? —preguntó ella, mientras se detenía ante un semáforo en rojo y giraba la cabeza para mirar a Evan.

Su expresión era cuidadosamente educada, pero debajo de ella podía leer la pena, la ira, la sensación de inutilidad, así como su determinación de encontrar al asesino.

—Es demasiado pronto para decir algo pero, si comparamos los precedentes, este tipo de asesinato parece un crimen pasional, ya sea un amante, o alguien que quería serlo, tal vez un acosador que la víctima ni siquiera conocía. O, tal vez, alguien que estaba resentido con ella por alguna razón —su mirada era distante, subrayada por las sombras de fatiga bajo sus ojos—. Podrían ser muchas cosas. Esta es solo una hipótesis. Interrogaremos a su familia, a sus amigos, comprobaremos sus dispositivos electrónicos, sus contactos. En cierto modo, tenemos suerte de que existan las

redes sociales. Nos dan pistas que de otro modo no descubriríamos. Pero, lamentablemente, también ofrece motivos y oportunidades para que estos enfermos encuentren presas de todo tipo. Es un jodido patio de recreo para ellos.

Ella asintió en silencio, sabía que él tenía razón. El navegador anunció que habían llegado a su destino. Se humedeció los labios, esto iba a ser desgarrador.

Los Brody vivían en una casa pequeña y bien cuidada, rodeada por un cerco de arbustos de hoja perenne. Una luz exterior estaba encendida sobre la puerta principal, haciendo el lugar aún más acogedor.

Evan comprobó la dirección una vez más, mientras bajaban del coche.

—Bien, vamos.

Chelsea se sorprendió nuevamente al percibir tanta emoción en él. Para hacer su trabajo, un policía tenía que ser más distante, no involucrarse demasiado en los casos. Se le ocurrió que Evan podría haberse trasladado a la Garda porque estaba agotado y necesitaba un descanso de los casos del FBI, que sin duda exigían más de los oficiales. Lo sintió por él, pero no tuvo tiempo de pensar en ello.

Evan tocó el timbre y, tras un par de minutos de silencio, volvió a tocarlo.

—Señor Brody, somos el detective Evan Gallagher y la doctora Chelsea Campbell de La Garda Síochána —no gritó, pero habló lo suficientemente alto como para que se le escuchara dentro de la casa—. ¿Puede abrir la puerta, por favor? Tenemos que hablar con usted.

Se oyó el ruido de un portazo y luego se encendió una luz en el interior de la casa. Unos segundos después, un hombre alto, delgado y de edad avanzada abrió la puerta solo unos centímetros. A través de la rendija, Chelsea vio a su esposa de pie detrás de él, pequeña y rellenita. Sus ojos estaban muy abiertos y delataban preocupación.

—¿Dijeron que eran policías? ¿De qué se trata? —preguntó el

hombre.

En su carrera, Chelsea veía a menudo cómo la gente se derrumbaba. Se ganaba la vida ayudándola a superar sus tragedias, y realmente hacía lo que podía. Aunque intentaba ser objetiva, era imposible no sentir algo en casos como estos. Sin embargo, era la primera vez que presenciaba la reacción inmediata de alguien ante la noticia de que un ser querido había sido asesinado. Y fue lamentable.

Incluso mientras escuchaba a Evan responder a sus preguntas llorosas, mientras daba un paso al frente para ofrecer palabras de consuelo que parecían vacías y superficiales, podía ver a la pareja desmoronarse, sus espíritus destrozados, sus corazones desgarrados. No les quedó más remedio que guiar a los ancianos de vuelta al interior de la casa y ayudarlos a sentarse en un anticuado sofá. Chelsea se ofreció a traerles agua y el señor Brody asintió robóticamente, mientras sus ojos derramaban lágrimas y abrazaba a su mujer. Ella lloraba, con el cuerpo sacudido por los sollozos.

El corazón de Chelsea se apretaba mientras se dirigía a la cocina de la modesta casa. Vio varias fotos enmarcadas de Shannon, expuestas con orgullo en el salón y el pasillo. Tardó varios minutos en calmar a la señora Brody lo suficiente como para que la mujer pudiera beber un poco de agua. Sus manos, arrugadas por la edad, temblaban bajo las de Chelsea.

—¿Fue un accidente? —preguntó la señora Brody entre sollozos, respirando con dificultad—. ¿Alguien la atropelló con un coche?

Evan miró hacia abajo y luego volvió a mirar a la anciana.

—No, señora Brody. Me temo que fue un asesinato preconcebido.

Los ojos inundados de la mujer se abrieron de par en par con horror.

—¿Asesinato? Pero... ¿Quién podría haber asesinado a nuestra niña? ¿Por qué?

—Eso es lo que tenemos que averiguar, y usted puede

ayudarnos —dijo Evan—. ¿Sabe usted si Shannon tenía algún enemigo, si se había peleado con alguien últimamente?

El señor Brody negó con la cabeza, con aspecto aturdido.

—No. Shannon era una buena chica, muy reservada. Trabajaba mucho, así que no tenía muchos amigos.

—¿Dónde trabajaba? —preguntó Chelsea.

—En un salón de belleza. Era una artista de las uñas y tenía muchas clientas a las que les encantaba su trabajo. Era muy solicitada y todo el mundo la quería.

—¿Estaba casada o involucrada con alguien? —preguntó Evan.

—Tiene un novio, Patrick —respondió el señor Brody, limpiándose las lágrimas de los ojos—. Nos burlamos de ella porque se estaba haciendo vieja para andar en noviazgos, pero siempre decía que tenía mucho tiempo para casarse y tener hijos.

Enterró la cara en el pelo gris de su mujer, con los delgados hombros temblando.

—¿Puede decirme el nombre completo de Patrick? ¿Lo conoce? —preguntó Evan, sacando su libreta.

Tanto el señor como la señora Brody levantaron sus rostros simultáneamente hacia Evan.

—¿Creen que le haya hecho daño?

—En este momento no tenemos sospechosos, señor Brody. Debemos interrogar a todas las personas cercanas a Shannon. Háble me de Patrick. ¿Él y Shannon llevaban mucho tiempo saliendo?

El anciano lo observó a través de unos ojos vidriosos por la angustia. Los mismos ojos azules que había heredado su hija.

—Bueno, su nombre es Patrick O'Leary. No sé su dirección, pero Shannon lo invitó a cenar aquí varias veces. Llevaban algunos meses saliendo.

Evan anotó la información, mientras Chelsea seguía sosteniendo la mano de la señora Brody.

—¿Han discutido últimamente?

—No lo sé. Shannon es una mujer adulta, no nos metemos en

sus asuntos —el señor Brody se encogió de hombros—. A Maggie, mi esposa, nunca le gustó, y a mí me pareció un muchacho violento.

—Es un traficante, que no hace nada bueno —dijo la señora Brody, con la cara repentinamente enrojecida—. Le advertí a Shannon que no se fiara de un hombre que había conocido en Internet.

La mirada de Evan buscó rápidamente la de Chelsea, que también lo estaba mirando.

—¿Qué quiere decir, señora Brody?

Evan se alertó. Las páginas de citas en línea eran el terreno de juego perfecto para cualquier depredador, sexual o de otro tipo. Esta era una información importante.

La Sra. Brody asintió.

—Chatearon durante meses, pero solo se vieron cara a cara hace tres o cuatro meses. Shannon me dijo que no era tan guapo como parecía en sus fotos. Me dije, ¡qué sorpresa! Con esta maldita tecnología, cualquiera puede fingir que es Cary Grant.

Evan les hizo más preguntas pero, además de su nombre, no parecían saber mucho sobre el misterioso Patrick O'Leary. Con el paso de los minutos, la pareja se fue desmoronando poco a poco, dándose cuenta de que su hija ya no formaba parte de su vida.

—¿Dónde está Shannon? —preguntó el Sr. Brody—. ¿Cuándo podremos verla?

Evan se pasó los dedos por el pelo.

—Necesito que venga con nosotros ahora para identificarla oficialmente. Luego les avisaré cuando puedan organizar el funeral —los miró por turnos—. Necesitamos retenerla un poco más, para poder averiguar quién le hizo esto, y asegurarnos de que pague.

Los ojos del Sr. Brody brillaron, su mandíbula se contrajo, a pesar del debilitamiento provocado por la edad y la tragedia reciente.

—Asegúrese de hacerlo, detective. Por el bien de mi hija, encuéntrelo.

El rostro de Evan también se endureció mientras miraba a los ojos del anciano, a su alma rota.

—Lo haré. Se lo prometo.

3

Algo la había despertado y no sabía qué. Probablemente había sido la luz del día. Los rayos de sol se asomaban a través de las persianas, haciendo que sus ojos dolieran. Los frotó, se levantó de la cama y se dirigió a la ventana. Una sonrisa curvó sus labios al recordar que era su cumpleaños. Cumplía doce años.

Se moría por ver qué regalos le habían comprado sus padres. Papá estaba en un viaje de negocios. Últimamente pasaba mucho tiempo viajando, pero Chelsea no lo echaba mucho de menos. No era tan cálido y cariñoso como su mamá en sus mejores días y, cuando él estaba en casa, ella y su mamá debían permanecer calladas todo el tiempo, no hablar en voz alta, no tener la televisión encendida a todo volumen. Le gustaba más cuando él no estaba. Creía que su madre también lo prefería, aunque a veces la encontraba triste con la mirada perdida, viendo cosas que Chelsea no podía ver, oyendo cosas que nadie más oía.

A Chelsea le daba miedo mirar por la ventana. La altura la mareaban y vivir en un décimo piso no la ayudaba con sus miedos, pero hoy quería intentarlo de nuevo. El sol la ponía de buen humor. Empezó a caminar hacia la ventana, su madre la había abierto solo unos centímetros como siempre hacía en verano. Las persianas blancas estaban entreabiertas, filtrando la luz de a poco. De repente una sombra, acompañada de un sonido similar a un aleteo, nubló la ventana. Chelsea dio un paso atrás, desconcertada. ¿Qué era eso? ¿Un pájaro? No, era demasiado grande para ser un pájaro, y se había dirigido hacia abajo, justo fuera de la ventana.

Con cautela, se acercó. Sintió una sensación extraña en el

estómago, pero no sabía por qué. La misma sensación que experimentaba cuando se colaba en el salón de noche para ver películas de miedo con el volumen bajo. La mayoría de las veces se arrepentía, pues las películas solían causarle pesadillas durante semanas.

La misma angustia se apoderó de ella ahora al abrir más la ventana y armarse de valor para mirar hacia abajo todos esos pisos. Estaba a salvo, estaba dentro. No podía caer. Se agarró al borde de la ventana y se acercó, mirando primero el cielo azul y luego el horizonte de la ciudad. Era bonito, dorado por los colores del amanecer. No sabía por qué había tenido tanto miedo. Se acercó aún más, apretó las manos en el alféizar de la ventana y miró hacia abajo. Entonces su cuerpo se congeló. Sintió un horror inmenso que heló sus manos al reconocer aquella figura en el centro del parche verde que adornaba la fachada del edificio. Su madre, vestida solo con una bata, los ojos desorbitados y el cuerpo encogido. Un riachuelo de sangre se deslizaba por la comisura de su boca mientras miraba a un cielo del mismo color que el de sus ojos sin vida.

CHELSEA DESPERTÓ del sueño como un buzo que sale a la superficie, tomando enormes bocanadas de aire para contener el grito atrapado en su pecho. Hacía mucho tiempo que no recordaba —que no revivía— el suicidio de su madre. Sabía lo que había provocado el sueño, conocía sus mecanismos. Todo se había desencadenado en su cabeza a partir de los acontecimientos de la noche anterior. Ser consiente de eso la ayudaba a superar el pánico, a dominar su respiración y a hacer que su corazón se ralentizara. Se había enseñado a sí misma estas técnicas a lo largo de los años en que había sido paciente en lugar de terapeuta. A menudo, cuando creía tener el control, su mente volvía a jugarle una mala pasada.

Aún jadeante, apoyó la espalda en el reposacabezas y buscó el vaso de agua que siempre tenía en la mesita de noche. Le

temblaban los dedos. Su aliento le sacaba vapores al agua mientras bebía lentamente, alternando tragos de aire y del líquido. Finalmente, dejó el vaso vacío en la mesita de noche y se frotó la cara con ambas manos, deseando poder borrar el recuerdo que la había perseguido durante veintitrés años.

—Dios, ¿por qué me dejaste? —susurró, sin saber si se dirigía al ser todopoderoso o al fantasma de su madre—. Para ti todo terminó en segundos. Para mí, nunca acabará.

Se permitió un sollozo, solo uno. Luego se recompuso y tiró las sábanas a un lado. No podía derrumbarse. No lo haría. Tenía trabajo que hacer. Tenía una vida y fuerzas para vivirla. Deseaba haber podido ayudar a su madre antes de que fuera demasiado tarde, pero el destino tenía otros planes. Sabía por qué se había suicidado y, aunque no había podido hacer nada al respecto, gracias a sus estudios podía evitar que otros hicieran lo mismo. A eso había dedicado su juventud. Y ahora tenía un nuevo objetivo: ayudar a Evan a esclarecer la muerte de aquella chica.

Estaba agradecida por tener un trabajo que la mantuviera ocupada y le diera un propósito. Se dirigió a la cocina y puso la cafetera. Tiritaba un poco en su pijama de algodón y volvió al dormitorio para meter los pies en unas gruesas y mullidas zapatillas. Al abrir la ventana se estremeció con la niebla gruesa que se cernía sobre los árboles desnudos, anunciando otro día frío. Al menos tenía una valla de árboles de hoja perenne que separaba su pequeño patio trasero de la calle y de las casas de los vecinos. Daba la impresión de que siempre había un rincón de primavera allí fuera, a la espera de que el calendario se pusiera al día.

El olor del café le calentó el pecho incluso antes de servirlo en una taza grande, con una cucharadita de azúcar y una generosa cantidad de crema. Buscó en la alacena y añadió el toque final a su café perfecto: una pizca de canela. Abrió la nevera y examinó su contenido, pero nada le apetecía.

Agarró el café, se dirigió al salón, se acomodó en el sofá de cuero rojo, hundiendo los pies en la gruesa alfombra a juego, y

encendió la televisión. Le gustaban los colores vivos y, al comprar la casa, decidió decorarla ella misma para combinarlos. Una pared de ladrillos rojos albergaba una auténtica chimenea que no le molestaba utilizar de vez en cuando. La pared opuesta era completamente de cristal, enmarcada por cortinas de color verde oscuro. En verano las abría para disfrutar de una hermosa vista de su pequeño jardín, adornado con enanos y flores. Pero ahora prefería mantenerlas cerradas y desterrar la lúgubre luz gris con los cálidos focos enterrados en el techo.

Veía la repetición de una comedia mientras bebía su café y hacía planes para el día. Su primer paciente tenía una cita a las cuatro y media de la tarde, lo que le dejaba algún tiempo para ir a la policía. Apenas eran las siete y cuarto y dudaba que Evan estuviera allí tan temprano. Hacia las tres de la madrugada de la noche anterior, después de dejar a los padres de Shannon, lo había llevado a su casa. Era una distancia considerable, pero había disfrutado el trayecto. Además, ambos necesitaban algo de compañía, alguna conversación fuera de las cosas del trabajo. Hablaron de temas sin mucha importancia, como la música de la radio o las atracciones turísticas de Irlanda que, para su sorpresa, eran un misterio para el yanqui. El hecho de que solo llevara un par de meses allí no era excusa. Si no recordaba mal, incluso se había ofrecido a mostrarle Glendalough y la Roca de Cashel, al descubrir que le fascinaban la historia y los yacimientos arqueológicos tanto como a ella. Amaba cada roca, cada ruina, cada puñado de tierra que formaba parte su herencia irlandesa. Si hubiera podido vivir en cualquier lugar de la Tierra, habría elegido su tierra natal.

Bostezando buscó su portátil y abrió la carpeta donde guardaba su diario. Tras la muerte de su madre, el terapeuta al que la había llevado su padre le había sugerido que escribiera sus sentimientos como parte del proceso de curación. En aquel momento le pareció una estupidez pero, con los años, descubrió que realmente surtía efecto, al menos para ella. Era una persona solitaria por naturaleza

y, a veces, la necesidad de hablar, de expresar sus emociones, era abrumadora. Así que escribía, a veces notas cortas, otras veces exploraciones más elaboradas de sus pensamientos, o simplemente breves relatos de las actividades de su día.

Intentando equilibrar el portátil sobre sus rodillas, tecleó la fecha y añadió una nueva entrada.

Esta mañana he vuelto a tener el sueño. Hacía más de un año que no lo tenía, pero ha sido igual de espeluznante. Quizás porque es una reacción doblemente traumática para mi cerebro. Anoche me enfrenté a mi primera escena del crimen. Asesinaron a una joven encantadora llamada Shannon Brody. Todavía no sabemos quién la mató, ni por qué, pero mi instinto me dice que fue algo muy personal. Cuando la vi allí, muerta, con los ojos azules mirando al cielo, fue como volver a ver a mi madre. Por un segundo, fue como verme a mí misma, en esos momentos oscuros en los que temía heredar el destino de mamá, su enfermedad. Sé que la esquizofrenia puede desarrollarse a cualquier edad, puede aparecer sigilosamente sin que la persona se dé cuenta. Si mi madre hubiera sido diagnosticada a tiempo, aún estaría viva. Pero si tengo este gen, ¿lo sabré a tiempo? Mi mayor miedo es perder el control. No podría sobrevivir a eso.

Conmovida, sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Durante todo el instituto había vigilado su salud mental con regularidad, casi de forma obsesiva. Hasta que un día se dio cuenta de que si seguía viviendo de esa forma el mismo miedo la volvería loca. Fue entonces cuando decidió estudiar psicología, para ayudar a los demás y a sí misma. Y cuando eso resultó insuficiente, comenzó a estudiar psicología criminal y empezó a trabajar como voluntaria en la Garda. El trabajo era gratificante pero, hasta la noche anterior, no se había dado cuenta de lo exigente que podía llegar a ser.

Tras beber el último sorbo de su café, dejó la taza y el portátil a un lado y se dirigió al baño. Tomó una ducha caliente y se maquilló, disimulando cuidadosamente las sombras oscuras de sus ojos. De vuelta al dormitorio, miró las sábanas turquesa enredadas

y se encogió de hombros. Ser soltera y no tener muchos amigos tenía sus ventajas. A nadie le importaba su cama deshecha y no había riesgo de que un invitado no deseado se acercara a verla.

Mordiéndose el labio inferior, se detuvo frente al armario. Era tan moderna como cualquier chica y le gustaban las cosas femeninas, pero el tiempo requería algo más práctico. Eligió unos vaqueros, un jersey azul de cachemira y rebuscó hasta encontrar su chaqueta azul de invierno que le llegaba a medio muslo. Al diablo con lo sexy, hacía demasiado frío para la moda.

Ya iba de salida cuando recordó que no había sacado la compra del coche la noche anterior. Maldiciendo, abrió el maletero y empezó a descargar las bolsas. Afortunadamente no había comprado nada que pudiera estropearse o descongelarse durante la noche. Llevó las bolsas a la cocina, metió los productos que necesitaban refrigerarse en la nevera, cogió su bolsa y se fue.

Eran casi las nueve cuando llegó a la sede de la policía. Evan no estaba en su mesa, así que preguntó por él en los alrededores hasta que alguien le dijo que estaba en el laboratorio con Nóirín. Probablemente fuera demasiado pronto para tener noticias sobre el caso. Aun así se acercó al laboratorio para comprobar sus progresos.

Los encontró inclinados sobre lo que parecía ser el teléfono de Shannon Brody, el mismo que Nóirín había embolsado y etiquetado la noche anterior. Ahora estaba apoyado en una mesa. Evan y Nóirín, ambos con guantes de látex y gafas de aumento, se cernían sobre él, con las cabezas inclinadas para conversar.

—Cotejaron las huellas dactilares y no encontraron ninguna otra que las de la víctima — decía Nóirín.

—Entonces, ¿ya puedo echarle un vistazo? —preguntó Evan.

Chelsea notó que parecía más cansado que ella. Las ojeras y la barba oscura que ensombrecía la mitad inferior de su rostro le conferían un aire amenazante. Le resultaba atractivo de una forma primitiva, de la misma manera en que se admira a un buen león.

—Claro, es todo tuyo. Voy a trabajar en el arma homicida.

Nóirín se puso en pie, masajeando una cadera. Su reumatismo debía estar matándola en un día como este.

—¿Te refieres a la piedra? —preguntó Evan.

—Sí —Nóirín se percató de que Chelsea escuchaba la conversación y sonrió—. Buenos días. No te había visto muy a menudo por aquí. Creía que tu trabajo era la psicología del asesinato, no la ciencia —bromeó.

Chelsea le devolvió la sonrisa.

—Todo está relacionado, como ya sabes. Pensé en comprobar si tenías algo nuevo.

Su mirada inquisitiva se encontró con la de Evan mientras éste se quitaba las gafas de laboratorio. Ella reprimió una sonrisa al ver las marcas que le habían dejado alrededor de los ojos, haciéndole parecer un mapache. Él negó con la cabeza sin dejar de mirarla. Era como si la viera por primera vez, o bajo una nueva luz. No le habría sorprendido saber que él, como muchos otros, pensaba que era solo una niña y que su lugar estaba en cualquier otro sitio menos entre policías y asesinos. Levantó un poco la barbilla, se acercó a la mesa y miró el teléfono.

—¿Sigue funcionando? ¿Lo dañó la lluvia o la caída?

Evan negó con la cabeza y levantó el teléfono, pulsando un botón para encenderlo.

—Funciona. Se ha quedado sin batería, pero mi cargador le sirve, así que la batería durará. La pantalla está agrietada —lo giró hacia ella y trazó la línea con el dedo—. Sin tener en cuenta ese detalle, está en buen estado. Lo primero es lo primero, descifremos la contraseña.

Alargó la mano sobre la mesa y sacó un ordenador portátil, lo encendió y conectó el teléfono utilizando un cable USB. Chelsea acercó una silla y se sentó a su lado, entonces él abrió un software de pirateo y empezó a trabajar. Sabía que él era un experto en ciberdelincuencia y que, técnicamente, era muy fácil saltarse la contraseña de un teléfono, pero le impresionó la rapidez con la que accedió al dispositivo.

Lo desconectó del portátil y empezó a tocar y deslizar la pantalla. Sus gestos metódicos indicaban que estaba buscando algo. Solo había pasado unos minutos cuando sus ojos se entrecerraron de pronto. Chelsea se sobresaltó al ser arrastrada por él, con silla y todo, hasta que sus hombros chocaron. Sin decir nada, puso el teléfono sobre la mesa y lo colocó entre los dos. Chelsea bajó la mirada, leyendo la conversación de los mensajes de texto, mientras Evan deslizaba la pantalla lentamente.

PADDY: Hola, cariño, ¿cómo estás?

SHANNON: Acabo de llegar a casa del trabajo. ¿Y tú?

PADDY: Le estoy dando los últimos toques a la gran sorpresa que tengo para ti. (*emoji de guiño*)

SHANNON: Dios mío, ¿en serio? ¿Qué sorpresa?

PADDY: Encontrémonos en el club Páirtí a las ocho, y lo descubrirás.

SHANNON: ¡Eres tan dulce! ¡No puedo esperar! ¿No puedes darme una pista? ¿Por favor? (*emoji de corazón*)

PADDY: Todo lo que puedo decir es que va a ser la mayor sorpresa de tu vida. Ahora, pórtate bien y no seas impaciente. Apagaré mi teléfono hasta entonces, ¿ok? Tengo que prepararme. (*emoji de guiño*)

SHANNON: Está bien. ¡Estaré allí con las pilas puestas!

Chelsea se volvió hacia Evan y no pudo retener más el grito contenido.

—Así fue como la atrajo hasta el club. ¡Bastardo!

—Eso parece. El siguiente mensaje es de Shannon, a las ocho y cinco minutos de la noche.

SHANNON: ¿Dónde estás?

PADDY: Pasa por la entrada del club, hacia el final del callejón. Tu sorpresa te está esperando. (*cara sonriente*)

—Qué estúpido fue al dejar el teléfono. Le incrimina más que una letra A tatuada en la frente. Es cierto que la rabia puede nublar el juicio de una persona, pero aún así —se mordió el labio inferior —. Una cosa es segura: tenemos que hablar con este tipo. Ahora.

Evan levantó una ceja, y Chelsea notó que una cicatriz la cruzaba en el borde exterior.

—¿Nosotros? —dijo con voz profunda y llena de sarcasmo.

—Me gustaría ir contigo. Si salimos ahora, llegaré a tiempo a mi primera cita. Quiero conocer a este tipo, hablar con él.

Evan sostuvo su mirada por otro segundo y asintió.

—De acuerdo, pero no te entrometas demasiado. Voy a traerlo.

—¿Lo vas a arrestar?

—Claro que sí. Es oficialmente un sospechoso.

—De acuerdo. ¿Pero cómo lo encontramos? Debe haber docenas de Patrick O'Learys solo en Dublín.

Sonrió y acercó el portátil y el teléfono.

—Solo uno con este número, el que Shannon tenía guardado en su teléfono. Los celulares modernos tienen chips de rastreo. Teniendo su número es muy fácil descubrir su ubicación en tiempo real.

Evan hacía magia en el portátil, mientras Chelsea observaba el movimiento de sus dedos sobre el teclado. Tenía manos fuertes y rudas, las manos de un luchador. Sus nudillos parecían haber cumplido su cuota de golpes. Chelsea seguía preguntándose sobre cuáles eran las razones que lo había hecho abandonar el FBI y transferirse a la Garda. ¿Habría sido su elección? ¿Cuáles eran sus motivos?

—Tenemos una dirección —dijo Evan, poniéndose de pie tan bruscamente que ella brincó en el asiento—. Vamos a movernos.

Pasaron por la oficina de John O'Sullivan para registrarse. Aunque este era el caso de Evan, John se había ofrecido amablemente a ayudar como Detective Principal, pero no interferiría a menos que Evan solicitara su ayuda. Lo único que Evan le había pedido era que lo ayudara a redactar los informes y a mantener al día al Inspector Jefe.

John estaba en su escritorio, hablando con su compañero, el detective Aidan Connor. Evan asomó la cabeza en el despacho y le contó brevemente a John sobre el descubrimiento reciente. John

enarcó las cejas, especialmente al ver a Chelsea.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó John.

Evan negó con la cabeza.

—No, gracias. Llevaré un par de oficiales como refuerzo. ¿Algo de los muchachos que interrogaron a la gente en el club anoche?

—No. No hay testigos, nadie conocía a la víctima. Un callejón sin salida.

Evan suspiró.

—Me lo imaginaba. Voy a llevarme a Chelsea para traer a Paddy. Te mantendré al tanto.

4

Patrick O'Leary vivía en un barrio en la periferia, donde la nublada luz del día resaltaba las grietas en las paredes llenas de grafitis más o menos artísticos. Mientras caminaba con Chelsea, Evan notaba la ausencia de flores en los alféizares de los edificios, el descuido de las aceras y los cubos de basura desbordados en las esquinas de los callejones. El barro se deslizaba bajo sus botas y el aire olía a lluvia y a humo. La gente había encendido sus sistemas de calefacción.

Dejaron aparcados los vehículos policiales en las inmediaciones del lugar, y los dos oficiales que había elegido los seguían de cerca, con las armas preparadas. El edificio de cuatro plantas no tenía ascensor, así que subieron por las escaleras hasta el segundo piso. A la derecha, una puerta de madera lucía una placa con el nombre *P. O'Leary*. Evan indicó a Chelsea que se hiciera a un lado. Los dos hombres asintieron con la cabeza, en señal de que estaban alertas y preparados para cualquier peligro potencial, aunque su instinto no consideraba que esta situación fuera peligrosa. Todo el asunto lucía sospechoso. Un criminal que dejaba tantas pruebas para incriminarse tenía que ser un idiota. O era inocente.

Llamó con fuerza a la puerta y se sorprendió de que se abriera al instante.

—¿Patrick O'Leary? —preguntó Evan.

El hombre, vestido con un pijama de franela verde, era mucho más joven de lo que Evan esperaba, de unos veintitantos años. Miró fijamente a las cuatro personas que bloqueaban su puerta, con los ojos verdes muy abiertos y el pelo negro revuelto.

—¿Quiénes son ustedes?

Evan mostró al hombre su placa.

—Detective Evan Gallagher. ¿Es usted Patrick O'Leary?

—Sí, soy yo. ¿Qué pasa?

—¿Conoce a una mujer llamada Shannon Brody?

—Sí, es mi novia —el joven miró fijamente a Evan y luego a los uniformados que estaban detrás de él—. ¿Está metida en algún problema?

—Shannon Brody fue asesinada anoche —Evan esperó un momento, estudiando la reacción del hombre.

O la conmoción y el dolor en sus ojos eran genuinos, o era un excelente actor.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Está seguro? —Patrick O'Leary se apretó el puño contra la boca, y sus ojos pasaban de una cara a otra—. ¿Están seguros de que es mi Shannon?

—Estamos seguros.

—Pero, ¿qué pasó?

—Esperamos que usted nos lo diga.

O'Leary parecía completamente desorientado. Lanzó una mirada detrás de él y luego volvió a mirar a Evan.

—¿De qué hablas?

—Los mensajes como migas de pan, Patrick —Evan empezaba a perder la paciencia—. Los que usaste para atraer a Shannon al club. Con esta causa probable, tenemos derecho a ponerte bajo custodia, registrar tu casa y confiscar cualquier prueba potencial.

El joven parecía estupefacto.

—¿Vinieron a arrestarme? ¿Creen que le he hecho daño a Shannon? —una vena se abultó en su sien y su pálido rostro enrojeció.

—Queda usted detenido y será trasladado a la comisaría de la Policía para ser interrogado sobre la muerte de Shannon Brody —dijo Evan, extendiendo la mano y haciendo girar al joven para esposarlo—. No está obligado a decir nada a menos que lo desee, pero todo lo que diga se anotará por escrito y podrá ser aportado

como prueba.

—Está cometiendo un error. Nunca le haría daño a Shannon. La quiero.

A pesar de sus protestas, O'Leary no opuso ninguna resistencia mientras Evan lo guiaba hacia los dos policías que estaban a su lado.

—Llévenlo a la comisaría y pónganlo en una sala de interrogatorios —ordenó Evan.

Venía respaldado por una orden judicial que había obtenido en tiempo récord y se la mostró a Patrick.

—La doctora Campbell y yo registraremos su apartamento. Tiene derecho a consultar a un abogado y a notificar a otra persona que está detenido. En breve iré a la estación para interrogarle.

Después de que los oficiales se fueran con el sospechoso, Evan miró a Chelsea, que había permanecido en silencio, observando desde un costado.

—¿Qué opinas de él?

Chelsea se encogió ligeramente de hombros.

—Reacción de libro de texto. Interpreta muy bien el papel de inocente, pero sabremos más cuando lo interroguen.

—Sí. Vamos a ver qué encontramos aquí —dijo, abriéndose paso por el apartamento.

Era el típico piso de soltero, compuesto por un amplio salón, una pequeña cocina que parecía escasamente utilizada, un baño sorprendentemente ordenado y un dormitorio. La cama estaba sin hacer, el aire olía a alcohol .

—Parece que Paddy se tomó un par de cervezas antes de dormir —comentó Chelsea, respirando por la boca.

—Tenemos que encontrar su teléfono —dijo Evan, entregándole un par de guantes—, y estar atentos a cualquier cosa que pueda insinuar un asesinato: guantes, manchas de sangre, cualquier cosa.

Chelsea asintió. Encontraron inmediatamente el teléfono de O'Leary, colocado desordenadamente en una mesita de noche. Evan

comprobó si estaba encendido.

—Mierda. Tiene una contraseña —metió el teléfono en una bolsa de pruebas—. Me ocuparé de esto en la comisaría. Vamos a ver si encontramos algo más.

En un lugar tan pequeño la búsqueda fue rápida y mayormente improductiva. Encontraron la cartera de O'Leary, su documento de identidad y su carné de conducir dentro, junto con una insignificante suma de dinero y otros objetos irrelevantes.

—El tipo tiene veintiséis años —comentó Evan, analizando el carné de Patrick—. Al parecer le gustan las mujeres mayores.

Chelsea hizo un sonido de burla.

—Seis años no es una diferencia tan grande. Pero es un dato interesante para añadir a su perfil. ¿Qué más tiene ahí?

—No mucho. Tiene una foto de él y Shannon, pero eso apenas cuenta como indicio, ya que eran oficialmente una pareja —dijo Evan distraídamente, rebuscando en una mesita de noche—. Condones, pañuelos, aspirinas, pilas. Nada fuera de lo normal.

Lo mismo podía decirse del resto del apartamento. No encontraron nada incriminatorio. Había algo de ropa sucia en el cesto, tazas de café sin lavar en el fregadero de la cocina, ceniceros desbordados en el salón, un pintalabios rosa en el baño. Evan lo tomó como prueba, así como la bufanda de flores que encontró en la percha junto a la puerta principal. Supuso que eran de Shannon, pero tenía que comprobarlo. También se llevó el ordenador portátil y la tableta que encontró en el salón, sabiendo que, en los tiempos que corrían, estos objetos decían mucho de la vida de una persona.

Un par de horas más tarde él y Chelsea volvieron a la comisaría. Dejó que Chelsea condujera mientras repasaba mentalmente lo que sabía hasta el momento sobre Patrick O'Leary. El hombre no tenía detenciones previas, ni antecedentes penales, ni historial de violencia. Aparte de un par de multas de aparcamiento y una multa por exceso de velocidad, todas ellas pagadas, no había nada que lo diferenciara de cualquier otro ciudadano respetuoso con la ley. Al menos no en sus antecedentes registrados. Evan

esperaba que el interrogatorio del hombre revelara algo más sobre él y su relación con Shannon.

O'Leary esperaba en una sala de interrogatorios, con la cabeza entre las manos, el pijama verde arrugado y el pelo oscuro revuelto. Levantó la cabeza al ver a Evan entrar en la sala con dos bolsas de pruebas. Una contenía el teléfono de Shannon y la otra el de Patrick O'Leary.

—Tengo entendido que no ha solicitado un abogado hasta el momento —dijo Evan, sentándose en una silla frente al joven, al otro lado de la mesa cuadrada.

Chelsea y John observaban la entrevista sin ser vistos, detrás del cristal espejo.

—No necesito un abogado —dijo O'Leary con cansancio—. No he hecho nada malo. ¿Por qué me han traído aquí como si fuera un criminal? Nadie quiso decirme nada. ¿Qué le pasó a Shannon?

Evan lo observó fijamente. Sus ex compañeros de la Oficina Federal solían burlarse de él por su mirada amenazante que asustaba a los sospechosos. Decían que esa mirada podía hacer que cualquiera se sintiera culpable, aunque fuera tan inocente como un recién nacido. Aunque los agentes eran entrenados para utilizar técnicas visuales como esa, para Evan era algo natural.

—Vamos, Patrick, ¿seguro que no lo sabes? Le enviaste todos esos mensajes para guiarla justo a donde querías, en ese callejón oscuro del club Páirtí.

El joven se quedó boquiabierto, con las manos postradas en el regazo.

—No sé de lo que está hablando. Ya le he dicho que hace unos días que no me comunico con Shannon. Preferimos hablar por teléfono, no por mensajes.

Evan cogió el celular de O'Leary, todavía en la bolsa transparente.

—¿Es tuyo?

—Sí.

Evan lo encendió y esperó a que se iluminara la pantalla. Miró

fijamente a O'Leary.

—¿Cuál es la contraseña?

El joven le dijo sin dudarlo y, sin mostrar su sorpresa por la inesperada colaboración, Evan introdujo el código y el teléfono se desbloqueó. Accedió a los mensajes de texto, y pulsó sobre los textos enviados. El último mensaje tenía fecha de hacía dos días y decía: *Nos vemos en el almuerzo. Te quiero.*

Miró al chico, sin saber qué hacer con esto. ¿Era O'Leary lo suficientemente inteligente como para borrar los mensajes de su propio teléfono, pero lo suficientemente estúpido como para dejar el teléfono de Shannon en la escena del crimen? Algo no cuadraba. Evan buscó en la carpeta de la papelera, pero no encontró nada que se pareciera a los mensajes del teléfono de Shannon. Con un poco de tiempo y el equipo adecuado, investigaría más a fondo y vería si esos mensajes habían sido efectivamente borrados. Pero ahora mismo necesitaba tener en cuenta todas las posibilidades.

—¿Dónde estuviste anoche entre las siete y las diez? —preguntó Evan.

O'Leary parpadeó, como si no entendiera la pregunta. Finalmente, pareció encontrar su voz.

—Estaba en el bar con unos compañeros, tomando una cerveza. Nos reunimos allí sobre las ocho, y llegué a casa sobre las once, creo.

A estas alturas Evan casi esperaba una coartada. Patrick O'Leary estaba relacionado con el asesinato de alguna manera, pero necesitaba averiguar si era de una forma directa o indirecta.

—Voy a necesitar los nombres de sus amigos.

O'Leary le dio la información, y Evan hizo una señal al oficial que estaba a su lado, pidiéndole que comprobara los datos y verificara la coartada de Patrick O'Leary. Él mismo hablaría con los dos hombres, pero ahora tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Cuando el agente se marchó, Evan apoyó la barbilla en los puños, mirando al joven. Parecía afligido, agotado, pero no culpable.

Se mantuvo quieto en su silla y miró a los ojos de Evan.

—¿Me diría qué le pasó a Shannon? Por favor.

Fue el tono tranquilo lo que hizo que Evan se replanteara su enfoque. Suspirando, tomó el teléfono de Shannon y lo encendió.

—Me temo que fue asesinada anoche, Patrick. La razón por la que sospechamos de ti es porque estos mensajes le fueron enviados desde tu número de teléfono, atrayéndola al lugar donde fue asesinada.

Dio la vuelta al teléfono de Shannon y dejó que Patrick leyera los mensajes. Terminó de leer con los ojos inundados en lágrimas, y el rostro pálido como la cera.

Miró fijamente a Evan, con la voz temblorosa.

—Yo no envié ninguno de estos mensajes. No tengo ni idea de cómo fue posible, pero nunca envié ningún mensaje. Lo viste, lo comprobaste. Dios, nunca haría nada para herir a Shannon.

Evan le creía, lo que lo dejaba con un dilema mayor. Ahora tenía que averiguar qué había pasado realmente.

—¿Es este su número de teléfono? Léelo con atención —dijo Evan, indicando el número utilizado para enviar los mensajes.

Patrick lo leyó dos veces y luego asintió.

—Es mi número, sí, pero yo no envié esos mensajes, lo juro. Lo viste en mi teléfono. Puedes comprobar todo lo que quieras, te juro que no lo hice.

—¿Podría haberlos enviado alguien más? ¿Alguien tuvo acceso a tu teléfono anoche?

El joven negó con la cabeza, pareciendo aturdido.

—No. Quiero decir, mis amigos, supongo, pero ninguno de ellos jamás. ¡Dios, ninguno de ellos es un asesino! —enterró la cara entre las manos, con los hombros temblando por los sollozos—. ¿Quién le hizo esto? ¿Por qué? ¿Cómo?

—No puedo responder a esas preguntas todavía, pero puedo prometerte que haré todo lo posible para encontrar al asesino de Shannon y asegurarme de que pague por lo que hizo. Patrick, ¿estarías dispuesto a hacer la prueba del polígrafo?

Patrick levantó la vista, con los ojos húmedos y muy abiertos.

—Sí, lo haré. Haría cualquier cosa para que me creas y sigas adelante con la búsqueda. Tienes que encontrar al bastardo que hizo esto.

—Está bien.

La Policía no tenía un técnico ni examinadores capacitados porque rara vez utilizaban ese método de examen. Los resultados no eran válidos en los tribunales, ni eran muy fiables. Sin embargo, Evan consideró que era un paso importante en la exoneración de Patrick O'Leary.

—Lo prepararé. Mientras tanto, cuéntame más sobre ti y Shannon. ¿Cuánto tiempo llevaban saliendo?

—Un par de meses, casi tres.

—¿Cómo se conocieron?

Por primera vez, el joven se sonrojó.

—En un sitio web de citas.

—¿Qué sitio?

Patrick le dio el nombre del sitio web. Evan lo anotó.

—Shannon era mayor que tú, ¿no?

—Sí, seis años mayor.

Al ver las cejas arqueadas de Evan, Patrick se sintió obligado a dar más detalles.

—Al principio no nos dijimos nuestra edad. Luego charlamos y la fui conociendo mejor, y ya no le di importancia al asunto. La diferencia de edad no era grande. Dejó de importarme completamente cuando la conocí en persona. Era tan hermosa que perdí el aliento al verla. Era inteligente, divertida, perfecta — volvió a limpiarse los ojos, apretando los labios mientras luchaba por controlarse.

—¿Por qué elegiste usar un sitio web de citas en línea? — preguntó Evan.

Patrick se encogió de hombros.

—No lo sé. Me pareció una forma fácil de conocer mujeres. Trabajo en una tienda de apuestas, de diez a doce horas al día. En

mi trabajo uno no tiene realmente la oportunidad de conocer chicas. Al menos, no a buenas chicas —añadió, torciendo la boca sin humor.

—¿Has salido con otras mujeres que conociste en la web de citas? ¿Sabes si Shannon salió con otros hombres que conoció allí?

Patrick negó con la cabeza.

—Shannon fue la primera con la que me vi, y no sé si ella se había relacionado con otros tipos de Internet. No hablamos de relaciones anteriores. ¿Qué sentido tendría? Solo disfrutábamos de nuestro tiempo juntos.

Evan continuó con sus preguntas, siguiendo el rastro de sus pensamientos, deseando que el joven le proporcionara un trozo de información valiosa.

—¿Así que no sabes si ella tenía un ex amante, una relación que pudiera no haber terminado bien? ¿Mencionó alguna vez a alguien que la odiara o le disgustara?

Patrick se tomó su tiempo, su ceño fruncido indicaba que estaba dándole vueltas a la pregunta en su mente. Después de unos momentos, volvió a negar con la cabeza.

—No, nunca mencionó nada de eso. La razón por la que nos llevábamos tan bien es porque ambos llevábamos una vida sencilla. Íbamos a trabajar, llegábamos a casa, algunas noches salíamos, otras las pasábamos en mi casa o en la suya. Lo manteníamos simple.

—Correcto.

Sin duda, alguien había complicado las cosas para esta desafortunada pareja. Evan se puso en pie, reprimiendo las ganas de masajearse su adolorida espalda. California tenía una temperatura agradable, y adaptarse al clima nublado de Irlanda lo estaba matando.

—Iré a hacer los arreglos para la prueba del polígrafo. ¿Quieres algo de beber o de comer?

—Un vaso de agua, por favor —dijo Patrick agradecido.

—Yo me encargo —Evan cogió las bolsas de pruebas y se

dirigió a la salida. Pidió a un guardia que le trajera agua y una barrita energética al chico, y luego se volvió hacia Chelsea y John, que habían estado siguiendo la entrevista.

—Bueno, ¿qué les parece? —preguntó dirigiéndose a ambos.

John se acarició la barbilla, pensativo, con los ojos todavía puestos en el joven que se sentaba pacientemente más allá del cristal.

—No sé. Parece inocente, lo reconozco. Pero las pruebas que lo incriminan no pueden ser discutidas, ¿verdad?

Evan se mordía el interior de su mejilla y sus dedos deseaban ponerse a trabajar.

—No necesariamente. Tengo una teoría, pero necesito tu ayuda —miró a John y luego a Chelsea—. Necesito algo de tiempo para trabajar en su teléfono y comprobar algo. ¿Podrías preparar la prueba del polígrafo? Chelsea, ¿tienes tiempo para supervisar la prueba del detector de mentiras?

Chelsea miró su reloj, con el ceño fruncido.

—No estoy segura. Tengo un paciente a las cuatro y media. La prueba del polígrafo dura un par de horas. Si el examinador llega rápido, podría quedarme.

—Ya estoy en ello —dijo John, sacando su teléfono del bolsillo —. Nos encargaremos de esto, Evan. Ve y haz lo que tengas que hacer.

—Gracias. Aprecio la ayuda.

Dedicó una sonrisa de agradecimiento a cada uno de ellos y se apresuró a su escritorio. No estaba muy seguro de su teoría. Si su suposición era correcta, podría servir únicamente para exonerar a Patrick.

Un par de horas después, su miedo se materializó. Miraba el portátil desde la silla, apenas consciente del escozor en sus ojos. El teléfono de Patrick estaba conectado al portátil a través de un cable USB, su pantalla brillaba como si se burlara de Evan. Por enésima vez, maldijo en voz baja. Estaba a punto de ponerse en pie cuando vio que Chelsea y John se acercaban a su mesa.

—Patrick O'Leary ha pasado la prueba del detector de mentiras —le informó Chelsea—. Sé que no es completamente fiable pero, según él no mató a Shannon, no tenía conocimiento de esos mensajes y no supo del asesinato de su novia hasta que nos presentamos en su puerta.

—Lo sé —Evan suspiró, poniéndose de pie trabajosamente. Tenía las piernas entumecidas y le dolían los músculos del cuello.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó John, sus ojos gris acero se estrecharon con desconcierto.

—El teléfono de Patrick fue intervenido —Evan indicó el portátil y procedió a explicar—. Alguien clonó su número de teléfono y envió esos mensajes a Shannon. En su teléfono parece que proceden de Patrick, pero no es así.

Los labios de Chelsea se separaron en señal de sorpresa, y lo miró con ojos grandes y preocupados.

—¿Sabes quién lo hizo? ¿Puedes identificarlo?

—No y no. Intenté averiguar desde qué torre de telefonía móvil se enviaron los mensajes, pero el hacker utilizó un teléfono emulado virtualmente a través de una VPN, una red privada virtual, lo que hizo imposible su rastreo. Es un callejón sin salida.

5

La tensión duró varios segundos. Finalmente Chelsea habló.

—Entonces, ¿alguien incriminó a Patrick por el asesinato de su novia?

—Eso parece —Evan se aclaró la garganta—. Por supuesto, también existe la posibilidad de que él mismo haya planeado todo esto para que parezca que le han tendido una trampa pero, sinceramente, no creo que sea posible. No parece el tipo de persona que tendría la disciplina, las habilidades y la malicia para planear algo tan elaborado. Además, no tiene ningún motivo que conozcamos.

Chelsea metió los pulgares en los bolsillos de sus vaqueros, exhalando un suspiro.

—Bueno, supongo que no esperaba que fuera fácil.

—Tampoco tan complicado —murmuró John, caminando detrás del escritorio de Evan para mirar el monitor—. ¿Se necesita un hacker experto para hacer estas cosas?

—Bastante hábil —respondió Evan—. No es tan difícil clonar un número de teléfono, pero ocultó sus huellas muy bien. Yo diría que sabe lo que hace.

Chelsea miró su reloj, desplazando su peso sobre su otra pierna.

—Lo siento, chicos, pero tengo que irme. No puedo cancelar las citas de mis pacientes a menos que me necesiten para algo urgente.

Evan negó con la cabeza.

—Sigue con tus asuntos. No hay nada que puedas hacer aquí en este momento. Gracias por todo.

Agitó una mano con desprecio.

—No fue nada. Solo lamento que hayamos llegado a un punto muerto. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Registrar el apartamento de Shannon, tomar sus aparatos electrónicos, empezar a revisar su portátil, teléfono, revisar sus redes sociales. Necesito estudiar su vida. Si encontramos un motivo estaremos un paso más cerca de encontrar a su asesino.

—Te acompañaré —se ofreció John—. ¿Necesitas un aventón, Chelsea?

—No gracias, tengo mi coche. Mantenme informada, ¿sí?

Hizo contacto visual con John, luego lanzó una mirada más insistente —exigente— a Evan. Él no tenía dudas del buen uso que la muchacha podía darle a sus ojos.

—Le haré saber si hay algún avance, doctora.

Sus labios se curvaron y se alejó apresuradamente. Evan trató de no mirar su excelente trasero. Centró su mirada en John como estrategia para reprimir el impulso. El detective enarcó una ceja. Evan no estaba seguro de que John se hubiera percatado de sus intenciones. Apresuradamente, cogió su chaqueta del respaldo de su silla.

—¿Nos vamos? —le preguntó a John—. Dejemos primero a Patrick O'Leary en su casa.

SHANNON BRODY VIVÍA en un bonito apartamento, justo frente al salón de belleza donde trabajaba. Tras interrogar a sus compañeras de trabajo, Evan y John descubrieron que era medio propietaria del pequeño negocio. Su socia y amiga de toda la vida, Dianna, parecía desconsolada cuando recibió la noticia de la muerte de Shannon. El personal, compuesto por otras tres mujeres jóvenes, estaba triste y conmocionado, alegando que todo el mundo simpatizaba con Shannon. Nadie podía pensar en una razón por la que alguien quisiera hacerle daño. También estaban de acuerdo en que Patrick y Shannon hacían una pareja encantadora, y nunca habían oído que ella se quejara de que él la maltratara. De hecho, Dianna mencionó que Shannon parecía más feliz que nunca desde

que había conocido a Patrick.

—Todo es un maldito paraíso. Todo el mundo quiere a todo el mundo, pero la chica sigue muerta —murmuró Evan horas más tarde mientras cruzaban la calle hacia el apartamento de Shannon.

Hizo un esfuerzo para no temblar en su chaqueta de cuero, resignado a pensar que no tendría tiempo de ir a comprar un abrigo más grueso en un buen periodo de tiempo. Y la maldita lluvia seguía cayendo. Era increíble como unas gotas tan pequeñas podían ser tan frías y despiadadas. Supuso que era como la gota china. Si te mantienes en algo el tiempo suficiente, eventualmente tu cerebro comienza a exagerar su percepción hasta el punto de quebrarse.

—Oye, si fuera fácil, este trabajo no sería tan divertido —dijo John, acurrucándose más en su gabardina—. Al menos no te aburres, ¿verdad?

Esperaba aburrirme, pero no tuve suerte —se burló Evan.

Por el rabillo del ojo, vio a John estudiándolo.

—No pareces el tipo de muchacho que disfrutaría de un trabajo agradable y aburrido —dijo el hombre—. Tal vez lo creas por un tiempo, pero después de unos meses te volverías loco. Eres un hombre con un cerebro activo, uno que necesita desafíos.

Evan hizo una mueca.

—Pensé que Chelsea era la psicóloga, no tú.

—Solo soy observador.

—Eso es bueno. Vamos a darle buen uso —dijo Evan, sacando la llave que habían conseguido del casero de Shannon.

El apartamento de la muchacha era pulcro y colorido. Las paredes estaban decoradas con fotografías de paisajes exóticos enmarcadas con buen gusto. Un arcoíris de almohadas adornaba el sofá del salón, y la luz que entraba por la ventana iluminaba la habitación a través de unas cortinas amarillas.

Los dos hombres solo tuvieron unos segundos para asimilarlo todo antes de que el fuerte maullido de un gato negro los sorprendiera.

—¿Qué? ¿Por qué no sabíamos que Shannon tenía un gato? —preguntó John.

Evan se encogió de hombros, agachándose para que el felino le oliera la mano. Unos cautelosos ojos verdes le observaban, mientras los blancos bigotes del gato se movían ante el aroma desconocido.

—Supongo que nadie pensó en mencionarlo, dado que todos estaban conmocionados por esta tragedia —Evan acarició al gato con suavidad, y su rostro se ablandó al mirar a la pobre criatura huérfana—. Llamaremos al señor y a la señora Brody para ver si pueden recogerlo. Primero vamos a darle comida y agua.

Evan se puso de pie y tomó al gato en brazos, complacido de que lo recibiera con tanta amabilidad. Por su tamaño, el felino no corría peligro inminente de morir de hambre.

—Muy bien, muéstrame dónde está la cocina, amigo —le dijo al gato—. Apuesto a que has tenido un par de días difíciles, pensando que todo el mundo se había olvidado de ti.

—Lo hicieron —comentó John secamente, poniéndose los guantes de látex—. Asegúrate de que tenga mucha agua. Yo comenzaré con la inspección.

Evan encontró la cocina por el olor. Había unos cuantos plátanos demasiado maduros en un cuenco sobre la mesa y la ventana estaba entreabierta. Dejó al gato en el suelo y miró a su alrededor, luego abrió la nevera con sus manos enguantadas. La Oficina Técnica vendría ese mismo día a registrar el apartamento, así que él y John tendrían que pasar lo más desapercibidos posible. Encontró una lata abierta de jugosa comida para gatos y vació el contenido en el cuenco azul que vio cerca de la ventana, en el que podía leerse el nombre *Kieran* en amarillo. La “i” estaba rematada por una pequeña corona.

—Imagino que Shannon te adoraba, Kieran —dijo en voz baja, mientras el gato apartaba la mano para ingerir la comida con avidez.

Junto al cuenco de la comida había otro, blanco y sencillo.

Todavía contenía algo de agua, pero Evan la vertió en el fregadero, enjuagó el recipiente y lo llenó de agua fría y fresca. Lo dejó en el suelo, le dio al gato otra palmadita en la cabeza y se puso de pie recuperando el semblante serio.

De vuelta a la sala de estar, encontró a John revisando el contenido de la estantería que estaba ocupada en su mayoría por novelas románticas. La fina capa de polvo que las cubría indicaba que Shannon no había tenido mucho tiempo para leer últimamente. En el estante había varias fotos enmarcadas de Shannon y sus padres, una con Patrick, y otra de ella y su gato. A Evan le pareció que su sonrisa le resultaba vagamente familiar, pero era una locura, ya que nunca había conocido a la víctima.

—¿Has encontrado algún dispositivo electrónico, como un portátil o una tableta?

John asintió.

—Hay una tableta en ese maletín rosa de ahí. Ningún portátil aún.

—Revisaré en el dormitorio.

Evan encontró el portátil, también rosa, en la cama. Estaba abierto, pero se había quedado sin batería. Lo cerró y lo colocó en una bolsa de pruebas, y luego continuó su búsqueda. No había nada fuera de lo común, solo un apartamento normal de una mujer soltera. Quizás más femenina y artística que la mayoría, pero ya sabía, por los padres de Shannon y su socia, que tenía inclinación por el arte. No encontró nada que indicara que hubiera tenido un enemigo, un altercado, notas amenazantes ni nada fuera de lugar. Moviéndose rápida y eficazmente, él y John terminaron la búsqueda en menos de dos horas. Además del portátil y la tableta, no encontraron nada que pudieran ofrecer como prueba.

Una vez que terminaron, Evan sacó su teléfono. Marcó el número de la casa de los padres de Shannon y, tras identificarse, les habló del gato, ofreciéndose a dejarlo a su casa. Para su sorpresa, la señora Brody se negó a aceptar al felino.

—No puedo tenerlo aquí —dijo, con voz compungida pero

firme—. Los gatos negros dan mala suerte, siempre se lo he dicho a Shannon. No me hizo caso, lo encontró en la calle y se lo llevó a casa. Ahora mira lo que le ha pasado a mi niña.

Evan se pellizcó el puente de la nariz. Su simpatía por la señora Brody le impedía juzgarla por su naturaleza supersticiosa. Tampoco insistió en que se llevaran al gato. Si no lo querían, probablemente lo sacrificarían.

—Está bien, señora Brody. Lo entiendo.

—¿Tiene algo nuevo que contarnos? —preguntó esperanzada.

—No exactamente. Puedo decirles que Patrick no le hizo daño a Shannon. Estamos trabajando todo lo que podemos para averiguar quién lo hizo.

—Gracias, detective —un sollozo cansado resonó en el teléfono —. Estaremos esperando a que nos vuelva a llamar.

—Lo haré. Adiós, señora Brody.

—¿No quieren al gato? —preguntó John con una ceja levantada.

—No. No me sorprende. Las familias de las víctimas suelen rechazar a las mascotas huérfanas porque les recuerdan demasiado a los seres queridos que han perdido.

John frunció el ceño.

—No puedo decir que entienda esa actitud, pero la respeto. Entonces, ¿qué hacemos con él?

Evan miró al felino, que ahora estaba posado en el sofá, lamiéndose pensativo una pata.

—Yo me lo llevo.

Las cejas de John se arquearon aún más.

—¿De verdad?

—Sí. Vamos. He visto una jaula de transporte en el baño.

Ya había oscurecido cuando terminaron la inspección del apartamento. Cargaron los aparatos electrónicos en el coche y pusieron la jaula del gato en el asiento trasero. Kieran parecía agitado, pero Evan sabía que estaba haciendo lo mejor para el animal. Los gatos eran criaturas autosuficientes, así que a Kieran

no le importaría que Evan no estuviera mucho en casa. Vivir en un apartamento con otro soltero no podía ser peor que valerse por sí mismo en la calle.

John le entregó las llaves del coche.

—Úsalo el tiempo que necesites. Todavía no te habían asignado un vehículo porque hasta ahora no habías hecho trabajo de campo. El jefe pensó que te mantendrías en un escritorio.

—Yo también pensé que sería así —dijo Evan, cogiendo las llaves y poniéndose al volante.

—Bueno, Irlanda es un país con un bajo índice de criminalidad.

—Eso he oído. Excepto por ese caso de perfil súper alto que atrapaste y resolviste el verano pasado. Gareth Reilly, el genio de la ciberdelincuencia.

John se abrochó el cinturón de seguridad.

—Sí, tuvimos suerte de tener a Jenna Darcy trabajando con nosotros. Ella es la verdadera genio —hizo una pausa, como si midiera sus palabras—. Sabes, Evan, puedo tomar este caso, o asignarlo a otra persona.

Evan condujo con cuidado, observando el reflejo de los faros y las farolas en las calles mojadas por la lluvia. El detective era perspicaz. Probablemente había investigado sus antecedentes y sabía que ya no quería trabajar en homicidios. Pero ahora estaba metido en un lío. No daría un paso atrás en este caso. Estaba decidido a encontrar al asesino de Shannon.

—Agradezco la oferta, pero yo resolveré esto.

Hubo un indicio de satisfacción en el asentimiento de John, como si no esperara menos. Luego miró hacia el asiento trasero por encima del hombro.

—Hiciste algo bueno —dijo John—. Yo también tengo uno.

—¿Un gato?

—Sí. Amber, mi prometida, lo llamó Johnny.

Evan sonrió al ver que las orejas del detective se enrojecían.

—Bonito nombre.

—Sí. Entonces, ¿cuál es el plan? Se está haciendo bastante

tarde.

—Lo sé. Estaba pensando en llevarte a la comisaría, comprobar si el informe forense de la escena del crimen está listo, y luego pasarme por la morgue para hablar con la patóloga. Quiero ver si terminó el informe de la autopsia y averiguar cuándo entregarán el cuerpo.

—Me parece bien. Cuanto antes te lleves a este muchacho a casa, mejor —dijo John, acercando el pulgar al gato.

NÓIRÍN SEGUÍA en el laboratorio con los ojos cansados y el cabello rubio revuelto. Antes de que Evan pudiera abrir la boca, lo despidió con un gesto.

—Todavía no tengo tu informe porque estoy intentando ser lo más exhaustiva posible. Estará listo mañana. Ahora doy por terminada la jornada. Ya no veo bien.

Evan se contuvo para no darle un abrazo gigante.

—Gracias, Nóirín. Has trabajado en tiempo récord, sería increíble si mañana ya tuviera algo para terminar de una vez con este cabrón. ¿Puedes decirme…? —Nóirín le lanzó una mirada acusadora, y él levantó las manos inmediatamente—. Lo siento, no haré más preguntas. Hablaremos mañana. Vete a casa y date un baño caliente con sales de un olor agradable o lo que sea. Haz que tu marido te dé un masaje en los pies.

Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras se quitaba los guantes. Después de usarlos por tantas horas, tenía las manos pálidas y la piel arrugada.

—Me consideraría afortunada si consigo que pida comida para la cena. Pero le propondré el masaje de pies. Será motivo de risa.

—Necesitas a un hombre que te aprecie más.

—¿Te estás ofreciendo, americano?

Evan sonrió ante su burla.

—Nunca le he dado un masaje de pies a una mujer en mi vida, así que no estoy seguro de ser mejor que tu marido. Dejaré esto aquí por ahora. Son el portátil y la tableta de Shannon, y un par de

cosas que John y yo recogimos de su apartamento. Nos ocuparemos de ellas mañana —dijo, y la acompañó a la salida.

De vuelta en el coche, comprobó cómo estaba Kieran, quien se encontraba acurrucado en la jaula. Movía la cola en señal de enojo y sus ojos verdes brillaban en la oscuridad.

—No tardaremos mucho, compañero. Solo una parada más, y luego nos vamos a casa.

Era bueno tener un coche con una calefacción funcional. Mientras conducía hacia la morgue, la puso a tope. Dudaba que Siobhan siguiera allí, pero tenía que comprobarlo. Cada vez que cogía un caso como éste lamentaba cada hora perdida, el tiempo que él y todos los demás tenían para dormir, para descansar, para dedicarse a sus asuntos. Deseaba que todos pudieran trabajar las veinticuatro horas del día hasta resolverlo y atrapar al responsable. Pero sabía que la vida continuaba, y que las personas que se ocupaban de los asesinatos tenían familia y sus propios problemas. No eran robots. Si lo pensaba mejor, descubriría que tampoco era inmune al agotamiento. La adrenalina lo mantenía en pie por ahora, pero pronto se le pasaría.

Odiaba la morgue más que cualquier otro lugar, incluso más que al cementerio. Al menos en el cementerio se respiraba aire fresco y flotaba una inquietante sensación de paz, aunque había tardado años en encontrarla. Recordó la primera vez que tuvo que visitar el depósito de cadáveres. El olor fue lo primero en golpear sus sentidos. Tenía quince años cuando sus padres murieron en un accidente de coche, y como no tenían más familiares vivos, fue él el único que pudo identificar los cuerpos. Un ayudante de la policía lo acompañó a la habitación fría y estéril, donde sus padres yacían inmóviles bajo unas sábanas blancas. Aquel momento lo perseguiría hasta el día de su muerte. Estaba convencido de haber entrado al infierno al mirar sus rostros blancos y sin vida.

Todos fueron amables con él, de una manera distante e impersonal. ¿Cómo iban a entender los desconocidos lo que estaba pasando, cuando ni siquiera él podía comprender del todo la

magnitud del acontecimiento? Como cualquier adolescente rebelde, no se había acercado demasiado a sus padres, porque esa habría sido una actitud fuera de moda para un chico de su edad. Sin embargo los quería profundamente. Se arrepentía de no haberles mostrado más afecto, de no haberles dicho lo mucho que le importaban. Tardó días en recordar las últimas conversaciones que había tenido con cada uno de ellos, y notar lo insignificantes que éstas habían sido fue aún más desgarrador. Le había pedido dinero a su padre y le había dicho a su madre que lavara su camiseta de fútbol para un partido que tendría esa semana. Ni siquiera llegó a agradecerles.

Por las noches estos pensamientos lo mantenían despierto en la casa de una familia de acogida. Había querido vengarse pero, ¿contra quién? El conductor del otro auto, que había perdido el control, también había muerto con el impacto. Evan no sabía si tenía una familia, alguien que lo llorara como él a sus padres. En realidad, no le importaba. Estaba en un estado de adormecimiento la mayor parte del tiempo, una especie de trance que no deseaba romper. Hasta que un día ese letargo se desvaneció por sí solo, desplazado por la ira y la rabia. Cuando pensaba que su vida no podía ser peor, el destino le demostró que se equivocaba una vez más.

EL TIEMPO PASABA y Evan seguía perdido en los recuerdos frente a las puertas dobles de la morgue, cuando estas se abrieron de pronto y sobresaltado vio salir a Siobhan, quien casi choca con él.

—Oye, ¿qué...? —se detuvo, y lo miró a los ojos. Debía de tener peor aspecto que uno de sus cadáveres, porque sus ojos marrones se abrieron de par en par, preocupados—. Detective, ¿está usted bien? Por un momento pensé que uno de mis amigos se había escapado de su nevera.

Su humor negro le hizo sonreír. Nada podía animarlo a uno tanto como una buena broma sobre los muertos proveniente de alguien que trataba con ellos todos los días. Asintió enérgicamente

con la cabeza, tratando de ocultar su furia y la vergüenza de sí mismo.

—Sí, estoy bien. He venido a ver si tienes el informe para Shannon Brody.

—Ah, sí —levantó una mano llena de papeles—. Aquí está. Estaba a punto de llamar a tu oficina.

Evan lo cogió y escaneó las hojas.

—¿Puedes hacerme un resumen?

—Como supuse, el golpe en la cabeza la mató. La herida fue infligida por un objeto pesado y liso, muy probablemente la piedra que encontró Nóirín. Había restos de tierra en su cuero cabelludo y, si los comparamos, confirmaremos que esa fue el arma homicida. Después de ser golpeada, fue arrastrada una corta distancia, y luego estrangulada. Para entonces, ya estaba muerta. Los moretones alrededor de su cuello son extensos, como si el asesino quisiera asegurarse de hacer un trabajo minucioso. Posiblemente se sintió frustrado porque ella no reaccionó de ninguna manera. Encontramos fibras de cuero sintético incrustadas en la piel de su cuello, así que probablemente usó guantes.

—Tal vez Nóirín combine las fibras con cierta marca de guantes —dijo Evan sin muchas esperanzas—. Gracias, Siobhan, has hecho un gran trabajo.

Ella se encogió de hombros sin recato, con los pequeños dientes blancos brillando detrás de una sonrisa.

—Oye, es lo que hago. Dile a los familiares que ya pueden hacer los arreglos del funeral. Ahora vete de aquí para poder hacerlo yo también. Tengo una cita caliente esta noche.

—Que te vaya bien. Gracias de nuevo.

Mientras caminaba hacia el coche, notó que le costaba mantenerse en pie. Recordó vagamente que no había comido nada en todo el día, así que utilizó su teléfono para localizar una pizzería cercana. Condujo hasta allí e hizo un pedido de una Capricciosa grande con extra de queso. Mientras esperaba, llamó a los señores Brody para decirles que podrían iniciar los preparativos

del funeral de su hija. La llamada le dejó un sabor amargo, sobre todo porque no tenía nada nuevo que contarles. No lo presionaban para que encontrara al asesino de Shannon, pero aun así percibía la urgencia y la desesperación en sus voces. Esa sensación se había convertido en su motivación para resolver los casos en los que trabajaba.

Diez minutos después estaba de vuelta en el coche, colocando la caja de pizza humeante en el asiento del copiloto. Kieran empezó a maullar desde su jaula en cuanto olió el jamón.

—Así mismo me siento yo —murmuró Evan—. Lleguemos rápido a casa y te prometo que podrás comer toda la pizza que quieras.

Como si lo hubiera entendido, Kieran permaneció callado y paciente hasta que Evan llegó al edificio de dos plantas dividido en ocho apartamentos. Su piso estaba en la planta baja, y el hecho de tener un patio trasero significaba que Kieran sería libre de entrar y salir a su antojo si tenía una puerta o una ventana abierta. Evan esperaba que a los demás vecinos no les importara, pero como una de las señoras mayores tenía al menos cinco gatos, lo dudaba. El casero había dejado claro desde el principio que Evan podía tener mascotas, pero nunca pasó por su mente que realmente tendría una.

Tuvo que dar un par de vueltas por el barrio para encontrar un lugar donde aparcar, pues el edificio no tenía aparcamiento privado. Llevó la pizza y la jaula del gato al interior, y maldijo al no encontrar las llaves inmediatamente. Estar cansado y hambriento siempre lo ponía nervioso. Cuando entró en el pequeño piso, el calor lo envolvió, junto con el acogedor olor a... ¿Qué? A casa, supuso.

Entró a la cocina y dejó la pizza sobre la mesa y la jaula en el suelo. Luego desbloqueó la caja de metal y abrió la rejilla, haciéndose a un lado. Kieran parecía sorprendido de estar finalmente libre. Salió con cautela, moviendo los bigotes, olfateando todo, asimilando su nuevo entorno. Evan lo observó

sonriente. Ya había tenido una mascota antes, un perro del que sus padres adoptivos se habían deshecho porque decían que no tenían lugar para él en su apartamento. Después de eso, la vida de Evan no había tenido demasiado espacio para una mascota.

Se lamentaba de todos los años en los que se había privado del afecto puro de un animal, mientras acariciaba el pelaje negro y liso del gato. Kieran hizo un recorrido por la cocina y el pasillo, estornudó al meter la nariz en los zapatos deshechos de Evan, y luego regresó a él. Golpeó su cabeza contra la palma abierta de su nuevo dueño por unos segundos, y entonces caminó decididamente hacia la mesa. En un rápido movimiento, saltó sobre la silla, arqueó la espalda y maulló con fuerza. Con una sonrisa en el rostro, Evan rascó la barbilla del gato y levantó la tapa de la caja. Era hora de cenar.

6

Por primera vez Evan despertaba alarmado por maullidos y garras clavadas en su pecho desnudo. Pensaba que los gatos no se hacían de rogar, pero obviamente Kieran no era el mejor ejemplo. Arañaba los hombros de su recién estrenado dueño para levantarlo y, con insistentes quejidos, exigía alimento.

—Amigo, eres tan regañón como una esposa —murmuró Evan, sonrió y despeinó al felino.

Se resistía a salir de su cálida y acogedora cama. Aunque era demasiado pequeña para él, se sentía cómodo ente el mullido edredón y las almohadas. Por un instante recordó lo pequeño que le parecía todo cuando buscaba un lugar para vivir al llegar a Dublín. En comparación con su espaciosa casa en Sacramento, la mayoría de las casas y apartamentos de Europa le parecían diminutos. Los edificios modernos eran más amplios, pero los más antiguos, como este piso, cabían en el salón de su antigua casa.

Dejó escapar un suspiro y apartó el edredón con el gato encima, y miró el reloj mientras se incorporaba. Eran las seis y cuarto de la mañana. Más valía empezar temprano un día ajetreado como el que le esperaba.

Caminó descalzo por el suelo de parquet hasta la cocina, con Kieran pisándole los talones. Al abrir la nevera recordó que no había comprado comida para gatos. O comida en general. No quedaba ni una miga de la pizza de la noche anterior.

Miró hacia abajo, unos ojos verdes y acusadores le devolvían la mirada.

—Dame un respiro. No había planeado su estancia aquí,

Majestad.

El gato lo miró sin pestañear. Evan se concentró en el contenido de la nevera y sacó todo lo que encontró allí: un trozo de queso curado, unas lonchas de jamón, cuatro huevos y medio cartón de leche. No era exactamente un festín, pero serviría para que ambos se alimentaran. Tuvo una revelación y se dirigió al armario que utilizaba como mini-despensa. Allí encontró dos latas de atún que alzó triunfalmente.

—¿Ves? No te vas a morir de hambre.

Agitó las latas delante del gato, que seguía mirándolo fijamente, emitiendo de vez en cuando un maullido impaciente.

Evan abrió una lata, puso el contenido en un plato pequeño y luego apiló unas cuantas toallas de papel en el suelo, para que la madera pulida no se manchara. Apenas puso el plato sobre las toallas Kieran comenzó a devorar el pescado.

Satisfecho, Evan encendió la anticuada estufa y comenzó a preparar su propio desayuno, mezclando la mayoría de los ingredientes en una tortilla. No era gran cosa, pero la encontró deliciosa cuando se sentó a comer. Kieran parecía haberlo percibido también pues, luego de terminar el atún, logró convencer a Evan para que le diera un poco de su tortilla.

La cocina tenía una puerta que daba al patio trasero, y Evan dejó lo suficientemente abierta una rendija para que Kieran pudiera salir cuando lo necesitara. Temía que el gato no regresara, o peor aún, que saliera a la calle y fuera atropellado por un coche, pero consideraba que era lo mejor que podía hacer por el felino. Mantenerlo encerrado en la casa no era mejor que el acceso a un trozo de hierba y aire fresco. Además, el gato no parecía en absoluto tentado a vagar. Después de chocar con el aire frío de la mañana, Kieran entró corriendo a la casa y saltó directamente sobre el radiador, cerrando los ojos de placer, sin duda porque su trasero recibía algo de calor. Luego empezó a lamerse el barro de las patas, con su cara peluda arrugada de asco. No, no parecía que fuera a salir a menudo. Era un gato casero hasta la médula.

Evan se duchó, sin molestarse en afeitar su barba matutina. Por suerte la barba estaba de moda estos días. De cualquier forma no le importaban demasiado esas cosas. A decir verdad, prefería su cara ensombrecida por la barba incipiente, ya que pensaba que su rostro bien afeitado le hacía parecer demasiado joven o, peor aún, sin el suficiente malhumor. No era necesario tener un aspecto rudo para ser un buen policía, pero pensaba que los rasgos recios le sentaban mejor a él y a su personalidad. No entendía por qué algunos hombres en día iban a salones de belleza a hacerse la manicura, se depilaban, llevaban ropa floreada en colores pasteles brillantes o moños. Sacudió la cabeza mientras se ponía unos vaqueros y un grueso jersey negro. Tal vez era un fiel discípulo de la vieja escuela o simplemente estaba demasiado viejo para todo eso. En cualquier caso, ya había perdido suficiente tiempo en pensamientos triviales. Era hora de trazar un plan.

Mientras esperaba que el coche se calentara, decidió ir a hablar con los amigos de Patrick. Su instinto le decía que no encontraría nada nuevo, pero tenía que seguir la coartada del chico y conocer a los dos hombres cuyos nombres y direcciones le había proporcionado.

Como era de esperar, el par de horas que pasó rastreando y hablando con los amigos de Patrick no le ofrecieron ninguna pista. Uno de ellos ni siquiera conocía a Shannon. El otro la conocía poco. Evan sabía que los hombres no hablaban mucho de sus relaciones, especialmente de las estables. Tal vez presumían cuando se trataba de sexo casual o de aventuras calientes, pero cuando interrogó a estos hombres, no tuvo ninguna sensación de que Patrick hubiera hablado mucho de Shannon con ninguno de ellos, ni de que se preocuparan por ella. Claro que expresaron su simpatía e indignación por lo sucedido, pero eso no era más que la reacción de una persona promedio ante las tragedias de otra persona.

Se detuvo a comprar un café grande y se dirigió a la unidad de la Garda. Lo siguiente en su agenda era indagar en los dispositivos

electrónicos de Shannon para saber más sobre su vida, sus amigos, sus conexiones y sus hábitos. Sentado en su escritorio se preguntaba por qué había utilizado un sitio web de citas, mientras revisaba la información de las cuentas en las redes sociales de la chica. Era guapa, tenía una buena educación y un historial decente. Los hombres harían cola para salir con una mujer así. Al ver sus fotos, se dio cuenta de que había un montón de comentarios halagadores y "me gusta" en cada una de ellas. No había sido una de esas mujeres que publican docenas de selfies cada día, pero tenía una generosa cantidad de fotos en línea.

Como la mayoría de las personas creativas, parecía aburrirse con facilidad. Debía de haberse teñido el pelo de negro recientemente, porque en fotos anteriores era rubia, en otras pelirroja, y la lista continuaba. Le gustaban por igual las fotos en color y en blanco y negro, los ambientes extravagantes y los sencillos. Por su perfil en redes sociales parecía que la historia de su vida era interesante. Su sonrisa podía iluminar una ciudad entera, al igual que su belleza serena cuando estaba en una pose seria. Al parecer le gustaba viajar, pero a juzgar por la cantidad de fotos tomadas en el extranjero, su presupuesto no le había permitido hacer muchos viajes fuera de Irlanda.

Tenía fotos de ella sola, junto a Patrick, con sus padres, algunas con sus amigos, hasta con Kieran. Evan sonrió con tristeza cuando miró una foto en blanco y negro de Shannon y el felino. Sostenía al gato cariñosamente cerca de su mejilla y el rostro de Kieran se perdía en la nube de pelo rubio. Ambos pares de ojos estaban dispuestos en una expresión de amor dichoso. Parecía una foto de revista, un símbolo de felicidad y belleza.

Evan se detuvo a leer los comentarios, como había hecho minuciosamente con todas las fotos. Los mismos *Preciosa*, *Wow*, *Impresionante*, corazones y flores que había encontrado hasta ahora. Solo un comentario le llamó la atención, porque no era nada halagador. Era un emoji de cara enfadada de alguien llamado *Black Dawn*. El comentario había sido publicado el ocho de marzo de este

año. Shannon no había respondido, lo cual era en cierto modo más insultante que si lo hubiera hecho.

Los ojos de Evan se entrecerraron mientras se inclinaba hacia el monitor, con los sentidos en alerta. ¿Quién era esa persona? Hizo clic en el perfil, con la esperanza de arrojar algo de luz sobre la identidad de *Black Dawn*, pero la información era escasa, y la foto del perfil retrataba a una pantera negra, con los colmillos sobresalientes. Algo siniestro, aunque no inusual en las redes sociales.

Evan se quedó con la mirada fija en la pantalla, tratando de decidir si se trataba de una pista, o si simplemente veía fantasmas donde no los había.

—*Black Dawn.* ¿Quién eres? ¿Qué eres? No un fan de Shannon, eso está claro.

Comprobó que el perfil no aparecía en la lista de amigos de Shannon. Al entrar en su página, también descubrió que esta persona no había estado activa en semanas. No había datos sobre su sexo, edad, nacionalidad ni nada concreto. Había algunas publicaciones del propietario de la cuenta, la mayoría de ellas comentarios en blogs y artículos. El no saber si era un hombre o una mujer resultaba frustrante para Evan. Sin embargo, algunas palabras dejaban al descubierto rasgos obvios de su personalidad: infelicidad, frustración, un odio generalizado hacia la mayoría de la gente, una profunda amargura de una persona que no tenía nada bueno que decir sobre nadie, y tenía muchas cosas malas que decir sobre todo y todos. Tanto si se trataba de un comentario sobre una publicación política, como de un artículo sobre una conocida estrella de cine o de una guía sobre cómo alcanzar el éxito, *Black Dawn* siempre se mostraba negativo. Sus comentarios solían ser divagaciones y argumentos incompletos. Tenía un impresionante dominio del idioma y parecía amar el uso de palabras complicadas, pero los largos parlamentos no tenían una lógica clara. Era comúnmente reprendido por otros usuarios, pero siempre respondía y se involucraba en discusiones con todo el mundo.

—Chelsea se lo pasaría en grande analizando a este engendro —murmuró Evan.

Se alegraba de tener una excusa para llamarla al día siguiente y pedirle que viniera. Sin embargo, temía que esto no fuera más que una pérdida de tiempo. Después de todo, solo era un comentario. El mundo estaba lleno de personas con la necesidad de ofender a los demás para sentirse mejor con ellos mismos.

Esto parecía otro callejón sin salida. Finalmente, había vislumbrado a alguien a quien posiblemente le desagradaba Shannon, pero no tenía idea de cómo localizar a esa persona que se hacía llamar *Black Dawn.* A primera vista el comentario implicaba que, en cierta medida, estaba celoso de Shannon. ¿Era esta la razón por la que alguien había decidido matarla? ¿O era un hombre al que ella había despreciado de alguna manera? ¿Era alguien de la página web de citas, un hombre al que ella había rechazado? ¿Alguien que había desarrollado una obsesión con ella?

Podría ser alguien que envidiaba su trabajo, su aspecto, sus relaciones sociales o su situación económica, o alguna otra razón más o menos lógica. No tenía ni idea de si esto era realmente una pista o una pérdida de tiempo, pero tenía que comprobarlo. Debía localizar a esta persona. Incluso la elección del apodo implicaba algo sombrío y amenazante, como una sombra que acecha en la oscuridad, lista para atacar.

Evan buscó el historial del portátil de Shannon y accedió a su perfil en el sitio web donde ella y Patrick habían conectado. En su foto de perfil tenía el cabello rubio oscuro, y un vestido rojo que mostraba suficientes curvas para dejar volar la imaginación de cualquiera. Sin duda esta foto y su descripción habían atraído a muchas parejas potenciales, deseosas de conectar con semejante belleza. Ella tenía su identificación y su contraseña guardadas en su ordenador, así que Evan no tuvo que invertir tiempo y esfuerzo en solicitar el acceso a su cuenta para conseguirlas.

Agradecido por este paso de avance, empezó a revisar metódicamente los usuarios compatibles y los mensajes. Había

muchos, y observó que Shannon siempre era educada y diplomática cuando rechazaba una cita. También había aceptado varias, todas de hombres, lo que significaba que él tendría que indagar y averiguar sus identidades e interrogar a cada uno.

Horas después, se estiró en su silla y se frotó los ojos cansados. Había revisado la mayoría de los mensajes, leyendo por encima los que no parecían importantes por ahora y centrándose en los que tenían potencial. En total, había resumido que ella había aceptado reuniones con tres hombres además de Patrick O'Leary. No estaba seguro de que hubiera cumplido con las citas, pero el siguiente paso lógico era localizar a cada uno de esos hombres e interrogarlos. Miró sus fotos de perfil, una por una. ¿Quién podría decir si alguno de ellos era un asesino? No podía con solo mirarlos, eso era seguro. Ted Bundy, el asesino en serie, fue tan encantador y guapo como retorcido.

Exhalando un suspiro, Evan trató de pensar en un plan para descubrir la identidad de los hombres. Solo tenía algunas fotos que podían ser auténticas o no, y algunos nombres que también podían ser falsos.

—Pan comido —dijo irónicamente.

Se había decidido a ir a comprar un sándwich o algo que le sirviera de combustible para las próximas horas cuando una carpeta aterrizó en su mesa. Al levantar la vista, vio a Nóirín. La barra de caramelo que estaba masticando le hizo agua la boca.

—Dime que tienes alguna pista nueva ahí —suplicó Evan—. Siobhan dijo que había encontrado fibras de cuero sintético en la garganta de Shannon. No estoy seguro de lo que significa, pero ¿tienes alguna pista, alguna marca?

Nóirín hizo un sonido de burla.

—Es una forma elegante de decir cuero falso. Solo puedo decirte que el asesino llevaba guantes, pero las fibras son tan comunes que no puedo darte una marca. Es un material barato y común que puedes comprar en cualquier tienda de bajo precio, probablemente en todo el mundo. Aparte de eso, no tengo nada. Lo

siento, yanqui.

Evan se pasó los dedos por el pelo. El trabajo en el ordenador durante tanto tiempo, combinado con el clima frío y nublado, lo había puesto en un estado de trance.

—No te disculpes, no puedes crear pruebas que no existen —apartó la silla, se puso de pie y estiró sus músculos entumecidos, luego miró a Nóirín.

—¿Dónde puedo conseguir uno de esos? —señaló con la cabeza la golosina—. Necesito un descanso y algo de comer.

—Te sugiero que consigas comida de verdad, caliente. Hay un bar a un par de manzanas de aquí. Puedo darte la dirección si quieres. Hacen una sopa de pollo picante que es salvaje. Increíble, muy buena —tradujo ella, riéndose de su expresión de cansancio.

—Perdona. Estoy atrasado con mi estudio de la jerga irlandesa —le dedicó una sonrisa mientras agarraba su chaqueta—. Dame el nombre del lugar. Una sopa salvaje suena demasiado bien para resistirse.

NO LE COSTÓ MUCHO ENCONTRAR el bar. Estaba situado en una de las calles principales y, como eran casi las cuatro, encontró rápidamente un sitio para aparcar. La gente había almorzado hacía horas, y era demasiado pronto para cenar.

El lugar era pequeño y acogedor, con menos de una docena de mesas de madera cubiertas por manteles verdes, todas apiñadas en el tradicional ambiente irlandés. La luz de las lámparas con forma de trébol era tenue, las cervezas eran grandes y la música alegre, como si desafiara el mal tiempo. Evan dio gracias a la Providencia por haber encontrado una mesa libre, mostrando una sonrisa genuinamente agradecida a la joven camarera pelirroja que esperaba para tomar su pedido. Se decidió por la sopa que Nóirín había alabado y, como tenía mucha hambre, pidió también tocino y patatas con mantequilla y pan de ajo.

Mientras esperaba la comida, miró las caras que lo rodeaban. No era la primera vez desde que había llegado a Irlanda que sentía

una punzada de soledad. No era un tipo sociable, nunca había tenido muchos amigos en Estados Unidos, pero al menos sabía a quién llamar si tenía ganas de tomar una cerveza con alguien. Aquí no conocía a nadie más que a sus colegas de la Garda.

Sus pensamientos se volcaron en Chelsea, y se dio cuenta de que era la persona con la que había mantenido la conversación más larga desde que había llegado. Le gustaba. Era muy inteligente, por no mencionar su cuerpo. Tenía que admitir que su mente lo intimidaba y le fascinaba a la vez. Se preguntó si debería invitarla a tomar una copa uno de estos días, pero desechó la idea. No la conocía realmente y no era buena idea involucrarse con alguien del trabajo. De hecho, no estaba seguro de que fuera una buena idea involucrarse con ninguna mujer en este momento. Era doloroso aceptar que tenía problemas para confiar en su propio juicio cuando se trataba de mujeres. De todos modos, estaba hasta el tope con este caso.

La sopa era realmente salvaje, tan picante que le hacía sudar, y las deliciosas patatas doradas y crujientes se servían junto a un también crujiente tocino cubierto de pimentón. El aroma del ajo y las especias lo mareaba. No podía recordar la última vez que había tenido una comida tan increíble.

Mientras terminaba de cenar, pensó en dar un paseo. Tenía que hacer horas extras de todos modos. Se dirigió a un centro comercial cercano. Después de mirar varias opciones, compró una chaqueta negra de corte limpio y resistente a la lluvia, con capucha y forro grueso. De paso, compró también un par de jerséis, ya que su armario californiano no tenía muchos de esos. Para completar el día, se dirigió al supermercado en busca de alimentos y comida para gatos. Aunque le pareció una tontería, también compró algo que parecía un ratón textil mutante para Kieran. La línea que separa lo doméstico de lo ridículo puede ser muy fina.

Cuando volvió al trabajo, la mayoría de sus compañeros ya se habían ido. Pero Evan quería trabajar por un par de horas más. No sabía si su corazonada sobre *Black Dawn* era de fiar, pero quiso

confiar en su instinto. Quizás era una pista que valía la pena seguir. Sin embargo, su prioridad inmediata era localizar a los hombres del sitio web de citas. Puede que descubriera algo nuevo. Agarró la soda que había comprado en el camino y se puso a trabajar.

7

Chelsea se sentó en silencio a escuchar a su último paciente de la mañana, tratando de ignorar el dolor que le desgarraba la parte baja de la espalda. Como era viernes, había tenido un día ocupado en la consulta. No obstante, tenía curiosidad por saber si se había producido algún avance en el caso de Shannon Brody, no había tenido ocasión de llamar a Evan o a John para preguntar. Cuando estaba en su consulta, toda su atención se centraba en sus pacientes.

Jack Dunhill era un hombre difícil, el tipo de hombre que era guapo y lo sabía, por lo que se desconcertaba si una mujer no caía inmediatamente en su regazo cuando chasqueaba los dedos. Esta actitud había dado lugar a dos matrimonios fallidos para el hombre de cuarenta años que ahora permanecía sentado en el sofá del despacho de Chelsea. Esta era su segunda sesión con un psicólogo, y había dejado claro desde el inicio que estaba allí solo porque su actual novia lo había "obligado" a venir.

Chelsea no debía expresar sus opiniones, pero tomó nota mentalmente de su actitud infantil. Si su profesionalidad no le hubiera prohibido ningún juicio, este hombre la habría puesto de los nervios. Pero su trabajo consistía en hacer que él fuera capaz de percibir sus propios defectos y encontrara la manera de solucionarlos.

—No lo entiendo. Cada mujer con la que he tenido una relación se ha quejado de cosas diferentes. Seguramente eso significa que el problema es de ellas, no mío. Las mujeres no se ponen de acuerdo en nada —decía Jack, con sus ojos verdes recorriendo las paredes,

sin detenerse ni un momento en los relajantes cuadros impresionistas.

Aunque en su casa Chelsea prefería los colores y estilos atrevidos de pintores modernos como Leonid Afremov, para su despacho había elegido réplicas de Monet y Cézanne que le transmitían sensaciones subliminales de paz y equilibrio. Necesitaba esa dosis de calma para tratar con ese hombre, que tenía un lado misógino que desconocía descaradamente. Eso explicaría algunos de los problemas en su relación con las mujeres, pero Chelsea no iba a abordar el tema todavía. Indagar en la psique de una persona, ganarse su confianza, era algo muy delicado. Para ayudar a sus pacientes, estas dos cosas eran obligatorias para ella.

—¿De qué se quejaba tu primera esposa, Jack? —preguntó, con una voz suave y perfectamente modulada para inspirar confianza —. Háblame de ella. ¿Cómo se conocieron, cómo fue su matrimonio? Solo habla de lo que te sientas cómodo.

—Tracy fue un error —dijo con un largo suspiro, centrando su mirada en Chelsea—. Los dos éramos muy jóvenes, veinte años o un poco más. Supongo que nos casamos solo para fastidiar a nuestros padres, ya que ninguno estaba de acuerdo con nuestra relación. Los dos éramos inmaduros, así que la convivencia era un reto para el que no estábamos preparados. El matrimonio duró menos de un año.

Chelsea lo escuchó atentamente. Sabía que hablar y ser escuchado era un gran paso en la formación de esta relación médico-paciente. Como ella había sospechado, Jack Dunhill era un hombre egocéntrico, proveniente de una familia adinerada, un niño rico mimado que había crecido creyendo que tenía derecho a todo lo que quisiera. Al conocer a una chica que estaba fuera de su alcance, inmediatamente quiso tenerla, aún más cuando ella se negó.

—No puedo decir que nos hayamos separado en términos amistosos —continuó Jack—. Pero tampoco somos enemigos. Tracy

dijo que yo era inmaduro, egoísta e incapaz de comprometerme, lo cual supongo que era cierto. Por aquel entonces —añadió, dirigiendo su mirada hacia Chelsea.

El contacto visual duró unos instantes. Había un brillo de picardía en sus ojos que incomodaba a Chelsea. Dejando a un lado la falsa modestia, estaba acostumbrada a las miradas de los hombres y sabía que era físicamente atractiva, aunque no hacía nada para realzar esa característica durante las horas de trabajo. Había momentos en los que consideró su belleza una maldición en lugar de un regalo.

A lo largo de los años, varios de sus pacientes masculinos se habían enamorado de ella, y había manejado esas situaciones de manera profesional. A veces los hombres lograban aceptar la distancia que debe existir entre el doctor y el paciente. En ocasiones no le había quedado más remedio que remitirlos a otro colega, preferiblemente varón, si, al evaluar la situación, decidía que era lo mejor para el paciente.

No sabía exactamente por qué la mirada de Jack Dunhill la inquietaba, porque no era sugerente, ni seductora. Era muy directa, evaluadora, como si la viera como una mujer en lugar de una doctora a la que se había resistido a visitar en primer lugar. El momento pasó tan rápido que Chelsea se cuestionó más tarde si había sido producto de su imaginación.

Entonces Jack reanudó su historia, con los ojos vagando de nuevo hacia el techo.

—Después, estuve saliendo con muchas mujeres por algún tiempo. Pensaba que era la mejor manera de entender a su especie y madurar —dijo con una sonrisa torcida, usando los dedos para formar comillas alrededor de la última palabra—. Funcionó durante un tiempo, hasta que tuve unos treinta y cinco años. De repente me di cuenta de que todos mis amigos estaban casados y habían sentado cabeza. No tenía a nadie con quien salir de fiesta o beber una maldita cerveza. Así que me dije a mí mismo: qué demonios, tal vez debería dar otro golpe. Ya sabes, encontrar a

alguien más compatible. Esta vez elegí a una mujer de mi edad, madura, con clase, educada, conocedora de la vida. Marian era todo lo contrario a Tracy, una mujer con estudios que tenía su propia agencia de publicidad, que se desvivía por ser independiente, una empresaria con éxito. Sentía que era la versión femenina de mí mismo. Sin embargo, en cuanto nos casamos, empezó a insistir en que tuviéramos hijos.

—¿No querías tener hijos? —preguntó Chelsea, luego de que él se sumiera en un silencio introspectivo.

Se encogió de hombros en un gesto defensivo.

—La verdad es que no. No sé por qué, pero la idea de tener un hijo me asustaba. Todavía lo hace. Todas las historias de mis amigos sobre los pañales, el llanto, la lactancia, las hormonas y cómo lidiar con los cambios de humor de las esposas me desanimaban. Imaginar que mi sexy y esbelta esposa no era más que una fábrica de leche y que tendría una vida sexual nula me horrorizaba. No se lo dije, pero debió de intuirlo, porque después de que siguiera ignorando sus insinuaciones sobre su reloj biológico durante un par de años, me pidió el divorcio. Así que aquí estoy ahora.

Se levantó inquieto y comenzó a caminar. Cuando se acercó a la ventana y apartó las cortinas de color crema, Chelsea se dio cuenta de que afuera estaba oscuro. Jack debió de notarlo también, porque miró su reloj, justo cuando ella lanzó un vistazo al reloj de pared. Su tiempo había terminado.

Se volvió hacia ella, devolviéndole una encantadora sonrisa.

—Bueno, doc, creo que ya la he aburrido lo suficiente con mi dramática historia de vida. ¿Dejamos algo para la próxima vez?

Chelsea le devolvió la sonrisa, poniéndose de pie también.

—No me ha aburrido en absoluto, señor Dunhill.

—Llámeme Jack.

—Muy bien, Jack. Elegí esta profesión porque me interesa la gente, sus historias, sus individualidades. Estoy aquí para escuchar y ayudar. Me alegro de que tu novia te haya convencido de pedir

una cita conmigo. Quizás la próxima vez profundicemos en ese tema.

Jack se acercó a ella, con la mano extendida.

—Yo también me alegro de haber venido. Esto continúa siendo una experiencia nueva para mí y, por el momento, no ha estado mal.

Su apretón de manos fue bastante breve pero, una vez más, Chelsea tuvo la sensación de que su tacto perduraba de algún modo en su piel. No podía precisar qué era exactamente lo que tenía Jack Dunhill que le hacía sentir que coqueteaba con ella, pero iba a hacer todo lo posible para mantener la distancia.

—Te veré el próximo viernes. Disfruta del fin de semana —dijo.

Cuando se fue, apagó el ordenador, metió sus cosas en el bolso y se puso el abrigo. Había dejado que su recepcionista se marchara antes, así que ella misma revisó las ventanas, comprobó el sistema de alarma, apagó las luces y cerró la puerta tras de sí.

Se estremeció con el aire frío de la noche. Subió a su coche, arrancó el motor y se marchó, ansiosa por llegar a casa. La semana había sido larga. Pensó en comprar algo para comer o en pedir comida a domicilio, pero decidió no hacerlo. Le gustaba cocinar. La relajaba casi tanto como pintar. La idea de un plato caliente de sopa de pollo le hizo la boca agua. Era una noche perfecta para cocinar. Tal vez también podría hornear algunas galletas.

En cuanto llegó a casa, subió el termostato. Después de lavarse las manos con agua caliente, las mantuvo sobre el radiador durante unos minutos. Su padre decía que tenía sangre de dinosaurio porque siempre tenía frío. Una ola de nostalgia la invadió al darse cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Tras la muerte de su madre, su padre había vendido sus acciones a sus otros socios del bufete de abogados y el apartamento en el que habían vivido. Tardó en darse cuenta de lo mal que se había tomado el suicidio de su mujer y de lo mucho que se culpaba por ello, por no haberse tomado en serio su estado, por estar demasiado ocupado persiguiendo el dinero en lugar de pasar más tiempo con su

familia. Compró una pequeña casa en Dalkey, un pueblo del sur del condado de Dublín, y Chelsea se vio obligada a cambiar de colegio, pero no le importó. En secreto, temía volver a su escuela, enfrentarse a las miradas curiosas y a los susurros sobre la niña cuya madre se había suicidado. La vida en el campo era reconfortante, un buen comienzo para que ella y su padre pudieran sanar. Tenían un gran patio cubierto de hierba verde. Le encantaba tumbarse en él y tomar el sol durante el verano, en los raros momentos en que el sol los bendecía con su calor. Los irlandeses siempre decían que aprendían a apreciar más el sol porque no lo veían lo suficiente.

En las tardes cálidas, ella y su padre se sentaban en el porche, a hablar, leer o simplemente a mirar el horizonte. A veces su padre tocaba la guitarra, una habilidad que había adquirido en su juventud, toda una vida atrás, cuando era joven y despreocupado y soñaba con convertirse en una estrella del rock como los Beatles. Hizo todo lo posible por cuidar de su hija adolescente, lo que no había sido un trabajo fácil.

Chelsea no había sido una niña exigente. Aprendió a hacer las tareas domésticas y llegó a convertirse en una cocinera experta. Tranquila, atenta, le encantaba leer, y a los dieciocho años casi había devorado las dos estanterías del suelo al techo que su padre había reunido a lo largo de los años. Estaba orgulloso de su hija, aunque no siempre había sabido demostrarlo.

Chelsea dejó escapar una lágrima en un parpadeo. Hacía meses que no visitaba a su padre, que aún vivía en Dalkey. El hecho de que él no aceptara su ayuda le molestaba. Se había ofrecido a contratar a una señora para que limpiara la casa, a una enfermera, a alguien con quien pudiera hablar. Incluso insistió en que volviera a casarse. Sabía lo poco saludable que era para una persona estar sola todo el tiempo, pero él no quiso escucharla. A los setenta años aún gozaba de buena salud, pero estaba lejos de ser el hombre fuerte y vital de sus recuerdos de infancia. Chelsea deseaba que su padre fuera feliz, pero sabía que no lo era. Era como si no se

permitiera ser feliz con otra mujer. Pensó que seguía castigándose por la muerte de su madre, y que siempre lo haría, sin importar lo que ella dijera o hiciera para convencerlo de que no había sido su culpa.

Suspirando, se apartó del radiador y se dirigió al dormitorio para ponerse su cómodo pijama rosa con un grueso forro mullido que la mantenía caliente. Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios. ¿Quién era ella para criticar a su padre por seguir soltero, cuando hacía años que no tenía un cuerpo caliente en la cama a su lado? Era su propia elección, o tal vez una consecuencia de ser demasiado exigente, pero prefería seguir soltera hasta encontrar un hombre que diera tanto como recibía.

De vuelta en la cocina, sacó una pechuga de pollo del congelador y la puso en una olla con agua caliente. Mientras se descongelaba, sacó las verduras y empezó a pelarlas y a cortarlas. Menos de media hora más tarde, puso la sopa a hervir. Se sentó en una de las cuatro sillas que rodeaban la mesa cuadrada de roble. Inconscientemente, había amueblado la casa como un hogar familiar, pero hasta el momento no había indicios de que sus hijos fueran a arrastrarse por las impecables baldosas rojas o a romper accidentalmente alguno de los electrodomésticos de color verde tierra. No podía imaginarse a un marido que les preparara el desayuno un fin de semana de invierno, o que compartiera con ella una taza de café caliente mientras discutían su futuro.

Aunque la mayoría de los días se ocupaba del trabajo, el ejercicio y las actividades creativas, en el fondo de su mente había una lucha constante para no caer en la depresión. Era humana, aunque sus pacientes a veces la miraban como si no hubiera conocido un día de tristeza y dolor. Su diario la ayudaba mucho, era un lugar donde podía liberar sus emociones negativas, y al mismo tiempo almacenarlas como referencia, como estímulo, para estudiar su evolución psicológica a lo largo de los años.

Fue al dormitorio en busca de su portátil y lo puso sobre la mesa de la cocina. Después de remover la sopa que aún hervía, se

sentó con las piernas cruzadas en una silla y abrió su diario. El aroma de las verduras y las especias le hormigueaba en la nariz. El vapor que salía de la olla inundaba el aire, haciendo el ambiente más cálido y acogedor. Tenía suerte de tener esta hermosa casa, aunque no hubiera nadie con quien compartirla. Al menos, todavía no. Pero si la vida le había enseñado algo, era que uno nunca sabía lo que le depararía el mañana. Decidió tomárselo con optimismo.

Añadió una nueva entrada en la agenda, escribió la fecha y empezó a teclear.

Hoy fue mi segunda sesión con el paciente nuevo, Jack Dunhill. Es un caso bastante típico de hombre guapo con un ego enorme que es abandonado repetidamente por las mujeres y no sabe por qué. No es habitual que este tipo de hombre busque asesoramiento, pero el señor Dunhill dijo que su novia le insistió en pedir una cita conmigo. Quiero poder ayudarlo, aunque un par de sesiones solo han arrojado poco sobre su vida y su personalidad. Espero que continúe con la terapia y que avancemos juntos. Por otro lado, hay algo en él que me inquieta. No se me ha insinuado, no de forma directa, pero emite una vibración extraña. Coqueto es una palabra demasiado endeble para describirlo.

Hizo una pausa, con los dedos sobre el teclado, midiendo sus palabras. Al final, sacudió la cabeza y sonrió para sí misma.

Tal vez solo esté imaginando cosas. Ser una solterona de treinta y cinco años sin vida sexual debe de estar afectando a mi cerebro. Todas esas hormonas y reacciones químicas pueden alterar el sistema nervioso. Espero equivocarme con Jack Dunhill. Quiero que me vea como una terapeuta competente, nada más.

Cerró el documento pensativa y abrió su navegador para revisar su correo electrónico. Se emocionó al ver un correo de Evan titulado “Autopsia e informes forenses sobre el caso S. Brody”. Descargó los documentos, los abrió y comenzó a leerlos. Estaba tan absorta en los archivos que apenas se acordó de comprobar la sopa. Después de apagar el fuego y dejar la olla a un lado para que se enfriara, volvió a la mesa.

Le decepcionó ver que ninguno de los informes ofrecía ningún

avance importante en el caso. Mientras leía el registro de la autopsia, pensó en el hecho de que el asesino había experimentado una rabia explosiva. No le bastó con golpear la cabeza de Shannon, sino que procedió a estrangularla aunque ya estaba muerta. ¿Estaba el asesino clínicamente loco? Pensó que la probabilidad era alta. No recordaba haberle mencionado esto a Evan, así que tomó notas en un documento nuevo; sin embargo, combinado con el débil informe forense, no ofrecía muchos avances. Se preguntó si alguna vez encontrarían al asesino de Shannon, o si seguiría sin ser detectado para siempre. Si se había salido con la suya la primera vez, no había nada que le impidiera volver a actuar.

Pero, ¿por qué? ¿Qué lo motivó? Todo giraba alrededor de un maldito motivo que no podían encontrar. Frustrada, se recogió el pelo de la frente. Estaba a punto de apartar el portátil y comer cuando recibió un nuevo correo electrónico. Podría haberlo dejado para más tarde, pero el titular atrajo su atención como un imán: *Agente del FBI baleado por su novia, una miembro encubierto de un grupo de ciberdelincuentes*.

Frunciendo el ceño, comprobó el remitente y se percató de que se trataba de una conocida publicación online estadounidense. Hizo clic en el correo electrónico y empezó a leer el artículo.

El agente especial del FBI Evan Gallagher fue tiroteado en su casa de Sacramento el miércoles por la mañana por su novia, Amanda Brosnan, alias Mandi Klein*. La mujer, de treinta y dos años, era miembro del grupo de ciberdelincuentes conocido como* Robin Hoods*, responsable de fraudes multimillonarios en Internet en varios estados. Al haber mantenido un perfil bajo, Klein no figuraba en la lista de personas buscadas y nunca fue identificada ni se sospechó de ella. Al parecer, S.A. Gallagher estaba avanzando en los casos relacionados con el grupo criminal y acercándose a los sospechosos. Se cree que Mandi Klein se acercó a él haciéndose pasar por una civil y se infiltró en su vida privada desarrollando una relación romántica con el especialista en ciberdelincuencia. Gallagher descubrió la verdadera identidad de su novia el día de ayer por la mañana, pero Klein se anticipó de algún*

modo y consiguió disparar al agente en el hombro antes de que la detuviera. La herida de Gallagher es leve, y pudo detener a la sospechosa y pedir refuerzos para que la arrestaran. Más tarde, Gallagher informó haber descubierto los nombres de los seis miembros del grupo.

Actualización posterior: todos los miembros del grupo de ciberdelincuentes Robin Hoods *han sido detenidos y están a la espera de juicio por varios cargos. S.A. Gallagher fue condecorado por la Oficina Federal de Investigación y se ha recuperado de sus heridas.*

Cuando terminó de leer el artículo, Chelsea notó que había contenido la respiración durante toda la lectura. Aturdida, buscó su teléfono para llamar a Evan, pero se detuvo al ver la fecha del artículo: 15 de febrero. Hacía casi ocho meses.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral al releer la noticia. El pobre Evan debió de pasar por un infierno. Conocía la psicología humana y sospechaba que se culpaba enormemente por haberse dejado engañar, aunque fuera temporalmente. Ser condecorado por lo que probablemente consideraba la mayor cagada de su vida era aún peor para un hombre como él. Por eso había decidido mudarse a Irlanda y pasar desapercibido.

Esto era un misterio resuelto, al menos parcialmente. Pero la pregunta que quedaba pendiente era cómo y por qué ese artículo de hacía ocho meses había llegado a su bandeja de entrada, cuando nunca se había subscrito a la publicación americana.

8

Evan no había ido a un funeral en veinte años, no desde que había asistido al de sus padres. Cuando la señora Brody lo llamó en la mañana para preguntarle si tenía alguna noticia sobre el caso y para decirle que hoy enterrarían a Shannon, algo lo impulsó a asistir. Tal vez la expectación en su voz llena de dolor, o el pensamiento de que ésta podría ser una oportunidad para encontrarse en el mismo espacio con el asesino. Estaba convencido de que el bastardo sería lo suficientemente engreído como para estar allí mismo, en la iglesia iluminada con la luz de las velas y demasiado pequeña para dar cabida a toda la gente que venía a ver a Shannon en su último viaje.

Evan se quedó cerca de la entrada, con cuidado de no interrumpir el paso de la gente. El aroma de las velas encendidas y las rosas marchitas era abrumador; las palabras del sacerdote le evocaban recuerdos que, durante muchos años, le habían resultado demasiado dolorosos de soportar.

Después del accidente tardó mucho tiempo en ser capaz de recordar los buenos momentos junto a sus padres, de revivir épocas de alegría sin que fueran inmediatamente tragados por un dolor aplastante. Se avergonzaba de muchas cosas que había hecho durante su etapa de adolescente rebelde y descarriado, e incluso más tarde, ya convertido en un joven adulto. Pero al final, esperaba que su madre y su padre estuvieran orgullosos del hombre que era, del hombre que intentaba ser cada día.

Su mirada se detuvo en las imágenes que adornaban las paredes de la iglesia. Probablemente escenas bíblicas, santos cuyos

nombres desconocía, y un Cristo benévolo frente al altar, con las manos abiertas en señal de bendición o indulgencia. Evan notó que la pintura estaba ligeramente agrietada en algunas partes, al igual que los pilares ornamentales que sostenían la cúpula bellamente pintada. La iglesia debía de tener siglos de antigüedad, una obra de arte nacida de una fe que él no entendía muy bien.

La tradición era diferente aquí. Mientras que en Estados Unidos la mayoría de las personas preferían ser incineradas, en Irlanda muchos elegían honrar a los muertos conservando sus cuerpos intactos. Se alegró de que la multitud fuera suficiente para bloquear el ataúd de su vista. Vio a los padres de Shannon junto a él, con las cabezas bajas y las posturas encorvadas por el dolor. Quería presentar sus respetos, hacerles saber que le importaba lo suficiente como para venir. Pero, ¿qué consuelo podía darles? Todavía no tenía ninguna pista real sobre la persona que había matado a su hija. No había nada que pudiera decir para aliviar su dolor. Lo único que podía hacer era actuar.

Estudió los rostros a su alrededor, preguntándose si el asesino estaba allí y había venido a ver el resultado de su trabajo. Solo encontró miradas tristes. Algunos de los dolientes se secaban los ojos llorosos con pañuelos de papel. Vio a Patrick sentado al otro lado de la iglesia, lejos de los demás. Las lágrimas brillaban en sus ojos que parecían vacíos, como un espacio inexistente más allá de unas puertas de cristal. Evan solo podía imaginar el dolor del joven. Shannon y él no llevaban mucho tiempo juntos, pero eso no significaba que no estuvieran enamorados. Podrían haber construido una vida juntos, casarse, tener hijos. Cualquier plan estaba ahora arruinado por culpa del monstruo que había metido a esa bonita joven en un ataúd.

Evan se dio la vuelta para irse, dejando de lado la tristeza y la ira. No le servirían de nada a Shannon ahora. Lo único que podía hacer era seguir tenazmente todas las pistas que tenía. Acababa de salir de la iglesia cuando alguien lo agarró del brazo. Sorprendido, giró la cabeza y se encontró con los ojos de Chelsea. Su color

lavanda era aún más vibrante entre las sombras del cansancio.

—Oye, ¿qué haces aquí? —le preguntó, atrayéndola hacia un lado, lejos de la masa de gente que se preparaba para salir hacia el cementerio.

—Leí sobre del funeral en el periódico. No esperaba encontrarte aquí.

Su piel parecía translúcida en contraste con su abrigo negro. Llevaba el pelo retirado de la cara en un nudo apretado. Mientras la miraba, aún sosteniendo sus hombros entre las manos, Evan sintió un impulso ardiente de tomarla en sus brazos. Su piel pálida y sus ojos claros le recordaban demasiado a la otra mujer, la que yacía en una caja de madera esperando a ser cubierta de tierra. Se había enfrentado a la muerte demasiadas veces para contarlas, pero después de la de sus padres, nunca se había preocupado por nadie lo suficiente como para aterrorizarse ante la idea de perderlos. Su cuerpo se inundó de sentimientos que no reconocía y de pronto se encontraba acariciando la mejilla de Chelsea de forma protectora. Sentía su piel fría contra la enorme palma de su mano. No podía imaginar lo que ella estaba pensando, y no sabía si todos esas emociones irreflexivas eran un efecto secundario de enfrentarse tan de cerca a la muerte.

Chelsea debió de compartir la misma sensación y la sorprendió dando un paso hacia delante para caer en sus brazos. La forma sencilla y natural con la que enterró su rostro su pecho le hizo un nudo en la garganta. Sin palabras, la acercó y se limitó a abrazarla, disfrutando del calor de su cuerpo cerca del suyo.

Unos instantes después, ella se retiró. La vergüenza brillaba en sus ojos acompañada de un rastro de lágrimas, mientras miraba lejos de él hacia la gente que salía de la iglesia. Se sintió incómodo y no supo qué decir. ¿Qué demonios había pasado? Apenas se conocían, ni siquiera habían conocido a la víctima, ¿y se estaban abrazando como unos tontos en su funeral?

Se aclaró la garganta con fuerza.

—He venido a echarle un ojo a las cosas. Pensé que el asesino

podría estar aquí y, ya sabes, entregarse

Chelsea sonrió débilmente ante su broma poco convincente.

—Sí, parece una posibilidad válida. ¿No hubo suerte?

—Todavía no. ¿Recibiste los informes que te envié por correo anoche?

—Sí, los recibí. Tal vez pasé algo por alto, pero no vi nada interesante en ellos.

Evan se metió las manos en los bolsillos. La espesa niebla no retrocedía ni un centímetro, el aire parecía aún más frío, más húmedo.

—No hay nada realmente importante. Tengo que seguir algunas pistas, pero de momento no prometen nada.

Su boca se torció y se mordió el labio inferior con frustración. Evan supuso que debía de ser un serio depravado cuando el gesto le resultó excitante.

Chelsea se subió la bufanda negra, con sus delicadas orejas medio enterradas en ella.

—¿Quieres tomar algo? Me gustaría hablar más del caso, si no tienes otros planes.

Se encogió de hombros y le indicó que lo guiara.

—Claro. He localizado a los otros tres hombres que Shannon conoció en ese sitio web de citas, aparte de Patrick. Tengo sus nombres y direcciones, y pienso interrogar a cada uno de ellos hoy.

Mientras caminaba a su lado, trató de hacer coincidir su gran zancada con los estrechos pasos de ella.

Chelsea lo miró de reojo.

—¿Crees que los encontrarás en casa?

—Supongo —frunció el ceño—. ¿Por qué no lo haría?

—Bueno, porque es el fin de semana de Halloween. No sé cómo es en Estados Unidos, pero aquí Halloween es un día festivo y lo celebramos el último lunes de octubre, que es pasado mañana. La mayoría de las personas van a fiestas este fin de semana, a hogueras, a festivales; otros van a visitar a sus familias. No es un buen momento para interrogar a la gente, ni para encontrarla en

casa. Mejor esperar hasta el martes.

—¿Y dejar que las cosas se enfríen? Ni hablar.

Chelsea expulsó un suspiro.

—No estás seguro de que esto sea siquiera un rastro, ¿verdad? Es muy probable que con el uniforme de la Garda te confundan con una persona pidiendo dulces en Halloween.

Evan bajó la mirada hacia ella.

—¿En serio?

Ella soltó una carcajada.

—Okey, quizás no con un niño llamando a las puertas para pedir caramelos. Pero tienes más posibilidades si esperas un par de días. Obtendrás mejor información de hombres sobrios. Además, necesitas un descanso. Te ves peor que un zombi. ¿Cuántas horas sin dormir esta semana?

—¿Quién lleva la cuenta?

Chelsea agitó brevemente una mano, obviamente tratando de contener su molestia.

—Es tu decisión. Solo te digo lo que pienso.

—Y te lo agradezco.

Evan se detuvo al ver a Chelsea doblar la esquina y empujar una puerta de madera ornamental.

El bar estaba abarrotado, el aire era cálido y estaba lleno de deliciosos olores de comida y cerveza. Evan se sintió repentinamente sediento. No tenía mucha hambre, pero no había notado hasta ahora la sed que tenía. Guió a Chelsea por el laberinto de mesitas redondas, manteniendo su mano en la parte baja de la espalda de ella, hasta que encontraron una mesa libre cerca de una ventana.

Acababan de quitarse los abrigos y los habían colgado en una percha cercana cuando se les acercó un camarero. Evan envidiaba el aspecto fresco y despreocupado del rostro de su acompañante, adornado por un par de hoyuelos en sus mejillas y brillantes pecas anaranjadas en su nariz.

—Buenos días, señora, señor. ¿Qué puedo ofrecerles? —

preguntó el joven.

Evan miró a Chelsea de forma inquisitiva.

—Chocolate caliente y una pila de panqueques—dijo ella, con una sonrisa en los labios.

—Que sean dos —añadió Evan, mientras se sentaba frente a ella —. Y una botella de agua, por favor.

—Enseguida.

Evan se recostó en su silla enseguida que el camarero se marchó. Era sorprendentemente cómoda, con su respaldo de madera curvada y su asiento acolchado. Después de echar un vistazo al lugar, no le quedó más remedio que admitir que le encantaba. Si hace unos meses alguien le hubiera dicho que disfrutaría en un diminuto restaurante europeo con mesas demasiado pequeñas para doblar las piernas, apiñadas para que se pudieran oír las conversaciones de todo el mundo, habría pensado que estaban locos. Sin embargo, disfrutaba del sitio. Tal vez porque todo el mundo parecía alegre y amable, y esta multitud de personas se sentía más como una familia extranjera que como un grupo de extraños. O tal vez porque estaba allí con Chelsea.

Sus miradas se encontraron, y el recuerdo de la cálida intimidad del abrazo compartido en el patio de la iglesia surgió entre ellos. Evan lamentaba el hecho de no tener otro tema de conversación además del asesinato. Pero era un comienzo, aunque fuera macabro. Era su trabajo.

—Entonces, ¿has investigado a esos tres hombres con los que Shannon salió antes de conocer a Patrick? —preguntó Chelsea, mientras se despojaba de la gruesa bufanda que llevaba en el cuello. Vestía un jersey negro y, cuando se inclinó para colocar la bufanda en la silla de al lado, Evan vislumbró su escote. No era bajo, sino todo lo contrario, pero ese rápido vistazo a la silueta de sus pechos encendió su imaginación. No se sintió atraído por lo que podía ver, sino por las formas desconocidas que permanecían bajo la suave lana.

Tosió, tapándose la boca amablemente. Era solo una táctica

para recuperar su autocontrol y darse una bofetada mental. No buscaba una relación de ningún tipo, y menos con una psicóloga, por el amor de Dios. Probablemente ella lo estudiaba como si analizara una rata bajo un microscopio, especulando sobre sus pensamientos, sus sentimientos, sus reacciones. Aunque parecía un ser humano decente, nunca podría volver a confiar en una mujer, y de ninguna manera en una psicóloga.

Se concentró en responder a su pregunta.

—Lo hice, sí. Tengo su información.

—¿Algo importante?

—Si preguntas si alguno de ellos tiene "asesino" en su currículum, entonces no.

Su risa era contagiosa. Si un detective de homicidios y una criminóloga no podían bromear sobre estas cosas, ¿quién podría hacerlo?

—Lamento escuchar eso —dijo finalmente—. Por desgracia, la mayoría de los asesinos se esconden bien bajo la máscara de gente corriente. ¿Alguna otra pista?

Reflexionó por unos segundos, y luego se decidió a comentarle sobre la misteriosa persona apodada *Black Dawn*.

—No es exactamente una pista, pero hay algo que me inquieta. No tengo nada en que basarme, pero tengo la clara impresión de que se trata de una mujer. O de un hombre muy cabrón —terminó, mientras sus dedos inquietos jugaban con la caja de servilletas de papel—. ¿Crees que me estoy aferrando desesperadamente a una esperanza?

Chelsea miró pensativa por la ventana, con los labios fruncidos.

—No lo sé. Me parecería una enorme coincidencia que tuvieras razón, pero tienes buenos instintos. Yo confiaría en esos instintos.

Se sintió ligeramente desconcertado cuando sus ojos se conectaron.

—Apenas me conoces —dijo—. ¿Cómo puedes estar segura de que no soy el policía más malo del cuerpo?

—Un policía de mierda no habría descubierto y atrapado por sí

solo a los *Robin Hoods*.

Lentamente, Evan se recostó en su silla, alejándose de ella. El camarero trajo su pedido, pero apenas se dieron cuenta. Sus miradas estaban fijas, como en una batalla. Evan sintió que la acogedora intimidad entre ellos se enfriaba y se disipaba, y que su mandíbula se convertía en acero.

—Veo que has investigado sobre mí. También lo hizo Mandi, pero supongo que ya lo sabes. Sería un caso de estudio interesante, ¿verdad, doc?

Chelsea puso una mano sobre la mesa, con la palma hacia abajo y los dedos extendidos, como si quisiera llegar a él.

—No fue así. Anoche me topé con un artículo en Internet. El titular me llamó la atención, y luego lo leí y me di cuenta de que se trataba de ti.

Él no sabía si creerle o no. No sabía nada de esta mujer, y ahora ella conocía los detalles más embarazosos de su vida.

—Bueno, Internet y los tabloides estaban llenos de información cuando todo eso sucedió. Supongo que debería haberme sentido halagado. Durante semanas tuve más cobertura que las estrellas de cine o el calentamiento global. Uno pensaría que la gente tenía cosas más importantes sobre las que cotillear —desvió la mirada, saboreando de nuevo la amargura del mayor fracaso de su carrera. Luego sus ojos volvieron a Chelsea—. ¿Ese artículo cubría todos los detalles escandalosos, o tu curiosidad sigue insatisfecha?

Su expresión era una mezcla de insulto y dolor. Se maldijo a sí mismo por haberlo notado y maldijo esos grandes y expresivos ojos que podían hipnotizar al más avezado de los hombres.

—No dije eso para sacarte información, Evan. Lo dije en serio. No sé cómo te sentiste en esa situación, pero creo que fuiste un héroe. Fuiste esencial para identificar y detener a una importante organización de ciberdelincuentes.

—Mientras uno de los miembros clave me disparaba como a un idiota —replicó enfadado.

—El artículo decía que, en ese momento, ya habías descubierto

su verdadera identidad.

—No lo suficientemente pronto. La zorra me tuvo engañado durante casi tres semanas. Supongo que se puede decir que literalmente me jodió el cerebro.

—Debe haber sido muy inteligente —dijo Chelsea razonablemente—. Pero que te culpes por ello es un error. Fuiste lo suficientemente astuto para averiguar quién era y actuar en consecuencia. Eso es lo que importa.

Se burló.

—Debería haberme percatado de sus intenciones, si es que verdaderamente tenía algo de esa astucia.

—Puede que hayas perdido una batalla, pero ganaste la guerra —alzó la voz, parecía exasperada—. La gente puede ser engañosa. Especialmente una mujer que sabe utilizar sus encantos femeninos para manipular a un hombre. Todos los humanos tienen impulsos, debilidades, defectos. A veces es imposible resistirse a una tentación que aterriza en tu regazo, bien envuelta e irresistible.

Su boca se torció en una sonrisa sin humor.

—¿Has leído todo eso en un artículo?

Los hombros de Chelsea se relajaron un poco.

—No todo. He leído lo básico y he asumido el resto. Luego hice una búsqueda sobre Mandi Klein. Un hombre tendría que estar muerto para resistirse a esa chica de piernas kilométricas y pelo rojo. Diablos, soy una mujer y admito que era preciosa —lo miró con desprecio por debajo de las pestañas—. Es el tipo de mujer que todos los hombres desean y todas las mujeres odian.

Sacudió la cabeza. La diversión había matizado su furia.

—Por cada mujer así, hay un hombre cansado de ella.

Chelsea levantó las cejas.

—¡Mierda!

Evan se rió en voz alta ante su expresión. Su enfado seguía ahí, junto con la humillación, pero decidió que también podía sincerarse. Hablar con alguien de esto podría ser una buena manera de hacer las paces con él mismo. ¿Y no era hora de que

hablara con alguien, en lugar de castigarse a sí mismo cada vez que podía? Le importaba una mierda lo que la mayoría de la gente pensara de él, pero se dio cuenta de que le importaba la opinión de Chelsea. Si ella iba a juzgarlo, quería que escuchara su versión de los hechos.

Respiró profundamente y comenzó a hablar.

—Conocí a Mandi en un bar una noche en la que estaba demasiado cansado para seguir trabajando y demasiado cabreado para irme a casa. Fui a tomar una copa y a refrescarme. Trabajaba entre doce y catorce horas diarias en el caso de *Robin Hoods*, y supervisando otros dos casos. Decir que estaba sobrecargado de trabajo sería un eufemismo, pero en mis entrañas sentía que estaba cerca de atraparlos, podía oler su miedo. Más tarde, descubrí que fue esa la razón por la cual enviaron a Mandi, para distraerme. Nuestro encuentro en el bar no fue casual, como tampoco lo fueron todos los temas de conversación de esa noche. Era guapísima, como has dicho, fingía estar interesada en las mismas cosas que yo, le gustaban las mismas películas, escuchaba la misma música, así que conectamos enseguida. Por supuesto, había hecho sus deberes, así que estaría segura de que congeniaríamos.

Tomó un sorbo de su chocolate y tragó precipitadamente para calmar su garganta seca. Se alegró de que la bebida fuera dulce, hacía más agradable el sabor de los malos recuerdos.

—Sé que voy a sonar como el imbécil más misógino sobre la faz de la tierra —continuó—, pero necesitaba desahogarme, algo que equilibrara esa presión insana a la que me sometía en el trabajo. En resumen, necesitaba tener sexo.

Miró a Chelsea esperando una sonrisa crítica, pero su cara no tenía expresión. Sabía escuchar, tenía que reconocerlo.

—Como dejó claro que estaba interesada en mí, la llevé a mi casa esa misma noche —continuó Evan—. No sé si fue el cansancio, o el hecho de que estaba medio borracho, pero el sexo fue genial. Pensé que me había ganado la lotería. Seguimos viéndonos, y ella sabía exactamente cómo mantenerme

enganchado. No era pegajosa, no me llamaba todo el tiempo, a veces se hacía la difícil y era fantástica en la cama, es decir, las cosas típicas que a la mayoría de los hombres les gusta de una mujer. ¿Qué puedo decir? Somos criaturas primitivas con necesidades básicas. Resulta que todas esas feministas militantes tienen razón en eso.

—Mi envidia por esta súper mujer crece por momentos —bromeó Chelsea.

Evan la miró fijamente y sus ojos recorrieron involuntariamente su cuerpo. Dios, realmente estaba actuando como un imbécil.

Volvió a mirarla a los ojos.

—Créeme, no tienes motivos para envidiar a ninguna mujer —su voz era baja y ronca.

El color rosa se extendió por las mejillas de Chelsea, pero mantuvo su tono ligero.

—Digamos que no estamos de acuerdo en eso. ¿Qué pasó después?

—Empecé a percatarme de que algunas cosas parecían falsas, no encajaban con sus historias, con los antecedentes que me había dado. Comencé a investigar por mi cuenta, con cuidado de no levantar sospechas. Hice una búsqueda completa sobre ella, y aunque no había mentido sobre detalles superficiales, al profundizar un poco más, descubrí que era miembro de los *Robin Hoods*. Eso fue exactamente la noche antes de que todo se viniera abajo. Se presentó en mi casa, y como solo tenía pruebas circunstanciales, decidí seguir con la farsa y actuar como si no hubiera pasado nada. No quería asustarla, pero debió de intuir algo porque a eso de las tres de la madrugada la descubrí curioseando en mi teléfono. Fui lo suficientemente descuidado como para guardar las conversaciones de correo electrónico con otro agente con el que había compartido los datos sobre Mandi. La perra escurridiza se asustó cuando se dio cuenta de que la tenía. Antes de que pudiera sacar las esposas de mis vaqueros, cogió mi pistola y me disparó, y luego huyó. Tuve suerte de que su puntería fuera

mala y me diera en el hombro —dijo, frotándose distraídamente el hombro izquierdo.

Todavía le dolía, sobre todo con este clima. En efecto, había tenido suerte. Uno o dos centímetros en otra dirección y la bala podría haber tocado el corazón o una arteria. Iba a recordar el ruido ensordecedor y el brutal empujón de aquel disparo mientras viviera.

—De todos modos —reanudó la historia, tomando una bocanada de aire—, corrí tras ella y la atrapé al final. Hicimos una buena foto familiar delante de mi casa: yo, con el culo desnudo, y ella con un reveladora bata de casa roja. Aunque era de madrugada, el estruendo despertó a la mayoría de mis vecinos, que me vieron esposándola. Probablemente pensaron que estábamos jugando como pervertidos, porque ninguno de los cabrones se movió para ayudarme a pedir refuerzos. Se quedaron como estatuas embobadas con sus zapatillas y sus batas de dormir, mientras yo sujetaba a Mandi con una mano, con la sangre de mi herida por toda su cara.

Chelsea contraía sus labios temblorosos, y luego su rostro se tornó rojo. Su carcajada fue contagiosa. Evan tenía un sentido del humor cargado de cinismo, pero la reacción de Chelsea reflejaba la absurda tragicomedia de su historia. Hasta ahora nunca había visto la parte graciosa, solo la dramática. Sin embargo, mientras veía a Chelsea sonrojarse y luchar por contener su risa, no pudo evitar imaginarse la escena que acababa de relatarle. Habría sido una buena historia en alguna película.

Era un alivio poder reír más fuerte que ella después de todos los meses que se había castigado a sí mismo. Resultó que realmente necesitaba hablar del tema. Y no solo eso, sino que necesitaba a la persona adecuada para escuchar. Y esa persona era Chelsea.

Ella aún secaba las lágrimas en las esquinas de sus ojos cuando sus carcajadas comenzaron a calmarse.

—Dios, no puedo recordar la última vez que me reí tanto —dijo, recuperando el aliento— Ojalá hubiera podido verlo, pero tú

sí que sabes contar historias.

Evan sonrió ampliamente.

—Supongo que se necesita tiempo antes de que uno pueda ver el humor en situaciones como esa.

—Así es —su rostro se relajó lentamente y su mirada se volvió seria—. Pero hay que hablar de ello. Me alegro de que confíes en mí lo suficiente como para hablarlo conmigo.

Movió los hombros en un gesto descuidado.

—Bueno, como ya sabías lo básico, quería llenar los espacios en blanco, darte toda la historia antes de que me juzgaras.

Sus labios se separaron y sus ojos se volvieron más redondos, más suaves.

—Nunca te juzgaría, Evan, ni a ti ni a nadie. ¿Crees que no soy humana, que no cometo errores o que no hago cosas de las que me arrepiento después? Sé que mi profesión puede resultar desagradable para algunos, pero al fin y al cabo soy una persona normal, como tú. De hecho, tengo más defectos que muchos individuos.

—Lo dudo. Me alegro de poder verte como Chelsea y no como la doctora Campbell.

Ella le devolvió la sonrisa y extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—Tanto el doctor Jekyll como la señorita Hyde son la misma persona —riendo, cogió su chocolate frío y lo levantó en un brindis —. Por los defectos humanos. Slàinte!

—¡Slàinte! —repitió Evan. Levantó su taza de chocolte y, tras darse cuenta de que estaba vacía, cogió la botella de agua, haciendo que Chelsea volviera a reír—. He oído que da mala suerte brindar con agua, pero qué más da. Es esto o el sirope de los panqueques.

—No me digas que eres supersticioso.

—No, en lo más mínimo. Pero mucha gente lo es. Supongo que es bueno, gracias a eso me convertí en el orgulloso propietario de un gato negro.

—¿De verdad? ¿Cómo sucedió eso?

Acercó el plato de panqueques y empezó a cortar un trozo de uno. Ya no estaban calientes, pero eran esponjosos y estaban bañados en jarabe de chocolate. Se le hizo la boca agua.

—Es una larga historia —dijo, y luego se comió el trozo de panqueque.

Su textura dulce y cremosa era deliciosa, apenas se había dado cuenta del hambre que tenía. A Kieran le encantaría un poco de esto. Volvió a mirar a Chelsea, que también disfrutaba de los panqueques, pero seguía mirándolo expectante.

—Bueno, quizá no tanto —dijo—. Resulta que Shannon tenía un gato, pero sus padres se negaron a aceptarlo porque pensaban que daba mala suerte.

El rostro de Chelsea se suavizó en una sonrisa.

—Así que te lo llevaste. Hiciste una acción muy bonita.

Masticaba con los ojos puestos en su plato. Su reacción le hizo sentirse un poco tonto y heroico al mismo tiempo.

—No tenía muchas opciones. Tuve que llevarmelo o probablemente lo habrían sacrificado, todo por el color de su pelo. Eso me suena a discriminación.

Volvió a levantar la vista y ella seguía mirándolo, con el tenedor olvidado a medio camino entre el plato y la boca. Dios, un hombre podía perderse en esos ojos amatistas.

—Estoy de acuerdo —dijo ella—. Tuve una gata negra cuando estaba en el instituto. Fue mi mejor amiga durante siete maravillosos años. Mi padre la encontró abandonada en el campo y me la trajo a casa. Era muy pequeña y apenas tenía pelo. Pero ese fue su día de suerte. La llamé Tail, porque era muy temperamental y siempre estaba barriendo el suelo con su cola. Los gatos hacen eso cuando están enfadados.

—El mío es un macho perezoso y gordo y creo que aún no lo he visto mover la cola. Se llama Kieran.

—Oh, eso significa ‘oscuro’ en irlandés, ¿lo sabías? Kieran parece el mejor compañero para ti.

Evan le sonrió. Sus impulsos iban a meterlo en problemas otra vez, y lo peor de todo fue no poder retener la pregunta.

—¿Quieres conocerlo?

9

Chelsea quedó sorprendida al descubrir el barrio donde vivía Evan. No era el tipo de zona que un soltero escogería porque terminaría alejando a las chicas. Los viejos y cuidados edificios y las tranquilas calles aseguraban que nadie había dado una fiesta allí en décadas. Podía apostar que la mayoría de los inquilinos eran personas mayores que valoraban su silencio tanto como su privacidad. ¿Evan era así? Nunca había imaginado que hubiera alguien más, hombre o mujer, en sus treinta que prefiriera este estilo de vida. Además de ella.

—¿Elegiste este lugar, o no había nada más disponible para alquilar cuando te mudaste? —preguntó ella, mientras se bajaba de su vehículo policial sin ninguna identificación de la Garda y miraba las maltrechas y majestuosas paredes de ladrillo.

Evan sonrió, cerrando el coche.

—¿Cambiarías tu opinión sobre mí si te dijera que vivo aquí por elección?

Ella le devolvió la sonrisa.

—En absoluto. Mi casa no es muy diferente, aunque las casas de mi barrio son más nuevas. Pero el entorno es similar.

Le mostró el camino, abrió primero la puerta principal del edificio y luego la puerta de su apartamento. Chelsea entró en la casa e inmediatamente se alegró de que fuera un lugar cálido. Un gato negro apareció de pronto y fue a su encuentro. No se apresuró y no parecía ofuscado en lo más mínimo por tener a un extraño en su territorio.

—Hola, tú debes ser Kieran —se arrodilló y estiró la mano para

que el gato la oliera —¿No es cierto que eres adorable? Sí, ven aquí y dame un abrazo.

Lentamente, lo atrajo hacia sus brazos. Estaba feliz de que le permitiera levantarlo, y el felino clavó sus garras en el jersey de Chelsea para asegurar mejor su lugar. Durante los últimos años había estado tan ocupada con su trabajo que había olvidado la simple y absoluta alegría de tener una mascota, un alma dulce que la amara incondicionalmente y le hiciera compañía incluso en los momentos más oscuros, cuando quería alejarse de todo y de todos, incluida ella misma.

—Veo que no hay necesidad de presentaciones —dijo Evan de pie detrás de ella, extendiendo la mano para rascar a Kieran bajo la barbilla.

El gato ronroneó con fuerza, acurrucando mejor su peludo trasero en los brazos de Chelsea. Ella rió de puro gusto, sin importarle que estuviera en cuclillas en el suelo del pasillo de Evan. Al parecer, él era más sensato porque la ayudó a ponerse de pie colocando sus manos bajo sus brazos.

—Ven, déjame coger tu abrigo, luego ustedes dos, tortolitos, podrán acomodarse en el sofá —dijo riéndose—. Estarán más cómodos allí.

Chelsea dejó a Kieran en el suelo con suavidad, luego se encogió de hombros para quitarse el abrigo, se quitó la bufanda y la colocó junto a su bolso en el árbol de la entrada. Mientras Evan la guiaba por el apartamento, se dio cuenta de que los muebles eran lo que ella esperaba: minimalistas, piezas viejas pero bien cuidadas, útiles, sin hebras de más, todo en tonos de marrón madera. Estaba sorprendentemente limpio para ser el apartamento de un hombre soltero, pero teniendo en cuenta que Evan parecía ser un adicto al trabajo, probablemente no pasaba mucho tiempo allí.

La sala de estar era pequeña, pero parecía más acogedora que claustrofóbica. El espacio contenía un sofá de cuero marrón, una mesa de centro y un par de sillones. En la pared opuesta, una

estantería enmarcaba un televisor moderno. Podía adivinar que esa era una contribución de Evan.

—El lugar es muy bonito —dijo ella, mirando a su alrededor.

—Para mí es perfecto. Toma asiento. ¿Quieres algo de beber?

—Claro, cualquier cosa sin gas —Evan se rascó la cabeza, con el ceño fruncido, y ella no pudo evitar reír—. Lo sé, te estoy atando de manos, ¿eh?

—Ya lo creo. Y no de una manera buena y pervertida.

Ella le devolvió la sonrisa, tratando de ignorar las cosquillas en su estómago. Ese brillo travieso en sus ojos era tan peligroso como juguetón. De repente, se dio cuenta de que estaban solos en el apartamento de él, y conocía las estadísticas de lo que este tipo de situación solía implicar.

—Un poco de agua estaría bien —dijo ella, aclarándose la garganta.

—Creo que tengo un poco de zumo de fruta en alguna parte, si te parece bien. Siéntete como en casa.

Se sentó en el sofá, agradecida por la presencia de Kieran. No había tenido tiempo de pensar por qué Evan la había invitado aquí, o qué esperaba que sucediera, pero sus sentimientos eran contradictorios. Aunque se sentía segura con él, no estaba convencida de estar a salvo de sí misma. O si él estaba a salvo de ella.

Sacudió la cabeza, disgustada y no poco molesta por su estupidez, estiró las piernas, moviendo los dedos de los pies en sus gruesos calcetines rojos. Dios, ¿podría haber llevado algo menos sexy? A Kieran parecía gustarle, se abalanzó sobre su pie, mordiéndolo juguetonamente y amasándolo con sus garras.

Reía a carcajadas cuando Evan volvió con un vaso de zumo de naranja. Sus risas se calmaron al notar que se había deshecho del jersey y solo llevaba una camiseta. El algodón blanco era como una segunda piel, delineaba claramente sus redondos pectorales y bíceps. Chelsea tragó en seco y se obligó a mirar su rostro. Estaba aquí para hablar del caso, no para seducirlo.

—Gracias —aceptó el vaso de zumo y bebió sin parar, agradecida por la excusa para apartar los ojos de Evan—. Está muy bueno.

—De nada.

Se sentó junto a ella. El movimiento creó una ligera corriente de aire, y el olor de su colonia llegó hasta ella. Era tan masculino que era difícil de describir. No había ángulos cítricos ni florales en él, era puramente masculino, como acero perfumado.

—Llevártelo fue una noble acción —dijo Chelsea, volviendo a centrar su atención en Kieran, que ahora estaba panza arriba en el suelo, cansado de tanta actividad, con una garra clavada perezosamente en su calcetín.

Evan se encogió de hombros a su lado. Extendió un pie para dar un suave empujón al gato. Kieran respondió estirando una pata para acariciar a su nuevo amo.

—No tenía exactamente otra opción. John ya tiene un gato, así que me quedé con éste.

A pesar de su tono despreocupado, no pudo engañarla. Notó su naturaleza amable, aun cuando, por necesidad, trataba de esconderla bajo la fachada de tipo rudo. Su trabajo no era fácil, pero no se comparaba con el de él. Ser un hombre era difícil. Ser policía, especialmente uno bueno, era un reto colosal.

—¿Habías tenido una mascota antes? —le preguntó ella.

Era solo un inicio de conversación, así que se extrañó cuando al mirarlo, notó su rostro ensombrecido.

—Tuve un perro una vez, por poco tiempo. Mis padres adoptivos vivían en un apartamento diminuto, así que no había espacio suficiente para una mascota. Se deshicieron de él.

¿Padres adoptivos? El corazón de Chelsea se contrajo, ahora temía haber cometido una indiscreción. Al mismo tiempo, quería saber por qué terminó creciendo en un hogar de acogida, en lugar de en un hogar con amor. ¿Qué había pasado con sus padres? No era la curiosidad lo que la motivaba a preguntar, sino un interés genuino y emocional.

Debió de percibir sus preguntas silenciosas, porque parecía obligado a ofrecer una explicación.

—Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo tenía quince años. Por eso acabé en un hogar de acogida. No eran malas personas. No puedo quejarme, ya que he visto a niños que lo han pasado mucho peor que yo.

—Siento mucho lo de tus padres —Chelsea rara vez se quedaba sin palabras, pero esta vez no pudo encontrar nada significativo que decir. Tal vez porque, en cierto nivel, se sentía emocionalmente involucrada —. ¿Sigues en contacto con la familia que te acogió?

—No.

No dio más detalles, así que ella lo dejó así. Sin quererlo, llegó a conocer mucho de su vida. En su mente buscaba algo más que decir.

—Entonces, cuéntame sobre las pistas que tienes. Ese personaje, *Black Dawn*, parece que vale la pena investigarlo.

—Yo también lo creo. Pero aparte de una escasa cuenta en las redes sociales, no tengo nada sobre él o ella.

—¿No puedes solicitar sus datos a la plataforma?

Hizo un sonido de burla.

—¿Estás bromeando? No tengo suficientes causas como para pedir una orden judicial para hacer eso. Estas redes sociales son inflexibles a la hora de proteger los datos de sus usuarios. Por ahora, esto es otro callejón sin salida.

—¿Puedo echar un vistazo a la cuenta? Tal vez pueda ayudar.

—Claro, espera —se levantó y salió de la habitación, volviendo unos instantes después con un ordenador portátil. Lo puso sobre sus rodillas y lo encendió, mientras Chelsea se inclinaba para dejar su vaso vacío sobre la mesa de café.

Cuando el portátil se puso en marcha, Evan abrió el navegador de Internet y, tras una rápida búsqueda, llegó al perfil de *Black Dawn* en las redes sociales. Le pasó el portátil a Chelsea.

—Vuelvo enseguida. Tengo que dar de comer a Kieran.

Salió de la habitación, con el gato siguiéndole, Chelsea se acomodó mientras analizaba el perfil de *Black Dawn*. La foto elegida era la de una elegante pantera negra, con los colmillos desnudos y los ojos amarillos brillando como si estuviera acechando a su presa. Además de eso, no había información personal, al menos no a la vista del público. Sin embargo, la línea de tiempo contenía unas cuantas publicaciones, la más reciente era de hace más de un mes. Era una divagación política, sin duda escrita como respuesta a una noticia que Chelsea había leído sobre Irlanda del Norte. La política siempre es un tema delicado, y mucha gente tiene creencias apasionadas al respecto. Por el mensaje de *Black Dawn*, dedujo que la persona era un radical, claramente adepta al socialismo o al fascismo.

Las opiniones extremistas continuaban mientras Chelsea se desplazaba por las publicaciones. *Black Dawn* siempre tenía algo malo que decir sobre todo: un nuevo libro publicado por un autor famoso, un bebé panda nacido en el zoológico, un cómico popular que luchaba por el feminismo de forma innovadora. Era un paria, una persona a la que no parecía gustarle nada de la sociedad, al menos de la actual. Y aunque no había pruebas en los mensajes que había leído hasta el momento, Chelsea tenía la misma impresión de que *Black Dawn* era una mujer. Era demasiado zorra, demasiado agria, demasiado parlanchina para ser un hombre. Ninguno de estos argumentos era sólido, era solo una sensación visceral que Chelsea tenía sobre esta persona. Y algo más que la atormentaba era que sus palabras le resultaban familiares. Sus expresiones y su fraseología tediosa le sonaban; pero no podía identificar dónde las había escuchado. Tal vez fuera solo el hecho de que *Black Dawn* era, en conjunto, un estereotipo, uno que Chelsea había estudiado en los libros de psicología. Incluso había asesorado a un par de pacientes con una personalidad similar, ambas mujeres. Al final, las dos habían dejado de acudir a las sesiones, incapaces de creer o aceptar que tenían un problema. Para ellas, la causa de su constante infelicidad era la gente que las

rodeaba, la sociedad, el planeta, cualquier cosa menos ellas mismas.

Perdida en sus pensamientos, Chelsea apenas notó cuando Evan regresó. Se sentó a su lado en silencio, con la intención de no desconcentrarla. De manera automática, había creado un nuevo documento y ahora escribía notas e impresiones. Se detuvo, con los dedos posados sobre el teclado. Unos segundos después, giró la cabeza para mirar a Evan.

—Creo que tienes razón en que esta persona es una mujer —dijo—. No sé por qué. Tal vez sea la forma en que se expresa, o el hecho de que sea especialmente mala con otras mujeres. Puede que estemos haciendo un gran problema de nada, ya que Internet está lleno de locos. Estar dementes no los convierte necesariamente en asesinos, pero tampoco los exonera —se mordió el labio inferior durante un rato, releyendo sus notas, comprobando si podía añadir algo. Guardó el documento y dejó el portátil a un lado—. He tomado algunas notas, pero son sobre todo conjeturas. No puedo decir que tengamos nada concreto.

—Confío en tus conjeturas —dijo Evan, dedicándole una sonrisa traviesa.

Chelsea se la devolvió.

—Gracias. ¿Has considerado crear un perfil falso y hacerte amigo de esta persona? Podría ser interesante.

Se acarició la barbilla, pensativo, cogiendo el portátil y mirando la pantalla.

—Parece una buena idea. Pero tendrá que esperar. Siendo realistas, no es una pista fuerte. Ahora mismo tengo que centrarme en esos tres hombres que salieron con Shannon —abrió un archivo que contenía la información y las fotos de los hombres, y leyó sus nombres en voz alta: Malachi Doyle, Ronan McCarthy y Jack Dunhill.

Los labios de Chelsea se separaron dibujando un gesto de asombro y sacó el portátil hacia ella para mirar los datos. Efectivamente, era el mismo Jack Dunhill.

Evan la miraba fijamente.

—¿Qué ocurre? ¿Conoces a alguno de estos tipos?

Todavía aturdida, se echó hacia atrás, con los ojos puestos en la pantalla. Su boca se secó de repente.

—Conozco a Jack Dunhill.

El rostro de Evan se iluminó de repente.

—Entonces, ¿qué puedes decirme de él? ¿Es amigo tuyo?

Chelsea negó lentamente con la cabeza.

—No.

—¿Un paciente?

—No puedo darte esa información, Evan. Incluso si lo fuera, sería confidencial.

—¿Estás burlándote de mi? ¿Este hombre puede ser un asesino y no quieres hablar de él?

Ella casi se estremeció ante su tono elevado, pero su propio temperamento se encendió.

—Si sospechara que es un asesino, ¿no crees que te lo diría?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? ¿Lo harías?

—¡Maldita sea, por supuesto que lo haría! Mira, apenas conozco al hombre. No estoy diciendo que sea mi paciente. Y si lo fuera, no podría decirte de qué hablamos. Eso destrozaría toda mi ética laboral.

Se pasó las manos por el pelo, con cara de exasperación.

—No te pido que me digas de qué hablaron, Chelsea. No me importa si el hombre lleva bragas de mujer o tiene un fetiche por los tacones altos. Solo quiero saber si podría ser un asesino.

Abrió la boca para hablar, y luego reconsideró. ¿Era Jack Dunhill un asesino en potencia? Ciertamente era un misógino egocéntrico, quizás un narcisista, pero ¿un asesino?

Sacudió la cabeza, con los hombros caídos.

—No lo sé, Evan. Todavía no lo conozco lo suficiente.

—¿Todavía?

Ante su ceja arqueada, Chelsea sintió que sus mejillas se enrojecían.

—Solo le he visto dos veces. Me dio la impresión de que estaba coqueteando conmigo. Fue solo una impresión —enfatizó ella, haciendo un gesto vago—. Puede que fuera mi imaginación. No hizo ni dijo nada inapropiado. Quizás intentaba ser agradable.

—Seguro que sí.

Ella podría haberse reído de su expresión agria si la situación no hubiera sido tan seria. Respirando profundamente, juntó las manos.

—Escucha, Evan. Nunca doy información sobre mis pacientes, nunca. Pero como ésta es una situación sin precedentes y no puedo, en conciencia, jurar que no es capaz de asesinar, puedo decirte lo poco que sé sobre Jack Dunhill. No sé si servirá de algo, el resto lo juzgarás tú cuando lo entreviste.

Relató la discusión que había tenido con Dunhill, omitiendo la información más personal, pero asegurándose de alinear todos los hechos importantes. Evan escuchó, escribiendo algunas notas bajo el perfil del hombre. Cuando terminó, volvió a mirarla.

—Gracias por esto —dijo con voz dulce—. Nunca te pediría que rompieras tu ética laboral, Chelsea, si esto no fuera importante. Sabes que si Dunhill resulta inocente, esta información no saldrá de aquí.

—Lo sé. Como he dicho, a partir de ahora queda en tus manos. De todos modos, no puedes entrevistarlo hasta el martes. Mencionó salir de la ciudad este fin de semana para conocer a los padres de su novia.

—Hijo de puta —Evan cerró la tapa del portátil—. Bueno, iré a ver si puedo contactar a los otros dos mañana.

—Buena suerte. Voy a pensarme eso de crear un perfil y tratar de ser amigo de este personaje, *Black Dawn*, en las redes sociales. Quizá me haga pasar por un hombre que comparte sus opiniones radicales. Veremos si muerde el anzuelo —dudó por un instante, y luego se lanzó—. Escucha, si no tienes planes para mañana en la noche, un amigo mío va a dar una fiesta. ¿Te gustaría venir?

Chelsea vio cómo, con cierta ironía, Evan dibujó en su rostro

una expresión de desconfianza.

—¿Te refieres a una fiesta de Halloween con disfraces y eso?

Luchó por mantenerse seria.

—Sí. Mi amiga alquiló un club increíble en el centro, y organizó fuegos artificiales a medianoche. Será grandioso.

Evan movió las piernas en un gesto incómodo. Tal vez estaba siendo vanidosa, pero Chelsea habría jurado que si fuera cualquier otra persona la que se lo pidiera, él habría dicho que no. Aun así, mantuvo su mirada fija en él, observando sus reacciones. Estaba evidentemente teniendo conflictos internos, y esperaba que fuera porque quería acompañarla.

Finalmente, exhaló un suspiro.

—Está bien, pero no me voy a disfrazar.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—No pasa nada. Puedes vestirte como un maníaco homicida. Se ven igual que los demás, —susurró ella teatralmente, provocándole una carcajada.

—Entonces supongo que iré. Gracias por invitarme.

—Gracias por aceptar ir conmigo.

Se miraron durante un largo rato, hasta que Kieran entró en la habitación. Se dirigió hacia el sofá, midió la distancia y saltó al regazo de Chelsea. Encantada, acarició su suave pelaje, disfrutando de las vibraciones de su ronroneo. Dios, le recordaba a Tail.

—¿Podrías hacernos una foto a mí y a este muchacho? —le preguntó a Evan, mientras sacaba su teléfono del bolsillo de los vaqueros, con cuidado de no molestar al gato, que se había puesto cómodo.

—Claro —Evan cogió el teléfono y sonrió—. Hacen una pareja encantadora. ¿Qué tal un beso?

Chelsea sonrió, arrullando a Kieran, que pareció entender. Guiado por los dedos de ella, que le hacían cosquillas bajo la barbilla, inclinó la cabeza hacia arriba, con los bigotes crispados. Chelsea no pudo resistirse a frotar su nariz contra la de él. Estaba completamente enamorada.

—Ya está, debo haber tomado una docena de fotos —dijo Evan, entregándole el teléfono—. Deberías ser modelo.

—Me faltan al menos treinta centímetros de altura para esa carrera —Chelsea se burló—. No es lo mío. Pero, gracias por el cumplido, si es que era uno.

—Lo era.

Sus sonrisas se relajaron y sus miradas se encontraron. Antes de que se pusieran demasiado serios, Chelsea se apresuró a darle una palmadita a Kieran en el trasero y lo dejó en el suelo, luego se puso de pie.

—Será mejor que me acompañes a mi coche. Se hace tarde.

Evan también se puso de pie.

—Claro, déjame coger mi jersey.

Se despidió de Kieran, que les hizo compañía a ella y a Evan mientras se ponían las botas y los abrigos. No hablaron mucho durante el corto trayecto hasta la iglesia donde Chelsea había dejado su coche. Al abrir la puerta para salir, agradeció a Evan por el viaje.

—¿A qué hora te recojo mañana por la noche? —preguntó.

—Sobre las ocho.

—De acuerdo. Gracias de nuevo por la invitación, Chelsea —dijo a través de la puerta abierta—. Me hace mucha ilusión.

Ella sonrió, sintiendo sus mejillas calientes.

—A mí también.

Condujo con cuidado por las calles cubiertas de nieve derretida y, una vez en casa, pidió pollo y fideos en su restaurante tailandés favorito. Tenía tanta hambre que no podía pensar con claridad. Mientras esperaba a que llegara la comida, se puso su cómodo pijama y abrió su portátil. Estaba a punto de descargar las fotos de ella y Kieran de su teléfono cuando se dio cuenta de que una de ellas ya estaba cargada en su cuenta de redes sociales.

Una fría ola de confusión le heló la sangre. ¿Cuándo demonios había publicado esa foto? Juraría que no lo había hecho. ¿La había subido en el coche mientras esperaba un semáforo en rojo y no lo

recordaba? Debió hacerlo porque la foto estaba allí, recibiendo ya *likes* y dulces comentarios. Era cierto que no siempre se acordaba de cada pequeño detalle mientras hacía varias cosas a la vez, pero esto era algo que debería recordar.

10

Evan sentía que la ira lo consumía. Nada de este caso iba bien. Tal y como había predicho, Chelsea solo había podido contactar con uno de los tres hombres a los que tenía que interrogar. Ronan McCarthy cooperó y dejó al descubierto su profundo dolor al enterarse de la muerte de Shannon. Para su sorpresa, el hombre estaba casado y afirmaba haber estado con su mujer la noche del asesinato. Evan pensaba que el tipo era un canalla por frecuentar una página web de citas estando casado, así que no lamentó tener que interrogar a su mujer. Tras confirmar su coartada, dejó que McCarthy se ocupara de la furiosa señora. Sus ojos ardían y con razón. Le sorprendería que no se divorciara de ese degenerado infiel después de esto. Pero, aunque estaba jugando a dos bandos, no era un asesino. Al menos no el asesino de Shannon.

Malachi Doyle estaba fuera de la ciudad, pero durante su conversación telefónica expresó su dolor por la tragedia de Shannon y afirmó que se pondría en contacto con Evan a inicios de la semana siguiente, cuando regresara a la ciudad.

En cuanto a Jack Dunhill, su teléfono estaba apagado y Evan no pudo contactar con él, lo que era la principal razón de su explosivo estado de ánimo. No sabía por qué, pero de repente ese tipo se había convertido en su sospechoso número uno. Odiaba pensar que se debía a que Dunhill era paciente de Chelsea y había intentado ligar con ella. ¡Maldita sea, tenía que ser objetivo! Todo eso era irrelevante. Si Jack Dunhill era culpable, Evan lo demostraría y se aseguraría de que pagara por su crimen. Pero hasta que Dunhill

volviera, solo podía esperar.

Tampoco había logrado ningún progreso con *Black Dawn*. Intentó hablar con Chelsea en el horario de almuerzo, pero no contestó el teléfono. Todavía se estaba cuestionando cuál era el siguiente paso que debía dar cuando se quedó dormido sobre el escritorio.

Parecía que solo habían pasado unos minutos, cuando Kieran decidió despertarlo empujando su grueso cuerpo peludo contra la cabeza de Evan. Por un momento no pudo decidir qué le dolía más, si su cuello rígido o su hombro marcado. Se enderezó centímetro a centímetro, apretando los dientes mientras su anatomía protestaba por el abuso. Realmente necesitaba un día libre para dormir, comer y dormir un poco más.

—No va a suceder, así que deja de pensar en eso.

Levantó al gato, que caminaba sobre el teclado, escribiendo palabras ininteligibles sobre su informe. Por suerte, había aprendido a guardar su trabajo cada cinco minutos.

Bostezando, miró su reloj. Eran las siete menos diez. ¿Por qué no había llamado Chelsea para asegurarse de que iría a recogerla para ir a la fiesta?

Cogió el teléfono y marcó su número. Tardó varios timbres antes de que ella contestara.

—Hola, ¿estás bien? Intenté llamarte antes —dijo.

—Sí, lo estoy. Siento haberme olvidado de llamarte, pero estaba arreglándome las uñas.

Aunque su voz tenía una falsa alegría, podía percibir algo más. Solo que no sabía qué.

—Dime que no has elegido un conjunto muy elegante. ¿Seguimos con la fiesta? —preguntó.

—Claro, te espero a las ocho. Sé que dije que no tenías que disfrazarte, pero ¿podrías ponerte algo más que unos vaqueros y una camiseta?

Puso los ojos en blanco.

—Sabía que oiría más sobre esto. Okey, no te avergonzaré, lo

prometo. ¿Qué llevas puesto?

—No nos conocemos lo suficiente como para que me preguntes eso —dijo con voz baja y gutural, y dejó escapar una risa ligera—. Ya lo descubrirás. Nos vemos a las ocho.

Se levantó con un profundo suspiro y se dirigió al dormitorio. Esta no era su idea de diversión, pero Chelsea tenía razón. Era una distracción, un descanso para su mente. ¿Quién sabe? Tal vez se sorprendería y lo pasaría bien. Chelsea era divertida, así que no debería pasar un mal rato.

Se duchó, se afeitó, se cepilló los dientes y se echó un poco de loción. Eligió un atuendo que pensó que servía para cualquier ocasión: unos vaqueros negros y una camisa de vestir negra. Como no quería parecer demasiado arreglado, se remangó la camisa hasta los codos y dejó el botón superior desabrochado. Ya estaba listo y solo le había tomado veinte minutos. No sabía por qué Chelsea necesitaba horas para prepararse. A no ser que fuera a ponerse un extraño traje y pintarse toda la piel de verde. De ser así, fingiría que no la reconocía y se marcharía.

Con una sonrisilla en los labios, llenó los cuencos de Kieran con comida y agua, se lustró los zapatos, tomó su abrigo y cerró la puerta tras de sí.

Faltaban cinco minutos para las ocho cuando llegó a la casa de Chelsea. Habría llegado antes, pero se equivocó de camino. No estaba seguro de qué hacer: llamar a la puerta o simplemente tocar la bocina. Afortunadamente, en ese momento Chelsea abrió la puerta y la cerró tras de sí.

Evan salió del coche automáticamente, sin poder reprimir un silbido de admiración. Chelsea no pudo evitar sonreír e hizo una pirueta.

—¿Te gusta?

—Mm-hm.

Su ajustado traje de cuero negro de Catwoman la cubría del cuello a los pies, pero dejaba poco a la imaginación. Si antes había hecho conjeturas sobre la forma de su cuerpo, ahora podía

confirmarlas. No llevaba máscara ni ningún tipo de atuendo en la cabeza, dejando que su pelo fluyera de forma natural por la espalda y los hombros. Mientras caminaba hacia él sobre unos tacones altos, sus movimientos eran los de una felina elegante y sexy. Había algo depredador en su andar.

Evan se aclaró la garganta, tratando de no mirar sus deliciosos labios rojo cereza. Si se concentraba en esa boca sensual, podría hacer algo de lo que se arrepentiría más tarde.

—Te ves muy bien —dijo, rodeando el coche y abriendo la puerta del copiloto para ella.

—Gracias. Tú también —sonrió, subiendo con elegancia al coche—. Te has arreglado bien, yanqui.

Evan se deslizó tras el volante.

—No soy Batman, pero te dije que no te avergonzaría. ¿A dónde vamos?

Le dio la dirección, y él la marcó en la pantalla del GPS. La hora estimada de llegada era de veintitrés minutos.

—¿Te importa subir un poco la calefacción? —preguntó Chelsea —. Mi traje es más fino de lo que parece.

Su sonrisa tímida era muy sexy. Evan quería bajar la ventanilla y dejar que el aire frío de la noche le refrescara la cabeza, pero hizo lo que ella pedía.

Las calles estaban decoradas festivamente, con innumerables luces y linternas que resaltaban formas espeluznantes. Grupos de niños pidiendo dulces caminaban por las calles, con trajes macabros y un maquillaje muy vivo. Las puertas se abrían sin dudarlo y se repartían caramelos con sonrisas de satisfacción.

—Halloween también es un acontecimiento importante por aquí —observó Evan mientras conducía.

—Claro que lo es. ¿No lo celebran en Estados Unidos?

—Sí, y a lo grande. Pero, por alguna razón, nunca he captado el espíritu de la fiesta. Quizás sea porque en los tiempos modernos es más una fiesta comercial que una verdadera celebración del mundo de los espíritus o lo que sea que signifique. Para ser

vergonzosamente honesto, nunca supe exactamente de qué se trataba esta festividad.

Chelsea movió su cuerpo para ponerse más cómoda.

—Halloween, o Víspera de Todos los Santos, es una fiesta celta que marcaba el Samhain, el final de la cosecha y el comienzo del invierno. Los celtas pensaban que era la época más oscura del año, cuando los límites entre este mundo y el otro se adelgazaban y los espíritus o hadas podían entrar en este mundo con más facilidad. También se decía que las almas de los muertos volvían a visitar sus hogares en busca de hospitalidad. Se preparaban lugares en la mesa y junto al fuego para darles la bienvenida. La creencia de que las almas de los muertos vuelven a casa en una noche del año y deben ser complacidas tiene orígenes antiguos y está presente en muchas culturas de todo el mundo. En eso consiste realmente Halloween.

Mientras escuchaba la voz tranquila y modulada de Chelsea explicando el significado de la fiesta, Evan tuvo una extraña sensación de *déjà vu*. Su madre solía contarle historias antes de dormir con el mismo tono bajo y paciente. Solo su voz podía crear un ambiente cálido y acogedor, incluso en las noches más frías del invierno. Sabía que debía ser todo el entorno de esta noche lo que provocaba esos sentimientos inquietantes.

—¿Te lo crees? —preguntó impulsivamente—. ¿Qué hay alguna forma de volver de donde sea que vayamos después de morir? ¿Crees que las almas de nuestros seres queridos pueden volver, aunque sea una noche al año?

Chelsea permaneció en silencio durante largos momentos, reflexionando sobre su pregunta. Finalmente, respondió de forma reflexiva.

—Como persona educada no puedo decir que lo crea. Creo que los humanos somos energía, y en cuanto dejamos de existir en una forma, somos reciclados, por así decirlo.

—¿Reencarnación?

—Algo así. No tengo una hipótesis definitiva sobre el tema —su

breve sonrisa se desvaneció lentamente—. Sin embargo, puedo entender por qué la gente necesita creer que sus seres queridos nunca se han ido de verdad. Cuando se pierde a un ser querido, es muy difícil aceptar que se ha ido para siempre. Entiendo por qué algunas personas buscan crear formas de comunicarse con los muertos, desde el espiritismo hasta fiestas como Halloween.

Evan detectó un rastro de dolor en su voz. Al mirarla de reojo, vio que su rostro llevaba una sombra de tristeza. No estaba seguro de si debía entrometerse, pero si ella necesitaba hablar de algo, quería que supiera que él estaba allí para escuchar.

—¿Has perdido a alguien querido, Chelsea?

Ella se humedeció los labios antes de hablar.

—Sí. A mi madre. Se suicidó cuando yo tenía doce años.

—Lo siento mucho —Evan se arrepintió de haber abierto el tema en primer lugar. Al detenerse en un semáforo en rojo, la miró, queriendo disculparse. Pero a ella no parecía importarle que fuera entrometido.

De hecho, siguió hablando, mirando a través del parabrisas, con los ojos iluminados por las luces de la calle.

—Tenía esquizofrenia y al principio la diagnosticaron mal. Los médicos le dieron unos fármacos que solo alteraron su estado y la empujaron a una fuerte depresión. Al no mejorar, mi padre insistió en visitar a otro psicóloga que le cambió la medicación. Después de su muerte, descubrimos que no la había tomado. Escribió en su diario que tenía miedo de tomar más pastillas, que podían dañar aún más su mente. Mencionó que oía voces, tenía alucinaciones, perdía la noción del tiempo y olvidaba cosas. Sobre todo, estaba triste porque mi padre nos descuidaba a ella y a mí. Al final, no pudo soportarlo más. Lo único que quería era que la tristeza terminara. Así que terminó con ella.

El silencio en el coche era pesado. Como habían llegado al destino, incluso el GPS SatNav, como Evan recordaba que lo llamaban allí, se había callado. Aparcó delante del club, pero no dijo nada. No estaba seguro de qué decir. Finalmente, extendió una

mano y la colocó sobre la de ella. Los dedos de ella estaban helados, así que los apretó más fuerte.

—Lo siento mucho, Chelsea —hizo una pausa para elegir sus palabras y dejar de lado su propia pena—. Sé lo que es perder a un padre, pero imagino que es peor cuando es su elección.

Su intento de sonrisa no fue del todo exitoso.

—No pasa nada. Ha pasado mucho tiempo desde que ocurrió. No puedo decir que haya hecho las paces con ello, pero he aprendido a sobrellevarlo —le regresó la mano a su lugar inicial y luego soltó el cinturón de seguridad—. Esta noche no es para los malos recuerdos, y no pienso ser una pésima compañía. Vamos, divirtámonos.

Evan la observó mientras salía del coche. Había querido decir algo más para reconfortarla, pero era terrible para estas cosas. Sus relaciones con las mujeres siempre habían sido sencillas, y este tipo de profundidad sentimental le era ajena. Tal vez la única manera de ayudar a Chelsea era ser un compañero divertido esta noche y hacerla olvidar las cosas malas, aunque fuera por una noche. Suspirando, bajó del coche y la siguió hasta la entrada.

El club era lujoso y con aparcamiento privado, en pleno centro de la ciudad, a orillas del río Liffey. Era una vieja casa de dos pisos hecha de ladrillos que tenía un aspecto majestuoso y espeluznante con su decoración de Halloween. Las luces brillaban desde el interior, revelando esqueletos y fantasmas en cada ventana. Al entrar, un torbellino de humo y luces los envolvió, junto con la vibración provocada por el bajo de la música. El espacio era enorme, abarrotado de gente vestida con disfraces imaginativos, desde extraterrestres a vampiros, pasando por colegialas católicas y piratas. Algunos bailaban, otros bebían en la barra, que estaba decorada con telarañas y sangre falsa.

—Vamos por las bebidas —gritó Evan al oído de Chelsea.

Ella asintió, y él le puso la mano firmemente en la parte baja de la espalda para guiarla hacia la barra. Incluso entre todas las mujeres atractivas, algunas de las cuales estaban semidesnudas,

notó que las miradas de varios hombres se dirigían a Chelsea. Estaba fantástica, su traje era sencillo pero increíblemente eficaz. El cuero ajustado reflejaba las luces parpadeantes cuando se movía, perfilando su cuerpo de una manera impresionante. Mientras se deslizaba en un taburete de la barra, la luz jugaba con sus muslos, sus caderas y sus hombros. Él mismo se mojaba los labios cuando la miraba.

Parpadeó varias veces y se centró en el camarero, notando que el maquillaje de zombi del joven era bastante convincente. Chelsea pidió whisky con hielo y Evan pidió cerveza sin alcohol. Odiaba el sabor, pero como estaba conduciendo esa era la opción más segura.

Se volvió hacia Chelsea, solo para darse cuenta de que la conversación era imposible debido a la música. No le importó. No estaba de humor para hablar. Se contentaba con sentarse y observar. Le encantaba la arquitectura antigua y bien cuidada. Era una de las cosas que más le gustaban de Europa. Solo este edificio era probablemente más antiguo que la historia de Estados Unidos. A través de la tenue luz, vio candelabros de hierro que colgaban del techo y brujas falsas que parecían volar. Había unas escaleras en el otro extremo de la sala y se preguntó a dónde llevarían.

Una chica vestida de bailarina del vientre se acercó a la barra y al pasar rozó su cuerpo contra él. No sabía si había sido a propósito, pero se sintió avergonzado al ver cómo la comisura de la boca de Chelsea se movía divertida. Tal vez percibió que necesitaba ser rescatado, porque se inclinó y preguntó:

—¿Quieres bailar?

—Ehh... Claro.

Dejó su cerveza en la barra de madera de cerezo y la siguió hacia el mar de bailarines perdidos en la espesa nube de humo. No le gustaba bailar, nunca se había sentido cómodo haciéndolo, pero la oscuridad ayudaba a su confianza. Además, era sorprendentemente fácil adaptar sus movimientos a los de Chelsea. Ella parecía muy a gusto, incluso feliz. Nunca había imaginado que el baile fuera una de sus pasiones; al verla moverse y abandonarse

a la música, se dio cuenta de que le encantaba. Eso lo animó, le levantó el espíritu. Había algo primitivo en el baile, en la masa de cuerpos moviéndose cada uno a su ritmo, creando una ola de energía casi palpable.

La música cambió y el DJ dedicó la versión suave de *Black Magic Woman* de Santana a todas las damas del lugar. Mientras la exótica guitarra llenaba el aire, Chelsea sonrió, cerrando los ojos y dejando caer la cabeza hacia atrás. Evan no pudo resistirse. Sin pensarlo, la atrajo entre sus brazos, moviendo su cuerpo en sintonía con el de ella. Sus hombros se deslizaron juntos, sus caderas ondularon juntas. La música era como una droga. Las manos de él se apretaron en las caderas de ella, subieron por su espalda, disfrutando de la exquisita caricia de su pelo. Los dedos de ella se hundieron en sus músculos, agarrando puñados de su camisa. A medida que la música se hacía más intensa, también lo hacía su baile, la fricción, el calor, la cercanía. Evan enterró su cara en el cabello de Chelsea, buscando consuelo, pero no lo encontró. El aroma fresco y picante de ella era enloquecedor, prometía cosas más allá de su imaginación. No quería desearla, pero su cuerpo quería tocarla, tenerla, poseerla. Tenía una cualidad magnética que no había encontrado en ninguna otra mujer. Tal vez porque no era solo una muchacha con un cuerpo impresionante. También tenía una mente poderosa e intrigante. Lo desafiaba constantemente, y él nunca se echaba atrás ante un reto.

Los dos tardaron en darse cuenta de que la canción había terminado y el DJ se estaba tomando un merecido descanso. La gente volvía a sus mesas para beber y descansar. Evan sintió que Chelsea estaba igual de reacia a dejarlo ir. Mientras la miraba fijamente a los ojos, pensó que estos ardían tanto como los suyos, y por la misma razón.

—¿Quieres tomar un poco de aire? —preguntó, deslizando con pesar sus manos de sus caderas.

—Me encantaría.

Una vez fuera, los oídos de Evan seguían sonando. Se dijo a sí

mismo que era la música, y no el baile con Chelsea, la razón por la cual su tensión estaba por las nubes. El aire nocturno hacía que sus respiraciones fueran vaporosas, pero él no sentía frío. A su lado, Chelsea desenredaba su pelo enmarañado con los dedos.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—No. En realidad estoy ardiendo —se tocó las mejillas sonrojadas, riendo—. No recuerdo la última vez que me divertí tanto. ¿Quieres ir a dar un paseo por la orilla del río?

—Claro.

Se dirigieron al camino que cruzaba el río. La luna llena reflejaba su luz plateada en el agua, creando la ilusión de que estaban caminando en un reino de fantasía. Un puente cruzaba el río, su estructura ornamentada de encaje en perfecto tono con el estilo del centro histórico de la ciudad. Parecía que todo en Irlanda tenía su propia historia. Chelsea se dirigió hacia el puente y Evan la siguió, acompasando sus pasos con los de ella.

—No sé cómo puedes caminar con eso —comentó, señalando con la barbilla sus altísimos tacones.

Ella sonrió.

—Sorprendentemente fácil. Ahora no llevo tacones a menudo, pero cuando estaba en el instituto y en la universidad solo llevaba tacones.

—¿Por qué? —su tono reflejaba su genuina incomprensión de esa tortura femenina llamada moda.

Chelsea se encogió de hombros, divertida.

—Me hacían parecer más alta. Además, a mi madre le encantaba llevar tacones. Creo que nunca la había visto en otra cosa. Era actriz, así que tenía que estar elegante. Para ella, eso era algo natural. Incluso en pijamas era una dama perfecta.

Evan se metió las manos en los bolsillos. Por mucho que Chelsea quisiera parecer despreocupada, podía oír el dolor en su voz cuando hablaba de su madre.

—Estoy seguro de que ella estaría orgullosa de la mujer en la que te has convertido —dijo finalmente, sintiéndose un poco tonto.

Ahora estaban en medio del puente. Chelsea se detuvo, apoyando las manos en la balaustrada. Luego se volvió para mirarlo.

—Gracias. Es muy amable de tu parte decir eso. Siempre quise ser como ella, y luego... no lo hice —sacudió la cabeza, respirando profundamente, llenándose de valor para lo que estaba a punto de decir—. Siempre temí heredar su enfermedad. La esquizofrenia puede ser hereditaria. He vigilado mi salud mental de forma obsesiva. A lo largo de los años he bajado un poco la guardia, ya que es una enfermedad que suele debutar entre los dieciséis y los treinta años. Pero últimamente no estoy segura. Hago cosas que no recuerdo haber hecho, olvido cosas...

Evan se acercó a ella y le tomó la cara entre las palmas. Sus mejillas se habían enfriado, sus ojos eran enormes mientras lo miraba. Un rastro de miedo brillaba en ellos.

—No tienes ninguna enfermedad mental —dijo Evan, con sus pulgares moviéndose tranquilamente sobre sus pómulos, con los dedos enterrados en su pelo—. Todo el mundo olvida cosas. Diablos, yo no recuerdo lo que he hecho esta mañana —añadió, feliz de ver que ella le devolvía una débil sonrisa—. Es porque tenemos muchas cosas en la cabeza, tenemos trabajos exigentes. Necesitamos olvidar cosas para poder almacenar otras nuevas. No necesito explicarte cómo funciona esto.

Ella sonrió, y el color volvió a brillar en sus mejillas. Cubrió sus palmas con las de él.

—Gracias por tus palabras, Evan. Me has hecho sentir mejor.

Mientras miraba sus sensuales labios rojos, su voz se tornaba seria.

—No me des las gracias, Chelsea. Mis intenciones son menos que honorables.

Sus ojos se clavaron en los de él, y vio que ella entendía, incluso que correspondía a sus sentimientos. No se movió, esperó una señal. Ella se humedeció los labios y apoyó las manos en los hombros de él. Un latido después, sus labios se perdieron en un

beso abrasador. Evan la estrechó entre sus brazos, encantado de sentir cómo su cuerpo se amoldaba a él por fin, su boca tan hambrienta como la de él. El deseo lo mareaba. Por mucho que la besara, por mucho que apretara su cuerpo contra el suyo, no podía saciarse. Sentir la forma en la que ella respondía a él era una agonía y un éxtasis a la vez. No podía detenerse, pero tampoco podía calmar sus deseos aquí y ahora.

Sosegando enérgicamente su respiración, terminó el beso y bajó su frente contra la de ella. Imaginó que la nube de calor que los rodeaba era visible incluso desde el espacio. La respiración de Chelsea era igual de agitada. Seguía agarrada a sus hombros. Lentamente, ella soltó los dedos y los colocó en el pecho de él, como si quisiera capturar cada latido. El gesto lo conmovió profundamente.

Tomó su barbilla entre sus dedos y acercó su cara a la suya.

—¿Debo disculparme?

—¿Quieres hacerlo?

—Por supuesto que no.

—Entonces no lo hagas. Me encantó.

Suspirando, la atrajo entre sus brazos, apoyando su barbilla en la parte superior de su cabeza.

—A mí también. He querido hacer esto desde el momento en que te vi por primera vez.

—Me alegro de que por fin te hayas lanzado.

Sintió la sonrisa de ella contra su clavícula. Su cabeza no se había refrescado del todo, pero empezaba a sentir el frío de la noche. Contempló el agua debajo de ellos, dorada por la luz de la luna.

De repente, su visión se agudizó y soltó a Chelsea para inclinarse sobre la barandilla del puente. Mientras miraba hacia abajo, se le heló la sangre. Una forma flotaba boca abajo en el agua. La luz de la luna se reflejaba en un bulto húmedo de pelo largo y enmarañado.

Evan reaccionó instintivamente. En pocos segundos se quitó los

zapatos y se deshizo de la chaqueta.

—¿Qué pasa? —preguntó Chelsea, inclinándose sobre el puente en busca de lo que lo había hecho sobresaltarse.

—Hay un cuerpo en el agua. Pide ayuda.

Diciendo esto trepó por la barandilla del puente y saltó. Al caer al agua, pensó que el infierno no ardía en llamas. En realidad era helado, líquido y más oscuro que las más profundas pesadillas.

11

Hacía horas que había dejado de temblar. Chelsea había llamado a una ambulancia y a una patrulla de la policía, y en veinte minutos ya tenían seguridad de que la muerte de la mujer no había sido accidental. Era un asesinato.

Evan llevaban pasado horas desde que sacó el cuerpo del río, pero

—El mismo modus operandi utilizado con Shannon Brody. Golpeada con fuerza en la nuca, luego estrangulada y arrojada al río. Para entonces ya estaba muerta, por eso no se hundió, sus pulmones no se llenaron de agua —dijo Siobhan. Seguía arrodillada junto al cuerpo, recogiendo todas las pruebas que podía.

Evan sabía que las pistas serían escasas, ya que el cuerpo había sido comprometido. Todavía le resultaba difícil creer que tuviera otra víctima, ¿por qué su instinto no le había advertido antes de que podría estar tratando con un asesino en serie? Con un nudo en el estómago se preguntó si alguien más podría resultar muerto y cuánto tiempo tardaría en suceder.

—¿Cómo estás, muchacho?

John apretó el hombro de Evan con su mano gigantesca, y este encontró el gesto absurdamente reconfortante. A petición de Chelsea, John le había traído unos vaqueros, un jersey y una toalla. Evan se había cambiado la ropa mojada en su coche. En poco tiempo llegó Nóirín con su equipo de forenses. Era un ángel, había traído café caliente. Evan sospechaba que esta también había sido una petición de Chelsea. Fuera como fuese, estaba agradecido por el líquido abrasador que le ayudaba a entrar un poco en calor. Aun

así, un escalofrío lo sacudía de vez en cuando. La maldita agua estaba helada. Rezó para no resfriarse. Estos casos exigían toda su atención, y una neumonía era lo último que necesitaba.

—Bueno, el trabajo me mantiene ocupado —respondió a la pregunta de John—. Hemos encontrado el bolso de la víctima a pocos metros de aquí. Parece que fue asesinada allí mismo. Dios, ¿cómo todo esto pudo ocurrir tan rápido, sin que nadie viera nada? —se frotó enérgicamente el pelo mojado con la toalla. Toda esta noche parecía surrealista. Lo que comenzó como un sueño era ahora una pesadilla—. De todos modos —se esforzó por regresar a la realidad— se llama Jenny Williams, tenía treinta años, vivía en Dublín y su tarjeta de negocios revela que trabajaba como directora de arte en una agencia de publicidad. Hice una búsqueda, y es soltera, nunca se casó, no tiene hijos. Su único pariente cercano es su hermano. Ambos padres han fallecido.

—Tenemos que avisar al hermano —dijo John, con la vista en sus zapatos.

—Sí.

—Iré contigo —dijo Chelsea.

Llevaba un rato de pie en silencio, abrazándose a sí misma como para entrar en calor. Al mirarla, Evan notó su palidez que contrastaba con su traje de cuero negro. Su pelo estaba atado hacia atrás, probablemente para que no le estorbara. Sus ojos eran enormes lagunas oscuras entre profundas ojeras de cansancio y conmoción. Instintivamente, Evan la atrajo hacia él y le frotó los brazos de arriba abajo, manteniéndola cerca.

—¿Estás bien? Vamos a buscar una manta para ti. Estas más fría que...

Se detuvo para no continuar la frase. La muerte estaba demasiado presente en sus vidas últimamente: a su alrededor, en las conversaciones, incluso en los sueños.

Chelsea negó con la cabeza.

—Estoy bien. Ese café caliente ayudó mucho —dijo, con una leve sonrisa, acurrucándose más cerca de él, buscando el calor de

su cuerpo y ofreciéndole el suyo.

Evan fingió no notar el parpadeo de curiosidad en los ojos de John al ver tal intimidad. Quedaban cosas más importantes por hacer. Dio un último apretón a los hombros de Chelsea y se dirigió hacia el equipo forense. Nóirín exploraba la zona, con su linterna y sus guantes sucios, moviéndose constantemente. Al levantar la mirada, Evan notó el cansancio en su rostro. Su aliento formaba nubes de vapor alrededor de su rostro.

—Mala suerte esta noche, yanqui. La Víspera de Todos los Santos debería ser una noche para traer de vuelta las vidas perdidas, no para quitarlas. No sé qué está pasando en esta ciudad, pero tienes que detenerlo. No podemos permitir que maten a más muchachas y las desechen como muñecas de trapo.

Aunque comprendió que su dolor y frustración no iban dirigidos a él, sus palabras le dolieron.

—¿Me lo dices a mí? —Evan se quejó—. Es la segunda vez que tropiezo con un cadáver en un puto mes. ¿Qué probabilidades hay de que eso suceda?

Nóirín lo miró fijamente durante unos segundos, luego se dio la vuelta y ordenó a su equipo que montara la tienda para preservar la escena del crimen. Evan se maldijo por haberle gritado. Era difícil no sentirse responsable, y era peligroso hacerlo. No podía imaginar que habría una nueva víctima, por supuesto, pero eso no era una excusa. Analizó cuán increíbles eran las probabilidades. Encontró dos cuerpos por accidente, ningún detective conocido había experimentado una situación similar. De manera paranoica, sentía que el asesino se burlaba de él personalmente, lanzando mujeres muertas a su paso.

Se masajeó el puente de la nariz. Dios, ¡se estaba volviendo loco! ¿Qué estupidez era esa? ¿Quién demonios le guardaría tanto rencor como para atacarlo y urdir este ridículo plan? Apenas conocía a nadie en Irlanda. Estaba perdiendo la cabeza. Era solo una extraña y loca coincidencia. Tenía que serlo.

Cuadrando los hombros, se puso los guantes y se dirigió a

Chelsea y a Siobhan, que hablaban en voz baja.

—¿Qué pueden decirme?

Siobhan habló primero.

—Como ya dije, fue asesinada de forma similar a la otra víctima, Shannon Brody, pero, por lo que he podido analizar hasta ahora, esta mujer murió asfixiada. La golpearon en la cabeza con un objeto duro, posiblemente metálico, sin embargo estaba consciente cuando el asesino la asfixió. A primera vista parece una estrangulación. Tengo que examinar el cuerpo en la morgue, donde tengo mis herramientas y buena iluminación. Hasta entonces, no puedo decirte mucho más.

Los hombros de Evan se desplomaron. No esperaba demasiado, pero seguía siendo decepcionante. Actuar con rapidez era esencial ahora, incluso más que antes, cuando no podía imaginar qué otra víctima estaba siendo acechada mientras él perseguía el rastro de este asesino.

Desplazó su mirada hacia Chelsea. Evan le sujetó el codo para evitar que se balanceara al ponerse de pie.

—Lo siento. Son los tacones —dijo ella—. Está bastante claro que la misma persona que mató a Shannon también asesinó a Jenny. No había pensado en esta posibilidad. Estaba segura de que el asesinato de Shannon era intensamente personal, pero... —se mordió el labio casi salvajemente—, tal vez me equivoqué. No me percaté de esto cuando debí hacerlo. Debí saber que el objetivo del asesino aún no estaba cumplido.

Evan tomó su barbilla entre los dedos y le levantó el rostro para mirarla a los ojos.

—No te atrevas a culparte, Chelsea. Si lo haces, también me culpas a mí, porque yo tampoco tenía idea de que estábamos tratando con un asesino en serie. Ninguno de nosotros es responsable de no poder leer la mente de este individuo enfermo. Haremos nuestro trabajo. Lo encontraremos y lo llevaremos ante la justicia. Es lo que tenemos que hacer. Cuestionarnos es un error, y no sirve de nada. Solo nublará nuestro juicio. ¿Entendido?

Su mirada recorrió su rostro, pero tuvo la impresión de que no lo observaba realmente. Parecía mirar hacia sus adentros, no a él. Finalmente, asintió distraída, un gesto que no le inspiraba confianza. Se culpaba a sí misma. Recordó su confesión: temía por su salud mental. Se estremecía en su interior al pensar en el daño que este nuevo asesinato podría provocarle a su mente. Razón de más para encontrar al asesino cuanto antes.

Con la mandíbula rígida, miró el cuerpo de Jenny. Apenas se parecía a la bonita rubia que sonreía en su foto de carné. Olas de compasión e indignación lo invadieron al ver el cuerpo húmedo y arrugado de la que había sido una mujer hermosa y vibrante hacía apenas unas horas. Nadie tenía derecho a apagar la luz de otro ser humano. Sin embargo, en ese momento, Evan pensó que podía hacerlo sin un atisbo de remordimiento al encontrar a ese asesino hijo de puta. Todo era cuestión de percepción.

En marcha una vez más, se dio la vuelta para buscar a Nóirín. La vio al pie del puente, con su linterna recorriendo metódicamente cada centímetro. Se dirigió hacia ella.

—¿Algo nuevo? ¿Algún rastro del objeto que el asesino utilizó para golpearla? La primera vez fue algo que encontró y dejó en la escena. Creo que podría haber hecho lo mismo aquí.

—Ya pensé en eso —dijo Nóirín, moviendo los dedos por la barandilla de hierro—. No encuentro nada raro.

—Sea lo que sea que haya usado, probablemente lo haya tirado al río después. Es lo más lógico —Evan se inclinó sobre la barandilla para mirar al agua. Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar su frialdad—. Llamaré a un equipo de buzos y los pondré a trabajar. Todavía no me explico cómo ha sucedido todo tan rápido.

Regresó a donde estaban John y Chelsea.

—¿Sabes si hay cámaras por aquí? —le preguntó a John.

—No lo sé, pero iré a comprobarlo. El dueño del club está dentro y los gardaí están tomando declaración a todos —John se dio la vuelta y se alejó.

—Este es un individuo inteligente —dijo Chelsea—. Escoge cuidadosamente el lugar de sus asesinatos. En los dos casos fue cerca de un club, lo que también es arriesgado por el constante flujo de gente, pero proporciona una excelente forma de esconderse a plena vista. Él o ella podría estar ahí dentro ahora mismo —indicó la entrada del club.

—Sí. Definitivamente le gusta arriesgarse, pero solo en las peleas que puede ganar —dijo Evan.

—Exactamente. En el fondo, es un cobarde. Por eso ataca por la espalda, siempre se asegura de que la víctima no tenga la más mínima oportunidad de defenderse. Puede que esté exagerando, pero creo que no es una persona físicamente imponente, probablemente no es alto ni fuerte. Está claro que quiere evitar cualquier enfrentamiento físico.

—Entonces, ¿por qué mató a estas mujeres? ¿Cuál es su motivo?

Chelsea sacudió la cabeza, enterrando los dedos en su cabello, como si quisiera extraer la información de su propia mente.

—No lo sé, Evan. Pensemos. ¿Qué tienen en común estas dos mujeres?

Evan pensó que la pregunta era retórica, pero él también necesitaba las respuestas, así que empezó a alinear los hechos.

—Bueno, empezando por lo obvio, las dos tienen treinta años, las dos viven en Dublín, no están casadas, aunque Shannon tenía novio, así que esto no es un rasgo común —continuó caminando en pequeños círculos, frotándose la barbilla mientras se concentraba. Algo hizo clic en su mente y se volvió hacia Chelsea—. Shannon era manicura. ¿No se conoce como artista de la uñas hoy en día? Jenny era directora de arte en una agencia de publicidad. Tengo que comprobar a qué se dedicaba exactamente, pero...

—Puede que tengan el arte en común —Chelsea terminó la frase por él, con los ojos repentinamente animados—. Un director de arte debe ser alguien que hace ilustraciones, arte gráfico, fotografía, ¿no?

—Creo que sí. A Shannon también le gustaba la fotografía. Maldita sea, puede que no tenga oportunidad de entrevistar a su jefe y a sus compañeros de trabajo hasta el martes si están fuera de la ciudad por las vacaciones —Evan apretó los puños con fuerza—. Este cabrón sabe exactamente cómo elegir el momento oportuno.

Exhaló un suspiro y estaba a punto de llevarse las manos a los bolsillos, cuando vio a John dirigirse hacia ellos. Había algo en su forma de caminar que hizo que Evan se pusiera firme.

—¿Has encontrado algo?

—Tenemos un video del asesinato —dijo John—. Vamos.

Evan y Chelsea se apresuraron a seguirlo al interior del club, dejando a Nóirín y a los demás trabajando. Los curiosos estaban más allá de la cinta amarilla de la escena del crimen, pero nadie se atrevía a acercarse demasiado.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad tenemos grabado el asesinato? —preguntó Evan a John mientras el detective veterano lo conducía a una sala lateral del club.

—Sí. Pero no te emociones demasiado. No hay ningún centímetro visible del asesino. Solo puede verse su figura, y con una suerte del diablo conseguiremos la matrícula del coche.

—¿Coche? —preguntó Chelsea.

—Lo entenderás en un momento —John se apresuró a presentar a los dos hombres que esperaban en la sala, donde una pared estaba cubierta de monitores—. Este es el señor Jim Hardy, el dueño del club, y este es el señor Kyle Shane, el agente de seguridad de guardia esta noche. El detective Gallagher y la doctora Campbell.

Entre saludos, John instó a Evan y a Chelsea a tomar asiento frente a los monitores.

—La cámara conectada a esta pantalla da a la entrada del club —continuó John, situándose detrás de la silla de Evan y señalando una de las pantallas—. Le he pedido al señor Shane que nos haga una copia de las imágenes de las últimas veinticuatro horas, pero quería que ustedes dos vieran esto cuanto antes. Señor Shane,

¿podría reproducir la sección de la grabación que hemos señalado, por favor?

Kyle Shane movió sus regordetes dedos sobre el teclado y la pantalla se llenó con la vista del exterior del club. Evan reconoció las luces externas que caían sobre el adoquinado y brillaban sobre el río. Había un aparcamiento a la derecha, pero rara vez era suficiente para acomodar los coches de todos los clientes del club. Esta noche estaba especialmente abarrotado debido a la fiesta, así que había coches aparcados por todas partes, muchos de ellos de forma ilegal. No había tiempo para pensar en eso porque un sedán oscuro y elegante se detuvo, apenas dentro del alcance de la cámara de seguridad. La imagen era tenue y la oscuridad del exterior hacía aún más difícil distinguirla. Evan entornó los ojos, tratando de juzgar hasta qué punto un buen técnico de vídeo podría mejorar la imagen y hacerla más clara.

Alguien salió del asiento del conductor y abrió la puerta del asiento trasero. La mayor parte de su cuerpo permanecía cubierto por el coche y parecía vestir de negro de pies a cabeza: pantalones sueltos, una sudadera con capucha y una gorra de béisbol negra que ocultaba por completo sus rasgos. Además, también llevaba la capucha puesta y mantenía la cabeza baja. Era como si supiera o intuyera el alcance de la cámara, porque se había detenido lo más lejos posible, fuera de la zona iluminada.

Evan adivinó instintivamente que la pasajera del asiento trasero era Jenny. Ella rebuscó en su bolso, presumiblemente pagó al tipo, y luego empezó a caminar alrededor del coche, hacia el club. Y entonces sucedió, tan repentinamente que casi sorprendió a Evan. Oyó la respiración de Chelsea a su lado. En un movimiento rápido y brutal, el conductor sacó algo del bolsillo y golpeó a Jenny en la nuca.

Cayó de rodillas y luego se desplomó boca abajo. La silueta oscura lanzó miradas a derecha e izquierda, luego se arrodilló sobre ella, la hizo rodar y le puso las manos alrededor del cuello. El forcejeo fue breve. Los pies de Jenny golpearon el suelo solo un

par de veces antes de quedarse quietos. El asesino continuó apretándola contra el suelo, con las manos salvajemente enredadas en su garganta. Solo veía en la pantalla siluetas blancas y negras, oscuras y con un poco de luz tenue, pero de alguna manera la escena era tan vívida como una película de terror. Cuando Jenny finalmente quedó inmóvil, su atacante también permaneció tranquilo. Durante unos instantes se quedaron congelados en esa parodia de retablo: la vida y la muerte capturadas en la imagen más escalofriante.

Entonces el asesino pareció recobrar el sentido. Se levantó rápidamente, volvió a mirar a su alrededor, agarró a Jenny por los pies y con una fuerza sorprendente la arrastró hasta el río, que estaba a solo unos metros. La imagen estaba demasiado oscura como para ver algo, pero ya sabían que había arrojado el cuerpo al agua. En cuestión de segundos, volvió a subir al coche y se alejó sin mirar atrás.

Shane detuvo la grabación y tragó saliva. Durante unos largos segundos, las respiraciones de las cinco personas era lo único que se escuchaba en la sala. Incluso éstas parecían estar sincronizadas, eran un reflejo de quietud similar al que pudiera experimentarse al enfrentarse a un T-Rex. Evan notó que tenía el pecho tan apretado que le costaba respirar. Se obligó a inhalar profundamente y a dejar salir el aire lentamente por la boca. Echó un vistazo a la habitación y percibió los rostros blancos como el papel de Hardy y Shane. A su lado, Chelsea también permanecía fantasmagóricamente pálida y una marca oscura en su labio inferior indicaba que lo había mordido con fuerza.

Evan se giró en su silla para mirar a John. No sabía si era capaz de ponerse de pie.

—¿Alguno de ustedes cogió la matrícula?

Todos negaron con la cabeza.

Evan bajó la mirada.

—Sé un poco de edición de vídeo. Una vez que tenga una copia de esto puedo intentar aclarar y aligerar la imagen, pero el

bastardo fue lo suficientemente inteligente como para alejarse de la luz. Si no hubiera calculado mal el alcance de la cámara, ni siquiera tendríamos esto.

—Sin embargo, corrió un gran riesgo —reflexionó John, arrastrando los dedos por su cabello canoso—. Matarla justo en el estacionamiento a la vista de todos.

—Al igual que con Shannon, quería desesperadamente su muerte —dijo Chelsea, con las manos unidas con fuerza a su regazo —. Esa fue la sensación que tuve entonces, y estoy recibiendo la misma vibración ahora. Sé que no tiene mucho sentido porque este es su segundo asesinato, pero cada uno se siente intensamente personal —parecía desconcertada y al mismo tiempo furiosa por no poder penetrar en la mente del asesino.

Evan se acercó discretamente a ella y tomó su mano.

—Tienes razón, tengo la misma sensación. Pero, maldita sea, es ridículo que tengamos una grabación de él y, sin embargo, no podamos saber nada con seguridad sobre su aspecto físico. Solo podemos distinguir su silueta, aunque podría haber llevado algún equipo acolchado debajo. No parece ser mucho más alto que la víctima, pero de nuevo, podría haberse encorvado para parecer más bajo, o llevar elevadores en los zapatos para parecer más alto. Al menos el 60 por ciento de su cuerpo estaba oculto por el coche en todo momento. Jenny medía aproximadamente 1,55 m y pesaba 50 kg. Pequeña y delgada, así que no era capaz de oponer mucha resistencia física.

Evan expulsó un suspiro, y entonces lo asaltó un pensamiento.

—Esto es otra cosa que Shannon y Jenny tenían en común, tenían una complexión similar. Me pregunto, ¿será posible que Jenny utilizara también esa página web de citas, en la que Shannon conoció a Patrick?

Chelsea y John lo miraron fijamente.

¿No sería demasiada coincidencia? —preguntó John.

—Si es cierto, no es una coincidencia. Tengo que hacer una búsqueda sobre esto. Si estoy en lo correcto, es otra conexión.

—Pero, ¿qué prueba eso? —preguntó Chelsea, descorazonada.

—Es algo más que las víctimas tienen en común. Cuantas más pistas tengamos, más cerca estaremos de construir un camino que nos lleve a este monstruo.

Chelsea se quedó mirando la pantalla oscura. Su mirada era distante, su respiración rápida.

—Realmente es un monstruo. No pude distinguir mucho de estas imágenes, pero lo que vi me indica que en su mente establece una profunda conexión con estas mujeres. Es aun más fuerte en el momento en que las mata. He leído sobre asesinos que creen que pueden absorber las almas de las personas que matan. Nunca imaginé que podría estudiar a uno en acción.

—¿Crees que sea así? —preguntó John—. ¿Crees que está loco?

—Ciertamente no está mentalmente sano. Pero no puedo decir con seguridad hasta qué punto está enfermo. Probablemente en la sociedad solo es una sombra, tiene un trabajo en el que no socializa mucho, no llama la atención de ninguna manera. Quiere seguir siendo un fantasma para poder usar la discreción a su favor. Hasta ahora parece funcionar terriblemente bien.

12

Agradeció el poco tráfico, pues no habría confiado en sus reflejos si hubiera tenido que abrirse paso entre la masa amorfa de autos. Estaba agotado. Incluso la adrenalina que lo había mantenido en marcha ahora estaba al mínimo. Solo podía pensar en llegar a casa, subir la calefacción y meterse en la cama.

Agradeció el poco tráfico, pues no habría confiado en sus la suya. Finalmente, Evan dejó a Chelspa en su casa y luego condujo a

El cansancio funcionaba de una manera extraña. Estaba en un estado de ensueño o letargo, pero en lo más profundo de su mente permanecía despierto. Su cerebro ya había montado la pizarra de asesinatos, había alineado los hechos que tenían hasta el momento y había planeado los siguientes pasos en la investigación. Ese proceso se había repetido en su cabeza durante años, lo reconocía, y sabía que tras unas horas de sueño se despertaría sabiendo exactamente qué tenía que hacer. Pero en ese preciso instante necesitaba desconectarse.

Una vez en su apartamento, se desnudó, tiró la ropa en el cesto, se dio una ducha de agua caliente y se puso una camiseta vieja y unos pantalones de chándal. Le dolía la mandíbula de mantenerla apretada durante tantas horas, así que tomó un par de aspirinas. No evitarían que se resfriara, pero le ayudarían a entrar en calor y a aliviar los dolores de sus tensos músculos. Kieran lo siguió por toda la casa hasta que Evan entró en la cocina y llenó sus cuencos con comida y agua. De algún modo, reunió fuerzas para agacharse y acariciar al gato un par de veces. El ronroneo de agradecimiento del felino lo hizo sentir mejor. Dejó a Kieran con su desayuno y se dirigió al dormitorio. Cerró las persianas de madera para bloquear

la luz, se acurrucó en la cama bajo el grueso edredón y cayó rendido.

Eran las 4:53 de la tarde cuando se despertó. Le ardían las mejillas, pero no creía tener fiebre. Simplemente había subido demasiado la calefacción en su intento de calentarse rápidamente. Desorientado, miró su teléfono, sorprendiéndose al ver la hora. Entonces lo recordó todo: Jenny, la lucha por sacarla del agua, sus intentos desesperados e inútiles por reanimarla con maniobras RCP, la indignación e impotencia que había sentido al presenciar su asesinato ante las cámaras, y el momento en que había llamado a la puerta de su hermano para informarle de su muerte.

Chelsea se brindó a ofrecerles consuelo, pero Guy Williams y su esposa preferían estar solos. En poco tiempo Guy tendría que ir a la morgue e identificar a la joven muerta como su hermana. Y entonces, exigiría respuestas. Evan se vio obligado a ignorar la culpa y la desesperación por no tenerlas aún.

Sintió que algo se movía alrededor de los pies de la cama. Giró el teléfono para iluminar la zona y encontró los ojos brillantes de Kieran en la oscuridad. El gato se acercó y Evan alargó la mano para acariciarle la cabeza. Parecía percibir que algo malo le sucedía. Kieran se acomodó sobre su pecho y empezó a ronronear. Las vibraciones del felino eran increíblemente relajantes. Parecía un canto perenne, su ritmo era tan sedante como su intensidad. Evan continuó acariciando al gato durante unos minutos más, respirando profundamente, concentrándose en esa buena sensación analgésica. Debía calmarse y ahuyentar la oscuridad, la desesperación.

Había dejado el FBI para librarse de los asesinos, pero no lo había conseguido. Mala suerte. Las personas se mataban unas a otras desde los inicios del mundo. Lo mejor que podía hacer era encontrar a ese bastardo y asegurarse de que pagara por lo que había hecho. Evan podría ser la justicia, pero no tenía que creer en ese sistema legal para aplicarlo. Quizás ver al asesino tras las rejas fuera suficiente para las familias de las dos muchachas. Si esa era

la justicia que dictaba la sociedad, tenía que ser suficiente para él también.

Pensó llamar a Chelsea, pero apartó el teléfono. Podría estar durmiendo o no querer que la molestaran. La chica se tomaba este segundo asesinato más a pecho que él. Sabía que se culpaba por no haber sospechado que se trataba de un asesino en serie. Era ridículo, por supuesto. Chelsea no tenía tanta experiencia en el campo de la psicología criminal. Diablos, ni siquiera él fue capaz de prever una segunda víctima, y ya había encerrado a un buen número de enfermos; por no mencionar que había entrevistado a unas cuantas docenas más. Había creado una especie de inmunidad hacia ellos, a diferencia de Chelsea. Ella era más vulnerable de lo que él creía. Al escucharla hablar del suicidio de su madre, solo fue capaz de vislumbrar la superficie de su trauma.

Evan deseaba no involucrarla en este caso, pero la necesitaba. No creía que ella notara lo buena perfiladora que era en realidad. Sus instintos eran excelentes, su conocimiento de la psique humana impresionante. La muchacha le había ofrecido la mejor pista que tenía hasta el momento.

Con cuidado, dejó a Kieran a un lado, se sentó y se acercó a la mesita de noche para encender la lámpara. Se preguntó si habría alguien en la oficina. No importaba, no necesitaba ayuda en ese momento. El inspector jefe le había dicho que se tomara el día libre, pero quería trabajar mientras todo permanecía fresco en su mente. Después de un rato se levantó de la cama y fue al baño a lavarse la cara. En la cocina se preparó un sándwich doble de jamón y queso y se lo comió en compañía de Kieran. Luego se lavó los dientes, se vistió y se puso en marcha, cerrando la puerta tras de sí.

Además de los gardaí de servicio, no había nadie en el cuartel general. Evan entró a su despacho y encendió las luces, disfrutando de la tranquilidad del lugar. En su escritorio, se quitó la chaqueta, abrió el portátil y lo dejó encenderse. Bajó las escaleras hasta la sala de pruebas, rezando para que Nóirín hubiera registrado las

pertenencias personales de Jenny Williams. Sabía que los técnicos forenses no habrían tenido tiempo de procesar ninguna de las pruebas que habían recogido en la escena del crimen, pero por ahora el teléfono de Jenny era su mayor interés. Buscó en el registro, satisfecho de ver que estaba allí, junto con su bolso y todo su contenido. Se puso los guantes y sacó las bolsas de pruebas.

Revisó los objetos catalogados: un delicado bolso negro con una correa dorada, una cartera, un espejo compacto, un labial, un teléfono en una funda dorada y brillante, un paquete de pañuelos, tampones, varias llaves en un llavero, medio paquete de cigarrillos y un elegante encendedor plateado.

Evan notó que no había llaves de auto o carné de conducir en su cartera. Quizás no tenía auto, su licencia estaba suspendida, o conducir no estaba entre sus planes. Esa decisión la había llevado a la muerte. Pudo haber solicitado un servicio de autos y de esa manera entrar en el coche del asesino. El hombre pudo haberse hecho pasar por un conductor de Uber. Decidió trabajar en esa línea de investigación primero.

Con cuidado, cogió la bolsa de plástico que contenía su teléfono y devolvió los demás objetos a su lugar. Analizó la prueba que llevaba en las manos, echándole un vistazo desde diferentes ángulos, mientras subía las escaleras hacia su despacho. El teléfono no parecía estar roto, ya que estaba protegido por una funda de calidad. El bolso de Jenny cayó al suelo después de que la muchacha fuera golpeada hasta quedar inconsciente e inmovilizada temporalmente por su atacante, pero el celular permaneció en el interior de este. Evan recordó las imágenes captadas por las cámaras del club, solo podía tratarse de un frío hijo de puta. Y Chelsea lo tuvo claro desde el inicio: tanto el asesinato de Shannon como el de Jenny tenían rencores personales. Solo debía averiguar qué relacionaba a estas dos mujeres.

Una vez en su escritorio, desbloqueó el teléfono, agradecido de que no requiriera una contraseña. Inmediatamente comprobó las llamadas entrantes que Jenny había recibido el día anterior: una

era de su hermano, otra de una tal Dana y una tercera de un número que no aparecía en los contactos de Jenny. Comprobó si Jenny había llamado primero a ese número. Lo había hecho, probablemente pensando que iba a pedir un coche. Según los registros, era la única vez que Jenny había llamado o recibido llamadas de ese número. Evan intentó llamar, pero el teléfono estaba apagado. Tal y como esperaba. Siguió el procedimiento establecido. Sabía, incluso antes de confirmarlo, que se trataba de un número de prepago. Podría haber intentado rastrearlo en tiempo real a través del GPS, pero sería inútil. Ese teléfono estaba probablemente en el fondo del río, o roto en pequeños pedazos en algún contenedor de basura, a kilómetros de la escena del crimen. Era un callejón sin salida, pero no el final.

Siguió indagando en su teléfono, reconstruyendo lo que podía de su vida, tomando notas mientras lo hacía. Dedujo que Dana era la mejor amiga de Jenny, al parecer su única amiga de confianza, y que era subdirectora de un salón de belleza. Además de su hermano, Dana, y su jefe, C.C. Malone, Jenny no tenía muchos contactos. Probablemente no tenía muchos amigos. Entonces, ¿qué hacía sola en Halloween? ¿Había quedado con alguien en el club? Si lo había hecho, en el teléfono no había constancia de ninguna cita, al menos no concertada mediante llamadas o mensajes.

La mirada de Evan estaba fija en el teléfono, sus dedos dentro de los guantes golpeaban rítmicamente su muslo. Siguiendo el rastro de los pensamientos anteriores, accedió al sitio web de citas donde Shannon había conocido a Patrick. Técnicamente, había que ser miembro para acceder a la información de otro miembro, pero se las arregló para evitarlo y buscó el nombre de Jenny. Su corazón se aceleró, como siempre lo hacía cuando tenía algo entre manos. Una sensación irritante en el estómago le aseguraba que iba por el camino correcto, incluso antes de ver los resultados. La foto de Jenny le sonrió, junto a su descripción en el sitio web de citas: *Una chica simpática con sentido del humor y aficionada al baile, le encantaría conocer a un hombre afín para una relación seria.*

¡Bingo! Respiró con fuerza. Tenía que ser aquí. El asesino elegía a sus víctimas en este lugar. Supuso que había una pequeña posibilidad de que fuera una coincidencia, pero en un país pequeño como Irlanda... No. Este sitio web tenía que ser el coto de caza del asesino. Pero, ¿cómo exactamente le ayudaba esto a encontrar al asesino y a evitar que eligiera otra víctima? A menos que ya lo hubiera hecho.

—No matarás a nadie más mientras yo esté a cargo de esta investigación, hijo de puta.

Se enderezó, conectó el teléfono a su portátil y se puso a trabajar. Necesitaba una pantalla más grande para esto. Primero, continuó la búsqueda en el sitio web de citas para ver si Jenny tenía alguna coincidencia, alguna invitación o mensajes. Tenía algunos, pero no había aceptado ninguno. Evan esperaba que al menos uno de los hombres que habían contactado a Shannon estuviera en la lista de los posibles pretendientes de Jenny. Sin embargo, después de una exhaustiva comprobación, ninguno de ellos coincidía. Otro callejón sin salida.

Frustrado, se levantó y se dirigió a la ventana. Contempló las luces de los coches que atravesaban la bruma, algunos rápidos, otros lentos, siempre en movimiento. El asesino estaba en algún lugar, probablemente aún disfrutaba de la adrenalina del asesinato. Evan sabía que esa euforia no duraría mucho, volvería a hacerlo. La primera vez era la más difícil. Luego se volvería hábil o descuidado. Pero Evan no podía permitir que este maldito enfermo siguiera practicando.

Fue a la máquina expendedora, compró un refresco y volvió a su escritorio. Se bebió la mitad de la botella. Necesitaba la cafeína y el azúcar. Luego volvió al trabajo.

Accedió al perfil de Jenny en las redes sociales en un intento por formarse una idea de su vida, su personalidad, sus amigos. Al igual que a Shannon, le apasionaban la fotografía y las artes visuales. Tenía docenas de álbumes, algunos con fotos de ella misma, otros con fotos de la naturaleza, paisajes, animales, lugares

y personas. Para su ojo inexperto, no había un tema común. Otro álbum contenía dibujos y bocetos que había hecho, incluidos algunos para la empresa de publicidad en la que trabajaba. Evan no conocía mucho del tema, pero reconocía su talento y su amplia gama de conocimientos, desde bocetos a carboncillo hasta elaborados dibujos a color. A juzgar por lo que había encontrado en su perfil, le esperaba una prometedora carrera por delante.

Contempló un boceto vintage de una chica pin-up que parecía estar intentando seleccionar algo entre un montón de labiales, sombras de ojo y otra parafernalia artísticamente esparcida delante de ella. Probablemente un anuncio de una empresa de cosméticos. ¿Era esto un motivo de asesinato? ¿Tal vez una compañera de trabajo quería su puesto? Pero, ¿qué relación tendría eso con Shannon Brody?

Evan sacudió la cabeza. Tenía que buscar algo más personal que un trabajo. Empezó a buscar en las fotos de perfil de Jenny, detallando cada una de ella y sus comentarios. Al igual que Shannon, había sido una mujer encantadora. Había un parecido, aunque era difícil de precisar cuando las dos mujeres llevaban maquillaje diferente, cambiaban a menudo de peinado y de color de pelo, utilizaban todo tipo de filtros para hacer sus fotos más artísticas. Pero compartían algunos rasgos distintivos: cara redonda, ojos claros, nariz delicada y labios carnosos. Por supuesto, muchas mujeres tenían esos rasgos, pero en este caso no podía descartar ni siquiera ese ligero parecido. Algo tenía que relacionar estos dos brutales asesinatos.

Los comentarios eran todos halagadores, y Jenny respondía con corazones y besos a cada uno de ellos. Tampoco tenía muchos amigos en las redes sociales, pero sí más que en la vida real. Ese era el problema con esas personas virtuales: nunca se sabe realmente quiénes son. Cualquiera de esas personas escondidas tras bonitos perfiles podía ser un acosador, un pervertido, un asesino. Desde que las redes sociales habían empezado a ganar terreno, el número de crímenes relacionados con el acoso, el hostigamiento, la

intimidación e incluso el asesinato había aumentado enormemente. Era cierto que el crimen había florecido a lo largo del tiempo, pero parecía ser más obvio en estos días. Internet estaba lleno de gente en las poses más íntimas, especialmente mujeres semidesnudas. La tentación era enorme.

Jenny no formaba parte de ese grupo. Sus fotos eran de buen gusto, no eran provocativas en lo absoluto. Aun así, era imposible ocultar su belleza. A pesar de los comentarios de admiración, Evan se preguntaba cuántos de esos amigos virtuales apreciaban realmente las fotos de Jenny en lugar de fingir mientras ocultaban sus celos. Continuó leyendo hasta encontrar un comentario que lo hizo detenerse e inclinarse hacia la pantalla sorprendido. Alguien había decidido no disimular lo que pensaba. A alguien le había disgustado Jenny lo suficiente como para dejar un comentario grosero. Un emoji de cara enfadada.

Era *Black Dawn*. Podía haber algunas coincidencias en este mundo, pero emojis de caras enfadas dejados por la misma persona en las fotos de dos mujeres asesinadas no era una de ellas. Si la sangre de Evan hervía al toparse con el comentario, ahora un frío lo helaba de pies a cabeza al detallar mejor la foto. Jenny, con el pelo suelto y los pies descalzos, estaba sentada con las piernas cruzadas en un sofá, sonriéndole a un gato negro.

Evan sintió cómo los latidos de su corazón se aceleraban. Imprimió la foto, se puso de pie y se dirigió a la pizarra de asesinato, moviéndose en cámara lenta. Colocó la foto de Jenny con el gato negro junto a la que había impreso de Shannon con Kieran en brazos. Volvió a su escritorio, sacó su teléfono y descargó una foto en el portátil, y luego la imprimió. La miró fijamente, atónito. Se levantó y se dirigió a la pizarra nuevamente. Sus brazos parecían pesar una tonelada y sus dedos temblaban mientras clavaba la foto de Chelsea sosteniendo a Kieran junto a las de Jenny y Shannon. Tres mujeres, todas rubias, todas con el pelo rizado/ondulado, todas con los ojos claros, todas posando con gatos negros, gatos que cada una había tenido como mascota en

algún momento.

—¿Qué es esto?

Por un segundo, Evan pensó que debía estar volviéndose loco. Apretó los ojos, los abrió de nuevo y miró las caras sonrientes. En su mente, se parecían tanto que se cuestionó cómo no lo había visto antes. El parecido, las cosas en común eran evidentes, ¡incluso los malditos gatos! ¿Qué diablos significaba eso? ¿Era Chelsea la próxima víctima? ¿O era ella la razón por la que el asesino había elegido a esas mujeres en concreto? ¿Era ella el objetivo final?

Preguntas, un sinfín de preguntas, se apilaban y daban vueltas en su cabeza. Solo había algo de lo que estaba completamente seguro: tenía que encontrar e interrogar a *Black Dawn*. ¿Cómo podía averiguar su identidad? No tenía ninguna prueba sólida para solicitar una orden judicial para que la red social le entregara la información de esta persona. Cualquier juez se reiría en su cara si exigiera infringir todas esas leyes de confidencialidad porque alguien había dejado emojis enfadados. Diablos, podían encontrarse comentarios más sospechosos y abusivos en una publicación sobre una película o un equipo de fútbol. No era posible contar con la colaboración de la red social. No había forma legal de encontrar a esa persona. Tendría que ponerse el sombrero negro y hacer algo de magia. A menos que...

Fue a su chaqueta y sacó una USB, luego la insertó en el puerto del portátil. Kyle Shane había copiado las imágenes sin editar que la cámara de seguridad había grabado el día anterior. Evan abrió el vídeo y saltó hasta la parte donde se veía al asesinato, a las 23:47 de anoche. Repitió el fragmento una y otra vez, intentando hacer algunos ajustes en la configuración de la pantalla, pero fue inútil. No había nada visible que pudiera ayudar a identificarlo. Pausó el video mientras se alejaba de la pantalla, luego se acercó una vez más. Maximizó el brillo, forzando los ojos mientras observaba la matrícula del coche. Quizás con un editor de video podría ampliar la imagen y aclararla lo suficiente como para identificar los

números. Se puso a trabajar, echando de vez en cuando un vistazo a la pizarra. No estaba seguro de si debía contárselo a Chelsea. Podría estar equivocado, y si lo estaba, podría preocuparla sin sentido. Pero su instinto le decía que tenía razón, y que Chelsea estaba de alguna manera involucrada en este lío. ¿Cómo podría protegerla si ella era el próximo objetivo? Por primera vez el tiempo se convertía en su enemigo.

Una hora más tarde, Evan miraba la imagen depurada. Todavía estaba pixelada, pero el número de la matrícula era bastante claro. Lo insertó en la base de datos y respiró hondo, rezando por obtener resultados concluyentes. Su falta de entusiasmo no lo tomó por sorpresa: el coche resultó ser un nuevo modelo de Tesla, perteneciente a Jack Liam Dunhill.

13

Evan admitía que había deseado que Dunhill fuera el asesino desde el momento en que tuvo conocimiento de su existencia y de su interés por Chelsea. No estaba entre las parejas de Jenny en el sitio web de citas, pero eso no lo eliminaba de la lista de sospechosos. ¿Sería *Black Dawn* el alias de Dunhill? Chelsea creía que era una mujer, pero ahora parecía más probable que este hombre fuera el ilusorio *Black Dawn*. Sin embargo, a Evan le molestaba la idea de que Dunhill fuera tan descuidado como para utilizar su propio coche en su misión de asesinar a Jenny. ¿Era simplemente un engreído? Otros asesinos más peligrosos habían sido atrapados por errores más evidentes. Tal vez Dunhill tenía certeza de estar fuera del alcance de las cámaras. Un leve error de cálculo por su parte era lo que abriría este caso en el que nada era lo que parecía.

Evan buscó su teléfono y marcó el número de Jack Dunhill. El teléfono seguía apagado. Las pistas incriminatorias se acumulaban. No podía esperar a estar cara a cara con este tipo.

Utilizó el tiempo en tratar de vislumbrar su próximo movimiento. En Irlanda un agente de policía no necesitaba una orden de detención para arrestar a un individuo sospechoso de haber cometido un delito grave si tenía pruebas razonables para detenerlo. Si encontraba a Jack Dunhill, tendría la libertad de arrastrar su trasero directamente a la sala de interrogatorios. Técnicamente, Evan podía identificar la ubicación de Dunhill a través del GPS, incluso si su teléfono estaba apagado, pero legalmente necesitaba una orden para rastrear el dispositivo a través del operador telefónico que utilizaba Dunhill.

Con esta idea en mente, llamó a John O'Sullivan para pedirle consejo. Le informó y le explicó su necesidad de una orden y John prometió encargarse de ello, no sin antes aclarar que podría tardar varias horas o más. Desanimado, Evan le agradeció y le aseguró que se mantendría en contacto. Inmediatamente envió un aviso a todas las patrullas y a los policías de a pie, informó el número de la matrícula del coche en cuestión, y ordenó que detuvieran el vehículo y al conductor si lo veían, y que se pusieran en contacto con él lo antes posible. Tomó su abrigo y se dirigió a la calle.

Jack Dunhill vivía en el sur de Dublín, en una vieja casa de ladrillo bellamente restaurada que olía a dinero. Evan conocía la dirección de una visita anterior que había realizado. Se dirigió hacia allí y al llegar encontró la casa oscura y aparentemente vacía. Llamó repetidamente a la puerta, pero nadie respondió. No había señales de ningún vecino, ni rastro del coche negro. De momento, nada útil.

Dio media vuelta y se dirigió a la casa de Chelsea, aún sin estar seguro de cuánto debía contarle sobre su parecido con las dos víctimas. Por primera vez, se veía involucrado emocionalmente con una compañera de trabajo, que también podía ser una víctima potencial. En Quantico no le habían enseñado el protocolo para una situación así. Le habían enseñado a pensar de manera inteligente y objetiva. Dejó de lado su instinto protector, sabía que debía contarle sobre el caso a Chelsea. Después de todo, ella podría tener información valiosa. Si alguien la quería muerta por alguna razón, tenía que haber pistas en alguna parte. Juntos formaban un equipo más fuerte.

Era poco más de las ocho cuando llegó a su casa. Las luces del porche estaban encendidas y las ventanas del salón también estaban iluminadas. Evan llamó al timbre, luego se metió las manos en los bolsillos y esperó. Sería una situación difícil, independientemente de cómo la abordara.

Escuchó unos pasos suaves, vio que la mirilla se oscurecía y entonces Chelsea abrió la puerta. Llevaba una bata negra, los pies

metidos en unas mullidas zapatillas rojas y el pelo enmarcando su rostro. Una punzada de preocupación le apretó el pecho al ver las profundas sombras bajo sus ojos. No parecía haber dormido nada.

—Hola —dijo.

—Hola. Entra.

Entró y la siguió por la casa, observando la elegante decoración, los cuadros en la pared, las piezas de arte de buen gusto, repartidas en lugares estratégicos. ¿Cuál de los cuadros era el suyo? El arte era otro elemento que Chelsea y las víctimas tenían en común. Ahora lo veía. Un hombre culto como Jack Dunhill debía apreciar a las mujeres con talento.

Tragó audiblemente, incapaz de ignorar la sensación de malestar en su estómago.

Una vez en el salón, ella lo invitó a tomar asiento en el sofá rojo.

—¿Quieres algo de beber?

Él negó con la cabeza.

—No, gracias. Chelsea, he identificado la matrícula del coche que conducía el asesino. Pertenece a Jack Dunhill.

Sus labios se separaron con sorpresa y se dejó caer en el sofá junto a él, lo suficientemente cerca como para que Evan pudiera ver su rostro pálido. La incredulidad fue su primera reacción, seguida de la confusión.

—Jack Dunhill, ¿en serio? —su voz sonaba oxidada—. ¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Tengo que traerlo para interrogarlo, pero todavía no he podido localizarlo por teléfono. Tengo que encontrarlo. John está intentando conseguir una orden para rastrear su teléfono, pero no sé cuánto tiempo tardará, y no puedo quedarme de brazos cruzados. ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?

Chelsea se humedeció los labios, con los ojos todavía muy abiertos y las manos apretadas en el regazo. Negó con la cabeza, vacilante.

—No lo sé... ¿Conseguiste su dirección?

—Ya fui allí. No parecía haber nadie. ¿No te dijo a dónde iba durante la sesión de terapia?

Los ojos de Chelsea se encontraron con los de John.

—Sí, lo hizo. Uh... —se mordió el labio, como si tratara de recordar. Después de unos segundos, chasqueó los dedos—. Malahide. Allí es donde dijo que viven los padres de su novia. Es un pueblo a media hora de Dublín. Dijo que pasarían todo el fin de semana allí.

Evan tecleó el nombre en su teléfono.

—Bien, gracias. Averiguaré si está allí en estos momentos. Estoy pensando que intenta hacerse de una coartada para la noche del crimen.

Chelsea se frotó la frente, mirándolo de reojo. Todavía parecía aturdida.

—No tiene ningún sentido. ¿Sería tan estúpido de recoger a Jenny en su propio coche, pero tan inteligente como para asegurar una coartada?

—No lo sé. Tal vez se confió demasiado. Lo único que sabemos con seguridad es dónde estaba su coche anoche. Ahora, tenemos que encontrarlo. Ya es hora de conocer a este tipo cara a cara.

Dejó el teléfono y se frotó las palmas de las manos húmedas contra los muslos. Esa había sido la parte fácil. Mirando a su alrededor, buscaba la manera de iniciar el resto de la conversación. Sus ojos se posaron en el portátil de Chelsea que estaba sobre la mesa de café, entonces entendió que había llegado demasiado tarde. En la pantalla había tres fotos una al lado de la otra: Shannon con Kieran —una foto tomada cuando se había teñido el pelo de rubio—, Jenny y su gato —del que su hermano había prometido ocuparse— y una foto de una Chelsea joven y sonriente que se llevaba un gato negro a la mejilla. A Evan se le heló la sangre nuevamente al contemplar las imágenes. Debía haber imaginado que ella era lo suficientemente inteligente como para atar los cabos.

—Ya lo sabes. Lo dijo como una afirmación silenciosa.

Chelsea lo miró con sus cansados ojos lavanda. Parecía absurdamente joven y dolorosamente desamparada, con el rostro desprovisto de maquillaje y de cualquier rastro de color.

—¿Lo sabías? —Chelsea lo acusó—. ¿Y no me lo dijiste?

—Acabo de descubrirlo, no hace ni una hora —replicó él, luchando por sonar tranquilo en lugar de ponerse a la defensiva—. Estaba reorganizando mi pizarra de asesinatos y noté un parecido. Pensé que era algo de mi imaginación. Supongo que podría ser una coincidencia —dijo, extendiendo la mano para sostener la de ella —. Pero que Jack Dunhill sea tu paciente no es una coincidencia. Él es el vínculo entre ustedes tres. Tal vez desarrolló una obsesión por ti durante las horas de terapia, y...

—Como no podía tenerme, decidió cazar mujeres que se parecieran a mí —terminó la frase, su voz era apenas un susurro.

—Tiene sentido, tanto como tiene sentido en cualquier mente enferma. Eres una mujer hermosa. Cualquier hombre se sentiría atraído por ti. Un hombre sano comprobaría si correspondías a su interés y seguiría adelante si la respuesta fuera negativa. Un individuo enfermo lo tomaría como un rechazo y se obsesionaría contigo.

—Y buscaría venganza por haber sido rechazado.

—Lo más probable. ¿Cómo lo has resuelto?

Se encogió ligeramente de hombros.

—Estuve mirando los perfiles de redes sociales de Shannon y Jenny para hacer una lista de las cosas que tenían en común. Como ya habíamos establecido, eran de un tipo físico similar, ambas eran artistas, no tenían muchos amigos... Y ambas tenían gatos negros. Ahí fue cuando me di cuenta, supongo. No estaba segura, pero... —dudó, levantando su mirada preocupada hacia él— ahora que me has hablado de Jack Dunhill, lo estoy. No puede haber tantas coincidencias. Por alguna razón, parece que yo también soy uno de sus objetivos.

—O la inspiración del asesino, el modelo que utiliza para elegir

a sus víctimas.

—No sé... No tiene sentido. Jack Dunhill apenas me conoce. Pasamos exactamente dos horas juntos. Estadísticamente, es muy poco tiempo para que desarrolle algún tipo de obsesión por mí.

—No se trata de estadísticas, Chelsea. Probablemente el tipo está mucho más enfermo de lo que pudiste afirmar durante esas dos sesiones. Sabes mejor que yo lo bien que los sociópatas disimulan la locura. Podría haber estado acechándote desde que te conoció. O tal vez se centra en un tipo de mujer, y en su mente, tú, Shannon y Jenny son ese tipo —se aclaró la garganta, tratando de sonar despreocupado—. ¿Has usado alguna vez ese sitio web de citas?

Negó con la cabeza, su mirada directa y clara.

—Nunca he utilizado una página web de citas. Yo, más que nadie, sé los enfermos que pueden aparecer allí.

—Eso demuestra mi teoría. Tú fuiste la primera, la que conoció en persona y con la que se obsesionó. Desde que lo rechazaste, buscó mujeres que se parecieran a ti, que tuvieran cosas en común contigo. Estoy segura de que las eligió en esa página web de citas.

Los nudillos de Chelsea estaban blancos como el hueso. Evan le apretó las manos con fuerza, luchando por transmitirle seguridad.

—Escucha, Chelsea, encontraré a ese tipo aunque tenga que mover cielo y tierra. Ahora estamos tras él y no lo sabe. Hasta que lo encierre, te necesito bajo protección policial. Voy a poner un coche patrulla delante de tu casa las 24 horas del día hasta que cerremos estos casos.

Chelsea sacudió la cabeza con vehemencia.

—No seas tonto. ¿Qué pensarán mis vecinos? Lo último que necesito son especulaciones locas sobre mí y sobre por qué tengo guardias acechando fuera de mi casa.

Evan quería golpearse la cabeza contra la pared. Pensaba que ella entendería su punto de vista.

—Por el amor de Dios, ¿prefieres acabar muerta? Esperaba que una mujer con tu perspicacia se diera cuenta de la necesidad de

esto.

—Puedo cuidar de mí misma —espetó ella, zafándose de las manos de Evan.

—¡Estoy seguro de que Shannon y Jenny creían lo mismo! No voy a dejar que te quedes aquí sola, y punto. Si no sintiera nada por ti, te obligaría a ir a una casa de seguridad. Pero como tengo sentimientos hacia ti, te daré a elegir: o te protegen los gardaí, o te quedas conmigo hasta que todo esto termine.

Lo miró boquiabierta, sus labios se abrieron y cerraron varias veces antes de poder hablar. Cuando finalmente dejó que las palaras escaparan, su mirada se suavizó.

—¿Qué clase de sentimientos?

Evan, sin saber qué hacer, la miró fijamente.

—¿Quiere analizarlos, doctora?

Los labios de Chelsea se torcieron irónicamente.

—Cuando estés preparado, podría ser interesante.

—Sí, bueno, tengo un asesino en serie suelto. Tengo que atraparlo antes de que mate a alguien más.

Se puso sobria al instante.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

La miró a los ojos.

—No tengo una orden judicial aún, pero tendré una que permitirá anular tu acuerdo de confidencialidad médico paciente. Mientras tanto necesito todos los detalles sobre Jack Dunhill que puedas darme. El tiempo es oro.

Chelsea lo miró fijamente por unos segundos, un ceño fruncido unía sus cejas. Finalmente, se mordió el labio.

—No sé mucho sobre él. Ya te he dicho lo básico. Tiene cuarenta años, viene de una familia rica, tiene dos matrimonios fallidos, no tiene hijos. En mi opinión profesional, es un misógino inmaduro, mimado y egocéntrico que se cree con derecho a todo lo que quiere. Pero tomé el hecho de que hiciera esta concesión a su actual novia y viniera a terapia como un signo de madurez emocional. Un cambio en su comportamiento.

—Habría sido mejor que siguiera siendo inmaduro —murmuró Evan, apoyando la cabeza en el sofá. Estaba tan cansado y tenso que los músculos de su cuello y hombros temblaban ligeramente—. ¿Qué más? ¿Sabes algo de su novia?

Chelsea dejó escapar un suspiro, luchando por recordar todo lo que Dunhill había dicho durante sus encuentros.

—Tengo la impresión de que es mucho más joven que él. La llamaba Helen. Por lo que sé, está muy unida a sus padres. Por eso insistió en que conocieran a Jack —de repente chasqueó los dedos, con los ojos brillando—. Mencionó que eran personas religiosas y que vivían junto a la iglesia. Recuerdo que dijo que iba a ir a la iglesia por un poco de vino sacramental si resultaban demasiado aburridos.

Evan la miró, su corazón empezó a latir más rápido.

—¿Cuántas iglesias crees que hay en Malahide?

Chelsea sonrió mientras tomaba su portátil.

—No lo sé, pero seguro que Google sí.

Después de buscar durante unos minutos, Chelsea leyó la información en voz alta.

—Malahide tiene dos parroquias católicas, San Silvestre y Yellow Walls, y una parroquia de la Iglesia de Irlanda (San Andrés), y también una comunidad presbiteriana con una iglesia construida en 1956.

—Así que hay cuatro. ¿No sabrás por casualidad cuál es la que buscamos?

Negó con la cabeza.

Evan se rascó la nariz pensativo.

—Has dicho “vino sacramental”. ¿Es esa la expresión que utilizó Dunhill?

—Sí, estoy segura.

—¿No es una expresión que usan los católicos?

Chelsea levantó un hombro.

—No lo sé. No soy católica.

—Yo lo soy, al menos oficialmente —hacía años que no

pensaba en la religión a nivel personal. Se levantó bruscamente—. Empezaré por las iglesias católicas y comprobaré si hay casas en las cercanías. Vamos, coge tus cosas, te dejaré en mi casa.

Los labios de Chelsea se separaron y el color se apoderó de sus mejillas mientras se ponía en pie, plantando las manos en las caderas. Evan trató de no mirar fijamente a sus pechos, perfilados bajo la bata.

—¿No me escuchaste cuando dije que no iría a ninguna parte? He vivido sola toda mi vida adulta y sé cuidar de mí misma. No soy una maldita hembra indefensa que necesita un hombre grande y fuerte que la proteja...

—Sé que no lo eres —haciendo acopio de unas reservas de paciencia que no sabía que poseía, Evan le apretó los hombros con suavidad—. Comprende que me preocupo por ti, y eso no me permite concentrarme en este caso. Por favor, Chelsea. No puedo permitirme ninguna distracción. Necesito saber que estás a salvo. Necesito saber que te mantengo a salvo.

La miró intensamente a los ojos, poniendo todo su poder de persuasión en esa súplica. Nunca pensó que le rogaría a una mujer para que viniera a quedarse con él. Curiosamente, no se sintió como un idiota.

Después de aguantar su mirada durante unos largos segundos, Chelsea cedió y apartó la vista. Sus largas pestañas proyectaban sombras sobre su rostro, realzando las huellas de cansancio.

—Está bien. Gracias. Lo siento, estaba siendo descortés y desagradecida —dijo, inclinándose hacia él por primera vez en toda la noche—. Es muy amable de tu parte hacer esto, asumir la responsabilidad de protegerme.

La rodeó con sus brazos y apoyó la barbilla en la parte superior de su cabeza. Su cabello olía a cítricos y a frescura, como si lo hubiera lavado recientemente.

—Es un privilegio para mí, doctora. Ahora ve a empacar tus cosas esenciales.

—Lo haré. Pero después me voy contigo a Malahide. Tómalo o

déjalo, ese es el trato —dijo en voz alta antes de darse la vuelta y desaparecer a través de la puerta.

Evan retuvo la mirada en la puerta vacía por otro largo rato. En secreto, estaba agradecido por su ayuda, su compañía y su perspicacia. No era policía, pero podía pensar como uno cuando era necesario. Sus habilidades eran valiosas para él. Demonios, ella era valiosa para él, cuando menos quería cualquier enredo emocional. Para bien o para mal, se preocupaba por esta mujer. La mantendría a salvo pasara lo que pasara.

Mientras la esperaba, hizo una búsqueda en su tableta policial y trazó la ruta hacia Malahide. Con un poco de suerte, él y Chelsea podrían localizar al bastardo por sí mismos sin la ayuda de ninguna orden judicial. No tenía ni idea de si Dunhill estaba realmente en Malahide, pero tenía que comprobarlo. No se le ocurría ningún otro paso.

Chelsea regresó en menos de diez minutos, con unos vaqueros y un jersey negro. Llevaba el pelo recogido en una coleta y un bolso de tamaño medio. Con rapidez y eficacia cerró la tapa de su ordenador portátil, lo guardó en su bolsa y se dirigió al vestíbulo. Se puso unas botas y un abrigo de lana negro.

—Estoy lista.

—Estoy impresionado —dijo Evan, con total honestidad—. La mayoría de las mujeres que conozco tardan siglos en prepararse para cualquier cosa.

Chelsea sonrió sutilmente.

—Yo también puedo hacerlo, pero puedo ser práctica cuando lo necesito. No creo que maquillarse o doblar la ropa para que todos los bordes coincidan a la perfección, importe ahora.

Alargó la mano y le quitó las bolsas, mientras ella apagaba las luces y cerraba la puerta principal.

—Creía que las mujeres como tú solo existían en las fantasías.

Aunque su tono era de broma, hablaba en serio y percibió que Chelsea lo sabía.

Se miraron fijamente durante unos segundos, luego Evan puso

sus bolsas en el maletero y le indicó que subiera al coche. Mientras se acomodaba, programó el GPS para que los guiara hasta Malahide. Chelsea se abrochó el cinturón de seguridad y luego juntó las manos sobre su regazo.

—Habrá más calor en un minuto —dijo Evan, subiendo la calefacción.

—Gracias.

Condujo en silencio, agradecido de que el tráfico fuera ligero. Era lo que más le gustaba de los días feriados en Irlanda, la gente se quedaba en casa en lugar de abarrotar las calles. Todavía le resultaba difícil conducir por algunas de las viejas calles de Dublín, donde parecía imposible que cupieran dos vehículos uno al lado del otro. Cuando llegó por primera vez a la ciudad, se puso nervioso y no entendía cómo los conductores se desenvolvían por esas calles estrechas que, en su opinión, deberían ser de un solo sentido. De alguna manera, la mayoría de los conductores tenían un sentido innato de la disciplina, y si no había suficiente espacio, uno de los vehículos se apartaba cerca de los coches estacionados, dejando pasar al otro conductor. Era una regla tácita.

Al igual que las callejuelas, la mayoría de las casas de la ciudad estaban muy juntas, sin un trozo de patio. Algunas eran grandes edificios, mansiones restauradas en las que vivían varias familias, otras eran unifamiliares, encantadoramente desiguales. Evan sabía que se trataba de inmuebles de primera categoría, pero no entendía por qué, ya que aquí se tenía muy poca intimidad.

Tal y como esperaba, comenzó una fina lluvia, pequeñas gotas que cubrieron el parabrisas en segundos. Encendió los limpiaparabrisas y siguió conduciendo con cuidado, contemplando el sombrío paisaje. Los adornos de Halloween no ayudaban a mejorar su estado de ánimo. Se preguntó qué lo había poseído para emprender esta loca búsqueda de una casa junto a una iglesia, probablemente entre decenas de otras casas. Habría sido más fácil encontrar una aguja en un pajar.

14

Chelsea luchaba por mantener los ojos abiertos. Había perdido la cuenta de las horas o días que llevaba despierta, sin conseguir más que un par de horas robadas de sueño. Las revelaciones de esta noche eran abrumadoras, pero estaba demasiado cansada para tener miedo. Solo quería descansar, lo deseaba como un adicto deseaba su droga preferida.

Le costaba creer que Jack Dunhill fuera un asesino. ¿Qué clase de psicóloga era si había hablado con el hombre, había estado en la misma habitación que él, y no se había dado cuenta de lo que era? Quizás se estaba juzgando a sí misma con demasiada dureza, pero aún no estaba convencida de que Dunhill fuera el asesino. Era absurdo, pues todas las pruebas apuntaran hacia él, así que, ¿por qué no estaba convencida de su culpabilidad? ¿Se estaba halagando a sí misma pensando que habría sabido si era un asesino a sangre fría? Incluso Evan parecía convencido de que era culpable.

El camino hacia Malahide se hacía interminable, la lluvia golpeaba el coche y le arañaba los nervios. No sabía cómo iban a encontrar a Dunhill. Toda esta misión parecía una cacería de brujas, pero comprendía la desesperación de Evan por hacer algo, por actuar en lugar de esperar. Ella compartía la misma mentalidad. Quizá por eso se entendían tan bien. ¿Cómo habrían sido las cosas entre ellos si no hubiera sido por todo este lío? No tenía sentido pensar en eso. Si no fuera por este caso, no habrían empezado a trabajar juntos y no se hubieran conocido. Todo sucedió por una razón, aunque no entendía por qué tenían que

morir dos mujeres en el proceso. ¿Sería ella la tercera?

—Bien, ya estamos aquí —dijo Evan, sacándola de sus amenazantes pensamientos—. ¿Por qué iglesia deberíamos empezar?

Se inclinó hacia delante para mirar la pantalla del sistema de navegación, y luego alargó el brazo para ampliar la imagen con la punta del dedo.

—Sigamos tu instinto y empecemos por las iglesias católicas. Están a solo unas calles de distancia unas de otras, así que no es un área muy grande para cubrir. Vayamos primero a San Silvestre.

Condujeron por las acogedoras calles bordeadas de árboles de hoja perenne y decoraciones de Halloween. Los árboles estaban desnudos, pero las luces festivas y los farolillos hacían que el pueblo pareciera un lugar sacado de un cuento de hadas. Era bastante tarde y había poca actividad en las calles. La idea de que un asesino pudiera estar escondido en este pequeño pueblo dormido era improbable, lo que lo hacía aún más siniestro en la mente de Chelsea.

—La mala noticia es que estas dos iglesias están rodeadas de casas —dijo Evan, conduciendo lentamente por uno de los barrios tranquilos, con la ventanilla baja y la mirada aguda—. La parte buena es que la mayoría de la gente de aquí aparca delante de las casas o en la calle —sacó su teléfono, buscó una foto y se la entregó a Chelsea—. Mantente atenta por si ves este coche. He aclarado y mejorado la imagen de las cámaras de seguridad lo mejor que he podido. Es un Tesla negro. El número de matrícula se ve más claro en la siguiente imagen.

Chelsea pasó el dedo para comprobar, asegurándose de que tenía la marca, el modelo y la matrícula del coche grabados en su memoria. Luego, por mucho que odiara el aire frío de la noche, bajó la ventanilla para ver mejor. Se devanó los sesos en busca de más información, algo que tal vez Dunhill le hubiera contado sobre este lugar y que ella hubiera olvidado, pero no se le ocurrió nada. Mientras pasaban por la primera iglesia, vio varios coches negros,

pero ninguno de ellos era el que buscaban.

La iglesia presbiteriana estaba cerca, así que hicieron la misma rutina alrededor de ella, sin suerte. Evan se detuvo y se inclinó hacia adelante para comprobar el GPS.

—La siguiente es la Iglesia Católica del Sagrado Corazón, en la parroquia de Yellow Walls.

—¿Está lejos de aquí? —preguntó Chelsea.

—No mucho. ¿Quieres continuar la búsqueda?

—Claro, vamos.

Chelsea trató de poner algo de entusiasmo detrás de sus palabras, pero sonaba tan cansada como se sentía. Evan la miró, dudoso. Después de unos segundos, extendió la mano y le acarició la mejilla.

—Escucha, recuéstate y cierra los ojos durante unos minutos mientras llegamos allí. Si no encontramos nada, volveremos a Dublín y dormiremos un poco. Esperaré a que John consiga la orden y que se encargue de eso. Nunca debí arrastrarte a esta tonta persecución.

—¡Shh! Para, ¿sí? Los dos estamos metidos en esto, sin culpa alguna. Avísame cuando lleguemos.

Apoyó la nuca en el reposacabezas y cerró los ojos. Los sentía como si estuvieran llenos de arena. Respirando profundamente, se concentró en relajar los músculos, en sacar energía de las débiles reservas que esperaba haber dejado en lo más profundo de sí misma. Era una técnica que enseñaba a sus pacientes y que había dominado para tratar el trastorno de estrés postraumático y a veces el estrés cotidiano. Liberó su mente de todos los pensamientos negativos y se limitó a respirar y a dejar que el oxígeno la llenara, la curara, la despertara.

Abrió los ojos al sentir que el coche frenaba.

—Ya está —dijo Evan—. Vamos a darle una oportunidad más antes de dar por terminada la noche.

—De acuerdo.

Era un barrio nuevo, con calles cortas, anchas y de buen asfalto.

Siguieron las instrucciones del navegador por satélite y giraron a la izquierda. El centro parroquial estaba en un lado de la calle, y en el otro se alineaban una docena de dúplex de aspecto moderno. Algunos de ellos tenían garajes, pero la mayoría tenían coches delante de sus entradas principales. Tanto Chelsea como Evan forzaron la vista mientras pasaban muy despacio, comprobando los logotipos, leyendo los números de las matrículas. En algún punto intermedio, Evan pisó con fuerza el freno.

—¡Ahí está!

Chelsea ya lo había visto y se lanzó fuera del coche sin esperar a que se detuviera por completo. El vehículo negro que buscaban estaba aparcado frente a un dúplex de color rojo cereza. Les llamó la atención porque la plaza de aparcamiento estaba diseñada para un solo coche, y el Tesla bloqueaba la vista un biplaza rojo compacto. ¿El coche de los padres de Helen, quizás?

Chelsea sintió que Evan se acercaba por detrás y la agarraba del brazo.

—Vuelve al coche mientras me encargo de esto —dijo.

—Ni siquiera lo pienses. Si este tipo tiene algún problema conmigo, quiero oírlo de él —dijo entre dientes—. Quiero saber por qué mató a esas mujeres, y si planeó o no matarme a mí.

—Dudo que le saques esa información ahora —murmuró Evan —. No veo a este tipo confesando así como así. Primero, llevémoslo a la comisaría y veamos qué tiene que decir. Deja que yo hable, ¿sí?

Se acercaron a la puerta y Chelsea se quedó detrás de Evan. No quería socavar su autoridad delante de Jack Dunhill.

Evan llamó al timbre y esperó. Cuando pasó un minuto, volvió a llamar. Las luces se encendieron en el interior de la casa y se oyeron voces silenciosas detrás de la puerta cerrada.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina desde el interior.

—Es el detective inspector Evan Gallagher de La Garda Síochána. Tengo un asunto con el señor Jack Dunhill. ¿Está aquí?

Tras una breve pausa en la puerta se abrió una rendija. Evan

sostuvo su placa ante la luz que provenía del interior. Un hombre de mediana edad abrió por completo la puerta, mirando cautelosamente a los dos intrusos. Tenía la cara pellizcada, la mirada desaprobadora y, aunque era más o menos de la altura de Chelsea, tenía un aire de digna autoridad.

—Buenas noches, detective. Soy Arthur Colman, el padre de Helen. Confieso que estoy impresionado. ¿Ya ha averiguado quién robó el coche de Jack?

Chelsea se quedó atónita. Mientras miraba a Evan, vio que él tenía la misma reacción. Se recuperó más rápido.

—Señor Colman, ¿de qué está hablando? ¿No es éste el coche de Jack Dunhill? —Evan señaló el vehículo negro.

—Sí, por supuesto que lo es.

—¿Entonces por qué dice que alguien lo robó? Está aquí mismo.

—¿Por qué no me dejas explicarle, Arthur? —silencioso como una pantera, Jack Dunhill se adelantó por detrás del anciano y se acercó a la luz. Chelsea tragó saliva, manteniéndose en las sombras. Quería tener la oportunidad de estudiarlo antes de que él la viera.

A su lado, Evan enderezó los hombros. Chelsea sabía cuánto había deseado conocer a Dunhill en persona, y supuso que Evan había reconocido al otro hombre por sus fotos. Por fin se encontraba cara a cara con su sospechoso.

—¿El señor Jack Dunhill? —preguntó Evan.

Dunhill asintió, dando un paso adelante.

—Sí, soy yo. Yo me encargo, Arthur. Vete a la cama —murmuró al anciano, que se dio la vuelta de mala gana y se alejó.

Dunhill se volvió hacia Evan, pero se topó con Chelsea antes de que pudiera decir una palabra. Sus ojos se abrieron de par en par y sus cejas dibujaron dos arcos.

—¿Doctora Campbell? ¿Qué está haciendo aquí? —preguntó, desconcertado.

Chelsea se humedeció los labios y dio un paso adelante,

acercándose a Evan.

—Trabajo con la Garda a tiempo parcial —dijo—. Soy voluntaria como perfiladora.

Las cejas de Dunhill se arquearon aún más.

—Vaya. Nunca imaginé que la policía contrataría a un perfilador para localizar a quien tomó mi coche prestado.

—¿Qué quieres decir con que alguien tomó prestado su coche? —preguntó Evan.

Chelsea sintió que Evan estaba al límite de su paciencia. Francamente, ella también lo estaba. Como mínimo, esto era un giro inesperado.

—Bueno, agente... —dijo Jack Dunhill.

—Detective Gallagher —corrigió Evan.

Dunhill inclinó la cabeza, como para complacer a Evan.

—Detective. Creía que por eso estaba usted aquí. Alguien robó mi auto anoche. Simplemente desapareció de la entrada. Lo denuncié a la policía, dijeron que lo investigarían, y esta mañana estaba de vuelta aquí, sin un rasguño.

—¿Me estás tomando el pelo? —espetó Evan, inclinando la cabeza hacia un lado.

Dunhill parecía sorprendido.

—Lo siento, ¿qué? ¿Por qué demonios iba a bromear con algo así?

Evan se pellizcó el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar. Chelsea percibió su lucha por mantener el control. Jack Dunhill había pensado muy bien su jugada, o estaba diciendo la verdad.

—Señor Dunhill, ¿no le suena mi nombre? —preguntó Evan entre dientes—. Llevo días intentando localizarle y le he dejado al menos media docena de mensajes en su teléfono móvil. ¿No recibió ninguno?

Dunhill levantó los hombros, mirando a Chelsea y luego de nuevo a Evan.

—No. Olvidé el cargador en Dublín, y mi teléfono hace tiempo

que se quedó sin batería. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué intentaba localizarme?

Parecía genuinamente sorprendido, pero eso no significaba nada. Muchas personas eran excelentes actores y tenían un autocontrol considerable, hasta el punto de poder engañar a un detector de mentiras. Chelsea miró fijamente a Dunhill, luchando por mantener su expresión ilegible.

Evan intervino.

—En primer lugar, no está usted obligado a decir nada a menos que lo desee, pero todo lo que diga se anotará por escrito y podrá ser utilizado como prueba. Quiero interrogarle sobre el asesinato de Shannon Brody, ocurrido el 25 de octubre.

Dunhill abandonó su pose altanera y dejó caer la mandíbula. Una vez más, miró a Chelsea, con ojos incrédulos.

—¿Asesinato? ¿De qué están hablando? ¿Quién es Shannon Brody?

—Oh, vamos, Jack. ¿Realmente crees que es prudente hacerme perder más tiempo? —dijo Evan.

—¡No lo hago! No tengo ni idea de quién o de qué está hablando.

Dunhill alzó la voz e inmediatamente otra luz se encendió en la casa. La silueta de una mujer apareció en el pasillo.

—¿Qué pasa, Jack? —preguntó una voz joven y ligeramente impaciente. ¿Averiguó la policía lo que pasó con tu coche?

—No. Aún no lo sé —respondió Jack por encima del hombro—. Dame un minuto, cariño. Enseguida regreso —bajo una falsa capa de seguridad, se estremecía. Se volvió hacia Evan, dio otro paso hacia el porche y cerró la puerta tras de sí—. A ver, ¿de qué demonios está hablando? ¿Es un truco de Halloween?

—No es ningún truco —dijo Evan, con su carácter policial al máximo. Sacó su teléfono del bolsillo, accedió a la foto de Shannon y se la mostró a Dunhill—. Shannon Brody. Conectaste con ella a través de una web de citas en agosto de este año. Fue asesinada hace una semana. Intento contactar con usted desde entonces.

Jack Dunhill se frotó la boca con el dorso de la mano. Sus dedos temblaban mientras miraba la foto.

—Dios, ahora la recuerdo. Tuvimos una cita, pero no congeniamos. ¿Dijo que la habían asesinado? Pobre mujer... ¿Cómo ocurrió? ¿Sabes quién lo hizo?

Evan no respondió. En su lugar, sacó la foto de Jenny y se la mostró a Dunhill.

—¿Y esta mujer? ¿La reconoces?

Dunhill miró atentamente la pantalla y luego negó con la cabeza con firmeza.

—No. No la conozco. ¿Quién es?

—Era una mujer de treinta años que amaba el arte y la danza. La mataron anoche, justo después de salir de su coche.

Cada una de las palabras de Evan era una bofetada dura y rápida. Había comenzado allí mismo el interrogatorio, listo para hacer pedazos al sospechoso.

Dunhill parecía a punto de romper a llorar. Desaparecida toda bravuconería, miró a Chelsea con la impotencia de un niño que busca ser rescatado. Pero ella se mantuvo implacable. Había visto a gente disimular y esto podía ser solo un caso de actuación convincente. Había tenido suficiente tiempo para perfeccionar su reacción.

—¡Eso es imposible! ¿Cree que yo he matado a esa mujer? —tartamudeó Dunhill, volviéndose hacia Evan—. ¡No pueden hablar en serio! Ni siquiera la conozco. Maldita sea, ¡mi coche ni siquiera estaba aquí anoche! Pregúntale a Helen, ella te lo dirá. Estaba conmigo en la comisaría, donde denuncié el robo.

—¿Estuvo con usted toda la noche? ¿Dónde y con quién estuvo exactamente entre las diez y la medianoche? —preguntó Evan.

Dunhill se desplomó contra la jamba de la puerta, frotándose las manos por la cara.

—Yo... Se suponía que íbamos a salir a cenar: Helen, sus padres y yo, Arthur y Caragh. Sobre las siete nos pusimos en marcha, y entonces me di cuenta de que mi coche ya no estaba en la entrada.

Había desaparecido, sin más.

Evan y Chelsea permanecieron en un silencio escéptico. Dunhill continuó con su relato.

—Arthur y Caragh se quedaron en casa, y Helen y yo fuimos a la comisaría. Para cuando les dimos todos los detalles y respondimos a todas sus preguntas eran cerca de las nueve, creo. Volvimos a casa, comimos unos sándwiches que hizo Caragh y nos fuimos a la cama.

—¿A qué hora fueron a dormir? —preguntó Evan.

—Sobre las diez, creo. Ninguno de nosotros estaba de humor para otra cosa después de la desagradable sorpresa que habíamos tenido.

—¿Durmieron Helen y tú en la misma habitación?

Dunhill miró de reojo y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Esta es la casa de sus padres. Estoy seguro de que saben que dormimos juntos, pero por supuesto que no lo haría bajo su techo. Dormí en la habitación para invitados y Helen en su antiguo dormitorio.

Evan lanzó una mirada a Chelsea e inmediatamente ella supo que estaban pensando lo mismo. Entre las 10:00 y las 11:47, cuando había ocurrido el asesinato, Dunhill tuvo tiempo de sobra para hacer el viaje de treinta minutos a Dublín, recoger a Jenny y matarla. Pudo haber montado toda la historia del robo de su coche. Pudo haberlo movido él mismo cuando nadie le prestaba atención, pagar a alguien para que lo trasladara a otro sitio o incluso programarlo para que se condujera solo a algún lugar donde pudiera recogerlo más tarde. Chelsea sabía que se trataba de un modelo moderno de Tesla y que contaba con tecnología de conducción autónoma. Dunhill podría haber programado el piloto automático para que lo condujera a un lugar y a una hora determinados. En definitiva, Jack Dunhill no tenía una coartada sólida.

El tono de Evan reflejaba la misma fría dureza mientras continuaba con sus preguntas.

—¿Así que nadie le vio ni habló con usted entre las diez y la medianoche?

Dunhill negó con la cabeza.

—No. Estaba dormido durante ese tiempo. Cuando me desperté, mi coche estaba de nuevo en la entrada. Llamé a la policía y se lo conté. Los guardias se enfadaron, pensaron que les había gastado una broma, pero no fue así —se pasó los dedos por el pelo, su compostura pendía de un hilo—. Mire, detective, no sé qué está pasando, pero yo no he matado a nadie. No hice nada malo. Diablos, todavía no puedo creer que Shannon este muerta. ¿Qué coño está pasando? Parece como si todo esto fuera una broma.

—¿Esto te parece una broma? —espetó Evan. Deslizó el dedo por la pantalla de su teléfono hasta encontrar una foto del cuerpo de Jenny, y se la mostró bruscamente a Dunhill—. ¿O esto? Buscó otra foto de Shannon, tomada en la escena del crimen.

Mientras miraba las imágenes, Jack Dunhill permaneció boquiabierto de horror. Chelsea se quedó atónita al ver cómo se formaban lágrimas en sus ojos verdes. ¿También estaba fingiendo? ¿Eran lágrimas de frustración porque era culpable y se había dado cuenta de que lo habían atrapado?

Evan tomó las riendas.

—Señor Dunhill, está usted detenido y deberá acompañarme a la comisaría. Será interrogado sobre los asesinatos de Shannon Brody y Jenny Williams. Tiene derecho a contactar a un abogado para su defensa y para que esté presente durante el interrogatorio.

Mientras Evan lo informaba de sus derechos, Jack Dunhill permaneció inmóvil. Parecía esperar que todo fuera un mal sueño, una pesadilla extravagante de la que despertaría en cualquier momento.

—¿Comprende sus derechos?

Evan tuvo que repetir la pregunta una vez más antes de que Dunhill asintiera mudo, todavía con aspecto aturdido. Finalmente, se humedeció los labios secos.

—¿Estoy siendo arrestado?

—En este momento solo será interrogado.

—¿Puedo... puedo decírselo a Helen?

—Por supuesto. De hecho, también me gustaría hablar con ella. Podemos hacerlo aquí o en la comisaría.

—Yo... iré a buscarla.

Dunhill se dio la vuelta y se topó con la puerta cerrada. Torpemente tanteó el picaporte, lo abrió y entró en la casa. Todos sus movimientos y gestos reflejaban la confusión de un anciano con graves pérdidas de memoria.

—¿Qué te parece? —preguntó Evan a Chelsea al quedar solos.

Ella se encogió de hombros y luego negó con la cabeza.

—Estoy demasiado cansada para pensar con claridad. No confío en mí misma para dar una opinión formada todavía, pero quiero observar el interrogatorio.

—Puedo retenerlo un máximo de veinticuatro horas, pero solo con la aprobación del comisario jefe. Tengo que interrogarlo de inmediato. ¿Seguro que no quieres que te lleve a casa primero?

Chelsea volvió a negar con la cabeza.

—Por supuesto que no. Estaré bien con un café.

El teléfono de Evan sonó. Contestó y le hizo saber a Chelsea que se trataba de John.

Llamaba para decirle a Evan que tenía la orden para acceder a los datos del teléfono de Jack Dunhill. Evan le contó la novedad. Chelsea pudo imaginar a John maldiciendo incrédulo al otro lado.

—John también va a presenciar el interrogatorio —le informó a Chelsea una vez terminada la conversación.

—Bien. Será una noche divertida. Otra vez —dijo Chelsea secamente—. Esto es la maldita Zona Crepuscular.

15

En la sala de interrogatorios de la Carla, Chelsea borró cualquier rastro de sueño luego de tomar una fuerte taza de café. Habían entrevistado a Helen Colman en su casa y la muchacha había confirmado la historia de Dunhill. Evan pudo haber insistido en que ella también fuera a la comisaría esa misma noche para un interrogatorio formal, pero aún no tenía sentido. Su objetivo era Jack Dunhill y, sin importar lo que Helen dijera, no podía demostrar que no había salido de la casa entre las diez y la medianoche. Dependía de Evan sacarle la verdad a ese sujeto.

Chelsea observaba a los cuatro hombres a través del espejo de doble cara. Evan estaba repleto de café y, a pesar de las sombras oscuras, sus ojos parecían agudos y alerta. A su lado, John hacía de policía bueno y permanecería en silencio durante todo el interrogatorio. Al otro lado de la mesa estaban sentados Jack Dunhill y su abogado, un hombre de unos cincuenta años con la cara afilada y recién afeitado incluso a esas horas. Se podía cortar un plátano con el pliegue de los pantalones de su traje hecho a medida.

Jack Dunhill estaba sentado en la silla de al lado, con los hombros caídos y el rostro ensombrecido. Chelsea no sabía si se debía al cansancio, al miedo, a la pena, al remordimiento o a algo más. Durante toda la entrevista no había cambiado su historia, y todos los detalles que había añadido encajaban, sin cambiar ni contradecir nada de lo que había dicho anteriormente.

—Así que usted continúa negando que asesinó a Jenny Williams

Evan y Chelsea acompañaron a Jack Dunhill y a su abogado

—dijo Evan.

—No es una negación, es la verdad —respondió Jack Dunhill al borde del desmayo—. Ni siquiera conocía a la mujer. Ya se lo he dicho. No la he visto en mi vida —dijo, indicando las fotos de Jenny y Shannon que Evan había extendido sobre la mesa.

—Pero conocías a Shannon —dijo Evan.

—De nuevo, sí. Tuvimos una cita. No tuvimos la sensación de ser compatibles, y eso fue todo.

—¿Quién llegó a esa conclusión? ¿Tú o Shannon?

Dunhill se encogió de hombros.

—Supongo que los dos lo hicimos. Ninguno volvió a contactar con el otro, así que fue un acuerdo mutuo.

—¿Estás seguro? ¿No te sentiste rechazado cuando Shannon no te propuso una segunda cita? —preguntó Evan.

—No, porque yo tampoco estaba interesado en volver a verla. Era una mujer bonita, pero no teníamos nada en común.

Evan siguió mirándolo con escepticismo.

—¿Dónde estabas la noche del 25 de octubre entre las siete y las once de la noche?

Jack Dunhill miró hacia el techo, con el ceño fruncido, en un intento por recordar.

—A ver... Desde hace un par de semanas Helen y yo salimos juntos casi todas las noches, antes de pasar la noche en su casa o en la mía. Tendría que revisar los mensajes de mi teléfono para asegurarlo, pero estoy casi seguro de que estuve con ella —se lamió los labios y miró la foto de Shannon—. ¿Fue el día en que la asesinaron?

Chelsea creyó ver un rastro de pena en sus ojos, pero podía ser pena por él mismo y por la situación en la que se encontraba. No cometería el error de dejar que la compasión nublara su juicio de nuevo.

Al parecer, Evan era igual de despiadado. No contestó, solo continuó con su interrogatorio.

—Intenté localizarte varias veces la semana pasada, pero tu

teléfono estaba siempre apagado. ¿Por qué?

—Normalmente lo mantengo apagado cuando estoy en el trabajo —dijo Dunhill—. Intento dar un buen ejemplo a los empleados.

—¿A qué te dedicas?

—Tengo una empresa de programas informáticos. Desarrollamos aplicaciones y juegos para teléfonos y tabletas.

Chelsea casi podía imaginarse a Evan aguzando las orejas. Las suyas ciertamente estaban alerta. Así que Jack Dunhill sabía de ordenadores y tenía los conocimientos necesarios para acceder a información que no debía, podía piratear una web de citas o falsificar teléfonos. Este dato era un clavo más en su ataúd.

Dunhill parecía ajeno al hecho de que acababa de ofrecer una prueba incriminatoria. Continuó respondiendo a la pregunta de Evan.

—También tengo el teléfono apagado cuando estoy con Helen. Ella puede ser... —se movió en su silla, algo incómodo—. No le gusta que me llamen otras mujeres.

—¿Otras mujeres te llaman a menudo? —John intervino y su voz inspiraba confianza.

—Detectives, ¿qué relevancia tiene esto a las tres de la mañana? —preguntó impaciente el abogado, con el rostro tenso y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tiene mucha relevancia —dijo Evan dedicándole una mirada torcida—. Señor Dunhill, ¿con cuántas mujeres se relacionó a través de la página web de citas en la que conoció a Shannon?

Dunhill se mordió el labio inferior pensativo.

—No lo sé... Unas cuantas. Ahí fue donde conocí a Helen, así que me funcionó.

—¿Usas el apodo de *Black Dawn*? —preguntó Evan.

Dunhill levantó la vista, con las cejas arqueadas en señal de sorpresa.

—¿*Black Dawn*? No. Siempre uso el mismo apodo, Jack DH. ¿Qué se supone que significa *Black Dawn*?

—Ya retomaremos el tema. Ahora háblame de tus sentimientos hacia la doctora Campbell.

Dunhill levantó la cabeza, con la boca abierta.

Chelsea también se enderezó. Necesitaba escuchar esto.

—¿Qué sentimientos? —preguntó Dunhill, con el ceño fruncido por la confusión—. Es mi terapeuta. Solo la he visto dos veces. Apenas la conozco.

—¿Te sientes atraído por ella? —preguntó Evan.

—No tienes que responder a eso —afirmó el abogado, inclinando la cabeza hacia su cliente.

—Quiero hacerlo, porque no tengo nada que ocultar —dijo Dunhill—. La respuesta es no. Es decir, es una mujer atractiva, cualquiera estaría de acuerdo, pero no me gusta, si esa es la maldita pregunta.

—¿No te gustan las mujeres rubias y los gatos negros? —Evan se recostó en su silla, con la mirada fija en Dunhill.

Dunhill miró a su abogado como si dijera: "¿Esto va en serio?".

El abogado puso las palmas de las manos sobre la mesa. Incluso su paciencia se estaba agotando.

—Detectives, mi cliente está aquí para responder a preguntas serias, pero este interrogatorio se está convirtiendo en una pérdida de tiempo. Señor Dunhill, le recomiendo encarecidamente que no responda a más preguntas esta noche.

—Estoy de acuerdo —Evan se puso de pie, y John lo siguió—. Puede repensar sus respuestas mientras pasa la noche en una celda. Lo interrogaremos de nuevo mañana.

Desapareció el color de la cara de Dunhill, mientras las mejillas de su abogado se tornaban rojas.

—No puede retener a mi cliente...

—Puedo y lo haré —dijo Evan, inclinándose hacia adelante, con las manos plantadas sobre la mesa—. Tenemos pruebas claras de que el coche de su cliente fue decisivo en un asesinato. No tiene coartada, ni ninguna prueba sólida de que no fue él quien cometió dicho asesinato. Está relacionado con dos homicidios que tuvieron

lugar en una semana. Su coche será confiscado lo antes posible y registrado por la Oficina Técnica. Hasta que tenga más información sobre esto, se queda aquí.

Antes de que alguno de los dos hombres pudiera decir otra palabra, Evan salió de la sala de interrogatorios y pidió a dos gardaí que acompañaran a Dunhill a una celda. John le siguió hasta la sala de observación, donde Chelsea esperaba. Se incorporó y se apartó de la incómoda silla, masajeando distraídamente su cadera derecha. Le dolía cuando permanecía sentada por mucho tiempo.

—¿Qué te parece? —preguntó Evan, mientras se masajeaba la nuca.

Chelsea lo miró, luego a John. Finalmente, negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea. Antes habría dicho que es inocente, pero ahora... —levantó los brazos en el aire, enfadada—. Ya no confío en mi juicio. No fui capaz de ver que se tratara de un asesino en serie, podía jurar que *Black Dawn* era una mujer... Parece que me equivocaba. Hay muchas pruebas que apuntan a la culpabilidad de Dunhill.

John extendió la mano y le apretó el hombro.

—No te atrevas a castigarte por ello, muchacha. Ninguno de nosotros sospechaba que habría un segundo asesinato, y somos policías veteranos. Es imposible saberlo todo, no tengo que decírtelo.

Exhaló un suspiro, y luego asintió.

—Sí. Los dos estuvieron muy bien en el interrogatorio. ¿Crees que le sacarás la verdad mañana?

—En algún punto tendrá que ceder —dijo Evan, de pie contra el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos—. Incluso con la aprobación del superintendente solo podemos retenerlo durante veinticuatro horas sin acusarlo. Veremos qué encuentran Nóirín y compañía en su coche mañana. Hasta entonces, vayamos a casa y descansemos un poco. Todos lo necesitamos.

Salieron juntos, acurrucados en sus abrigos. Ya no llovía, pero

el aire permanecía frío y cargado de humedad. Después de dar las buenas noches a John, Chelsea y Evan se dirigieron a su coche.

—Si Jack Dunhill estará encerrado toda la noche, ¿por qué no puedo dormir en casa? —preguntó Chelsea mientras Evan arrancaba el motor.

Evan la miró durante unos largos segundos.

—¿Y si no es el asesino?

Con la mirada fija en sus ojos oscuros, Chelsea tragó audiblemente. La idea de que tuvieran al hombre equivocado bajo custodia era aterradora, pero no podía ser ignorada. Supuso que el cansancio y la carga laboral eran oportunos. Al menos le impedían pensar en toda la situación. De hacerlo, podría perder el control. ¿Cómo no iba a asustarse, si sabía que alguien estaba matando a mujeres que se parecían a ella, sobre todo cuando ella misma podría estar en la lista, por muy larga que fuera?

Condujeron en silencio hasta la casa de Evan. Las calles estaban desiertas. El único movimiento visible fue el de un perro callejero que caminaba desanimado hacia un destino solo conocido por él. Llevaba el pelo mojado, las orejas caídas y el rabo metido entre las piernas. Chelsea sintió una oleada de compasión en su pecho, las lágrimas estaban a punto de rebosar en sus ojos. Deseaba desesperadamente permanecer en ese letargo, pero todo empezaba a calar. ¿Por qué había tanta tristeza y maldad en el mundo? Ella podía ser la culpable de la muerte de dos mujeres. ¿Había hecho algo para perturbar la frágil mente de algún individuo desconocido que había decidido acabar con la vida de dos mujeres solo porque tenían un ligero parecido con ella? ¿Era Jack Dunhill? Dios, quería creerlo, quería creer que todo terminaría con su detención, pero en el fondo ya no estaba segura de nada.

Apenas podía mantener los ojos abiertos. Evan desbloqueó la puerta de su piso y la guió al interior, llevando su maleta y la bolsa del portátil. Una ola de calor la envolvió al entrar, un aroma de masculinidad y seguridad. Kieran se acercó para ver qué era todo aquel el ruido. Se inclinó para acariciar su cabeza, y sus bigotes se

movieron ante el roce. La reconoció y ronroneó durante unos segundos, luego volvió a su cómodo lugar en el sofá. Chelsea lo observó, recordando la foto que Evan había tomado de ellos juntos, la foto que ella no podía recordar haber publicado en las redes sociales. ¿Qué le pasaba a su cerebro? ¿El estrés de estos asesinatos y la falta de sueño la afectaban tanto?

—¿Tienes hambre?

Estuvo a punto de pegar un brinco ante la pregunta de Evan, inmediatamente negó con la cabeza.

—No, gracias. Sinceramente, solo necesito dormir —recogió su pequeño bolso y se dirigió al sofá—. Si puedes prestarme una manta, yo...

—Dormirás en la cama, y no quiero escuchar ninguna excusa.

Abrió la boca, lista para protestar, pero Evan se apoyó las manos en las caderas.

—Mira, ¿podemos discutir sobre esto por la mañana? Los dos estamos demasiado cansados ahora. Me sentiría como un imbécil si durmiera en la cama, no descansaría y no podría pensar con claridad, lo cual es vital ahora mismo. Así que, si por favor me siguieras, te mostraría el dormitorio.

A pesar de su agotamiento, no pudo evitar una débil sonrisa.

—Psicología inversa con un toque de chantaje emocional. No se te da mal.

Evan sonrió.

—Eso me han dicho. Vamos.

La condujo al dormitorio a través del oscuro apartamento y encendió la lámpara en la mesita de noche. Chelsea ahogó un gemido. Nunca nada había parecido tan bueno como la cama sin hacer, con sus almohadas mullidas y su grueso edredón. Parecía que estaba a punto de caer boca abajo, enterrando su cabeza en el colchón.

—¿Seguro que estarás bien en el sofá? —preguntó, arrepentida.

—Positivo. Puede abrirse. Al ampliarse hay espacio de sobra para Kieran y para mí. En realidad, habría sido demasiado grande

para ti.

—Seguro que sí. Gracias, yanqui. No tenías que hacer esto, pero te lo agradezco. Me siento segura aquí contigo.

Segundos después, dos pasos más cerca de ella, acariciaba la mejilla de Chelsea con la enorme palma de su mano.

—Te mantendré a salvo, Chelsea. Y te quedarás aquí el tiempo que sea necesario, aunque tenga que atarte a la pata de la cama.

Arqueó una ceja ante el brillo juguetón de sus ojos.

—No creo que lleguemos a eso. Al menos no hasta que te conozca mejor.

Él le devolvió la sonrisa. Chelsea podía percibir que estaba a punto de retirarse, pero un instinto más poderoso que su voluntad lo impulsó a poner su rostro junto al de ella. El beso fue breve, pero lo suficientemente intenso como para hacer que a Chelsea le pitaran los oídos. Era una situación peligrosa para dos adultos, a menos que estuvieran seguros de lo que querían el uno del otro. Chelsea estaba convencida de que quería a Evan, y si ella sabía algo de lenguaje corporal, él también la quería. Sin embargo, el momento no podía ser peor. Si iban a explorar esta atracción que se cocía a fuego lento entre ellos, prefería que su mente estuviera libre de preocupaciones.

Parecía que Evan podía leer sus pensamientos, rozó sus labios con los de él una última vez, y la soltó suavemente.

—Buenas noches —susurró, luego se dio la vuelta y abandonó la habitación.

—Buenas noches.

Con la mirada fija en la puerta cerrada, Chelsea respiraba con dificultad. ¿Debería haberle sugerido compartir la cama, que se quedara con ella? Ansiaba desesperadamente su abrazo. Pero no quería parecer necesitada o asustada. Era vital para su propia autoestima no mostrar ese tipo de emociones. Era una paradoja. Animaba a sus pacientes a expresar sus sentimientos, pero no siempre seguía sus propios consejos. En su defensa, eran escasas las personas en su vida con las que pudiera abrirse. No tenía un

marido, un compañero de vida, ni siquiera un mejor amigo con el que hablar. Era la doctora Campbell y tenía una imagen que mantener. La gente siempre esperaba que estuviera tranquila, compuesta, en calma. A pesar de lo fuertes gritos en su mente, no podía mostrar ninguna debilidad al mundo. ¿Sería capaz de ser ella misma con Evan? ¿Podría él quererla y aceptarla con todos sus defectos, miedos y traumas? Él tenía sus propios problemas. Eso lo hacía tan humano como ella. A veces, dos individuos imperfectos podían hacer un gran equipo.

Sentada en la cama, se quitó las botas y las dejó en un rincón junto a la puerta para no tropezar con ellas. Se desnudó lentamente y luego sacó los pantalones negros de chándal y la camisa de algodón suave que había traído para dormir. En una loca fantasía, se imaginó a Evan entrando, encontrándola desnuda, atrayéndola hacia él y besándola hambrientamente. Su piel ansiaba su tacto, su caricia. No quería que fuera suave, quería que fuera real, fuerte, poderoso, apasionado y directo. Quería que la necesitara tanto como ella a él.

Exhaló un suspiro y terminó de vestirse. Si ese momento llegaba, definitivamente no sería esta noche. Diablos, difícilmente podría ser una diosa en la cama en ese momento: no se había duchado desde el día anterior y necesitaba calcetines nuevos. No le importaba ahora, tumbada en la cama y bajo el edredón. Si no podía pasar la noche en los brazos de Evan, se contentaba con revolcarse en sus sábanas, que aún desprendían su olor masculino, con un toque de colonia fresca y crujiente. Se acercó a la otra almohada y apoyó la mejilla en ella. Inició su habitual técnica de relajación para vaciar su mente y se quedó dormida antes de darse cuenta.

CHELSEA DESPERTÓ DESORIENTADA, sintiéndose absurdamente renovada. La habitación estaba en una penumbra a medias, así que tardó unos minutos en recordar dónde estaba y por qué. Una oleada de pánico la invadió, y respiró profundamente en un intento

por sobreponerse. Siguiendo el rastro de la débil luz, se levantó de la cama y se dirigió a las ventanas. Las abrió de par en par y dejó escapar un quejido al ver la niebla del exterior, lo suficientemente espesa como para ser cortada con un cuchillo. Bostezando, miró su reloj. Eran las 10:15 de la mañana. Con los ojos más abiertos, se dirigió a la puerta para ver si Evan estaba despierto.

En el salón encontró a Kieran estirado en el sofá, aún abierto, con una manta y dos cojines decorativos tirados al azar sobre él. Sobre la mesa de centro había una nota y un bolígrafo. Se acercó y cogió el papel.

Estoy en la estación. Toma una ducha, come, ponte cómoda. Te llamaré si hay algún avance. Evan.

Se dejó caer en el sofá, todavía aturdida, con la nota en la mano. Sonrió al leerla. La letra de Evan reflejaba la personalidad del hombre: ágil, sencilla, sin florituras. Sinceramente, le agradecía que la hubiera dejado dormir hasta tarde, pero esperaba que él también hubiera descansado lo suficiente. Era un gran día. Cada hora era importante.

Dejó la nota sobre la mesa, se levantó y volvió al dormitorio. Buscó en su bolso ropa interior limpia y artículos de aseo, y se dirigió al baño. Como Kieran estaba tranquilo, supuso que Evan ya le había dado de comer.

El vapor flotaba en el aire cuando abrió la puerta del baño. Había una mullida alfombra beige sobre los azulejos negros, y las paredes estaban cubiertas de mosaicos anticuados que formaban patrones que iban de marrón claro a oscuro. Evan debió de haberse duchado antes de irse, porque una de las toallas azules estaba húmeda. Chelsea se sonrojó al imaginar el suave algodón tocando su cuerpo desnudo.

Abrió la ducha y empezó a desvestirse. El sonido del agua corriendo era relajante, un golpeteo monótono que la tranquilizaba y le aseguraba que no todo había cambiado en su rutina.

Gimió al meterse bajo el chorro hirviente. Pocas veces le había dado importancia a los beneficios de tener agua caliente. Utilizó el

gel de ducha de Evan, sintiéndose extraña al frotar la loción almizclada y de aroma masculino sobre su cuerpo. Si el tiempo no fuera tan escaso, se habría lavado también el pelo, pero decidió atarlo con un nudo y mantenerlo alejado del agua. Normalmente tardaba casi media hora en secarse, y ese era un lujo que no podía permitirse ahora.

¿Cómo habría pasado la noche Jack Dunhill? Era dudoso que hubiera tenido una ducha caliente o toallas con olor a limpio. A estas alturas, Evan y John debían de haberle confiscado el coche y haberlo llevado a Dublín. Probablemente Nóirín y su equipo estaban trabajando duro, analizando cada centímetro del vehículo. ¿Qué encontrarían? ¿Era Jack Dunhill realmente el feroz asesino que buscaban? Y si era así, ¿por qué no podía imaginárselo como un asesino a sangre fría? Podía ser sórdido, misógino e incluso un pervertido, pero ¿un asesino en serie?

Chelsea se secó, arrastrada por un torbellino de preguntas. De vuelta en el dormitorio, se puso los mismos vaqueros del día anterior y un jersey rojo limpio. Buscó unos calcetines gruesos y utilizó el peine de Evan para hacerse una cola de caballo. Solo necesitaba una última cosa para despejar la mente: un café.

Evan le había dicho que se sintiera como en casa, así que fue a la cocina y buscó en los armarios hasta que encontró unas cuantas tazas que no hacían juego. Cogió una y se sirvió el café que aún estaba caliente en la cafetera. Kieran había venido a hacerle compañía y estaba sentado en una de las cuatro sillas que rodeaban la mesa circular. Chelsea le acarició la cabeza y le rascó las orejas, y luego se sentó frente a él, decidida a continuar armando el rompecabezas.

Si Jack Dunhill no era el asesino, ¿en qué lugar quedaba ella? ¿Quién más podría haber desarrollado una obsesión por ella? ¿O rencor? No podía pensar en nadie que la hubiera odiado o amenazado. No tenía muchos amigos, pero juraba que tampoco tenía enemigos. Claro que había tenido algunos pacientes descontentos a lo largo de los años, pero siempre había tratado de

apaciguar a cada uno de ellos. Al final, incluso si algún hombre o mujer decidía dejar de verla o cambiar de terapeuta, Chelsea mantenía una relación amistosa con aquellos que habían compartido sus pensamientos más íntimos con ella.

Su trabajo no era fácil, pero nunca lo consideró peligroso. Así que, si no era alguien de su vida profesional, ¿era alguien que había conocido a nivel personal? ¿Un ex novio? La mayoría de sus relaciones habían sido de corta duración, y nunca había visto ningún signo de malicia o resentimiento en sus amantes, ni siquiera cuando había sido ella la que había terminado la relación. Elegía a sus hombres con cuidado, y no podía imaginar que ninguno de ellos fuera un asesino. ¿No lo habría percibido? Ya no estaba segura de nada.

Absorta, ingirió más café. Su mente seguía dando vueltas, analizando, recordando. Revivió sus días de universidad, repasó mentalmente sus recuerdos de cada persona que había sido parte de su vida, cada conocido, cada amigo. Se acumulaban mientras viajaba en el tiempo, archivando la información. Ninguno de ellos le provocó una señal de alarma. Había tenido que lidiar con un par de matones en primaria, pero nada grave. Además, la habían dejado en paz tras el suicidio de su madre. Todo el mundo la trataba con una compasión enloquecedora, así que en realidad se sintió aliviada cuando ella y su padre se mudaron, y cambió de colegio.

El instituto, en cambio, había sido estupendo. Lo recordaba con cariño, posiblemente como el mejor período de su vida. Hizo amigos, fue una chica popular, conoció a su primer novio, que luego se convirtió en su primer amante. Le agradaba a todo el mundo...

De pronto se paralizó. Con la taza a medio camino de la boca y los ojos entrecerrados, recordó a una chica con ojos verdes de bruja y un corte de pelo pixie. Existía una persona a la cual no le gustaba. Pero, para ser justos, a Aideen O'Banion no le gustaba nadie. Era una chica sin tacto y egoísta que provenía de una

familia disfuncional. Su madre autoritaria, su padre sumiso y su hermana excéntrica no habían sido los mejores ejemplos. Aideen creció sola y su mecanismo de autodefensa consistía en ocultar sus inseguridades fingiendo una colosal opinión de sí misma. Ella y Chelsea fueron amigas durante un breve tiempo, hasta que Chelsea se dio cuenta de que Aideen no era alguien que pudiera entender realmente el significado de la amistad. Era una mentirosa patológica, manipuladora y celosa de todo el mundo. Más tarde, cuando empezó a estudiar psicología, Chelsea comprendió que Aideen era un ejemplo clásico de "persona tóxica", siempre hablando mal de alguien, nunca feliz, nunca contenta. Y aunque Chelsea pensaba que entonces eran demasiado jóvenes para experimentar el odio, al distanciarse de Aideen sintió que esta comenzaba a odiarla de verdad.

—No. No puede ser...

Sacudió la cabeza y luego soltó una pequeña carcajada. ¿En qué estaba pensando? Hacía más de quince años que no veía ni hablaba con Aideen. Seguramente, si la chica, una mujer a estas alturas, quisiera hacerle daño, no habría esperado una década y media. Además, era imposible que tuviera los conocimientos informáticos necesarios para hacer todas las cosas que hacía este asesino. Chelsea recordaba que Aideen apenas podía encender un ordenador, y mucho menos tener conocimientos de tecnología. Aunque quince años era tiempo suficiente para cambiar y desarrollar nuevas habilidades.

Sintiéndose ridícula y paranoica, Chelsea escurrió su taza de café y la lavó en el fregadero, luego se dirigió al salón. Curioso, Kieran la siguió. Se sentó en el sofá y encendió el portátil. Quería revisar rápidamente sus correos electrónicos antes de irse a la estación, por si había surgido alguna emergencia.

No había nada de sus pacientes, solo un par de boletines de sitios web de psicología a los que estaba suscrita, y un correo electrónico de la misma publicación estadounidense que le había enviado la noticia de Evan y su captura de los *Robin Hoods*. Frunció

el ceño, preguntándose cómo había llegado su dirección de correo electrónico a la lista de suscriptores de esta publicación, ya que nunca visitaba su página web. Estaba a punto de denunciar el correo electrónico como spam, pero la lectura del título la detuvo en seco.

EX HACKER DE SOMBRERO NEGRO SE CONVIERTE EN AGENTE DEL FBI.

AL ABRIR EL CORREO ELECTRÓNICO, el subtítulo en negrita captó toda su atención: El Buró Federal recluta a su personal de entre los presos. Después de que el escándalo de los Robin Hoods saliera a la luz, la prensa se enteró de que el agente especial Evan Gallagher fue, de hecho, detenido por acceder ilegalmente a archivos privados del FBI cuando tenía diecisiete años.

16

—Dime que has encontrado algo útil —dijo Evan.

Nóirín le dedicó una mirada. Ella y otros dos técnicos forenses revisaban minuciosamente cada centímetro del coche de Jack Dunhill, que había sido llevado a la Oficina Técnica de la Garda a primera hora de la mañana.

—La paciencia no es tu punto fuerte, ¿verdad, yanqui?

—Fuera más paciente si tuviera tiempo —murmuró Evan—. Si no tengo nada sólido para esta noche, tendré que poner a Jack Dunhill en libertad.

Nóirín se quitó la mascarilla y enderezó la espalda, haciendo una mueca de dolor mientras se alejaba unos pasos del coche para recuperar la circulación en las piernas.

—Bueno, hemos encontrado rastro de cabello, tanto en el asiento trasero como en el delantero. Los envié al laboratorio para ver si alguno coincide con el ADN de Jenny Williams o de Shannon Brody. Si Jack Dunhill es el asesino, Shannon también pudo haber estado en su coche en algún momento. Hay varias huellas dactilares dentro del coche, pero solo las de Dunhill están en el volante. No encontramos ningún rastro de sangre, ni armas, ni drogas o sustancias ilegales. Dylan está desmontando el ordenador y comprobando los registros —dijo mientras señalaba a un joven con gafas de montura gruesa que trabajaba en el asiento delantero —. El coche es un Tesla con una unidad de control electrónico de lujo, pero Dylan es muy bueno en su trabajo. Si hay algo que encontrar, lo encontrará.

—Bien, un millón de gracias. Avísame en cuanto tengas algo

nuevo, por favor. Estamos contrarreloj.

Extendió la mano y apretó el brazo de Nóirín, luego se dirigió de nuevo al interior. Era la hora del segundo asalto con Dunhill.

Evan esperó en la sala de interrogatorios a que un par de gardaí escoltaran a Dunhill. Su abogado había sido informado y estaba en camino, pero Jack Dunhill había insistido en que empezaran sin él.

—No tengo nada que ocultar —le dijo a Evan una vez más, sentándose en la mesa cuadrada.

Evan lo estudió. Era difícil mantener su escepticismo cuando el hombre se mostraba tan cooperativo. Pero sabía que podía ser una táctica, así que observó a Dunhill con una mirada fulminante.

—¿Cómo has pasado la noche?

Dunhill entornó los ojos cansados.

—¿Ha pasado alguna vez la noche en la cárcel, detective?

Sus excelentes nervios impidieron a Evan traicionar cualquier emoción. Había pasado mucho más que una noche en la cárcel, pero eso no era relevante. No había asesinado a nadie.

—Deduzco que no fue una experiencia agradable. No te preocupes, te acostumbrarás.

—No estoy preocupado porque no hice nada malo.

—Muchos asesinos consideran que lo que hacen está bien.

—¡No soy un maldito asesino! —gritó Dunhill, levantándose a medias de su silla—. No he matado a nadie.

—Eso ya lo veremos. ¿Por qué no me cuentas otra vez lo de tu cita con Shannon Brody? ¿Quién se acercó a quién?

DOS HORAS MÁS TARDE, Evan hizo una señal a los gardaí para que vigilaran a Dunhill y salió de la sala de interrogatorios, dejando que el sospechoso y su abogado se consultaran entre sí. No tenía más datos relevantes. Jack Dunhill no se movía de su historia, e incluso Evan comenzaba a creerle.

Cogió un café de la máquina expendedora y se quedó un momento parado, preguntándose qué hacer a continuación. Nunca se había sentido tan atrapado. Pensó en llamar a Chelsea. Era casi

mediodía, así que ya debía estar despierta, pero ante la remota posibilidad de que no lo estuviera, prefirió dejarla dormir. Necesitaba descansar.

Café en mano, se dirigió a una sala de conferencias. Nadie lo sabía, pero cuando el lugar no se utilizaba, a Evan le gustaba aislarse allí con sus pensamientos. Llegó al lugar, agradecido de encontrar las luces apagadas. Sin encenderlas, dejó la puerta abierta y se abrió paso en la penumbra.

La sala no era grande, pero sí lo suficientemente espaciosa, con dos filas de mesas rectangulares, cada una con cuatro cómodas sillas acolchadas. Evan se acercó a una de ellas y se sentó, con la mirada en la puerta abierta, esperando que no entrara nadie aún.

Era una costumbre que tenía. Dondequiera que estuviera, dondequiera que trabajara, siempre encontraba un lugar para estar solo cuando necesitaba el descanso y el silencio. Aunque tenía que adaptarse al nuevo lugar de trabajo, lo odiaba en secreto. Echaba de menos la oficina que solía tener cuando trabajaba para el FBI, extrañaba tener su propio espacio donde poder hacer lo que necesitara para ser productivo. A veces quería escuchar música, otras veces solo necesitaba hablar en voz alta, escuchar los detalles de un caso, tener un debate consigo mismo. Si lo hacía aquí, lo mandaban al manicomio. Ahora tenía que trabajar junto a una docena o más de personas, en cubículos, sin una pizca de privacidad para escuchar sus propios pensamientos. Y tenía que mantenerse ágil.

Tomó un sorbo de café hirviendo, era evidente que no tenía buen sabor por la mueca en su rostro. Tenía muy poca cafeína y demasiado azúcar, pero necesitaba el efecto de ambos, así que se bebió el resto. Parecía vivir a base de cafeína estos días. Dejó el vaso vacío en la mesa que tenía delante, se recostó en la silla y cerró los ojos, intentando ordenar sus pensamientos.

Por mucho que le molestara, lo único que podía hacer ahora era esperar los resultados del laboratorio y ver si Nóirín aportaba alguna prueba sólida contra Dunhill. Si era el asesino, declarar el

robo del coche era una genialidad. Evan se preguntó por enésima vez cuán hábil era Dylan. Si el perito informático no encontraba nada en la siguiente hora, Evan intentaría abrir la unidad de control electrónico él mismo.

Si los técnicos forenses encontraban el ADN de Jenny en el coche, eso sería una prueba irrefutable contra Dunhill. Pero un buen policía siempre tiene que hacer de abogado del diablo. ¿Y si no lo hacían? ¿Y si Dunhill era realmente inocente? En la mente de Evan eso solo significaba una cosa: él no era *Black Dawn*. *Black Dawn* era el asesino, y *Black Dawn* había inculpado a Dunhill, del mismo modo que *Black Dawn* había inculpado a Patrick O'Leary por el asesinato de Shannon. Había patrones aquí, y Evan sentía que estaba siendo engañado por las pistas falsas que dejaba este ilusorio *Black Dawn*. Su error había sido no centrarse en descubrir quién era esa persona, y no había previsto una segunda víctima. Si resultaba que el asesino no era Dunhill, iba a mover cielo y tierra para encontrar a *Black Dawn*. Y una vez que lo hiciera, se aseguraría de que el amanecer fuera siempre negro para ese maldito enfermo.

—Me imaginé que estarías aquí.

Su corazón dio un brinco. Al girarse encontró la silueta de Chelsea en la puerta. Se acercó instintivamente al interruptor de la luz, pero algo la detuvo. Vacilante, avanzó en la habitación oscura.

—¿Quieres estar solo? —preguntó.

—No me importa tu compañía —dijo él, acercando una silla y haciéndole un gesto para que se sentara a su lado—. ¿Cómo has dormido?

Se sentó, sosteniendo una taza humeante entre las manos.

—Como una piedra. Siento llegar ahora, pero he dormido hasta tarde, luego me he duchado, he hecho mi rutina matutina. Ya sabes, cosas de mujeres —añadió, sonriendo sutilmente.

Le pareció extraño que ella no lo mirara mientras hablaba. No podía verla con claridad gracias a la tenue luz que provenía de las ventanas, pero le pareció que no se había maquillado. La rutina

femenina a la que se refería no había ayudado, porque parecía cansada y pálida.

—Está bien, no te has perdido mucho —dijo—. He vuelto a entrevistar a Dunhill, no tengo nada nuevo. La gente de Nóirín está trabajando en su coche. Deberían tener noticias para nosotros en unas horas. Han encontrado algunos cabellos, algunas huellas... Pronto sabremos si pertenecen a alguna de las víctimas. Y un técnico informático está analizando el ordenador de a bordo, comprobando los registros, rehaciendo la ruta del coche de las últimas cuarenta y ocho horas. Solo tenemos que esperar un poco.

Asintió con la cabeza y dio un sorbo a su bebida. Un aroma a vainilla y cereza indicaba que tomaba un té caliente.

—Escucha —apoyó el tobillo izquierdo en la rodilla derecha e inclinó el cuerpo hacia ella—. He estado pensando. Puede que tengamos que considerar la posibilidad de que Jack Dunhill no sea el hombre que buscamos. Eso nos deja con...

— *Black Dawn*.

—Sí. Quiero que pienses muy bien en esto, Chelsea. ¿Hay alguien que pueda sentir rencor hacia ti, alguien podría estar obsesionado contigo? ¿Has discutido con alguien recientemente? ¿O algún paciente desquiciado podría estar enamorado de ti?

Exhaló lentamente y miró al techo.

—Llevo pensando en esto desde que me desperté. No se me ocurre nadie que me odie tanto como para hacer esto —gesticuló ampliamente, como si no hiciera falta ninguna explicación.

—Ex novios, pacientes, amigos, ¿nadie hizo saltar las alarmas? No tiene por qué ser necesariamente odio, también podría ser alguien que, en su mente, te quiera —dijo Evan.

—No lo sé. Sinceramente, no se me ocurre nadie que pueda tener sentimientos tan fuertes hacia mí como para provocar este tipo de reacción. Quiero decir, no realmente.

Los oídos de Evan se agudizaron al sentir un rastro de vacilación en su voz, una pequeña pausa en su mano gesticulante.

—¿Qué? Dímelo, aunque parezca irrelevante.

Chelsea suspiró, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creer que lo que estaba a punto de decir.

—Había una chica en el instituto, Aideen O'Banion. Fuimos amigas durante un tiempo, pero luego nos separamos. Nunca pensé que ninguna persona en este mundo me odiaría, pero supongo que ella es la que más se acerca. Pero, Evan, eso fue hace más de quince años. Créeme, esto es irrelevante. Si Aideen quisiera hacerme daño, no habría esperado tanto tiempo para hacerlo.

—Tal vez algo lo desencadenó, algo que sucedió recientemente —la piel de Evan se estremeció de esa forma extraña e inexplicable que tenía cuando encontraba una pista importante. Había algo tras esta información—. Cuando hablamos por primera vez sobre este tema, dijiste que *Black Dawn* era un apodo que elegiría una mujer.

—Supongo que sí, pero es demasiado exagerado. Incluso si estuviera loca, y no digo que no lo esté, ¿por qué ahora? ¿Por qué yo?

—Vamos a tomarlo con calma. Háblame de esta chica.

Chelsea tomó otro sorbo y se aclaró la garganta.

—Como he dicho, estuvimos juntas en el instituto. No recuerdo cómo nos hicimos amigas, pero empezamos a salir juntas. Ella era poco convencional, rara, así que sentí que había encontrado un alma gemela.

—¿Rara cómo?

—Bueno... Era solitaria, le gustaba pasear por calles desiertas o por el cementerio, escuchaba música rara y se vestía como una solterona. Su familia era francamente disfuncional —añadió con un sonido de burla—. A su madre le encantaba discutir y su padre era casi un fantasma. Recuerdo que tenía una hermana mayor. Como hija única, pensé en lo genial que debía ser eso, pero ella y su hermana no eran para nada unidas. No había amor, ni afecto en su familia, por lo que pude ver.

—Así que se hicieron amigas —incitó Evan—. ¿Qué hacían juntas?

Chelsea jugaba con la taza en su mano, sus dedos se mostraban

tan ocupados como su mente.

—Cosas que hacen las chicas de quince años. Saltarse las clases, ir a cibercafés —le lanzó una mirada—. Sí, soy así de vieja, estaban de moda entonces. Solíamos ir allí y conocer chicos por internet, ligar... A las dos nos gustaba dar largos paseos.

—¿En el cementerio?

Quiso burlarse de ella, pero Chelsea asintió con seriedad.

—Al principio pensé que era espeluznante, pero luego empezó a gustarme. El silencio, la paz... Supongo que la mayoría de los adolescentes pasan por una fase en la que se interesan por la muerte, y yo no fui una excepción, sobre todo después del suicidio de mi madre.

Chelsea bajó la mirada. Evan estiró la mano en un intento por consolarla, pero ella comenzó a hablar antes de que pudiera tocarla.

—De todos modos, no hablábamos mucho. A diferencia de la mayoría de las chicas, ninguna de los dos era habladora. Eso era algo que me gustaba de ella.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué no siguieron siendo amigas?

Chelsea se mordió el labio inferior, pensativa.

—Recuerdo que tuvimos una pelea. Un profesor insinuó que yo había copiado en un examen, cosa que no había hecho. Aideen se sentaba a mi lado y le dije a la profesora que ella podría confirmarlo. Para mi sorpresa, Aideen no lo hizo, aunque sabía perfectamente que decía la verdad —después de tanto tiempo, Chelsea aún parecía desconcertada, con los ojos llenos de recuerdos—. Se quedó sentada, sonriendo, y no dijo ni una palabra. Estaba tan aturdida y furiosa que me lancé a agarrarla, para obligarla a decir la verdad. La profesora nos separó y luego rompió mi papel, convencida de que estaba mintiendo. Fue entonces cuando me di cuenta de que Aideen era mala. La clase de maldad que no quería tener en mi vida. No he vuelto a hablar con ella, aunque después de ese día empezó a difundir todo tipo de rumores y mentiras sobre mí. Sentí que la mejor manera de lidiar

con ella era ignorarla. Incluso le dijo a todo el mundo que mi madre se había suicidado. Era un secreto hasta que Aideen decidió contarle a todos.

—¡Qué perra! —el radar de Evan zumbaba cada vez más fuerte. Esta chica encajaba perfectamente en el perfil de la persona que estaban buscando. Podía haber un trillón de razones por las que no se había puesto en contacto con Chelsea en quince años, pero estaba claro que sonaba como una persona de interés.

—¿Sabes qué fue de ella? —preguntó.

Chelsea negó con la cabeza.

—Poco a poco, todos los de nuestra clase dejaron de hablar con ella. Yo era su única amiga, y después de lo ocurrido, nadie quería saber nada de ella. Al final, después de un año más o menos, se cambió a otro instituto. No tengo ni idea de lo que pasó con ella después.

—¿No la has visto ni has hablado con ella desde entonces?

—No.

—Es extraño, ¿no? Quiero decir, Dublín no es una ciudad tan grande. En todos esos años la gente que se conoció en un momento dado está destinada a encontrarse —reflexionó Evan.

—Supongo que sí. Quizá se haya mudado a otra ciudad, o a otro país.

—Lo averiguaré, cuenta con ello.

Evan se puso de pie, luego tomó su taza vacía y la llevó a un cubo de basura en la esquina. Chelsea lo siguió, desechando su propia taza después de sorber lo último de su bebida. Acababan de salir al vestíbulo cuando vieron a Dylan en el pasillo.

Evan le hizo una señal y el joven se dirigió rápidamente hacia ellos, con un montón de papeles en la mano.

—Detective Gallagher, lo estaba buscando. Tengo el informe del coche del señor Dunhill.

—Entremos aquí —dijo Evan, y lo guió de nuevo hacia la sala de conferencias que acababan de desalojar.

Chelsea encendió las luces, mientras Dylan ordenaba los

papeles sobre la mesa. ¡Dios lo bendiga! Evan se dio cuenta de que incluso había hecho un gráfico.

—Bien, he reconstruido la ruta y la línea de tiempo que el coche ha registrado durante las últimas cuarenta y ocho horas —comenzó Dylan, empujando sus gafas hacia la nariz con un dedo—. Todo está aquí, pero empezaré por lo más importante, la noche del asesinato de Jenny Williams. Empujó hacia Evan un papel con un gráfico hecho en rojo y azul, y empezó a señalar las horas.

—El asesinato ocurrió el sábado por la noche a las 23:47, ¿verdad? Bueno, el coche estuvo en Malahide todo el día, y fue conducido allí manualmente desde Dublín el viernes por la mañana. Ahora, aquí es donde se pone interesante. El sábado por la noche, a las 18:55, se puso el piloto automático, se condujo hasta Dublín, llegó aquí a las 22:42, se detuvo en esta dirección durante diecisiete minutos, y luego se puso en manual —recalcó Dylan—. El conductor llegó a la dirección de Jenny Williams a las 23:22, luego condujo hasta el club donde fue asesinada. El coche llegó allí a las 23:45, el asesinato se produjo a las 23:47, luego el asesino se alejó. Se detuvo a unas calles de distancia, aquí, y luego lo puso de nuevo en piloto automático y lo programó para volver a Malahide, a la casa de los padres de Helen Colman, y a las 00:44 estaba aparcado allí de nuevo.

Aunque ya había considerado esta posibilidad, su estómago se contrajo al escuchar lo ocurrido. Por un lado, se alegraba de que su instinto visceral estuviera en lo correcto y de que, al parecer, Jack Dunhill no era el asesino. Por otro lado, significaba que el verdadero asesino andaba suelto, y solo tenía una vaga idea de por dónde empezar a buscar.

—Buen trabajo, Dylan.

—¿Esto significa esto que tenemos la dirección del asesino? —dijo Chelsea, mirando el gráfico hecho por Dylan. Colocó su dedo índice en la línea de tiempo—. Aquí, donde se detuvo durante diecisiete minutos, ¿podría ser donde vive?

Dylan negó con la cabeza.

—Ya lo he comprobado, es una gasolinera. No sé si realmente se detuvo allí o alteró los registros y cambió la dirección. Podría intentar indagar más, pero necesitaré más tiempo.

—Hazlo —dijo Evan—. De momento nos quedaremos con el coche, así que haz lo que puedas para ver si los registros han sido alterados. ¿Sabes si Nóirín o los demás tienen alguna información sobre las pruebas de ADN?

Dylan negó con la cabeza.

—No, detective. Vine directamente desde mi despacho. Quédese con esto, son copias que hice para usted.

—Gracias. Has hecho un trabajo excelente —dijo Evan, dándole una palmada en el hombro—. Avísame cuando tengas algo más.

—Claro.

Una vez que Dylan hubo abandonado el salón, Evan apoyó las manos en la mesa y miró los papeles, luego miró a Chelsea.

—Tenemos que encontrar a *Black Dawn*.

—Sí —Chelsea apretó el puño contra los labios, mirando los papeles. Sus pensamientos parecían estar muy lejos—. La escena se repite, como en el asesinato de Shannon, cuando Patrick evidentemente era el culpable. El asesino intentó inculpar a Jack Dunhill de la muerte de Jenny.

—Nuestra única pista ahora es el apodo de *Black Dawn*. Tengo que abrir mi portátil y hacer una búsqueda más detallada, a ver si puedo rastrear las publicaciones del blog. Pero me pregunto por qué eligió a Dunhill. ¿Sabría *Black Dawn* que era tu paciente? —reflexionó Evan.

—Probablemente. Si yo soy el blanco, podemos suponer que él, o ella, me ha estado siguiendo durante un tiempo.

Evan la miró. Le impresionó ver lo firme que era su mirada, lo fría que era su expresión. Nadie que él conociera se mantendría tan tranquilo en estas circunstancias. Se enderezó, se acercó un paso y la abrazó. Su resistencia podía deberse a varias razones, pero tras unos segundos de tensión se inclinó hacia él y enterró sus pequeñas manos en la camisa.

—No dejaré que te pase nada — Evan le susurró cerca del pelo, con las manos extendidas sobre su espalda para protegerla—. Te quedarás conmigo hasta que encontremos a ese hijo de puta — tomo su barbilla entre los dedos y le inclinó la cabeza para poder mirarla a los ojos—. Y te juro que lo encontraré, o a ella. Sé que no te parece realista, pero esta Aideen O'Banion parece sospechosa.

Ella lo miró, y su corazón se contrajo. Sus ojos ya no tenían el brillo de la amatista, sino la tristeza de un cielo nublado y lavanda.

—No puedo creer que alguien me odie tanto. Me siento perdida, Evan. No tengo ni idea de adónde ir a partir de ahora. Me alegro de que mis instintos fueran correctos y de que Jack Dunhill no sea un asesino. Sin embargo, eso significa que el verdadero asesino está ahí fuera, quizá a la caza de otra víctima. Si supiéramos quién es la siguiente… Si hubiera una forma de hacerle salir de su escondite.

La mandíbula de Evan se tensó. La apartó ligeramente de él, sin dejar de sujetar su hombro con firmeza.

—¿Te refieres a utilizarte como cebo? Ni hablar. No podríamos hacerlo, aunque quisiéramos. No sabríamos por dónde empezar.

Una determinación feroz y aterradora brilló en sus ojos.

—Ah, sí que lo sabemos. Puedo crear un perfil en esa web de citas. Eso podría llamar su atención.

17

El rostro de Evan se ensombreció. Chelsea esperaba esa reacción. Cerró la idea de camino a la Garda. Colocó las manos sobre el pecho de Evan, antes de que este pudiera decir una palabra.

—Escúchame —dijo ella, comenzando su discurso cuidadosamente ensayado—. No puedo cargar con otra muerte en mi conciencia. Sé que no tengo la culpa, pero si hay algo que pueda hacer para ayudarte a atrapar a este psicópata antes de que encuentre otra víctima, tengo que hacerlo por mi propia tranquilidad.

Evan negó con la cabeza.

—Créeme, Chelsea, no funcionaría. Este tipo se daría cuenta de que es una trampa. Como dijiste, te está observando, probablemente monitorea tu computadora. Sabría exactamente lo que intentamos hacer y se reiría a carcajadas de nuestros estúpidos intentos de sacarlo a la luz.

Chelsea escuchó, vio el razonamiento detrás de sus palabras. Mientras penetraban en su mente, una frase en particular se le quedó grabada. Evan dijo que el asesino probablemente estaba vigilando su ordenador. ¿También habría pirateado su sistema? ¿Habría accedido a sus datos personales? Sintió que su sangre hervía mientras revisaba mentalmente la información que guardaba en su ordenador portátil: sus contraseñas, su cuenta bancaria, sus redes sociales, la información de algunos pacientes, su diario. La idea de que un asesino pudiera haber leído sus pensamientos más íntimos, conocer sus miedos más profundos, la

llenó de temor. Por un momento, sintió que enfermaba ante aquella sospecha, pero inhaló profundamente por la boca un par de veces.

—¿Qué pasa? —preguntó Evan, frotando sus hombros con suavidad—. ¿No te sientes bien?

Chelsea negó con la cabeza y se sentó en una silla.

Evan se arrodilló a su lado, con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Qué te pasa? —volvió a preguntar—. ¿Necesitas un vaso de agua? ¿Cola?

—No, no te preocupes. Estoy bien, solo... Es algo que dijiste...

Cuadró los hombros, logrando autocontrolarse. Necesitaba ser coherente para que Evan pudiera entenderla.

—Cuando dijiste que el asesino probablemente está monitoreando mi laptop, mi actividad en línea, se me ocurrió que podría haber pirateado mi laptop y accedido a mis archivos personales. ¿Es...?

Se humedeció los labios nerviosamente. Después de leer el artículo sobre él esa mañana, todavía le costaba mirarlo a los ojos. Finalmente, lo hizo.

—¿Es difícil hacer eso, Evan? ¿Es posible que un hacker habilidoso simplemente entre en el ordenador de alguien y se sienta como en casa?

Sus labios se separaron como si estuviera a punto de responder, y luego se detuvo. La observó atentamente, como si intentara leer su mente. Como si supiera que ella lo sabía. Tras unos momentos de tensión, se puso en pie lentamente y se sentó en la silla junto a ella, sin dejar de mirarla.

—No es fácil, pero tampoco es imposible —su voz era cautelosa, como si intentara elegir sus palabras cuidadosamente—. Piratear puede ser una habilidad útil. Depende de cómo y para qué la uses.

—¿Cómo la usaste?

La pregunta salió de los labios de Chelsea antes de que se diera

cuenta del rumbo que había tomado la conversación. Pero ya que lo había hecho, levantó ligeramente la barbilla y esperó por su respuesta.

—¿Cómo sabes que lo hacía? ¿Investigaste más sobre mí? Esa información es clasificada.

—Parece que no lo es. No he investigado sobre ti. De hecho, parece que la información cae sobre mí de la nada.

Chelsea se detuvo en seco, al mismo tiempo Evan se inclinó hacia delante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Su respiración era rápida y superficial. ¿Por qué no lo había visto? No era una coincidencia que continuara enterándose de cosas turbias sobre Evan. Alguien se aseguraba de que así fuera. Alguien se aseguraba de que esos correos llegaran a su bandeja de entrada cada vez que se acercaban el uno al otro. El remitente jugaba con su mente, disfrutaba haciéndola ir de un extremo a otro, pensando que podría cambiar su opinión sobre el hombre del que se estaba enamorando.

—Responde primero a mi pregunta, y luego yo responderé a la tuya —dijo rápidamente, sintiendo la adrenalina correr por sus venas—. Sé que eras un hacker de capucha negra, o lo que sea. Sé que te arrestaron cuando tenías diecisiete años y que el FBI te reclutó por tus habilidades. ¿Es cierto?

Desvió la mirada hacia la puerta y luego volvió a mirarla. Sus ojos estaban fijos en los de ella, directos y claros.

—En realidad, yo era un hacker de capucha gris. La diferencia es que una capucha negra viola la seguridad informática para obtener un beneficio personal o algún otro propósito malicioso, mientras que una capucha gris puede violar las leyes o las normas éticas típicas, pero sin ninguna intención maliciosa o para obtener un beneficio económico. Pirateé los servidores del FBI porque pensé que era la forma más fácil de llamar su atención y conseguir un trabajo en el FBI. Y funcionó.

Ella se quedó mirando con incredulidad su media sonrisa

torcida. Al cabo de unos segundos se echó a reír.

—Estás loco. Puede que yo no sea el epítome del convencionalismo, pero tú estás... por ahí. ¿Cómo se te ocurrió una idea así?

Se encogió de hombros, con la sonrisa aún rondando en sus labios.

—Los adolescentes hacen muchas locuras. Siempre he sido un listillo, y al final mi plan funcionó. Me aseguré de que el FBI me encontrara. Me mantuvieron en el centro de detención de menores durante unos días para darme una lección. Pero al final, demostré que era valioso para ellos, así que me ofrecieron un trabajo en su división de seguridad informática. El resto, como se dice, es historia —volvió a centrar su atención en ella—. ¿Y cómo te enteraste?

—De la misma manera que supe de los *Robin Hoods*. Recibí un correo electrónico con un artículo de prensa sobre el tema.

Los ojos de Evan se entrecerraron.

—Esto nunca salió en las noticias.

—Comienzo a entenderlo ahora.

—¿De dónde vino el correo electrónico?

—Supuestamente de una publicación online americana a la que nunca me suscribí, y nunca había recibido correos electrónicos de ella, hasta que llegó el artículo sobre ti y el asunto de los *Robin Hoods*.

Sus ojos se encontraron y Chelsea supo inmediatamente que estaban pensando lo mismo.

—El asesino te los envió —dijo Evan, con la voz peligrosamente baja.

—Acabo de pensarlo también. Está jugando conmigo, jugando con mi mente. Esa foto de Kieran y yo que no recordaba haber publicado en las redes sociales... El asesino pudo haberla publicado, ¿no?

—Si pirateó tu ordenador, sí.

Chelsea enterró la cara entre las manos. La frustración, la

confusión e incluso el miedo se retorcían en su interior. Intentó seguir el consejo que le daba a sus pacientes, mirar el lado positivo. No se estaba volviendo loca, no estaba perdiendo la cabeza. Alguien quería que pensara eso.

Otro pensamiento la asaltó de pronto, sin poder evitar un quejido.

—También debe haber leído mi diario.

—¿Tienes un diario? —preguntó Evan.

—Sí. Es terapéutico. Me ayuda a lidiar con el trastorno de estrés postraumático, o eso creía —añadió con amargura. Se negaba a pensar en todo lo que había escrito, en sus pensamientos más oscuros, en sus fantasías más calientes, en todo lo que había creído que estaba a salvo en su portátil—. De todos modos, puede que haya escrito algunas cosas... sentimientos... sobre ti. Creo que el asesino lo leyó y estaba intentando cambiar mi opinión sobre ti, hacer que te viera con malos ojos al enviarme esos correos.

Tragó saliva, absurdamente avergonzada. Una estudiante enamorada de un chico mayor no podría actuar de forma más ridícula.

Evan tardo unos segundos en hablar.

—¿Funcionó?

—Por supuesto que no. Nunca te juzgaría, Evan. Si algo he aprendido en mi profesión es que todos hacemos cosas de las que nos arrepentimos en la vida. No sé mucho sobre tu pasado, pero sé que no dejaste que te definiera. Me pareces una persona que aprendió de sus errores y se superó a sí misma gracias a ellos. No me importa lo que hiciste cuando no eras más que un niño. Sé quién eres ahora. Respeto y aprecio el hombre en el que te has convertido.

Extendió la mano, tomó la de ella y se la llevó a los labios. Si el momento no fuera tan terrible, Chelsea se habría derretido en sus brazos en ese mismo instante. Dejó que el calor se filtrara entre sus fríos dedos mientras sus manos permanecían entrelazadas durante unos segundos.

—Gracias por eso —dijo con brusquedad.

Evan sostuvo la mirada en los ojos de Chelsea durante varios latidos. El calor en su mirada prometía que todo acabaría pronto, que llegaría el momento de la gratificante rendición. Había tantas cosas sin decir entre ellos que el aire casi crepitaba de tensión, de anhelo. Por un breve y loco instante, Chelsea solo quiso tomar la mano de Evan y huir lejos, empezar de nuevo en algún lugar donde nadie los conociera. Inmediatamente se avergonzó de sus pensamientos, pero no podía ser tan dura consigo misma. Simplemente era humana.

Evan fue el primero en romper el hechizo. Chelsea se sintió reconfortada por el hecho de que parecía reacio a dejarla ir. Sin embargo, cuando hablaba, era demasiado serio.

—Te das cuenta de lo que esto significa, ¿no? Si el asesino envió esos correos electrónicos desde su propio ordenador, podría intentar rastrearlo. ¿Dónde está tu portátil?

—En tu casa.

—Vamos a buscarlo. Puedo trabajar desde allí. Cuando volvamos, Nóirín y su equipo podrían haber procesado más pruebas.

DE VUELTA al apartamento de Evan, Chelsea se sintió segura. Cogió su portátil y se sentó en el sofá. Hizo lo posible por no desconcentrarlo. Después de mostrarle los correos electrónicos, fue a la cocina, sacó el móvil del bolsillo de sus vaqueros y marcó el teléfono de uno de sus restaurantes favoritos. Necesitaban comida. Pidió sopa de champiñones, pollo a la parmesana y tiramisú de postre. Luego volvió a la sala de estar y se sentó junto a Evan, lo suficientemente lejos de él para darle su espacio. En su mente había una oración constante, como un mantra: “Por favor, encuéntralo. Por favor, encuentra al ser retorcido que me acecha, al loco que mató a dos mujeres inocentes solo por su propio y enfermizo placer”.

Kieran salió de la cocina y saltó junto a Chelsea en el sofá. Lo

tomó en sus brazos y acarició su elegante pelaje negro, rascándole bajo la barbilla como a él le gustaba. El gato la recompensó con un suave y constante ronroneo, y ella sintió un placer absurdo. Desde fuera, sin escarbar mucho como ahora lo hacía Evan, parecía un cuadro familiar.

Chelsea miraba de vez en cuando la pantalla de su portátil, pero más allá de lo básico no entendía nada de las líneas de codificación, de las pestañas que Evan abría, cerraba y abría una vez más. Estaba concentrado y, a pesar de la frustración apenas disimulada en su rostro, notaba que disfrutaba de esta ciber-caza. No era de extrañar que el FBI lo reclutara. Era muy bueno en su trabajo. Se preguntó por qué había dejado de lado Crímenes Cibernéticos para trabajar en Homicidios. Tal vez quería algo nuevo, probar el mundo real, no la vida que solo se ve detrás de una pantalla de ordenador. Bueno, había conseguido más de lo que esperaba. Chelsea sabía que podía manejar la situación. Era fuerte, decidido, extrañamente inteligente.

No se sorprendió al ver sus ojos brillando y su cuerpo inclinado más cerca del monitor.

—¡Te tengo! —susurró.

Chelsea meneó el trasero en el sofá hasta quedar pegada a su lado.

—¿Qué es? ¿Qué has encontrado?

—Se acaba de confirmar mi sospecha. Estos correos electrónicos no procedían de ninguna publicación online. Fueron enviados desde Dublín. Y aquí está quien los envió.

Giró el portátil para que ella pudiera ver un avatar de una pantera negra, con los colmillos desnudos.

—*Black Dawn*.

—¡Bingo! —dijo Evan—. Esta perra escogió un tema y realmente le puso ganas. Le atraen los felinos negros.

—¿Tienes la ubicación desde donde se enviaron los correos electrónicos?

—La tengo. Es un piso de una habitación en el Norte de Dublín.

Adivina quién es el dueño.

Chelsea contuvo la respiración. No estaba segura de qué esperar. A estas alturas no creía que nada la sorprendiera.

—Tu vieja amiga, Aideen O'Bannion —dijo Evan con la voz teñida de satisfacción. Hizo clic en otra pestaña y la foto de Aideen apareció en la pantalla.

Chelsea la miró fijamente, sin poder hablar, sin poder respirar. La opresión en el pecho crecía mientras miraba la foto de una mujer que se parecía inquietantemente a ella misma. Al principio estuvo a punto de decirle a Evan que estaba equivocado, que no era Aideen. Pero aquellos ojos verdes y diabólicos eran inconfundibles.

Tragó con dificultad, con la garganta repentinamente seca.

—¿Estás seguro? —apenas reconocía su propia voz desgarrada.

—Estoy seguro de que envió esos correos electrónicos falsos, y estoy seguro de que los envió desde este lugar: el piso registrado a su nombre. El resto solo podemos suponerlo, pero es seguro que mató a Shannon y a Jenny, y que planea matarte a ti también. Si me dan más tiempo, indagaré más, conseguiré más pruebas. En primer lugar tenemos que hacerle una visita, lo antes posible. Esta es ella, ¿verdad?

Chelsea asintió mecánicamente. Tenía las manos tan apretadas que las uñas se le clavaban en las palmas.

—Sí, es ella, pero parece diferente. Se parece un poco a... mí.

Evan colocó su mano grande y reconfortante sobre la rodilla de Chelsea. Ese simple toque pareció devolverla a la realidad, a esa sensación de seguridad que él desprendía.

—No se parece a ti —dijo, apretando su rodilla—. Pero es evidente que lo intenta. Se ha teñido el pelo del mismo color que el tuyo, lo lleva con ondas como tú. ¿No tenía este aspecto cuando estabas en el instituto?

—No. Tenía el pelo corto y castaño, las cejas gruesas... Veo que ha llevado ortodoncia. Sus dientes siempre estaban ligeramente torcidos, y recuerdo que siempre había una cualidad vampírica en

ella cuando sonreía. Algunos compañeros se burlaban de ella y la llamaban Drácula.

—A mí me da esa misma sensación —dijo Evan, mirando la foto —. Se ha hecho las cejas más finas, como las tuyas, incluso lleva el mismo color de sombra de ojos gris que solía ver en ti —dijo, cambiando la mirada de un lado a otro, estableciendo paralelismos entre ella y la foto de Aideen.

Sonó el timbre y Chelsea se levantó de golpe, provocando que tanto Kieran como Evan se sobresaltaran. Sin embargo, ninguno de los dos estaba tan asustado como ella. Tardó unos segundos en recomponerse, y para entonces Evan ya había abierto la puerta.

—¿Has pedido comida? —le preguntó extrañado.

Obligándose a concentrarse, asintió con la cabeza, se dirigió a la puerta y cogió las bolsas del repartidor. Las puso en el estante de los zapatos y buscó su bolso para pagar la comida, pero Evan había sacado unos billetes de su bolsillo y se los había dado al joven.

—Deberías haberme dejado pagar —dijo ella después de que el repartidor se fuera.

—Ni hablar. Me muero de hambre y me alegro de que uno de nosotros haya pensado en la comida. Mientras comemos, me gustaría escuchar todo lo que recuerdes sobre O'Bannion.

Se hizo cargo de las bolsas de comida, las recogió y las llevó a la cocina. Chelsea se movía detrás de él, inmersa en un estado de shock mezclado con entumecimiento. Ayudó a Evan a poner la mesa, luego ambos se sentaron y empezaron a comer. Casi no probó la comida, absorta en sus pensamientos y especulaciones.

—Todavía no puedo creerlo —dijo finalmente, con la cuchara a medio camino de la boca—. Hace años que no veía a Aideen, ni tenía noticias de ella. ¿Qué la habrá hecho estallar ahora?

Evan se encogió de hombros, con la boca llena de la sopa caliente y picante. Tragó y cogió otro trozo de pan de ajo.

—Tú no la has visto, pero obviamente ella ha estado al tanto de ti. Aunque aún no he tenido tiempo de indagar en su vida, no me parece una persona exitosa. Tú lo eres. Posiblemente lo descubrió y

la ira devino un profundo resentimiento en su subconsciente, que la hizo quebrar. No hace falta mucho para que los enfermos mentales pierdan el control, tú lo sabes mejor que yo.

—Lo sé, pero... Una cosa es leer sobre estos individuos en los libros, y otra muy distinta es haber conocido a uno y que te acose, te imite y mate a mujeres que se parezcan a ti.

—Bueno, entrevistarla va a ser una experiencia muy interesante. Por lo que me has contado hasta ahora, siempre ha manifestado signos de enfermedad mental. ¿Sabes si tomaba algún medicamento en el instituto?

Chelsea negó con la cabeza, masticando lentamente. El pollo estaba cremoso y salado, con un rico aroma a albahaca y pimienta. No se había dado cuenta del hambre que tenía hasta ese momento.

—No sé si tomaba medicación, pero lo dudo mucho. En aquella época, las enfermedades mentales no se tomaban tan en serio como ahora, tan en serio como debería ser. Las personas como ella eran consideradas solitarias, raras, malas o simplemente desagradables. La mayoría de los compañeros de clase se mantenían alejados de ella. Dudo que sus padres se dieran cuenta o reconocieran que a su hija menor le pasaba algo.

—Después de que terminemos de comer, haré una búsqueda rápida sobre ella, para ver si tiene una presencia en línea usando su nombre real.

—Oh, estoy segura de que la tiene. Siempre estaba hambrienta de atención. Cuando éramos amigas, siempre se molestaba y yo siempre me sentía mal cuando un chico me miraba y la ignoraba a ella. Eso no es agradable para nadie, especialmente para una chica de instituto con un ego frágil.

—Pero dijiste que tenía una opinión colosal sobre sí misma —argumentó Evan.

—Solo era una máscara. Daba esa impresión de arrogancia, de seguridad en sí misma, pero por dentro estaba plagada de inseguridades. Un chico mayor de otra clase dijo una vez que era como un apéndice mío. No te rías, no es gracioso —le reprochó

Chelsea.

Evan se apretó el puño contra la boca, incapaz de reprimir las risas.

—Claro que lo es. Imagino que a ella no le hizo gracia —su sonrisa se transformó en un ceño fruncido—. No debió ser fácil ser tu amiga. Tú eras preciosa y ella no. Pero eso no es una excusa para odiarte.

—No soy preciosa, y ella tampoco era fea. Tenía sus ventajas y se vanagloriaba de ellas. Por ejemplo, tenía un gran talento para el dibujo. Pintar es un pasatiempo para mí, no soy buena en eso, sin embargo ella tenía un verdadero talento. Podía dibujar el retrato de alguien en cinco minutos.

Evan apartó su plato vacío, sus ojos se agudizaron.

—Arte. Era una artista. Esa es otra cosa que tú y las mujeres tienen en común.

Chelsea dejó escapar un largo suspiro.

—Sí. Me pregunto si hoy será una ilustradora o algo así. Le gustaba decir que tenía manos de artista, y las tenía.

Se miró las manos. A diferencia de su cara, sus manos mostraban su edad y un poco más. No estaban mimadas, mostraban el desgaste de los años de trabajo en el hogar. Por mucho tiempo lavó la ropa y los platos a mano, limpió, fregó y ayudó a su padre a reacondicionar su casa en el campo. Se dedicaba a las labores que haría cualquier empleada.

—Se reía de mis manos, decía que parecían viejas y ásperas —dijo Chelsea, apenas consciente de que hablaba en voz alta—. Le dije que lavaba mi propia ropa interior, en lugar de que mi mamá lo hiciera por mí. Probablemente su madre sigue lavando su ropa hasta el día de hoy.

Por mucho que intentara luchar contra sus sentimientos, en el corazón de Chelsea se formó un manojo de emociones: amargura, furia, rencor. No quería odiar a Aideen, pero era incapaz de parar. Esa mujer, ese monstruo, había acabado con la vida de otros solo porque podía hacerlo. Siempre fue una perra egoísta y mimada, y

sus padres creían que le hacían un favor a su niña protegiéndola y asegurándose de que tuviera todo lo que deseaba. En lugar de eso, le ofrecieron al mundo un monstruo malvado que ya arrancó dos vidas y con seguridad planea llevarse muchas más.

Se puso en pie de repente.

—Tenemos que detenerla. Vayamos a su piso.

Evan también se puso en pie haciendo crujir las patas de madera de su silla al arrastrarla contra el suelo de parqué. Extendió el brazo y tomó las manos de Chelsea, luego las llevó a sus labios.

—Tus manos son hermosas —dijo suavemente—. Igual que tú, tanto por fuera como por dentro. Has pasado por un tremendo dolor, y sin embargo te has convertido en una mujer increíble. Pudiste haberte sumido en la oscuridad, como O'Bannion; en cambio, elegiste el camino correcto y lo hiciste tuyo. Eres una mujer increíble, Chelsea. Y creo que eso es lo que corroe a esta perra enferma: nunca será como tú, no importa cuanto lo intente. La encontraremos y la encerraremos de por vida.

Chelsea tragó saliva. Sus emociones eran demasiado crudas y era incapaz de hablar. Apartó la mirada para que Evan no viera las lágrimas que provocaban escozor en sus ojos.

No pudo evitar sobresaltarse al escuchar el tono de llamada de su teléfono. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Era la Oficina Técnica.

—Hola —respondió con cautela.

—¿Chelsea? Es Nóirín —la voz de la mujer sonaba adulta y vibraba de emoción—.

—¿Evan está contigo? Intenté llamar a su teléfono, pero no hay servicio.

—Está aquí. Tal vez su teléfono se quedó sin batería —dijo Chelsea, levantando las cejas hacia Evan. Él sacó su teléfono y lo revisó, luego asintió.

—¿Pasa algo, Nóirín? —preguntó Chelsea—. ¿Necesitas hablar con Evan?

—Ponme en el altavoz, así no tendré que decirlo dos veces.

Chelsea acató la orden y Nóirín volvió a hablar.

—Escucha, yanqui, y presta atención. Dos de los cabellos que encontramos en el asiento trasero del coche de Dunhill pertenecen a Jenny Williams. También encontramos fibras de piel sintética en el asiento delantero, y uno de nuestros hombres encontró un par de guantes y un pesado pisapapeles de latón en un basurero situado a varias manzanas de la escena del crimen. La sangre de Jenny estaba en el pisapapeles, así que sabemos que este es el objeto con el que fue golpeada. Las fibras de los guantes coinciden con las fibras que encontramos en el coche de Dunhill —hizo una pausa para respirar y luego continuó—. Si pensabas que esto era emocionante, asegúrate de que no te de un infarto después de lo que viene. Había una cutícula suelta dentro de los guantes. Hicimos una prueba rápida y preliminar, y esto es lo que obtuvimos: el ADN muestra que el asesino es una mujer.

Chelsea y Evan se miraron fijamente, sin apenas respirar. Cuando pasaron varios segundos, la voz de Nóirín rompió el pesado silencio.

—¿Se desmayaron por allá?

—No —dijo Evan, con una sonrisa en los labios—. En realidad, acabábamos de descubrirlo.

—Vaya. Eres mejor de lo que creía —dijo Nóirín, impresionada.

—Gracias. ¿Tienes un nombre para esta mujer?

—Por desgracia, no. No está en el sistema. Pero si tienes una corazonada, tráela y así podemos cotejar su ADN. Eso será lo que le ponga la soga al cuello.

18

—Y dijo Evan mientras subían a su coche. Aideen O'Bannion —dijo Evan mientras subían a su coche. Iré a su piso, y tú haz una búsqueda sobre

A su lado, Chelsea se abrochó el cinturón de seguridad y encendió la tableta de Evan. Sus dedos temblaban sutilmente y su corazón se aceleraba más de lo normal. Nunca había ido de cacería en su vida, nunca se había sentido atraída por el acto de acechar a un animal por deporte, pero cazar a Aideen le calentaba la sangre. La mujer era una asesina, una lunática. A diferencia de una bestia salvaje, merecía ser capturada y llevada ante la justicia.

Al acceder a los sitios web de las redes sociales, encontró lo que esperaba.

—Tiene un perfil en las redes sociales con su nombre real —le dijo a Evan, mientras subía la temperatura—. Se describe a sí misma como "Artista y amante de los libros".

Evan sonrió.

—¿Amante de los libros? ¿Le gustaba la literatura?

—No. En realidad era una estudiante por debajo de la media, pero inteligente, lo que de nuevo encaja con el perfil de algunos psicópatas. Aparte de su talento innato para el dibujo, no recuerdo que tuviera buenas notas en ninguna asignatura, ni que manifestara pasión por ninguna clase concreta. Todavía me pregunto cómo se las arregló para adquirir esas habilidades informáticas. Cuando la conocí, apenas podía encender una computadora. Y luego está el hecho de que fue capaz de comprar un apartamento.

—Probablemente gracias a una estafa por internet.

Investigaremos a fondo, pero si no encontramos algún trabajo al que se dedique, es lo más probable. Es un camino que toma mucha gente para ganarse la vida con poco esfuerzo —dijo Evan, deteniéndose ante un semáforo en rojo—. No hace falta mucha inteligencia para ser un buen hacker. Solo se necesita tiempo y ganas de aprender —miró la tableta y silbó—. Vaya, son muchos selfis. Añade "narcisista" a su lista de enfermedades mentales.

—Eso es lo de menos —murmuró Chelsea, mientras le echaba un vistazo a las fotos publicadas por Aideen.

Como había notado Evan, casi todas eran selfis, tomadas en interiores, probablemente en su apartamento. En una de ellas llevaba una máscara y una camiseta de Batman para niños. Otra estaba tomada en una pose muy tentadora, con la mirada por encima del hombro, desnuda hasta la cintura. Una Aideen vistiendo negligés provocativos se repetía en varias fotos, como si posara para un anuncio de videochat. Chelsea se dio cuenta de que no había ni una sola persona a la que le gustara sus fotos o cualquiera de sus contenidos. Las publicaciones donde despotricaba contra todas las personas de éxito, las parejas, los políticos, los activistas, los veganos y casi todo el mundo sumaban más fotos.

No pudo evitar sonreír al ver una foto de Aideen abrazando un enorme pene de peluche.

—¡Virgen María, le ha dado fuerte!

—¿Qué? —Evan echó un vistazo y soltó una pequeña carcajada —. Se muere por eso, ¿verdad? Y... ¿es una foto de ella en el baño?

—Sí —Chelsea ni siquiera se sorprendió por el selfi que Aideen se había tomado en el baño—. Al menos está vestida en esa.

—Encantadora —Evan hizo una mueca de disgusto—. Eso es algo que excita a todos los chicos.

Chelsea siguió hojeando las fotos. Mientras miraba sus ojos verde-amarillentos, la indignación y la repugnancia le retorcían el estómago. Tenían pruebas de que esa mujer era una asesina. También la habría matado a ella si hubiera tenido la oportunidad.

—Todavía está soltera —dijo—. Ni una sola foto de ella con un amigo, un amante, un miembro de la familia, solo selfis de una mujer solitaria y desesperada que busca atención. Tiene un gato negro, ¡qué sorpresa! Ni siquiera le gustaban los gatos antes de conocer al mío —dijo con amargura, sin poder reprimir su furia—. ¡Maldito bicho raro! Ha imitado toda mi maldita vida, Evan.

La rabia acumulada en su interior era como una ola de lava, caliente y destructiva, lista para entrar en erupción y consumir todo a su paso. Nunca imaginó poseer ese lado oscuro, no quería reconocerlo, pero mientras se movía entre el pasado y el presente, sentía que podía matar a Aideen con sus propias manos. Como mínimo, quería estrellar su puño contra esa cara maléfica y presumida, arrancarle ese pelo rubio falso que era una patética imitación del suyo y borrarle esa sonrisa torcida y vampírica a su enemiga. Eso era Aideen. Su enemiga. Mientras Chelsea llevaba una vida tranquila y pacífica, y se esforzaba por ser una buena persona, esa perra enferma se había convertido en su enemiga sin que ella lo supiera. Por primera vez en su vida, Chelsea sabía lo que era el odio y lo aceptaba. Quería vengarse por las mujeres que habían muerto, y por ella misma.

—Oye, cálmate —Evan extendió la mano y apretó su muslo suavemente—. La tenemos. Es solo cuestión de tiempo. Nos estamos acercando. Tal vez deberías quedarte en el coche.

—De ninguna manera. Quiero estar allí. Quiero mirarla a los ojos y verla esposada. Voy a ir contigo, eso no es negociable.

—De acuerdo. Solo... mantén la calma.

—Lo haré.

Chelsea se concentró en su respiración, conjurando la serenidad y la paz. Evan tenía razón. Tenían a Aideen. Era cuestión de minutos que la arrestaran. El ADN coincidiría y ella pasaría el resto de su vida en la cárcel o, muy probablemente, en una institución mental. Conociendo a Aideen, esto sería más humillante que la cárcel. Tal vez no fuera suficiente para compensar las vidas que había arrebatado, pero era todo lo que podían hacer dentro de los

límites de la ley.

Evan se detuvo frente a un viejo edificio, uno de esos establecimientos que solían estar habitados por personas mayores que no podían permitirse un alojamiento mejor. Ni siquiera había apagado el motor cuando Chelsea ya estaba saliendo del auto, con la mirada fija en los cuatro pisos. Había algo amenazante en las paredes grises agrietadas y las ventanas oscuras. No había flores ni personas que se asomaran o sonrieran detrás de los polvorientos cristales. El edificio la hacía pensar en la palabra "embrujada". El simple hecho de vivir en este basurero era un peligro para la salud mental de cualquiera.

—¿Qué piso? —le preguntó a Evan cuando este la alcanzó.

—El segundo. Quédate detrás de mí. Hagamos esto bien.

—De acuerdo.

Lo dejó caminar delante de ella, y luego lo siguió al mismo paso rápido, doblando sus zancadas para seguirle el ritmo. No había ascensor, así que subieron las dos largas filas de escalones de cemento en silencio. Aquí y allá, faltaban pequeños trozos en los bordes y esquinas de los escalones. Chelsea no se atrevió a tocar la barandilla, que estaba cubierta de polvo y misteriosas sustancias pegajosas. Si Aideen podía comprar un piso, ¿por qué no había podido permitirse algo en un barrio mejor? Una pregunta más para engrosar la trama.

Una vez que llegaron al segundo piso, Evan consultó su pequeño cuaderno y luego inclinó la barbilla hacia una puerta marcada con un número seis algo torcido.

Llamó varias veces, pero no hubo respuesta, ni señal de que hubiera alguien en casa. A pesar del eco de sus propios latidos en sus oídos, Chelsea se esforzó por escuchar a través de la puerta. No había sonidos procedentes del interior.

Evan volvió a llamar, esta vez más fuerte.

—¿Aideen O'Bannion? Soy el detective Gallagher de La Garda Síochána. Necesito hablar con usted. Abra la puerta.

Silencio. Quietud. Evan alargó la mano hacia el anticuado

pomo de la puerta y lo presionó. Chelsea se sorprendió al ver la puerta abrirse, revelando el oscuro interior del apartamento. Evan le indicó que se quedara atrás, y avanzó con cautela hacia el interior del piso, encendiendo los interruptores de la luz que encontraba a su paso. Unos minutos después, regresó a la entrada donde Chelsea esperaba, hecha un manojo de nervios y ansiedad.

—¡Mierda! Se ha ido —dijo Evan con los dientes apretados—. No pudo haber dejado el apartamento hace más de una hora. La estufa aún está caliente, hizo huevos. Debe haber añadido algún tipo de programa de seguridad a su portátil que la alertó cuando empecé a investigar.

Chelsea lo siguió al interior del pequeño mundo enfermo y retorcido que Aideen O'Bannion había creado para sí misma. El olor de los huevos a medio cocer, humo de cigarro y orina de gato era nauseabundo. Se sentía peor con cada paso que daba, como si estuviera caminando por el valle de sombra de muerte. Se le puso la piel de gallina al darse cuenta de había grandes posibilidades de que así fuera.

El apartamento estaba amueblado como si perteneciera a alguien que le doblaba la edad, con muebles anticuados, docenas de chucherías y tapetes de ganchillo. Las paredes estaban parcialmente cubiertas de fotografías, algunas de estrellas de cine, otras de héroes de cómic, con muchos pósters de Batman y Catwoman. El aire estaba cargado de humo de cigarro en las pequeñas y congestionadas habitaciones.

La cocina estaba al lado del pasillo. Chelsea trató de no estremecerse al pisar el suelo cubierto de linóleo. Evan tenía razón. La cocina aún estaba caliente, cubierta de manchas de aceite y comida. En uno de los quemadores había una sartén llena de huevos sin cocinar por completo.

Por un segundo, Chelsea pensó que iba a vomitar. Se apresuró a abrir la ventana, apartando las cortinas grises que probablemente habían sido blancas décadas atrás. Mientras respiraba profunda y repetidamente, sintió la mano de Evan en su cintura, acariciando

su espalda, y luego masajeando suavemente su nuca.

—¿Estás bien? Ve a esperar fuera, al aire libre —le dijo gentilmente—. Yo terminaré aquí.

Chelsea sacudió la cabeza con obstinación.

—No. Solo necesito un minuto, eso es todo. Puedo hacerlo. No esperaba que este lugar estuviera tan sucio.

—Tómate tu tiempo. ¿Quieres que vaya a comprar una botella de agua?

Volvió a negar con la cabeza. Después de tomar varios tragos de aire perfumados a lluvia, volvió a entrar y cuadró los hombros. No podía actuar como una cobarde.

—Estoy bien —le dijo a Evan.

Evan la miró con escepticismo y ella le devolvió la mirada, con la barbilla levantada.

—Dame un par de guantes. No tocaré nada si no es necesario, pero quiero estar preparada.

Percibió que Evan no estaba completamente seguro de que estuviera bien, pero rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó dos pares de guantes de látex. Chelsea se los puso, apretando el borde un poco más de lo necesario. El escozor sirvió para mantenerla anclada en el aquí y el ahora, consciente de que tenían trabajo por hacer.

—Haré lo posible por no estorbar —se alejó de la ventana—. ¿Cómo demonios sabía que íbamos a por ella? ¿Podría haber ido al supermercado?

Evan negó con la cabeza.

—He comprobado el dormitorio. La ropa está desparramada por todas partes, como si hubiera empacado algo a toda prisa. Se largó. Hay programas que uno puede plantar en un sistema informático para alertar en tiempo real si alguien manipula algo que has instalado en ese dispositivo. Son difíciles de detectar y no me tomé la molestia de comprobarlo —dijo con amargura.

—No digas eso —Chelsea alargó el brazo y le agarró la mano—. La encontraste. Date crédito por eso. No puede ir muy lejos. No

tiene amigos, nadie que la ayude. La encontraremos.

—Sí. Busquemos en este lugar, y luego localicemos a sus padres. Aunque no se llevaba bien con ellos, la familia suele ser el primer lugar al que uno acude cuando está en problemas.

—Lo dudo, pero le daremos un golpe.

Chelsea le siguió por el minúsculo apartamento, intentando respirar por la boca. En el baño encontraron una pila de ropa sucia, y una caja de arena que necesitaba una limpieza urgente.

—Me pregunto dónde estará el gato.

—Se lo llevó —respondió Chelsea, segura de sí misma—. Ese gato es su talismán, y una ventaja para nosotros. Si quiere alojarse en un hotel o motel, no será fácil encontrar uno que acepte mascotas. ¿Has visto algún ordenador o un portátil?

—No. Vamos a mirar en el dormitorio. Gracias a Dios este lugar es pequeño. Facilita la búsqueda.

El dormitorio individual estaba al final del pasillo, con la puerta abierta de par en par. Al entrar, Chelsea miró con atención, observando cada detalle. La cama era pequeña para ser de matrimonio y estaba cubierta por un edredón remendado. Las múltiples marcas de garras le daban un aspecto aún más desaliñado. Las dos puertas del armario también estaban completamente abiertas, y la ropa estaba esparcida por el suelo y sobre la cama. Chelsea dudaba que Aideen hubiera cogido muchas prendas, y aun así, solo quedaba una modesta selección. Varias camisetas, unos cuantos vaqueros, una bata de casa, algo de ropa interior que había visto días mejores, un par de vestidos pasados de moda. Estaba claro que Aideen no invertía en vestuario, de hecho era uno de los muchos temas que criticaba en sus desplantes.

—Wow. Uh... ¿Chelsea? ¿Puedes venir aquí un minuto?

Miró a su alrededor para ver de dónde provenía la voz de Evan. En la pared de enfrente de la cama había un espacio que probablemente había sido un armario o vestidor independiente. Al entrar, Chelsea se dio cuenta de que Aideen había creado un despacho allí. El escritorio y la silla casi llenaban el estrecho

espacio, iluminado por dos lámparas montadas en la pared sobre el escritorio. La cálida luz caía casi obscenamente sobre las fotos pegadas a la pared. A Chelsea se le secó la boca al contemplar decenas de fotos suyas, junto a las de Shannon y Jenny. Era como un altar construido por una mujer muy perturbada.

—Mierda —susurró Chelsea, dando un paso atrás involuntariamente.

En medio de las fotos había un par de recortes de periódico. Uno se titulaba *La doctora Chelsea Campbell recibe el premio Charlemont de la Real Academia Irlandesa por su segundo libro publicado:* Cómo vivir con esquizofrenia. Chelsea recordaba el artículo, así como la foto de abajo en la que aparecía sosteniendo un ejemplar del libro en el que tanto había trabajado. Nunca había imaginado que recibiría un premio por él, y mucho menos uno prestigioso, pero había sido un momento de gran orgullo en su carrera.

El segundo artículo era sobre su trabajo publicado anteriormente, un ensayo sobre el comportamiento criminal de los asesinos en serie que había escrito para una revista médica de psicología. Notó la ironía de la situación.

—¿Eres tú?

Evan tuvo que preguntar, porque en ambos recortes la cara de Chelsea estaba quemada, aparentemente con un cigarrillo.

Tragó con fuerza.

—Sí.

—Este artículo es del 17 de abril de este año —Evan señaló la fecha en el papel sin tocarlo—. Creo que esto fue la gota que colmó el vaso. El hecho de que recibieras un premio prestigioso y tuvieras una carrera triunfante la hizo enloquecer.

Evan estaba justo detrás de ella, con su cuerpo sólido y protector. Puso sus manos en sus hombros, su toque firme.

—Ya no tenemos que preocuparnos por no tener suficientes pruebas contra ella —dijo con astucia—. No te preocupes, la encontraremos. Ella pagará, te lo prometo.

La rodeó para ver de cerca el escritorio. Pasó un dedo enguantado por la superficie de madera.

—Tiene un portátil y se lo ha llevado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Chelsea, obligándose a apartar la mirada de la pared forrada de fotos.

—El escritorio está cubierto de polvo, excepto por estos dos parches rectangulares. ¿Lo ves? Aquí había un ordenador, y al lado una alfombrilla de ratón. Incluso se olvidó las gafas, pero se llevó el portátil y al gato.

Había un cenicero lleno de colillas sobre el escritorio. Evan sacó una bolsa de pruebas de su bolsillo y recogió un par de colillas.

—Me las llevo para cotejar el ADN, y también cogeré algunas hebras de cabello de un cepillo, si hay alguno en el baño. Veamos si podemos averiguar adónde se fue.

Registraron cada centímetro del piso, recogieron algunas pruebas más para cotejar el ADN, pero no encontraron nada que pudiera arrojar luz sobre el paradero actual de Aideen. No había ningún teléfono, ni una agenda con números, ni el nombre o la dirección de algún amigo. Encontraron un impresionante alijo de juguetes sexuales en un cajón de la mesita de noche, la mayoría de ellos destinados al autoservicio. Chelsea hizo lo posible por no sonrojarse cuando Evan sacó un consolador gigante, silbó y lo volvió a colocar en el cajón.

—Parece que la mujer tiene un saludable apetito sexual —observó Evan—. ¿También era así en el instituto?

Chelsea se encogió de hombros, aún sintiéndose ligeramente incómoda.

—No. Quiero decir, no lo sé con seguridad... Le gustaban los chicos, pero sus padres eran muy estrictos. No la dejaban salir. De todos modos, nadie la invitó a salir, que yo sepa. No es raro que las chicas así se vuelvan promiscuas. A pesar de anunciar su disponibilidad para un amante, sin duda los hombres con los que ha salido a lo largo de los años no han mostrado gran interés por su personalidad. Ninguno parece haberse quedado mucho tiempo.

Está tan amargada y llena de odio...

Chelsea apenas notó el rastro de lástima que se colaba en su interior, pero Evan debió de detectarlo en su voz.

La tomó del brazo y la giró, obligándola a mirarlo.

—¿Me estás tomando el pelo? No me digas que te da pena esta perra enferma. Los hombres no se quedaron porque está amargada y llena de odio. Mató a dos mujeres inocentes. No quiero ni pensar qué planes tenía para ti, o podría cometer el error de romperle el cuello cuando la capturemos —dijo enfadado—. Ni siquiera pienses en ella como un ser humano, Chelsea. Shannon y Jenny merecen tu compasión, no este monstruo. Ahora concéntrate y piensa. ¿A dónde pudo haber ido?

Chelsea se frotó las sienes, su mente daba vueltas. Últimamente había dedicado muchos de sus pensamientos a Aideen, pero, para empezar, no la había conocido tan bien en realidad. Tuvieron una breve amistad de adolescentes y a esa edad es normal no prestar mucha atención a los detalles. Sus mentes huidizas y egocéntricas tenían otro tipo de preocupaciones.

—No tengo ni idea, Evan. Ha pasado tanto tiempo... Nunca la conocí tan bien, y no puedo imaginar cómo es ahora. Ya sabes, aparte de una loca acosadora y asesina. Sin su teléfono y su portátil, no sé ni por dónde empezar a buscar. Si consiguiéramos su número de teléfono, ¿podrías rastrearla de alguna manera a través del GPS?

—Podría, pero sabe que vamos tras ella. Estoy seguro de que ya se deshizo de ese teléfono. Tal vez tenía alguna identificación falsa lista, en caso de que la descubriéramos. Debió haber estado preparada porque huyó muy rápido para una persona que es tomada por sorpresa. Creo que pensaba que no podríamos rastrearla, pero quería estar preparada por si acaso. Vamos a ver dónde viven sus padres y su hermana, y luego iremos a hablar con ellos. Tal vez puedan ayudarnos.

—No cuentes con ello —dijo Chelsea con tristeza—. Aunque no sea su persona favorita, nunca la entregarían a la policía. Apuesto a

que ni siquiera nos creerán o aceptarán lo que ha hecho, a pesar de las pruebas en su contra. Esa gente ha vivido en la negación toda su vida.

LA CASA de los O'Bannion estaba situada en Ashbourne, a unos diez minutos al norte de Dublín. Parecía una pequeña fortaleza, con una alta valla de madera que ocultaba todo lo que había más allá. Incluso la señal de prohibido aparcar clavada en la cerca era una alerta indirecta para no acercarse.

Por mucho que odiara tener razón, las predicciones de Chelsea se hicieron realidad. Los O'Bannion eran tal y como ella los recordaba. La señora O'Bannion se mostró beligerante y desafiante, llamándolos "guardias locos" y afirmando que su hija no había infringido la ley en su vida. ¿Cómo diablos podían presentarse en su puerta a esas horas de la noche y mentir diciendo que Aideen había matado a algunas personas? El Sr. O'Bannion, la sombra de su esposa, no habló mucho, solo negó con la cabeza y dijo que no sabía dónde estaba Aideen y que debía tratarse de un terrible malentendido.

A pesar de las ruidosas protestas de la señora O'Bannion, Evan recorrió rápida pero minuciosamente la casa de dos habitaciones, asegurándose de que no hubiera rastro de Aideen, su gato o sus cosas. A diferencia de lo que ocurría en Estados Unidos, aquí no necesitaba una orden de registro para entrar en la casa si tenía un motivo serio para hacerlo.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con Aideen? —le preguntó a la señora O'Bannion al terminar su rápido registro.

Chelsea esperaba junto a la puerta principal. Ninguno de los padres de Aideen la había reconocido, y ella estaba agradecida de que así fuera. Evan solo la había presentado como la doctora Campbell.

—Vino a cenar el mes pasado —dijo la señora O'Bannion, con los brazos cruzados sobre su delgado pecho. El parecido entre ella y su hija hacía que a Chelsea le resultara difícil no mirar sus

pómulos afilados y sus cejas fruncidas.

—¿Puede darme su número de teléfono, por favor? —Evan sacó su bloc de notas y su bolígrafo, listo y en modo policía malo.

La señora O'Bannion lo miró desafiante, luego volvió la cabeza hacia su marido sin mirarlo.

—Ve a buscar mi teléfono, Aengus.

Una vez que el hombre se fue a cumplir la orden, la señora O'Bannion se volvió hacia Evan y Chelsea una vez más.

—¿De dónde sacaron esa idea loca de que Aideen ha matado a dos mujeres? ¿Estás loco, muchacho?

—¡Ejem! Le aseguro que estoy perfectamente cuerdo, señora. ¿Y qué hay de Aideen? ¿La has llevado a un médico para ver si ella está loca?

La Sra. O'Bannion parecía extremadamente afrentada.

—¿Por qué iba a hacerlo? No he dado a luz a niños locos, oficial. Quiero que sepa que llamaré a su supervisor tan pronto como…

—Aquí está tu teléfono, querida —la interrumpió su marido.

La mujer le lanzó una mirada que podría reducir a cenizas un edificio, luego cogió el teléfono y empezó a pulsar torpemente los botones. Al final, dio con un número y le pasó el teléfono a Evan. Anotó el número y luego sacó una tarjeta con su propia información de contacto.

—Si Aideen se pone en contacto con usted, o si tiene alguna noticia de ella, llámame cuanto antes. Este es un asunto policial serio, señora. Si no coopera, usted y su marido serán considerados cómplices. ¿Dónde puedo encontrar a su otra hija? —consultó sus notas. ¿Alice?

—Alice lleva más de cinco años viviendo en Alemania —dijo la señora O'Bannion, con la voz llena de orgullo—. Dirige un hotel importante allí.

—¿Puede darme su información de contacto? Su colaboración podría ahorrarnos mucho tiempo —añadió Evan.

De mala gana la señora O'Bannion le dio el número de teléfono

de Alice.

—Gracias —Evan volvió a guardar su bloc de notas en el bolsillo—. ¿Podría estar Aideen con su hermana?

La señora O'Bannion parecía genuinamente desconcertada.

—¿Para qué?

—Para visitarla —Evan tardó unos segundos en encontrar una alternativa para "esconderse"—. Deduzco que sus hijas no son cercanas. ¿Se visitan a menudo?

—Son hermanas, pero cada una de mis hijas está ocupada con su carrera. No tienen mucho tiempo para visitarse.

—Claro. ¿Cuál es la carrera de Aideen, Sra. O'Bannion?

—¿No se supone que lo sepas? —dijo ella con desprecio—. Es una artista. Pinta, dibuja, esa es su carrera.

—¿Tiene algún otro trabajo que usted conozca?

—¿Por qué iba a necesitar otro trabajo? Se gana bien la vida con su arte. Aideen tiene mucho talento.

—Sí, lo tiene.

Chelsea se percató del sarcasmo en la voz de Evan, segura de que pensaba totalmente lo contrario.

Tras dar las gracias a los O'Bannion y advertirles una vez más que se pusieran en contacto con él si tenían alguna noticia de Aideen, Evan giró sobre sus talones. Chelsea caminaba a su lado, lanzando una última mirada por encima del hombro a la señora O'Bannion, que estaba de pie en el porche, con los puños cerrados, y al señor O'Bannion, siempre detrás de su esposa, quieto y tan inexpresivo como una estatua.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Evan una vez en el coche.

—Espeluznante como el infierno. Creo que así debió ser la familia de Jeffrey Dahmer —dijo, refiriéndose al famoso asesino en serie también conocido como "El caníbal de Milwaukee"—. No saben nada y no quieren saber nada. Cuento con ello. La delatarán si se enteran de algo porque en el fondo tienen miedo. No quieren que su imagen se manche, que su mundo se altere. Probemos con el número de teléfono de Aideen.

Marcó el número, pero bajó el teléfono unos segundos después.

—Desconectado. Lo imaginé.

—Está loca, pero no es estúpida —dijo Chelsea.

La desesperación se apoderó de ella al pensar que Aideen estaba ahí fuera, oculta, sin ser vista. ¿Y si nunca la encontraban? Probablemente ahora estaba demasiado ocupada para pensar en elegir una nueva víctima, pero, ¿qué iba a impedir que se reinventara y continuara con sus actividades? Tenían que detenerla.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Evan miró su reloj.

—Son más de las ocho. Vamos a casa. Escribiré un correo electrónico para informar al jefe y enviaré una alerta a todos los miembros de la Garda con los datos de Aideen. Todos estaremos pendientes de ella. Tenemos que dormir un poco. No podemos hacer nada más esta noche.

19

Evan se concentró en conducir el auto, con sus pensamientos perdidos en los limpiaparabrisas. Llovía de nuevo: gotas pequeñas, frías y punzantes que acentuaban el malestar térmico. En la noche, las temperaturas habían empezado a bajar hasta casi el punto de congelación. Dios, echaba de menos el sol de California. La idea de regresar una vez resuelto el caso rondaba su cabeza. Tal vez debía aceptar un trabajo como sheriff de un pueblo pequeño, en algún lugar donde la delincuencia se limitara a manejar bebido o a robar la vaca de un vecino.

Lanzó una mirada a Chelsea. Estaba sentada acurrucada en su abrigo, con las manos juntas en el regazo, buscando calor. Por un lado, parecía una niña pequeña e indefensa a la que quería proteger a toda costa, pero cuando sus exóticos ojos se cruzaban con los suyos, era toda una mujer, y a él le apetecía tomarla en sus brazos y besarla. No, no podía dejarla. Ni ahora ni nunca. Porque, por mucho que se resistiera, se estaba enamorando de ella. Se percató de ello cuando reconoció que podía matar a Aideen, y lo dijo en serio. Si fuera necesario, habría luchado contra el mismo diablo por Chelsea. Pero, ¿sería capaz de protegerla? Porque ahora mismo no tenía ni idea de cómo encontrar a esa perra loca.

Como si leyera sus pensamientos, Chelsea se inclinó hacia él.

—¿Crees que la encontraremos? —preguntó.

—Tenemos que hacerlo.

—¿Pero cómo? Se esfumó de pronto. Por lo que sabemos, ya podría estar en otro país.

Evan negó con la cabeza.

—No se irá hasta que termine su negocio.

Estaba convencido de eso y a la vez aterrorizado.

Chelsea guardó silencio por un instante, y luego habló en voz baja.

—Te refieres a matarme. Estoy de acuerdo. No podría vivir consigo misma si no terminara lo que empezó.

Evan la miró, intentando adivinar cómo se sentía. ¿Era miedo, indignación, cansancio? Había un matiz desafiante en su voz que lo inquietaba.

—Creo que lo intentará, sí. Pero es imposible que lo consiga. Me aseguraré de que estés a salvo, Chelsea.

—Te lo agradezco, pero no pienso esconderme.

—Se trata de una lunática peligrosa. No te estarías escondiendo, serías inteligente. Cualquiera en tu situación tendría la protección de la Garda.

—¿También dormirían en tu cama?

—Si fuera absolutamente necesario, sí —respondió con sinceridad—. ¿Quieres comer algo antes de ir a casa?

Chelsea negó con la cabeza.

—No tengo hambre, me llené en el almuerzo. Pero si tienes hambre, podemos ir.

—No, está bien. Yo tampoco tengo hambre. Solo quiero llegar a casa y tomar una ducha caliente.

—Amén.

Acercarse a su edificio fue, para Evan, como ver la luz al final del túnel. Aparcó, apagó el motor y salieron del coche. El frío aire nocturno lo hizo estremecerse y apresurar los pasos. Instintivamente, rodeó con un brazo a Chelsea, que se esforzaba por seguirle el ritmo. Al llegar a la puerta ambos reían de su prisa por entrar.

Kieran empezó a maullar en cuanto Evan puso la llave en la cerradura. Se sentía mal por haber descuidado al gato, pero ¿qué podía hacer? Era su trabajo. Además, Kieran maullaba para llamar la atención, no porque tuviera hambre o sed, ya que él siempre se

aseguraba de que tuviera suficiente comida y agua.

—Pobrecito, ven aquí, *acushla*[1] —le dijo Chelsea al gato, levantándolo en brazos y frotando su mejilla contra la de él.

Kieran estaba encantado, ronroneando con fuerza, moviendo los bigotes mientras disfrutaba del aroma de la recién llegada.

—Oye, amigo, ahora tienes a alguien que te mima —sonriendo, Evan le rascó detrás de las orejas rápidamente—. Ya conoces la rutina, considérate en casa —le dijo mientras se acercaba a ella para cerrar la puerta.

—Es extraño, pero me siento como en casa aquí.

—Me alegro —tomó su barbilla entre los dedos y le inclinó la cabeza hacia atrás—. Aquí estás a salvo y siempre serás bienvenida.

—Gracias.

Su sonrisa de agradecimiento suavizaba los rasgos de su rostro. Se estremeció ligeramente al sentir en su hombro la garra de Kieran que intentaba asegurarse mejor. Riendo, Chelsea lo cambió a su otro brazo, se quitó el bolso del hombro y lo colocó en el zapatero del pasillo. Después de acariciar largamente al gato, lo dejó en el suelo para poder quitarse el abrigo.

Satisfecho, Kieran siguió a Evan hasta el salón, lanzando miradas hacia atrás para asegurarse de que Chelsea venía detrás de él.

Evan y Chelsea se lavaron las manos en el cuarto de baño, restregándose enérgicamente. Aunque los dos habían usado guantes mientras registraban el piso de O'Bannion, ambos se sentían sucios.

Después de poner agua y comida fresca para Kieran en la cocina, Evan se reunió con Chelsea en el sofá del salón. Ella jugueteaba con el mando, pero Evan tuvo la impresión de que no buscaba realmente un programa para ver, sino que trataba de ocupar su mente.

Se sentó a su lado, sin poder reprimir un gemido de alivio. La molestia en su hombro era más intensa de lo habitual y añoraba

una ducha caliente para deshacerse del dolor. Pero primero tenía asuntos más urgentes que atender.

Cogió el portátil, lo abrió y empezó a escribir. En primer lugar, envió un correo electrónico interno a todos los miembros de la Garda, desde los superintendentes hasta las patrullas de a pie, en el que daba un breve resumen del caso y añadía los datos de Aideen O'Bannion. Adjuntó varias fotos, tomadas desde múltiples ángulos. Si algún guardia veía a esta mujer o a alguien que se pareciera a ella, debía detenerse e identificarla, y luego ponerse en contacto con Evan inmediatamente. Ordenó a un turno de tres gardaí que supervisaran discretamente la casa de los O'Bannion, y a otro que se pusiera en contacto con su hermana en Alemania para ver qué información podía recabar. Luego escribió su informe y lo envió por correo electrónico a su jefe. No quería estar en el lugar de Simon McLean cuando la prensa se enterara de este nuevo acontecimiento. Como agente del FBI, Evan había tratado con los medios de comunicación a menudo, y desde que había empezado este lío se le habían acercado los periodistas varias veces. Sin embargo, el código exigía que no hiciera ningún comentario que no hubiera sido aprobado por McLean, el inspector jefe. Evan estaba más que de acuerdo con eso, pues prefería dejarle todas las tonterías a su superior.

Media hora después, había terminado. A su lado, Chelsea había permanecido en silencio. Veía algún programa británico con el volumen bajo, Kieran dormía la siesta en su regazo. Evan dejó el portátil a un lado y se frotó suavemente las cuencas de los ojos.

—Lo siento, pero es trabajo —dijo.

—No seas tonto. No tienes que disculparte, ni tienes que entretenerme. Ya tengo a alguien para eso —deslizó el dedo por el borde de la oreja de Kieran. La oreja del felino se estremeció como un reflejo ante el cosquilleo, pero era demasiado perezoso para abrir los ojos.

Evan sonrió, acariciando una de las mejillas regordetas del gato —es agradable tenerlo cerca. Escucha, quiero darme una ducha.

¿Quieres usar el baño primero?

—No, ve tú. Estoy viendo *Doctor Who*. Cuando termines ya el episodio se habrá acabado, entonces iré yo —dijo Chelsea, sonriéndole.

—De acuerdo. ¿Quieres que te traiga algo de beber, o un tentempié?

—Solo un vaso de agua, por favor. Lo buscaría yo misma, pero no quiero molestar a Su Alteza —inclinó la barbilla hacia el gato en su regazo.

—Bien pensado —Evan sonrió y se dirigió a la cocina en busca del agua.

Sacó una botella de la nevera y sirvió un poco en un vaso. Abrió un armario, y revolvió el contenido hasta encontrar una caja sellada de galletas glaseadas de chocolate. Chelsea había dicho que no quería un tentempié, pero, ¿acaso no les gustaba el chocolate a la mayoría de las mujeres? Había visto la tristeza y el malestar detrás de su falsa sonrisa. Si algo podía hacerla sentir mejor era el chocolate.

Incluso se le ocurrió coger un par de servilletas de papel. Le llevó las galletas y el agua a Chelsea. Sus ojos se iluminaron con fuerza cuando vio la caja.

—Lo siento, debería haberlas puesto en un plato o algo así —murmuró, colocando todo frente a ella en la mesa de centro.

—No, está perfecto. Muchas gracias por el gesto. Te lo agradezco.

Su sonrisa era genuina esta vez. Evan se preguntó cuándo y por qué se habían vuelto tan educados el uno con el otro. Su conversación parecía tan formal al punto de llegar a sonar tonta.

—No hay problema. Voy a ducharme.

Fue al dormitorio para sacar ropa interior y calcetines limpios. También cogió un pantalón de deporte y una camiseta de la cómoda y lo llevó todo al baño.

Abrió la ducha y echó la ropa en el cesto mientras se desvestía. Completamente desnudo, sacó la ropa, la dobló un poco y la volvió

a poner dentro del cesto. Actuaba como un idiota. Hacía demasiado tiempo que no vivía con una mujer. Y era la primera vez que vivía con una mujer que le gustaba tanto. ¿Qué debía hacer al respecto? El romance era lo último que tenía en mente. Sin embargo, en ese momento, su cabeza necesitaba un descanso.

Se metió bajo el chorro caliente y luchó enérgicamente por reprimir un gemido de placer. El agua era un bálsamo calmante que aliviaba todos sus dolores, masajeando y relajando suavemente sus tensos músculos. Sin embargo, habría preferido un masaje más potente. ¿Y si le pedía a Chelsea que le diera un masaje? No, ella estaba más cansada que él. Tal vez debería ofrecerse a darle un masaje, pero la idea de tocar esa piel suave y cremosa lo hizo endurecerse. No podía acercársele sin pensar en acostarse con ella, era imposible. Lo único que podía hacer era mantener la distancia por ahora y concentrarse en el caso.

En el fondo de su mente le dio rienda suelta a un pensamiento no deseado. Una vez que atraparan a Aideen, Chelsea volvería a su propia casa. Ya no habría más ropa de ella ordenada en un rincón de su tocador, ni más gel de ducha con aroma sexy, ni más pelos rubios en su cepillo de color cereza que tan bien lucía en su estante del baño. Sacudió la cabeza, con las gotas de su pelo mojado volando por todas partes. Estaba demasiado cansado para pensar en eso.

Después de bañarse y lavar su cabeza con champú, salió de la ducha y se secó con una toalla. Se vistió con ropa limpia y se lavó los dientes. De vuelta al salón, encontró a Chelsea masticando una galleta. Había acertado con el chocolate. Tenía mejor aspecto.

Al verlo, sonrió.

—¿Me toca a mí?

—Sí.

Evan asintió, devolviéndole la sonrisa.

Chelsea terminó su galleta, luego tomó suavemente a Kieran en sus brazos y lo bajó de su regazo al sofá. El gato emitió un pequeño maullido de protesta, luego abrió los ojos y miró a su alrededor.

Bostezando, se estiró desde la punta de la nariz hasta la cola. Chelsea se puso de pie y colocó las galletas en la mesa de café.

—Dejé algunas para ti —dijo, guiñándole un ojo a Evan mientras pasaba junto a él en dirección al dormitorio.

Se sentó en el lugar que ella acababa de dejar. Estaba caliente y su aroma aún permanecía en el aire; una fragancia sexy y atrevida, como la mujer que la usaba. Le sorprendió la cantidad de capas que había en ella, desde la brillante y premiada psicóloga hasta la diosa caliente y juguetona vestida de cuero negro ajustado, pasando por la mujer vulnerable que se había sentado aquí momentos antes, probablemente sintiéndose indefensa e incluso un poco asustada. ¿Quién podría culparla? Debe de ser aterrador que un maníaco obsesionado mate a las mujeres solo porque se parecen a ti.

Evan creía que Aideen representaba una escena cuando mató a Shannon y a Jenny. En su mente, mataba a Chelsea, una y otra vez. Tal vez estaba practicando hasta llegar a su verdadero objetivo. Eso no iba a suceder, no mientras él estuviera vivo.

Tenían el motivo, las pruebas, la identidad del asesino, todo lo que quedaba por hacer era encontrarla. Más fácil de decir que de hacer. Evan rascó el vientre de Kieran meditabundo, sin apenas darse cuenta de que el gato le arañaba juguetonamente la mano para evitar que le hiciera cosquillas. Estaba demasiado ocupado considerando los ases que tenía en la manga. Cogió su portátil y se puso a trabajar.

Lo primero que hizo fue revisar las cuentas de las redes sociales de O'Bannion, en busca de una pista sobre adónde iría si estuviera huyendo. Empezaría por su blog y se abriría camino a través de todos sus desplantes, aunque le llevara días. La clave de su ubicación podría estar en ese mar de palabras.

Accedió a su cuenta personal, pero luego cambió a *Black Dawn*. Este era el alter ego de Aideen, su lado oscuro. *Black Dawn* era el asesino. Empezó a mirar sus mensajes públicos. Se dio cuenta de que nunca se refería a nadie por su nombre cuando despotricaba,

sino que lo hacía como si la gente fuera basura en general. Era abiertamente misógina, a pesar de ser una mujer. Evan se dio cuenta de que por eso había asumido que *Black Dawn* era un hombre. Según su experiencia, los hombres eran mucho más misóginos que las mujeres. Pero ésta no era una mujer cualquiera.

También publicaba un montón de fotos y bocetos, y a veces citas de autores o poetas, siempre literatura oscura y farragosa, el tipo de garabatos que condenan y critican todo pero nunca aportan una solución.

Solo había unas pocas fotos que parecían haber sido tomadas por ella misma, primeros planos de fondos verdes y frondosos, moras, abejas. Había una de un muro de piedra contra un dramático cielo nublado. El muro estaba agrietado aquí y allá. En las pequeñas hendiduras crecían parches de musgo. ¿Dónde estaba ese lugar? Tal vez Chelsea reconocería algunos de estos lugares. Tal vez...

Sus pensamientos se interrumpieron al verla entrar en la sala de estar, descalza. Estaba envuelta en una toalla que le llegaba a medio muslo y llevaba otra envuelta alrededor de la cabeza. El color azul de ambas toallas resaltaba una belleza sobrenatural en sus ojos, y su piel rosada era tan suave y cremosa que se le hacía la boca agua.

—¿Por casualidad tienes un secador de pelo? —preguntó, con la boca torcida en una sonrisa escéptica.

Dejó el portátil a un lado y se levantó, rascándose la cabeza. ¿Tenía un secador de pelo? No, maldita sea. Deslizó los dedos por su propio pelo corto. No necesitaba uno, y nunca se le había ocurrido que alguien más lo necesitara. No en su casa.

—Me temo que no. Podría... ir a comprar uno —se oyó decir.

Chelsea se echó a reír.

—Ah, yanqui, puedes ser tan dulce cuando quieres. No te preocupes, me secaré el pelo con una toalla.

Miró a su alrededor, luego se acercó, cogió un cojín del sofá y lo puso al lado del anticuado radiador de hierro fundido.

Acurrucándose en el mueble, se quitó la toalla de la cabeza y se sacudió el pelo mojado.

A Evan se le secó la boca al ver cómo se frotaba el pelo suavemente con la toalla. ¿Cómo iba a mantener las manos alejadas de esta mujer? A pesar de que la toalla cubría la mayor parte de su cuerpo en su posición acurrucada, aún podía ver la piel. Las curvas de sus pechos tensaban el borde de la toalla y sus pezones hacían ligeras hendiduras bajo ella. Imaginó lo que había más allá del algodón azul. ¿Llevaba algo puesto? ¿Bragas? No puede ser. Había salido de la ducha. Las plantas de sus pies parecían tan sedosas como las de un recién nacido. Anhelaba desesperadamente rozar sus dedos sobre ellas. O mejor aún, sus labios.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó ella, echándole una mirada de reojo mientras giraba la cabeza hacia un lado, usando los dedos para desenredar su pelo mojado.

—¿Eh?

Señaló el ordenador portátil que tenía a su lado.

—Ah, eso —Evan extendió la mano para girar la pantalla hacia ella—. Estaba mirando las redes sociales de O'Bannion, la que tiene como *Black Dawn*. Espero que podamos encontrar una pista sobre su paradero actual. ¿Sabes dónde está este lugar?

Tomó el ordenador portátil y se dirigió a sentarse junto a ella, cerca del radiador. Era un dulce desafío al que no podía resistirse.

Chelsea bajó las manos y se apartó el pelo, mirando la pantalla. Era la foto con la pared de piedra. Frunció el ceño, mirando atentamente la imagen.

—Creo que es el cementerio de Glasnevin —instintivamente, alargó la mano para tocar la pantalla—. Sí, eso es. Conozco ese lugar. Mi madre está enterrada allí.

Evan nunca sabía qué decir en estas situaciones. Sin embargo, como alguien que había perdido a sus seres queridos, sabía lo que odiaba escuchar de la gente, que era básicamente todo. Cosas como “están en un lugar mejor”, “algún día entenderás por qué ha

pasado esto", "te están mirando desde el cielo" y otros tópicos similares que lo molestaban en lugar de reconfortarlo. Solo podía imaginar lo que había pasado Chelsea cuando era una niña, después del suicidio de su madre. Pudo vislumbrar la superficie de su trauma al enterarse de que había escrito un libro sobre la esquizofrenia. Un libro que, según ella, había tomado años de investigación.

En lugar de palabras, tomó su mano entre las suyas y la apretó. Esperaba que ella percibiera lo que intentaba transmitirle. Como respuesta ella devolvió el apretón, dejando claro que lo había hecho. Con un movimiento fácil y natural, se inclinó hacia él y apoyó la cabeza en su hombro. Con la espalda contra el radiador, Evan se sentía cada vez más acalorado, pero se habría quedado así para siempre, con ella a su lado. Incluso su respiración se hizo más lenta, no quería que nada arruinara este momento.

Chelsea miró su perfil, con la mejilla aún apoyada en su hombro.

—Si esperábamos que esto fuera una pista, hemos fracasado. No es posible que viva en un cementerio durante días, especialmente a principios del invierno.

—Es cierto.

Su pelo estaba medio seco ahora. Evan podía oler su champú, un olor cítrico que inundaba su olfato con cada uno de sus movimientos.

—¿Crees que alguna vez la encontraremos, Evan? Sinceramente.

—Sí —respondió con toda la determinación que sentía—. Seguiré cavando en todo esto hasta encontrarla. No pararé hasta lograrlo. Y mientras tanto, pase lo que pase, te mantendré a salvo.

Se giró hacia ella y tomó sus mejillas entre las palmas de las manos, mirando fijamente a esos ojos amatistas y atormentados. La confianza absoluta que vio en ellos le dio alas. Chelsea se humedeció los labios, y entonces él vio algo más en ese gesto, algo que coincidía con su propio anhelo.

Luchó con su conciencia un segundos más, deseando perder. ¿Por qué tenían que contenerse? Sentía que ella lo deseaba tanto como él. Entonces, ¿qué les impedía actuar en consecuencia? Chelsea no era Mandi Klein, y él había sido un idiota al no darse cuenta desde el principio. Ambos tenían problemas, el momento no era el adecuado, estaban en la búsqueda de un asesino, pero todo eso formaba parte de ser policía. Dado que Chelsea estaba ayudando a la Garda, la consideraba también como tal. Los policías tenían vidas personales, tenían necesidades y deseos. Arriesgaban sus vidas más que la gente común. ¿No significaba eso que debían disfrutar aún más de los buenos momentos?

Evan la miró a los ojos, buscando la respuesta. Supo que tenía razón al ver sus párpados caer y su boca alzarse hacia él. Con un movimiento fluido, bajó su boca hasta la de ella y se perdió en su dulce sabor.

20

Chelsea se dejó perder en la profundidad de su beso. Su boca era cálida y hábil, sus labios suaves, su lengua atrevida. Se derretía por dentro. Nunca había experimentado un deseo tan poderoso, una atracción tan magnética hacia otro. Si antes pensaba que él era sensual, ahora, con sus bocas fundidas, sabía que era dinamita. Sus pensamientos desaparecieron al ser arrastrada hacia él por la cintura. Solo podía sentir.

Inclinó su cuerpo para presionarlo contra el suyo, incapaz de acercarse lo suficiente. Mientras se abrazaban más íntimamente y seguían besándose con fuerza, sintió que la toalla se deslizaba poco a poco. Era un placer tener las manos de Evan en su espalda desnuda, acariciando sus caderas desnudas. Su autocontrol se escurrió junto con la tela húmeda.

Como si compartiera sus sentimientos, Evan apartó la boca, respirando con dificultad. La miró fijamente, con sus ojos marrones ahumados y la excitación dilatando sus pupilas.

Chelsea sentía que estaba a punto de decir algo, tal vez para preguntarle si estaba segura de esto. Habría sido una pérdida de tiempo y de aliento. Lo había deseado desde la primera vez que lo vio. Sin palabras, atrajo su boca hacia la suya, enterrando los dedos en su pelo, rozando con los dientes su labio inferior.

Le tocó el pecho y ella jadeó de placer. Su pezón se tensó bajo su contacto y arqueó la espalda, deseando más. Tuvo la impresión de que se mareaba al sentir que su boca bajaba hasta a la sensible piel de su cuello. Se dejó caer sobre la gruesa y mullida alfombra, arrastrando a Evan con ella. Él se apoyó en sus manos, con su

cuerpo caliente y duro sobre el de ella.

—Aquí no —susurró contra sus labios—. Deja que te lleve a la cama. Quiero que esto sea perfecto.

Se impulsó hacia arriba y la atrajo con él, luego la arrastró con fluidez hacia sus brazos. Chelsea no tuvo tiempo de cohibirse porque estaba desnuda, mientras que él estaba completamente vestido.

En unos instantes, en el dormitorio, él la tumbó en la cama. Su gigante sexy y gentil, que le hacía la boca agua... Se acercó y tiró de él sobre las suaves sábanas de algodón. Casi le arrancó la camiseta en su desesperación por quitársela y recorrer con sus manos su pecho, sus músculos redondeados y su abdomen firme. Su mano continuó bajando y sus dedos curiosos lo hicieron gemir.

Con unos pocos movimientos ágiles, estaba desnudo. El deseo hizo que su cuerpo se estremeciera mientras bajaba sobre ella. Chelsea sentía que él no quería precipitarse, pero la tentación era demasiado fuerte, la necesidad demasiado poderosa. Habían esperado mucho tiempo para esto, y ahora era muy tarde para la paciencia. Se movieron al unísono, y un suave empujón lo introdujo dentro de ella, con fuerza y profundidad. El grito de satisfacción de Chelsea se mezcló con el jadeo de él. Se abandonaron el uno al otro, moviéndose a un ritmo tan hambriento como tierno. Mientras se aferraban, con sus bocas sorbiéndose la una a la otra, Chelsea se dio cuenta de que ese hombre era todo lo que siempre había deseado. Si él estaba dispuesto, ella también se convertiría en todo lo que él siempre había querido.

El orgasmo compartido fue estremecedor, jadeaban, sin querer soltarse. Chelsea quería quedarse así para siempre, con él firme dentro de ella, con sus brazos fuertemente envueltos alrededor de él, con su cara apoyada en su cuello. Una fina capa de sudor hacía brillar su espalda mientras subía y bajaba al ritmo de su rápida respiración. Pequeños escalofríos recorrían sus cuerpos, haciendo que su conexión fuera aún más fuerte. Porque esto no había sido

solo sexo, habían hecho el amor.

Pero a medida que la bruma de la lujuria y la liberación comenzaba a desvanecerse, la duda se apoderaba de ella. ¿Y si esta conexión solo estaba en su mente porque lo deseaba tanto? ¿Estaba dándole demasiada importancia a lo que acababa de suceder? Deseaba tener más experiencia con los hombres. Era increíble que pudiera leer tan bien a un desconocido, pero no era lo suficientemente perceptiva cuando estaba cerca de la persona que intentaba descifrar.

Evan levantó la cabeza lentamente. Su corazón colmado de calor al ver sus ojos cargados de una ardiente ternura. Tenía razón. Se preocupaba por ella, quizás más de lo que imaginaba.

Su mano parecía pesar una tonelada, pero la levantó para acariciar su mejilla. Evan cerró los ojos, giró la cara y le besó suavemente la palma de la mano. Chelsea sonrió, recorriendo la línea de su pómulo, y luego su mandíbula, que se sentía como papel de lija debido a su barba incipiente. Sabía que a la mayoría de los hombres no les gustaban las charlas postcoitales, y a ella le parecía bien. De todos modos, no sabía qué decir. Guió la cabeza de él hacia su pecho y levantó el edredón para cubrirlos a ambos. Era una sensación increíblemente poderosa tener a ese hombre grande y fuerte reducido a un niño cariñoso mientras la abrazaba, con la mejilla curvada en una sonrisa y apoyada en su pecho. Esta simple unión la llenaba de felicidad. Era un poco incómodo sostener todo su peso, pero no se atrevía a moverse. No quería hacer nada que estropeara este momento, así que se limitó a disfrutar de su cercanía, con una sonrisa.

Permanecieron así, escuchando la lluvia que repiqueteaba sobre el pavimento. La luz de la calle se filtraba por la ventana, añadiendo un resplandor plateado a la porción de luz que entraba por la puerta abierta del dormitorio. Este espacio era cálido y acogedor, la penumbra se volvía sensual e íntima. Las preocupaciones y los horrores de los últimos días parecían lejanos, exiliados en el exterior, arrastrados por las gotas que caían.

La respiración de Evan comenzaba a calmarse, al igual que la suya. Chelsea pensaba que estaba dormido o a punto de dormirse cuando él habló, con una voz suave y baja.

—¿Cómo es que una mujer como tú sigue soltera?

Ella soltó una suave carcajada.

—Tendrás que explicar qué entiendes por una mujer como yo.

Evan levantó la cabeza y luego movió sus cuerpos para que ella se acostara sobre él.

—Hermosa, sexy, inteligente, independiente, exitosa, sensible... Podría seguir, pero no quiero sonar como un adulador hechizado por el momento.

Ella se unió a su risa, sus mejillas se calentaron en respuesta a sus elogios.

—Vaya, no sé qué decir. Supongo que gracias es lo primero que me viene a la mente, aunque no puedo decir honestamente que siento que soy todas esas cosas.

—Así es como yo te veo.

—Por eso dije gracias y lo dije en serio —aclaró, besando su pecho desnudo—. Para responder a tu pregunta, supongo que nunca encontré un hombre con el que me sintiera completamente compatible. A partir de cierta edad una se vuelve más selectiva, más exigente. Siempre he pensado que lo justo en una relación es que cada miembro de la pareja dé tanto como reciba. Nunca he tenido una relación en la que sintiera que se cumplía ese equilibrio. A veces el hombre no estaba a la altura de mis expectativas, otras veces era yo la que carecía de algo que impedía esa compatibilidad —trazó círculos distraídamente en su pecho, observando cómo los finos pelos se arremolinaban bajo su tacto—. Cuando era más joven, soñaba con una historia de amor loca y apasionada, como la mayoría de las mujeres. La diferencia es que, mientras estas mujeres superaron esa fantasía, yo nunca lo hice — le sonrió.

Él devolvió la sonrisa, con sus dientes brillando en la penumbra.

—¿Sigues creyendo en el príncipe azul?

—Ahora más que nunca.

La expresión de Evan mostró satisfacción ante su respuesta. Le cogió la nuca y la acercó para darle un beso lento y profundo. Chelsea no quería parar, pero necesitaba hacer sus propias preguntas. Suavemente, se separó, manteniendo la cabeza sobre su hombro, lo suficientemente lejos como para poder ver su rostro.

—¿Y tú, Evan? ¿Cómo es que sigues soltero?

Él miró por la ventana y se encogió ligeramente de hombros, subiendo el edredón para cubrir su espalda. Chelsea encontró el gesto considerado y entrañable.

—Supongo que por las mismas razones que tú. Nunca he encontrado a esa persona especial que me haga querer quedarme para siempre. Para ser justos, no la busqué. Me centré en mi carrera en detrimento de mi vida personal.

—¿No te sentiste solo?

Tomó su mano y enlazó sus dedos con los de ella, contemplando sus manos unidas con una atención quizá exagerada.

—Dicen que no se puede echar de menos algo que nunca se ha tenido. No sé si me sentía solo antes, pero ahora me sentiría condenadamente solo sin ti.

Cuando sus ojos se encontraron, Chelsea tragó saliva. Luchó con todas sus fuerzas para no dejar que sus ojos se empañaran de lágrimas. Su confesión era más valiosa que una docena de “te quiero” y mil rosas.

Sonrió, mostrándole lo mucho que apreciaba sus palabras y el significado que tenían. Debía dejar claro que comprendía sus sentimientos. Su declaración de amor era prematura, pero por primera vez en su vida vislumbró el futuro de esa promesa en sus ojos.

—Me alegro de no haber renunciado a mi cuento de hadas —susurró ella contra sus labios, y luego apretó su boca ardientemente contra la de él, casi ronroneando ante el reclamo posesivo de sus fuertes brazos.

El sonido del teléfono de Evan hizo que ambos se sobresaltaran. Ella hubiera preferido ignorarlo, pero la razón se impuso.

—Es tu teléfono —dijo Chelsea—. Está en la cocina.

Salió corriendo de la cama y se precipitó por la puerta abierta hacia la cocina. Chelsea lo oyó contestar, escuchar y luego terminar la conversación de forma enérgica: "Estaré allí lo antes posible".

El sonido de esa declaración tenía una cualidad amenazante que la puso sobria al instante. Se sentó derecha en la cama, envolviendo la sábana alrededor de sus pechos. Algo iba mal. Esperó a que la sombra de Evan apareciera en la puerta, preocupándose cada vez más al ver que no aparecía. El silencio la puso nerviosa.

—¿Evan? ¿Quién era?

Se dirigió al dormitorio. Chelsea encendió la lámpara de la mesita de noche para verlo mejor. Su expresión sombría dejó un nudo en su estómago. Algo iba muy mal.

—Era el operador —dijo.

Se inclinó para recoger sus bóxers y luego se los puso.

—¿Qué querían?

Evan no respondió de inmediato. Se acercó a la cómoda y se puso unos vaqueros y un jersey. Cuando se sentó en la cama para ponerse los calcetines, finalmente la miró.

—Se ha denunciado la desaparición de una mujer —dijo—. Se llama Alice Winters. Su hermana llamó a la Garda no hace mucho y dijo que Alice debería haber llegado a casa hace cuatro horas, y no lo ha hecho. Afirma que Alice nunca llega tarde. El agente que atendió la llamada lo investigó y, como su descripción física coincide con la de mis dos víctimas, pensó que debía hacérmelo saber.

Chelsea no podía tragarse el nudo en la garganta. De repente, su piel estaba húmeda y una ola de frío la invadió.

—¿Crees que Aideen mató a esta mujer? —preguntó, con la voz ronca.

—No lo sé. Mientras esté en libertad, no podemos descartar la posibilidad. Por eso voy a comprobarlo.

—Voy contigo.

—Por supuesto que no —Evan se sentó en la cama junto a ella y la agarró por los hombros, impidiéndole levantarse—. Chelsea, esto podría ser solo una coincidencia. Estoy bastante seguro de que Aideen está demasiado ocupada escondiéndose ahora mismo como para buscar otras víctimas.

—Esta mujer podría haber estado en su lista desde antes —argumentó Chelsea—. Evan, Aideen es inestable e imprevisible. Si cree que es tan buena, como la descubrieron, querrá acabar con toda la gente que pueda.

—Incluida tú. Especialmente tú. Por eso no vas a ir a ninguna parte. Estás a salvo aquí, y necesito saber que estás bien para poder hacer mi trabajo. Tengo un sistema de alarma, y te dejaré mi arma de repuesto.

Fue a un cajón y sacó una pistola, comprobó si estaba cargada y se la acercó a Chelsea.

Ella nunca había sostenido un arma. El frío acero fue un shock para su piel, y también lo fue el peso de la pistola. No creía estar sosteniendo el arma en su mano, sabiendo el poder que tenía para destruir la vida.

—No sé cómo usar esto, Evan.

—Aprieta el gatillo —sonrió torcidamente, tratando de restarle importancia. En poco segundos, le mostró cómo soltar el seguro, sujetar y apuntar el arma—. Estoy seguro de que no la necesitarás, pero si estás en una situación de vida o muerte, debes tener protección. Si mantienes todas las ventanas y puertas cerradas, no hay forma de que nadie pueda entrar. La anciana que vivía aquí creía en la necesidad de estar protegida. El sistema de seguridad es muy bueno, además hay un cerrojo y un botón de pánico. No podrías estar más segura en ningún otro sitio.

—Estaría más segura a tu lado —murmuró ella, y luego lo miró fijamente—. No tengo miedo, Evan. Quiero estar ahí por si me

necesitas, por si puedo ayudar, por si la capturamos... No sé. Necesito hacer algo, ¿no lo entiendes? —exigió ella, deseando que él percibiera su desesperada necesidad de actuar.

Evan enfundó su arma, acomodándola en su cadera. Luego se arrodilló para quedar frente a frente con ella.

—Lo entiendo, y estás ayudando. Gracias a ti sabemos quién es, conocemos sus hábitos, podemos anticipar algunas de sus reacciones. Sé que intentará llegar a ti, Chelsea, y no puedo soportar esa idea. ¿Puedes entenderme? ¿Puedes entender que necesito saber que estás a salvo para poder pensar con claridad y atrapar a esta loca de una vez por todas?

Sus ojos se clavaron en los de ella, con una expresión feroz.

Chelsea se debatía entre su propia necesidad de acción y la obligación objetiva de hacer lo que debía. No era fácil aceptar que no podía hacer nada en este momento. Sin embargo, cuanto antes lo comprendiera, antes podría Evan empezar a hacer su trabajo.

Asintiendo, bajó el rostro y colocó el arma a su lado.

—Ten cuidado —dijo, envolviendo la sábana caída una vez más alrededor de sí misma—. Y llámame si hay algo que pueda hacer. Por favor, mantenme informada y avísame cuando sepas algo.

—Te lo prometo —la besó, apretando su hombro—. No abras la puerta a nadie y mantén todas las ventanas cerradas. Las revisaré antes de irme. El código de la alarma es 3-8-9-5, pero no lo necesitarás. No desactives la alarma bajo ninguna circunstancia, ¿de acuerdo? El botón de pánico está en ese cajón —añadió, indicando un tocador—. Nunca lo he usado, pero el dueño me aseguró que funciona.

—De acuerdo.

—Estaré en contacto —dijo, mientras comprobaba la ventana.

Tras recorrer rápidamente la casa para cerciorarse de que las puertas y las ventanas estaban bien cerradas, Evan se puso la chaqueta y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Chelsea se quedó mirando la pistola que le había dado por un instante. Nunca había disparado una y esperaba no tener que

hacerlo nunca, pero le tranquilizaba saber que estaba allí. Se levantó de la cama y se puso una de las camisetas de Evan. Las mangas cortas le llegaban a los codos y el borde casi le llegaba a las rodillas.

Se preguntó qué le habría pasado a esa pobre mujer, Alice. ¿Habría alguna relación entre su desaparición y la de Aideen O'Bannion? ¿Había desaparecido o se trataba de una falsa alarma? Dios, eso esperaba. Deseaba que Evan volviera o llamara para decir que todo había sido un malentendido, que Alice estaba en casa y todo estaba bien.

Si seguía pensando en ello, se volvería loca. Entró en el salón y encontró a Kieran en el sofá. El gato estaba profundamente dormido, pero sus orejas se movieron cuando ella entró. Encontró su teléfono en la mesa de centro, comprobó si estaba cargado, y se alegró de que así fuera.

Se acurrucó en el sofá, con el teléfono en la mano, y revisó sus correos electrónicos. Nada importante. Mordiéndose el labio inferior, accedió a su cuenta de redes sociales y buscó a Alice Winters. Había docenas de ellas, pero cuando filtró los resultados para incluir solo a personas ubicadas en Dublín, solo había una.

—Dios —susurró mientras miraba las fotos de la mujer.

Tal vez fuera solo porque Chelsea lo estaba buscando, pero había un marcado parecido entre ella y Alice. Tenía un cabello rubio similar que hacía juego con sus cejas y unos hermosos ojos azules. Su boca era más llena que la de Chelsea y sus pómulos más redondos; sin embargo, no podía juzgar la altura de Alice con precisión. Pero era indiscutible que las similitudes estaban ahí. Al igual que Shannon y Jenny, las descripciones físicas de las mujeres coincidían con un tipo.

—El tipo Chelsea —murmuró con amargura.

¿Cómo no sentirse culpable? Si solo... ¿Qué? ¿Qué podría haber hecho para evitarlo? ¿No recibir el premio por su trabajo? ¿No escribir su libro sobre la esquizofrenia? ¿Seguir siendo amiga de una psicópata?

Masajeando el puente de su nariz, sacudió la cabeza en señal de derrota. La verdad era que no había nada que pudiera haber hecho para evitar que Aideen se convirtiera en lo que se había convertido. Algo lo habría desencadenado en algún momento, es cierto. Pero Chelsea no podría haber previsto nada de esto. Ella había sido solo una excusa. Incluso si no hubiera existido, Aideen habría elegido a otra persona como objetivo de su fijación.

Chelsea volvió a mirar el teléfono. Alice no compartía mucha información pública. Según su perfil, trabajaba como conservadora en una galería de arte. No había información sobre su situación sentimental, sus opiniones religiosas o su orientación política. Tampoco había publicado muchas fotos, pero las que tenía eran impresionantes, probablemente tomadas por un fotógrafo profesional. Había una en la que aparecía con un vestido plateado brillante en un evento artístico. Otra la mostraba en una vieja y oscura calle, en un día de lluvia. La foto era en blanco y negro, y el único punto de color en ella era el paraguas rojo de Alice. Chelsea sonrió ante la belleza de la imagen. Su sonrisa se derrumbó cuando pasó a la siguiente foto. Alice y un gato negro, ambos acurrucados en un sofá blanco.

El corazón de Chelsea comenzó a latir más rápido. Esta era la prueba de que la desaparición de Alice no era una coincidencia. Aideen la había elegido, probablemente hacía días. No era una decisión al azar. Obviamente, Aideen había hecho su investigación. A pesar de que estaba huyendo, había seguido adelante con su plan. Chelsea temía tener razón sobre esta mujer inestable que estaba acorralada y no tenía nada que perder. Se llevaría con ella a tanta gente como fuera posible. Si estaba siguiendo su patrón, Alice Winters ya estaba muerta.

Un sollozo le atravesó el pecho. Otra mujer muerta por su culpa. Por mucho que Chelsea intentara convencerse de que no era culpable, todo estaba demasiado reciente para lograr desprenderse de la agonía y mirar la situación con objetividad. ¿Cuántas mujeres más morirían? ¿Cómo la Garda atraparía a Aideen si no tenían ni

una sola pista útil para localizarla?

En su desesperación, ni siquiera se inmutó cuando su teléfono señaló un correo electrónico entrante. No podía imaginar que fuera nada importante, pero lo comprobó de todos modos por costumbre. Sin pensar, tocó la pantalla y se le heló la sangre al verlo. El remitente era *Black Dawn*. Con el corazón en vilo, Chelsea pulsó para abrir el correo electrónico.

Era una foto de Alice Winters, con los ojos muy abiertos y la boca cubierta con cinta adhesiva. Solo se le veía el rostro y la parte superior del cuerpo. Tenía las manos pegadas con cinta adhesiva y una gruesa cuerda alrededor del cuello. Estaba atada a la lápida que marcaba la tumba de la madre de Chelsea.

Debajo de la foto había un mensaje escrito en mayúsculas:

TIENES UNA HORA PARA VENIR SOLA AL CEMENTERIO DE GLASNEVIN. SIN LA POLICÍA, SIN TELÉFONOS, SIN ARMAS —O ELLA MUERE.

21

Le había otro vistazo a la foto de Alice. Se permitió un último escalofrío antes de endurecer la mandíbula. Nunca había experimentado la fría determinación que descendió sobre ella. De repente, supo lo que tenía que hacer. Una voluntad inquebrantable se extendió por sus venas, borrando cualquier rastro de miedo o duda. Salvaría a esa mujer. Iba a salvar a Alice. Se enfrentaría a Aideen y la derribaría.

Todos estos pensamientos pasaron por su mente en cuestión de segundos, mientras se apresuraba a entrar en el dormitorio y se ponía los vaqueros y el jersey. Dudó, pero decidió meterse la pistola que Evan le había dado en la parte baja de la espalda. Esto no era algo que Aideen pudiera rastrear con sus habilidades informáticas, y si Chelsea quería tener alguna posibilidad, necesitaría el arma. Estaba segura de que Aideen también estaba armada, solo Dios sabía con qué.

Mientras corría hacia la puerta principal y se ponía el abrigo, su mente trabajaba frenéticamente. Cogió su bolso y sacó las llaves del coche. ¿Qué más podía llevar? No se atrevía a coger su teléfono porque Aideen podría rastrearlo de alguna manera a través del GPS.

¿Debería llamar a Evan? Aideen también podría rastrearlo. Podría haber intervenido su teléfono y seguir sus llamadas. Chelsea sospechaba que Aideen estaba buscando una razón para matar a Alice, y no le daría una.

Además, no pondría a Evan en peligro. Tenía que hacerlo sola

para recuperar la confianza en sí misma. Hasta hace poco, Aideen no era más que un recuerdo lejano, uno en un millón. Ahora se había convertido en su némesis, una a la que Chelsea tenía que enfrentarse y derrotar de una vez por todas.

Introdujo el código para desactivar la alarma, salió y se detuvo por un instante para escuchar la puerta cerrarse tras de sí. Bajó corriendo las escaleras, agradeciendo que su coche estuviera allí. Había insistido en traerlo por si tenía que salir cuando Evan no estuviera en casa. Con suerte, sería una decisión que le salvaría la vida.

Al arrancar el motor, trazó mentalmente la ruta más rápida hacia el cementerio de Glasnevin. El tiempo era escaso, demasiado escaso. ¿Y si no cumplía el plazo y llegaba solo para encontrar a Alice muerta? No. Aideen la esperaría. Si conocía algo de los psicópatas, sabía que Aideen querría que ella presenciara la muerte de Alice. Y Chelsea no iba a permitirlo.

Giró a la derecha, haciendo lo posible por respetar el límite de velocidad. Lo último que necesitaba era que la detuvieran a medio camino. La carretera estaba resbaladiza por la lluvia que continuaba cayendo, reduciendo la visibilidad y haciéndolo todo borroso. Los limpiaparabrisas apenas podían seguir el ritmo. Aunque parezca absurdo, Chelsea sentía que el cielo lloraba, intentando impedir su enfrentamiento con Aideen. ¿Era un llanto de tristeza o una promesa de triunfo? ¿Quién ganaría en esta gélida noche de noviembre? ¿Ella? ¿Su enemiga? ¿Sería ella la última víctima de Aideen? ¿Moriría junto a la tumba de su madre?

—Ni de coña.

Miró su reloj por enésima vez. Habían pasado veintisiete minutos. Quedaban treinta y tres. Lo lograría. Si hubiera tenido más tiempo para encontrar una manera estratégica de abordar la situación, para hacer un plan. Aideen no era tan tonta como para darle esa oportunidad.

Imaginó la topografía del cementerio. Era un lugar que conocía muy bien, pero Aideen también. Habían pasado mucho tiempo allí

juntas. Si hubiera sabido entonces a dónde la llevaría aquella destructiva amistad...

Chelsea se sacudió la pena. No le hacía ningún bien, y tampoco la idea de que Aideen profanara la tumba de su madre. Chelsea no había estado allí en varias semanas, pero conocía el terreno. Había árboles por todas partes, lo que le daría una ventaja. Sabía dónde estaba Aideen, a diferencia de ella, que no sabía de qué dirección vendría Chelsea. Era una pequeña ventaja, pero aun así era algo.

Las puertas del cementerio aparecieron en su rango de visión. Miró su reloj. Le quedaban diecisiete minutos. La barrera que daba acceso al aparcamiento de la entrada estaba caída. Chelsea apagó el motor y se apresuró a salir del coche, con cuidado de no dar un portazo. Agradeció la hora tardía y el mal tiempo. Al menos no había nadie más cerca para convertirse en una víctima colateral.

La lluvia se ensañó con su cara, golpeando su cabeza, ahogando su visión. Dejaba escapar el aire entre nubes rítmicas de vapor, mientras que sus pasos se convertían en trote. En lugar de dirigirse al camino principal, tomó una ruta adyacente y decidió caminar a lo largo del muro de piedra. No era una tarea fácil porque el muro, bordeado por una espesa vegetación, estaba construido en una pendiente bastante pronunciada. El agua de lluvia se había acumulado en la zanja. Mientras se abría paso entre la espesa maleza y los árboles, Chelsea sintió que el agua helada subía y le llegaba a los tobillos. Estaba dolorosamente fría. Sus pies se atascaban en el barro a cada paso. Las ramas perdidas le arañaban la cara y las manos, que mantenía en alto para protegerse. Sin embargo, la lluvia era conveniente. El sonido de las gotas sobre los carriles de cemento y las lápidas de mármol enmascaraban cualquier ruido en las inmediaciones de la necrópolis.

Le quedaban cinco minutos cuando calculó que estaba cercana a la tumba de su madre. Con cautela, se detuvo y miró el muro, lustroso por la lluvia. No era muy alto, pero a ella le parecía enorme. ¿Cómo iba a escalar ese muro? ¿Había cometido un error que iba a costar al menos una vida?

—¡Maldita sea!

Jadeando, miró a su alrededor. Era inútil. No veía más que oscuridad. Arrodillándose, empezó a buscar una roca, un tronco caído, algo que pudiera utilizar para impulsarse. No había nada. Desesperada, apoyó las manos en la pared y tanteó el terreno para subir. Casi dio un grito de alegría al sentir una pequeña grieta en la barrera de piedra. No era profunda, pero le bastaba para poner el pie e impulsarse a sí misma. Buscaba salvajemente el pequeño agujero hasta encontrarlo y tuvo una centésima de segundo para coordinar sus extremidades congeladas, dar el salto y agarrarse al borde de la pared. Levantar el pie requería un esfuerzo hercúleo, pero la adrenalina estaba haciendo gran parte del trabajo pesado en ese momento. De repente, había superado el muro, aterrizando con un silencioso chapoteo en el barro del otro lado.

Miró las docenas de lápidas a su alrededor. Había suaves luces nocturnas esparcidas aquí y allá, que daban al camposanto una cualidad surrealista. Aunque la ayudaban a orientarse, también jugaban en su contra porque ahora no podía pasar desapercibida. Avanzó entre las tumbas, dirigiéndose al lugar donde estaba enterrada su madre. Se esforzó por permanecer en las sombras y disimuló su aliento humeante subiendo el cuello de su jersey para cubrirse la boca.

Miró su reloj. Quedaban dos minutos. Ya casi estaba allí. Se detuvo junto a un roble y se apoyó en el robusto tronco. Y al asomarse más allá de él, mientras intentaba vislumbrar el lugar aproximado de la tumba de su madre, vio una silueta débilmente delineada por la tenue luz y las salpicaduras de las gotas de lluvia. Aideen.

Los ojos de Chelsea se entrecerraron involuntariamente y sus fosas nasales se encendieron. Por fin tenía la oportunidad de enfrentarse a esa zorra que se había metido en su vida para destrozarla, llevándose otras dos más a su paso. Era la hora de la venganza, para Shannon, para Jenny, para Alice... para ella misma.

Como un guerrero antes de una batalla, luchó por estabilizar su

respiración y reunir fuerzas. La imagen de un Evan sonriente, con su rostro tranquilo y apoyado en su pecho, pasó por su mente. Si Dios la observaba esta noche, la ayudaría a regresar a su amante, a su amor. Quería disfrutar de más momentos como ese con Evan durante el resto de su vida. Pero primero, debía terminar su trabajo.

Metió la mano bajo su abrigo mojado, e inmediatamente sintió el frío y tranquilizador acero de la pistola en la parte baja de su espalda. Después de pensarlo un momento, la cogió y se la llevó a la cadera derecha, donde estaba oculta por el abrigo, pero fácilmente accesible. Luego, salió de las sombras.

Al acercarse, vio a Alice atada a la lápida donde personas que no conocía habían grabado algunas palabras en la piedra y en su memoria: *Aquí descansa Cassandra, amada esposa de Martin y amorosa madre de Chelsea. Te echaremos mucho de menos*.

Aideen se paseaba a varios pasos de distancia. La luz de una lámpara alta y delgada caía sobre ella, y Chelsea la vio desde atrás. Llevaba un abrigo de cuero negro y botas gruesas. Llevaba el pelo empapado de agua de lluvia y un revólver de aspecto mortífero en la mano derecha. Chelsea tragó saliva, deseaba tener un chaleco de kevlar,[1] deseaba haber practicado tiro al blanco... Pensamientos inútiles ahora. La mejor arma que tenía era su cerebro y tenía que evitar que Aideen le metiera una bala.

Respiró profundamente y dio otro paso adelante.

—Hola, Aideen.

Sintió una oleada de satisfacción cuando Aideen se giró sorprendida y dio un paso atrás. En algún rincón de su mente, Chelsea se sorprendió de no haber temido por su vida en el instante en que Aideen le apuntó con la pistola. Su mirada no se concentró en el arma, solo miró la cara de Aideen.

De repente, fue como si el tiempo se detuviera y volvieran a estar en el instituto. Estudió a Aideen, al igual que aquella mujer la estudió a ella. El tiempo había sido amable con su antigua compañera de clase. No había cambiado mucho, además de su pelo

teñido, oscurecido y pegado a la cabeza por la lluvia. Solo había unas pocas líneas en su rostro, lamentablemente ninguna de ellas era de felicidad. Por lo general, la soledad y la amargura dejaban huellas en el rostro, pero Aideen podía pasar por una niña en lugar de una mujer. Seguía siendo delgada, sin curvas visibles bajo su ropa negra. Pero más allá de la piel lisa, su rostro la delataba. Era una máscara de rabia, y sus ojos brillaban de odio y locura.

—Vaya, vaya, la psicóloga del momento por fin aparece —dijo Aideen, mostrando sus dientes en un rictus de sonrisa.

Su voz sonaba justo como Chelsea la recordaba, desigual y aguda como la de su madre. Era la voz de una adolescente durante la pubertad, oscilando entre altibajos relacionados con los cambios hormonales. Chelsea se preguntó qué procesos habían pasado por la mente de Aideen para que no pasara de esa etapa de la vida.

Se le apretó el pecho al ver el rostro aterrorizado de Alice. La sangre corría por sus sienes, las lágrimas inundaban sus mejillas y parecía tener dificultades para respirar. Miró implorante a Chelsea, con los ojos muy abiertos y aterrorizados.

—Suéltala —le dijo Chelsea a Aideen, inclinando la barbilla hacia Alice—. Esto es entre tú y yo ahora. Ya no la necesitas.

Aideen soltó una breve carcajada.

—¿Dejarla ir? De ninguna manera. Tengo grandes planes para ella.

—Al menos quítale la cinta adhesiva de la boca. Tiene la nariz tapada por las lágrimas, no puede respirar.

Chelsea se esforzó por no arrodillarse junto a la joven herida y arrancar ella misma la cinta adhesiva, pero sabía que si hacía un solo movimiento tanto ella como Alice estarían muertas.

Aideen miró a Alice y se encogió de hombros.

—Ella está bien. De todos modos, no importa. No soy estúpida, doctora Campbell. ¿Cree que le liberaría la boca para que pueda gritar como una loca y arruinar nuestra pequeña fiesta?

Chelsea apretó los dientes, temiendo insistir. Cualquier cosa podría hacer estallar a Aideen y llevarla al límite. Diablos, todo

estaba al borde del colapso. Le lanzó a Alice una mirada de "espera" y luego centró toda su atención en Aideen.

—La gente no lleva armas a las fiestas, por lo menos a ninguna en la que yo haya estado —dijo, manteniendo la calma.

—¿De verdad? ¿No llevaba tu novio su pistola en la fiesta de Halloween, a la que fuiste la semana pasada?

—¿Estuviste allí?

Aideen sonrió.

—Siempre estoy. Lo sé todo sobre ti, Chelsea. Y sobre él. Me propuse matar a esa perra allí mismo, para que tú y él la encontraran. El primer cuerpo fue una coincidencia, pero después de darme cuenta de por dónde iban las cosas entre ustedes, pensé en divertirme un poco —volvió a reír—. Está tan jodido de la cabeza como tú. Un policía roto que todavía está de luto por sus padres y que ya no puede lidiar con casos difíciles. Es un delincuente, ¿sabes? —dijo burlonamente—. Se suponía que debías preguntarte si él era el asesino, después de recibir esos correos electrónicos sobre su pasado.

—Nunca pensé eso. ¿Por qué lo hiciste, Aideen? ¿Por qué mataste a esas pobres mujeres? ¿Por qué quieres destruirme?

—¡Porque dejaste de ser mi amiga!

Su grito reverberó alrededor de las lápidas. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas junto con las gotas de lluvia, haciéndola parecer un personaje de algún cómic. Su rostro hacía las muecas de quien sufre un dolor insoportable.

Todo parecía un sueño: la situación, el entorno, Aideen... Chelsea hizo todo lo posible por no mirar el cañón de la pistola, ni reconocer el gatillo de fácil acceso para Aideen.

—Por tu culpa todo el mundo me odiaba —dijo Aideen, bajando la voz—. El instituto era divertido hasta que me dejaste como si fuera basura.

—Me traicionaste —le recordó Chelsea, y luego se desvió rápidamente cuando los ojos de la asesina se entrecerraron—. Quizá no debería haber dejado de hablarte, pero solo era una niña,

Aideen. No distinguía el bien del mal; para mí todo era blanco o negro por aquel entonces. Diablos, deberías haber intentado hablar conmigo, decirme cómo te sentías...

—¿Con qué fin? No habría servido de nada. Siempre pensaste que eras mejor que yo.

—Eso no es cierto.

—¡Sí lo es! —Aideen ya no podía controlar su voz—. ¡Ese día mi vida cambió, maldita perra! Tuve que cambiarme de instituto porque ya nadie me hablaba. Arruinaste mi vida, mi autoestima, me quitaste mis amigos, mientras tú seguías adelante y te convertías en una puta estrella, en una psicóloga premiada. ¿Sabían que tu madre estaba loca? ¿La gente que te dio ese premio? ¿Sabían que eres un fraude y que siempre trataste de ocultar que ella se suicidó?

—Eso no es cierto —dijo Chelsea entre dientes—. No traté de ocultarlo, pero seguro que no lo anuncié. Tú te encargaste de eso cuando estábamos en el instituto, ¿recuerdas? ¿Recuerdas todas las mentiras que decías sobre mí? ¿Y ahora intentas decir que he arruinado tu vida?

—¡Lo hiciste! Siempre me trataste como tu sombra. Nadie me veía por tu culpa. Siempre eras la guapa, y todos los chicos se interesaban por ti, nunca por mí. Siempre me bloqueaste de la vista de los demás. Me hiciste invisible para todos. Ahora voy a hacerte invisible, igual que hice con las otras zorras superficiales y egocéntricas. ¿De qué les sirvió su belleza? Se están pudriendo en el suelo, como tú lo harás pronto.

Levantó la pistola y apuntó directamente al pecho de Chelsea.

Chelsea seguía aturdida por la retorcida forma en que Aideen había razonado todo en su mente. Ya no tenía más tiempo. Podría haber ido a por su pistola, pero estaría muerta antes de poder sacarla a tientas de la cintura. Si se daba la vuelta y corría, Aideen le dispararía por la espalda. No había escapatoria. Eso era todo. No podía alcanzar su arma. A menos que...

—Eres una cobarde, Aideen.

Incluso Chelsea se sorprendió de lo fría y tranquila que sonaba su voz.

También lo hizo Aideen.

—¿Qué dijiste?

—Ya me oíste. ¿Crees que dispararme te devolverá la confianza en ti misma? Sí, eso es valiente. Mantener la distancia y usar un arma construida por otro para destruir a tu enemigo. Jodidamente heroico —se burló y luego se inclinó hacia adelante, con un tono cínico—. Nunca te librarás de mí a menos que me derribes limpiamente. Si tienes cojones bajo ese estúpido abrigo, guarda esa pistola y enfréntate a mí con un poco de valor. ¿O sigues siendo la mismo cobarde que eras en la escuela? Me tenías miedo entonces, y me sigues teniéndome miedo ahora, cobarde.

¡Lotería! Fanfarroneaba, había apostado, pero no tenía nada que perder. Chelsea vio sus palabras dar en el clavo, su mandíbula se tensó en señal de triunfo. A su manera, Aideen tenía un ego enorme, y ese ego no le permitiría rechazar el desafío lanzado por Chelsea.

Arrojó el arma a un lado, y sus miradas se encontraron, encendidas por el brillo de la batalla. En su visión periférica, Chelsea vio que el arma estaba bastante cerca de Alice, y rezó para que la chica fuera lo suficientemente ingeniosa como para encontrar una manera de llegar a ella. Hasta entonces, se concentró en la pelea, dejando a un lado su propia chaqueta y su arma. Había esperado este momento desde que supo que Aideen era la asesina y su acosadora. Ahora respetaba a Aideen por darle la oportunidad de patearle el culo.

Dio un paso adelante, su pie resbaló en el barro pegajoso. Sintió que Aideen estaba a punto de dar un paso atrás, pero su oponente se agarró a tiempo y se mantuvo firme. Chelsea se alegró de que su enemiga no se lo pusiera fácil.

—¿Qué pasa, perra? ¿Tienes miedo de acercarte más? —se burló Chelsea.

Con un grito desgarrador, Aideen cargó contra ella, con sus

manos como garras dirigidas directamente a los ojos de Chelsea.

—¡Maldita perra! Te voy a matar.

Chelsea la esquivó, levantando los antebrazos para defenderse. Se sorprendió de la fuerza que había detrás de la locura de la otra mujer y, de una manera masoquista, se deleitó en ella. A diferencia de Aideen, ella no luchaba como una niña. Con las manos apretadas, lanzó su puño hacia la cabeza de Aideen, alcanzándola en el pómulo. Aideen aulló de dolor y cayó contra el tronco de un árbol, sujetándose la cara. La mano de Chelsea palpitaba, pero no había terminado.

Se lanzó contra Aideen. Su enemiga se recuperaba y le dio una fuerte patada en el estómago. Chelsea no había previsto el golpe. Si no estuviera luchando por su vida y la de Alice, podría haber caído al suelo húmedo vomitando. Pero no podía permitírselo. Se levantó a medias y se abalanzó contra Aideen como pudo, pegándole con los puños. Golpeó al azar, cegada por la lluvia, por la rabia, probablemente por la sangre de los arañazos que Aideen le había infligido en la cara. Sentía un placer animal al percibir cómo los huesos de su enemiga se quebraban bajo sus nudillos, al escuchar sus gemidos, al sentir cómo su oponente se debilitaba con cada golpe.

—¡Chelsea, para! La vas a matar.

Oyó la voz de Evan a lo lejos, pero la ignoró. ¿Y qué si la mataba? Las imágenes de Shannon, Jenny y Alice pasaron por su cabeza. Aideen merecía morir. Ningún castigo que la ley pudiera ofrecer sería suficiente.

Luchó por volver a patear a su enemiga mientras unas manos fuertes la agarraron por detrás. Quería acabar con ella, destruir a aquel monstruo de una vez y por todas. Pero la voz de Evan era dulce en su oído, arrastrándola hacia él, hacia la cordura.

EPÍLOGO

—Siempre siento que no es suficiente —dijo Chelsea, trazando pensativamente las formas del pecho de Evan mientras yacían juntos en su cama.

Evan comprendía demasiado bien sus sentimientos. El juicio de Aideen había sido rápido, y había terminado en cuatro meses. El caso había recibido una enorme atención de los medios, lo que había presionado a toda la institución de la Garda. Tanto Evan como Chelsea temían un veredicto de inocencia debido a sus problemas mentales, pero la Junta de Revisión de Salud Mental la había declarado apta para ser juzgada. Según sus minuciosas pruebas, Aideen O'Bannion padecía psicopatía y trastorno antisocial de la personalidad, pero se la consideraba consciente y penalmente responsable de sus actos.

Había pruebas suficientes para condenarla por los asesinatos de Shannon y Jenny, así como por el secuestro de Alice, además de otros cargos que incluían el acoso a Chelsea, la violación de su intimidad y la infracción de un número impresionante de leyes a través de Internet. La confesión de Aideen había sido considerada válida y, a pesar de las esperanzas de su abogado de que la condenaran a una institución mental, el truco no funcionó. Actualmente, cumplía cadena perpetua en una prisión de máxima seguridad para mujeres.

Evan acarició la espalda de Chelsea y levantó el edredón para cubrirlos. No se cansaba de ella y le resultaba difícil cada vez que ella elegía pasar la noche en su casa. La mayoría de las veces, él se presentaba en su puerta y acababan durmiendo juntos.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo—. Mis superiores en el FBI me reprendieron por decir eso varias veces cuando se trataba de casos especialmente espantosos. También llegué a decir que me gustaría que se reinstaurara la pena de muerte en todo Estados Unidos.

—Tienes razón. Algunas personas la merecen, pero aquí hay cuestiones morales que están en desacuerdo con el derecho moderno y los derechos humanos. Por ejemplo, no me gustaría ser el que tuviera que dar la inyección letal, o apretar el botón de la silla eléctrica. A los ojos de la ley, sería un verdugo a sueldo haciendo su trabajo, pero no sé si mi conciencia podría lidiar con eso. Es mucho en lo que pensar.

—Sí. Esto probablemente parezca una locura, pero de alguna manera siento que, al final, Aideen cayó demasiado rápido. ¿Tiene sentido? —preguntó Evan, no muy convencido de lo que había dicho.

Chelsea asintió.

—Es porque no puede enfrentarse al mundo real. Siempre se escondía detrás de una pantalla de ordenador, una foto de perfil falsa, un apodo... Ni siquiera sus víctimas la veían, siempre atacaba por la espalda.

—Eso es lo que me desconcierta. ¿No quería que la vieran, que supieran lo que iba a pasar?

—Creo que sí, pero nunca se arriesgó a ser descubierta. En el fondo Aideen es una cobarde. Así es como me las arreglé para llegar a ella al final. Fue una apuesta muy arriesgada, lo único que me quedaba.

Chelsea se estremeció, perdida en sus recuerdos, y Evan aumentó la fuerza de su abrazo alrededor de ella.

—¿Qué tal si cambiamos de tema? La ley encerró a esa maníaca de por vida. Ya es hora de que nosotros hagamos lo mismo.

Todavía recordaba vívidamente la noche del enfrentamiento de las mujeres, las horas agónicas en las que había intentado localizar a Chelsea sin éxito. Al final, condujo hasta su casa y encontró a

Kieran solo. Chelsea no estaba a la vista, la pistola había desaparecido, y su portátil estaba abierto sobre la mesa, con su correo electrónico en la pantalla. Se le contrajo el estómago con cada palabra que Aideen había escrito en el mensaje para atraer a Chelsea al cementerio. En ese momento, cuando pensó que la había perdido, sintió que el mundo se le venía encima.

Le tocó la cara, disfrutando de su hermosa sonrisa mientras ella apoyaba la mejilla en su mano. La mayoría de sus heridas se habían curado. Se había roto la nariz y la habían operado para reparar el daño. Ya no quedaba ni rastro. El único recuerdo de aquella pelea era una delgada y diminuta cicatriz en la frente, cerca del cabello, donde varios puntos habían cerrado el corte.

Rozó con los nudillos la débil cicatriz. Su pecho se estrechó con emociones que le eran desconocidas meses atrás, pero que ahora eran demasiado comunes.

—No sé qué habría hecho si te hubiera pasado algo, Chelsea.

Suspiró, cerrando los ojos.

—A mí tampoco me entusiasmaba la idea. Mi vida no era tan emocionante, pero... —abrió sus ojos color lavanda, mirando profundamente a los de Evan—. Esa noche, antes de salir a enfrentarme a ella, pensé que tenía una buena razón para vivir. Quería tener momentos como éste, contigo, durante el resto de mi vida.

Tragó saliva, palpitaciones de alegría hacían que su corazón latiera más rápido.

—¿Ha cambiado algo? Creo que dijiste que tres meses era tu tiempo récord de relación.

Chelsea sonrió ampliamente.

—Lo era. Sin embargo, esta vez nada ha cambiado. Creo que tú puedes ser el verdadero, yanqui —le miró por debajo de sus largas y curvadas pestañas—. ¿Y tú? ¿También es un récord para ti?

—Lo es. Lo de los tres meses no, pero nunca me había enamorado.

Se deleitó al ver que sus ojos se redondeaban ligeramente, que

sus labios se separaban. Se lo habían demostrado mutuamente, pero hasta ahora ninguno de los dos había dicho una palabra.

—¿Estás diciendo que me amas? —preguntó ella con coquetería.

—Puede que sí. ¿Me amas?

—Puede que sí.

—¿Entonces por qué no lo dices nunca?

Ella se encogió divertida y sus hombros cremosos de marfil captaron la luz de forma sensual.

—Tú eres un hombre, yo soy una psicóloga. Sé que muchos hombres huyen como locos cuando las cosas se ponen cursis. Además, sabía que me querías.

—¿De verdad? —Evan arqueó las cejas—. Yo lo supe hace poco. ¿Cómo podías saberlo?

Chelsea se inclinó, con su boca a un suspiro de la suya.

—Como dije, soy psicóloga. Leer la mente de la gente es mi trabajo.

—¿Eh? ¿Ahora puedes leer mi mente? —susurró él, salvajemente excitado.

—Lo más fácil del mundo —dijo ella y lo empujó sobre su espalda, luego cubrió su cuerpo desnudo con el suyo.

GRACIAS POR LEER *Obsesión letal*. Si disfrutaste de esta entrega, por favor coméntale a tus amigos sobre ella y cuéntanos qué te pareció en una breve reseña en BookBub.com, Goodreads.com, o en cualquier lugar en el que obtengas tus libros. Las recomendaciones de los lectores son las mejores amigas de un autor y son más que bienvenidas. Gracias.

PARA OBTENER la colección completa de novelas del Escuadrón de la Garda irlandesa, visita www.WrittenMusings.com/MelindaColt.

SOBRE LA AUTORA

Melinda Colt es una autora best seller de novelas de suspenso y misterio. Aunque es Licenciada en Derecho y tiradora profesional, trabajó como periodista antes de convertirse en autora a tiempo completo, y tiene un negocio propio de diseño gráfico.

A Melinda le encantan las novelas policíacas y el chocolate, y su cita ideal es pasar un día lluvioso acurrucada con su esposo viendo una película clásica. Le encanta escuchar a los lectores, así que si tienes alguna pregunta o quieres saber más sobre sus libros, visita su página web: www.WrittenMusings.com/Melinda Colt o www.MelindaColt.com.

Para estar al día con las novedades y ofertas especiales, suscríbete a Melinda's Newsletter.

NOTAS

Capítulo 19

1 La palabra *acushla* significa ‘cariño’ en irlandés (*N. del E.*)

Capítulo 21

1 Fibra sintética de gran resistencia que se utiliza para la fabricación de chalecos antibalas. (*N. del E.*).